

VICTOR CANNING

UN BOSQUE DE OJOS



se

Lectulandia

En el cañamazo de una amarga realidad teje Victor Canning los incidentes de esta nueva novela. Los odios, los temores, las sospechas y desconfianzas que amenazan todos los horizontes de la Europa de postguerra hallan aquí una expresión punzante y descarnada. En los países donde muere la libertad, en los países donde todos los valores morales y espirituales se subordinan al interés político, a la “razón de estado”, al oportunismo de los demagogos, el individuo humano torna al primitivo aislamiento y ferocidad de la jungla, es una brizna traída y llevada por fuerzas que no comprende y que reducen a cero su potencial creador. Quien no está con el régimen, es un traidor y debe ser exterminado. El “tic totalitario” —ese movimiento cauteloso de la cabeza para ver si alguien nos escucha— preside todas las conversaciones. De cada dos hombres, uno es un espía. El retrato del “hombre providencial” cuelga en todas las paredes. En todas partes hay ojos que escrutan, ojos que vigilan, un bosque de ojos duros e implacables. “Aquí cada hombre constituye su propia cárcel, está encerrado a solas con sus pensamientos”. Nadie es inocente; hasta resulta difícil en determinadas circunstancias adivinar cuál de los bandos en pugna tiene razón; quién es el traidor y quién es el héroe. En un mundo en que la aventura sólo persiste como una mezcla de ruindades y mezquinas intrigas, dice uno de los personajes, es fácil, por lo menos, no sentirse heroico... Tal, en síntesis, el cuadro magistral que nos da Victor Canning de la Yugoslavia roja de Tito.

Novela de espionaje, sí, pero novela humana sobre todo. Confluyen en ella la mejor tradición de los narradores ingleses y la técnica lúcida, ágil, cinematográfica de los modernos autores de suspenso. Alguien ha dicho que un libro que no vale la pena de leerse dos veces no vale la pena de leerse una vez. Pero abrigamos la certeza de que quien lea una vez esta novela, tarde o temprano tornará a sus páginas, para encontrar en ellas más de una definición perdurable de la época que nos toca vivir, y también, en algún personaje que por un instante trasciende sus meras dimensiones humanas, una humana vislumbre de esperanza.

Lectulandia

Victor Canning

Un bosque de ojos

ePub r1.0

Titivillus 24.02.2019

Título original: *A Forest of Eyes*
Victor Canning, 1950
Traducción: Enrique Walsh
Portada: Armando Páez Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un bosque de ojos

Prólogo

Día primero

Día segundo

Día tercero

Día cuarto

Día quinto

Día sexto

Día séptimo

Día octavo

Día noveno

Día décimo

Día onceno

Día duodécimo

Día decimotercero

Sobre el autor

Notas

Solapa libro

Por las peculiares dimensiones del mundo en que se desenvuelve, hecho de imaginación, pero de imaginación sujeta a reglas lógicas e inexorables, por la cabal satisfacción que da tanto al razonamiento como a la fantasía, la novela policial se ha convertido en el género de lectura preferido por vastos sectores de público. Podría afirmarse que la mejor novela policial es aquella que resuelve razonablemente el planteo más absurdo. El hombre actual no quiere renunciar a su razón, pero tampoco quiere renunciar a su partícula de misterio; traslada entonces la razón a un plano de irrealidad; todo lo que ocurre allí es rigurosamente lógico, salvo el plano mismo, distinto del de la vida cotidiana, meta de una evasión consumada con toda elegancia, y sin desmedro para la inteligencia. Durante un par de horas el autor nos transporta a otro mundo, pero lleva consigo el infalible silogismo, sin el cual tanto él como nosotros nos sentiríamos incómodos. Así nace la novela policial, como respuesta a una necesidad indudable de la vida moderna: la necesidad de escapar de las cosas previstas, uniformes, cotidianas.

El Miedo, el Odio, la Fe y la Tiranía
tienden sutiles redes que atrapan a los
vivos y a los muertos.

SHELLEY

DÍA PRIMERO

La ventana estaba sucia. Afuera, el opresivo siroco encrespaba el mar en olas coaguladas en crestas grises. A lo largo de la costa el aire cálido raía el follaje de las empenachadas palmeras y las matas de jazmines y de *bougainvillea* que crecían junto a las paredes de las villas. Tras la línea grisácea del promontorio la costa lejana era un borrón de oscura púrpura, como la húmeda mancha de un pincel. Vladimir Zarko observaba los espectros del polvo en el camino marítimo, y el balanceo impasible, gregario, de las encinas de la isla de Lokrum.

Una mosca zumbó irritada en el hondo alféizar y empezó a dar topetazos contra la ventana del museo, subiendo y bajando con enorme e iridiscente pánico. Con una sombra de fastidio en su rostro amable, Zarko sacó su lápiz de plata del bolsillo de su chaqueta azul, y con el extremo romo del mismo aplastó al insecto. Limpió cuidadosamente el lápiz y se apartó de allí. En cualquier otra oportunidad habría perdonado a la mosca, pero hoy... Aquel viento bochornoso producía en hombres y mujeres violentos arrebatos de cólera, una broma se convertía en insulto, la ansiedad en carga intolerable.

Zarko sonrió para sus adentros, al recordar las palabras de su padre, y dejó de ver por un instante las vitrinas con sus descoloridos trajes regionales, los largos estantes colmados de opaca alfarería y rotulados cristales de cuarzo. “Cuando sopla fuerte el siroco, toma una cantimplora de vino y sube al Karst, busca una gruta, siéntate y bebe en soledad”. Para su padre el vino y una cueva solitaria habían sido el mejor remedio de todas las dificultades. Su padre había sido carretero. Se había roto el cuello en un traspíe de borracho.

Zarko era un hombre achaparrado, de mediana edad. Mientras caminaba por la larga galería sacó un pañuelo y enjugó el sudor de su rostro. El aire era cálido y húmedo, a pesar de que el museo estaba en la fortaleza que dominaba el portezuelo, rodeado de gruesas paredes de caliza, de color de bizcocho.

El ordenanza, un vejete en uniforme de desvaído azul, estaba sentado detrás de su mesa, cerca de la puerta, en una silla de madera sin respaldo. Cuando Zarko asomó en la galería y se encaminó a la puerta, alzó los ojos. El libro que estaba leyendo cayó sobre sus rodillas.

—Temprano viene el siroco este año, camarada. Pero no soplará por la noche.

Guiado por súbito impulso, Zarko dió media vuelta y se dirigió al ordenanza. En los tiempos que corrían era bueno saber qué libros leían los hombres.

—¿Qué está leyendo? —dijo en voz alta, y sus palabras resonaron, fastidiosas, entre las vigas del sombrío cielo raso. El ordenanza lo miró sin sonreír, y alzó el libro

para que el otro leyera el título. Era un libro de versos del poeta croata, Vladimir Nazor. Cuando Zarko vió el título la suspicacia de su pregunta se desvaneció.

—Bonito nombre —dijo Zarko, sonriendo—. Vladimir.

—Los poemas también son buenos. —Y citó el hombre con voz congraciadora:

*La llama que aguardaba, desvelada,
de nuestro corazón en la ceniza,
arde ahora con nueva lumbrarada:
¡Tito! ¡Tito! ¡Tito, camarada!*

Zarko asintió con el gesto y pasó de largo, cruzó las grandes puertas de madera y salió a la amplia acera parapetada que unía la fortaleza con el puerto. El ordenanza lo vió atravesar la puerta, aguardó a que el lento movimiento oscilante de la misma cesase, y después, dando un pausado vistazo al vacío salón, juntó saliva y escupió expresiva y regocijadamente en el interior del cubo de arena que desempeñaba el papel de matafuego.

A lo largo del muro del puerto el recio oleaje entrechocaba botes de remo y embarcaciones de pesca. Zarko bajó ligeramente la cabeza, para protegerla de la palpación del viento caliente, y marchó de prisa a lo largo del parapeto almenado, hasta llegar a los empinados escalones que conducían al muelle. Las rasqueteadas mesas de la feria de pescado en un rincón del puerto, estaban vacías, y un par de pescadores se guarecían, incómodos, en un nicho de la muralla, fumando y charlando. Zarko pasó junto a ellos, y junto a las pocas personas que había en el muelle, sin dar señales de que advertía su existencia. Pero los vigilaba a todos, conocía al dedillo la historia de sus vidas, la confianza que se les podía prestar, sus perspectivas y temores. Mientras caminaba veía, asimismo, la ciudad que se alzaba a su izquierda: la mescolanza de casas grises y amarillas, los bruscos campanarios de las iglesias, las oscuras callejas retorcidas, y, en el extremo más alejado del portezuelo, detrás de la playa de los bañistas y las viejas casas que rodeaban a la Puerta de Ploce, los flancos grises del Monte Sergio, salpicados de olivares y manchados de amarillo por el piretro.

La *loggia* del Gradska Kavana miraba al puerto, y un camino de guijarros la separaba del agua. Todas las mesas estaban vacías. Nadie se sentaba afuera cuando soplaba el siroco. El viento castigaba cruelmente los capullos rosados y amarillos de los tiestos de la galería y dos hojas de periódico giraban sobre las piedras, a impulsos del aire tórrido, como un par de bailarines fantásticos. Mientras se abría paso entre las mesas vacías, Zarko vió a través de los grandes ventanales de la *loggia* que el interior del café estaba colmado de gente. Al entrar en el atestado recinto percibió un súbito olor de humo de tabaco, el tibio aroma del café, el murmullo de las voces y el suave

balbuceo de la orquesta. El salón era largo y ancho como una cripta gigantesca; grandes columnas surgían del piso y se ramificaban, robustas, en el bajo cielo raso.

Zarko se sentó ante una mesa vacía, cerca de la orquesta. Sin que él lo solicitara, el mozo le trajo rápidamente un vaso de agua, su café y un periódico.

Zarko conocía bien a la gente de Dubrovnik. En el invierno la ciudad les pertenecía. Pero ahora estaban en verano, al comienzo de la temporada de turismo. Dispersos entre los grupos familiares, había húngaros, checos, unos pocos polacos, funcionarios que habían venido de Belgrado y Zagreb, grupos jóvenes procedentes de Kotor, que se dirigían a Split y Rijeka. En un extremo del salón, cerca del mostrador, cuatro muchachas campesinas bebían juntas; llevaban oscuras trenzas y el brocado y el rígido lienzo de sus atavíos resplandecían con fulgores blancos y amarillos. Zarko sonrió al advertir que se habían descalzado y que sus zapatos yacían en el piso, debajo de la mesa. En la pared, sobre el grupo de las muchachas, había una gran fotografía del Mariscal Tito; aquella fortuita conjunción le agradó. Una nueva vida, un nuevo comienzo... El país siempre había necesitado algo semejante.

Entre toda aquella gente, sólo cuatro personas despertaban su interés, su legítima curiosidad. Alzó el periódico y se apoyó contra el respaldo de su asiento, para poder leer sin dejar de observar.

A su derecha, la orquesta empezó a tocar una melodía amorosa serbia, y la muchacha que estaba parada junto al piano dió un pasito adelante y empezó a cantar. Era alta, de pechos pequeños y erguidos. Zarko sonrió al observarla, porque aquella muchacha agitaba en su interior viejos recuerdos. Era como toda su familia, larga de piernas y con ese cabello rubio que en la infancia era casi blanco y que con los años se trocaba en oro pálido. En los viejos tiempos, cuando aún vivía el padre de Zarko y ambos iban a trabajar a la villa, Zarko solía saludarla, llevándose la mano a la gorra. Ahora ella se veía obligada a trabajar, y Zarko se preguntó qué pensamientos ocultaría aquella sonrisa con que enfrentaba al público, y que no era su sonrisa verdadera. Antaño, cuando él era joven, la había llevado a menudo a Lokrum en bote: a ella y a su madre... Recordaba el cuero o frágil y ansioso de la niña incansable que se inclinaba sobre la borda para apresar las algas. La madre siempre le había dado buenas propinas... Pero ahora todo eso había cambiado.

Volvió una página del periódico y se deslizó en su asiento para poder ver, por encima del brazo, la mesa que estaba a su izquierda. Estaba ocupada por dos ingleses. Todo el mundo sabía que eran ingleses y todo el mundo contribuía al cortés simulacro de fingir que no estaban allí. Uno de ellos dibujaba en un trozo de papel. Zarko los observó. Ellos tampoco parecían advertir la presencia de los demás. El que dibujaba parecía un poco más joven que el otro. Era moreno de tez, y en la solapa de su chaqueta de hilo llevaba un pimpollo azul de flor de lis. El rostro, que apartó momentáneamente del dibujo, era alargado y sosegadamente jovial, pero en la boca había una rara solemnidad. "Robert Hudson". Zarko jugó silenciosamente con las sílabas extrañas, y después, recordando los detalles que las habían seguido desde

Belgrado, añadió: “Treinta y seis años, ingeniero, tratarlo con toda cortesía”. El otro era más bajo y gordo, tenía cabello rubio y la cara contraída a perpetuidad por el festejo de un chiste oído, quizá, al nacer; los labios salientes, sensuales, el cuerpo arrellanado en el asiento; en esa actitud, Zarko alcanzó a ver las arrugadas medias que caían sobre los zapatos y una franja de piel desnuda debajo de las boquillas oblicuas de los pantalones. “John Raikes”. Y luego añadió, para sus adentros, ya olvidada la información oficial: “No se le debe confiar una mujer ni una botella”.

La muchacha terminó de cantar y una oleada de aplausos perturbó las charlas del café. Zarko vió a Raikes alzar la vista para mirar a la muchacha y palmotear vigorosamente, con ruido semejante al batir de alas de una paloma. Su compañero lo observó, divertido, y después miró distraídamente a la muchacha. En seguida retornó a su dibujo.

Zarko los olvidó momentáneamente y fijó su atención en la mesa siguiente, ocupada por un hombre de edad madura que bebía un vaso de *rakia*^[1]. Al ver a Zarko sus labios se movieron en silenciosa cólera. Se levantó repentinamente y echó a andar en dirección a Zarko. La orquesta tocaba un ruidoso bailable, ahogando la voz de la muchacha. A diez pasos de Zarko el hombre se detuvo, sacó un revólver y apretó el gatillo. La bala atravesó el periódico de Zarko, encima de su hombro, y rebotó contra la pared de piedra, cerca de la orquesta. Con el estampido cesó la música, las voces del café quedaron súbitamente suspendidas en azorados ecos, y las caras de los parroquianos se volvieron hacia Zarko y el hombre. Este se balanceaba ligeramente, con expresión algo estúpida, como si el esfuerzo lo hubiera debilitado, y Zarko comprendió que no haría fuego nuevamente.

El ruido y el movimiento retornaron al café con el ímpetu colérico del mar que rompe en las rocas. Hombres y mujeres se incorporaron y gritaron, algunos buscaron la protección de las gruesas columnas, otros avanzaron, y dos guardias de la milicia, armados, atravesaron velozmente el café, apartando a la gente del camino, y prendieron al hombre. Al ver su estupidez y azoramiento, el rudo apretón de los guardias se tornó más suave, casi protector. El revólver cayó de sus manos como un juguete peligroso que arrebatara un padre a su hijo estremecido de miedo. Zarko se enderezó y se encaminó hacia ellos. Miró al hombre y después se enfrentó con los parroquianos expectantes.

—No hay motivo de alarma. Les ruego que vuelvan a sus mesas.

A su espalda, reforzando su acento de autoridad, la orquesta empezó a tocar y la voz de la muchacha se debatió contra el torrente de sonido.

—Llévenlo. Yo iré más tarde.

Los guardias flanquearon al hombre, guiando sus pasos desorientados, y lo llevaron a través del salón hacia la puerta de calle. Zarko los observó marcharse. Después vió que el inglés Hudson se incorporaba, pasaba a su lado y se encaminaba a la orquesta. Vió que Hudson tomaba la muñeca izquierda de la muchacha y le indicaba que dejara de cantar. Por un instante ella rechazó la orden con un

movimiento de la cabeza, pero el hombre la tomó por el codo con firmeza y la obligó a descender de la plataforma. La muñeca izquierda de la muchacha estaba ensangrentada. La bala había rebotado en la pared y la había herido.

Zarko se acercó. Hudson lo miró.

—No es más que un rasguño, pero debería ver a un médico.

La muchacha tornó a menear la cabeza mientras él le vendaba la muñeca con su pañuelo. Zarko llamó a uno de los violinistas.

—Traiga un médico.

—No —dijo la chica—. Puedo ir caminando. Hay un médico frente a la plaza. —Se volvió hacia el inglés y sonrió—. Gracias. —Zarko vió que era una sonrisa muy distinta de la que fabricaba al cantar.

Hudson se enderezó.

—Yo iré con usted.

—No. —La joven se apartó de él—. No quiero creer que esto sea serio. —La sonrisa no se había desvanecido, pero en el acento de la muchacha había una negación bien definida.

Ella atravesó el café, y Hudson regresó a su mesa. Zarko lo siguió. Le interesaba aquel inglés que hablaba el serbocroata con tanta perfección.

Hudson alzó la vista.

—Lo felicito por su escapatoria.

Zarko hizo una media reverencia, y después, recordando su posición oficial, y la presencia de los parroquianos que, fingiendo cortés indiferencia, los observaban esforzando el oído para captar hasta la última sílaba de lo conversado, dijo:

—Ha sido lamentable. Les ruego no pensar que esas cosas ocurren a menudo en Dubrovnik, Raikes rió.

—Parece que el viejo no le tenía mucha simpatía. ¿Por qué? —Una sonrisa impúdica se dibujaba en su rostro bronceado.

Zarko sonrió suavemente.

—Lo lamento por él. Su hijo está en la cárcel... acusado de traición... —Dejó vagar la frase, escrutándolos—. Cuando envejecemos nos tornamos incapaces de ver culpa en nuestros hijos. Ustedes no deben formarse una impresión errónea de nuestro país. Actualmente, en Yugoslavia, tenemos una gran obra que realizar, y afrontamos muchas dificultades... —Mientras hablaba adelantó ligeramente el cuerpo para ver el dibujo de Hudson. El inglés alzó la vista y captó su interés.

—Sí, ya sabemos. Trabajo y dificultades. En todos los países del mundo ocurre lo mismo. —Empujó la hoja de papel hacia donde estaba Zarko, haciéndola girar con los dedos, para que viera las escenas del café que había dibujado prolijamente—. ¿Le gusta?

Zarko apartó la vista del dibujo y miró a los dos hombres. Después dijo, disculpándose:

—Perdonen mi curiosidad. —Y prosiguió—: Si algo puedo hacer por ustedes mientras estén en Dubrovnik, vayan a verme. Vladimir Zarko. Soy jefe de la Milicia del Pueblo, es decir, la policía.

Nuevamente se inclinó en una leve reverencia y se marchó.

Los dos ingleses lo miraron alejarse. Hudson encendió un cigarrillo.

—¿Por qué no acompañaste a la muchacha al consultorio del médico? —preguntó Raikes.

—En este país, una muchacha no debe aceptar ayuda de un inglés, aun cuando acaben de balearla. Y mucho menos bajo las narices del jefe de policía.

—¡Qué lástima! Parecía interesante.

Hudson sonrió y llamó al mozo.

Cuando entró Hudson, Raikes estaba parado en el balcón de su cuarto. Escrutaba con unos prismáticos la isla de Lokrum.

Había una toalla húmeda en el piso y prendas de vestir sobre las sillas. Las ropas de cama estaban arrugadas, porque Raikes se había acostado después de almorzar, y en el piso, junto a la mesita de luz, había una pila de libros. De la falleba de las persianas colgaba una larga y enarenada serpentina parda de algas marinas, y en la repisa de la ventana había una colección de conchas de moluscos, de curiosas formas y vivos colores.

—¿Qué quieres? —preguntó Raikes sin volverse.

Hudson se encaminó a la pila de libros.

—El libro que sacaste de mi cuarto en Belgrado —dijo, tomando el volumen de la pila. La última vez que lo vió estaba nuevo, sin leer, immaculado. Ahora la sobrecubierta de papel estaba rota y manchada, las tapas ajadas y curvadas por el mal embalaje. Al hojearlo, cayeron de entre las hojas hebras de tabaco rancio. Alzó el libro con fastidio.

—¿Nunca has tenido una pesadilla en que un libro enorme, manchado de salsa y con las esquinas dobladas te persigue por un desordenado cuarto de hotel?

—¿Dijiste libro, o rubia? —contestó Raikes sin volverse.

—Libro.

—No.

Raikes bajó los prismáticos y se volvió a medias. El cálido viento del Adriático agitaba sus cabellos rubios y húmedos, y una sonrisa empedernida animaba su cara redonda.

—Mi vida entera ha sido una larga lucha contra mi naturaleza desordenada. —Rió entre dientes y alzó los prismáticos.

—Al parecer, la última fase de esa lucha se desarrolló aquí hace menos de cinco minutos. Y se me ocurre que, una vez más, triunfó tu naturaleza.

—Vete al diablo —dijo Raikes suavemente, enfocando sus anteojos.

Hudson se acercó y se detuvo a su lado. Bajo ellos estaba la terraza del hotel, y luego el suave declive del terreno hacia el mar: rocas grises, veredas bordeadas de pinos y cactus, macizos de flores en torno a los cuales proliferaban hileras de arbustos, mimosas, *bouganvilleas* y jazmines, que llenaban el aire de dulzona fragancia.

—¿Qué estás mirando?

—Una mujer de una de las villas se está bañando. —Señaló hacia la izquierda con la cabeza.

—Cuando entré ayer, a esta misma hora, también estabas mirando.

—Se baña todos los días.

Hudson sonrió, mirando a Raikes de hito en hito; aquel hombre tenía una extravagancia de modales y de espíritu que le atraía: el cabello despeinado, la jovialidad pronta, el pueril deleite en juguetes complicados, como aquel costoso reloj suizo que llevaba en la muñeca, provisto de calendario y cronómetro, a prueba de agua y de polvo, que se daba cuerda solo, y rara vez indicaba la hora exacta.

—Me pregunto qué es lo que observas con más interés, la mujer que se baña o los botes que pasan por el canal.

Raikes bajó los anteojos con lento movimiento y se volvió. Ya no sonreía. Se quedó inmóvil, con los prismáticos apoyados en el pecho, sobre la camisa azul de seda que encubría flojamente su vigorosa musculatura, los brazos tostados recubiertos de suave vello rubio. Después añadió quedamente:

—Eres muy observador.

—Sí, de nacimiento.

Raikes entró en la habitación y recogió un cigarrillo caído en el piso, junto a la cómoda. Observó, mientras lo encendía:

—Ya lo sé: cuidadoso, observador y criado, probablemente, por una tía solterona.

Hudson rió, alzó, la toalla húmeda que yacía en el piso, y se la arrojó. Raikes la apresó en el aire y prosiguió:

—Bueno, voy a dar un paseo por la costa. ¿Quién sabe? A lo mejor, encuentro a la bañista.

De vuelta en su cuarto, Hudson cerró las persianas para mitigar el calor y el amarillo resplandor de la luz, y se tendió en la cama. Dejó el libro, sin abrir, a un costado. Había conocido a Raikes tres semanas atrás, y cuando lo vió por primera vez pensó que iba a resultarle desagradable. Pero ese sentimiento (que, ahora lo comprendía, provenía de su orgullo lastimado por no habersele encomendado exclusivamente a él las negociaciones en Yugoslavia) se había disipado rápidamente. Ambos simpatizaban, y su amistad había crecido rápidamente en este país donde tenían escasa relación con las demás gentes.

Tendió la mano hacia la caja que estaba en su mesa de luz, y al encender el cigarrillo “Drina” y ver en su costado la roja estrella de Tito, recordó a la muchacha del café y la tranquila, competente autoridad del jefe de policía. ¡Pobre muchacha!

No era agradable cantar en un café, pero cantar en esa ciudad, bajo la galaxia de estrellas rojas comunistas, viendo permanentemente la cara de bebé de porcelana de Tito, que arrugaba el entrecejo pugnaz en todas las paredes... Se durmió, oyendo a medias, en su primer descenso a la inconsciencia, el estruendo lejano de los barrenos en las canteras del Monte Sergio, detrás del Hotel Argentina, y viendo una mata de cabellos rubios que caían sobre la mejilla de la muchacha, al inclinarse para verlo vendar su mano. Había notado que su vestido era de buena calidad, pero sus zapatos estaban fabricados con material de desecho. Era típico de ese país... una buena chaqueta y pantalones remendados, un reloj de oro en un chaleco barato, medias de *nylon* y unas faldas que ya habían sido cortas seis años atrás...

A las cuatro lo despertó un mozo, que le traía un vaso de limonada. Al abrir las persianas, Hudson notó que el siroco amainaba.

Bajó por la escalera principal del hotel. El lugar era tranquilo, limpio, y la suave luz que se filtraba por las vidrieras de colores le daba el aire de una capilla. Los demás huéspedes estarían durmiendo aún, prolongando su siesta para abreviar el día desagradable. En el vestíbulo, el portero, un serbio atezado, con el cabello *en brosse* y la cara picada de viruelas, estaba sentado en su escritorio, escribiendo. Hudson dejó caer su llave sobre el mostrador, el hombre alzó la vista y asintió con la cabeza. Hudson recordó lo que le había dicho Raikes en más de una oportunidad: todos los porteros de los hoteles eran espías de la policía. Aquel hombre, sentado en el fondo de su sombrío cubículo, bajo las llaves que colgaban como extrañas frutas, vigilado por los ojos oscuros del inevitable retrato de Tito suspendido en la pared a gran altura, observaba todos los movimientos de los huéspedes.

Al salir, Hudson imaginó que el hombre escribía furiosamente: “... *el primer inglés salió a las 2.30 p. m. El segundo inglés salió a las 4.30 p. m. Llevaba en el bolsillo un bulto que podría ser una granada de mano...*”, y que después ensobraría el informe, y en un frenesí de actividad propio de “Alicia en el País de las Maravillas” lo introduciría en algún buzón secreto.

Dobló a la derecha, tomando el angosto camino costero, jugando aún con aquella risueña fantasía, seguro, sin embargo, de que sus suposiciones no distaban mucho de la amarga verdad. ¡Bonito país, donde uno de cada dos hombres es un espía! Con una verdadera sensación de alivio se felicitó de ser inocente de toda sospecha. Era un ingeniero, nada más, y momentáneamente este país lo necesitaba. No tenía nada que temer... Mientras caminaba lentamente, introdujo la mano en el bolsillo y sacó la naranja que había traído del hotel.

Desde Dubrovnik la costa describía una curva hacia el sudeste, hasta el promontorio que constituía la base del Monte Sergio. El camino se empinaba suavemente entre la ciudad y el promontorio, y a los costados había villas y hoteles, cuyos jardines y senderos adornaban la abrupta ladera del cerro, semiocultos en su mayoría por espigadas palmeras y pinos, sumergidos en los blandos almohadones de madre selvas y azaleas, entre los que aparecía, aquí y allá, una blanca pared surcada

de enredaderas o la esbelta vertical de una columna ceñida de jazmineros. La mayoría de las villas, que habían sido antaño propiedad de los ricos cosmopolitas, estaban ahora desocupadas; otras eran habitadas por media docena de familias, cuya ropa lavada estaba tendida entre las galerías y los balcones, y cuyas gallinas escarbaban los abandonados y herbosos canteros de zinnias y petunias. El Hotel Argentina estaba a mitad de camino entre la ciudad y el promontorio, y a espaldas del hotel un camino más pequeño, polvoriento y estriado de relejes, se apartaba de la ruta costera y avanzaba serpeando por terreno más bajo en dirección al promontorio.

Por esta vereda echó a andar Hudson, pausadamente, deteniéndose de cuando en cuando para inclinarse sobre la pétrea y no muy alta pared a pique, mirando los excesivos jardines. Un espeso foscarral de cactus bordeaba el camino: agaves que erizaban sus heráldicos troncos muertos a tres y cuatro metros de altura, nopales de paletas espinosas tachonadas de flores rojas y amarillas. En el extremo de la vereda había una abadía benedictina, en desuso, oscura y clausurada, sin campana el campanario, húmedas y malolientes las gruesas paredes, víctimas de una feligresía descuidada. Hudson la pasó de prisa, y siguió el camino hasta la ladera del cerro, desnuda ahora de casas y villas. El viento había virado, y el calor y la opresiva humedad cejaban. Lentamente se cuartearon los nubarrones al sudoeste y un raudal de sol hirió las aguas plomizas, entre la costa y la isla, trocándolas en una miríada de danzarinas fichas azules y blancas. Unas pocas barcas pesqueras doblaban por la punta de Lokrum, para tomar el viento, y al disiparse la neblina las lejanas islas reocupaban sus posiciones, como poderosos acorazados que emergieran del humo y la confusión de una silenciosa batalla.

El camino se dividía en aquel punto en numerosos senderillos, algunos de los cuales ascendían los cerros entre olivares que azotaba el agrio viento, mientras que otros bajaban la escarpa, entre manchones de tosca gris y matas de salvia, para acabar en las pequeñas caletas y playas de la costa. En el punto en que el camino se bifurcaba, había un pequeño cartel, de letras rojas y blancas, escrito en tres idiomas: serbocroata, alemán y francés. Decía así: *Siga el sendero. La ladera del cerro está minada.* La pintura estaba descascarada, las palabras eran casi indescifrables, y el cartel estaba apoyado descuidadamente contra una pila de piedras.

Hudson vaciló, y después siguió avanzando por el sendero principal. Toda la costa había sido minada por alemanes e italianos, por guerrilleros y *chetniks*, y sólo se habían despejado de minas los caminos y los principales senderos de montaña.

Una gaviota bajó chillando, paralela a la pendiente del cerro, sesgando contra el viento. En el sendero, a cien pasos de distancia, surgieron dos hombres que subían la curva del cerro. Eran campesinos, un viejo y un mancebo. Un maltrecho sombrero de paja sombreaba la cara del viejo. El joven usaba una corta camiseta de algodón, y pantalones a rayas azules y blancas, que el viento ceñía a sus piernas vigorosas. Se acercaron a Hudson con pasos lentos y cuidadosos, y él se detuvo y los aguardó. En sus caras se reflejaba el esfuerzo de la carga que llevaban en una especie de parihuela.

Llegaron a donde estaba Hudson, y como él les cerrara el paso se detuvieron; Hudson vió entonces que lo que llevaban era una puerta vieja, sobre la que yacía, cubierto por una lona, un bulto alargado y corpulento. Se quedaron rígidos los dos, mirándolo, aguardando que les cediera el paso, y la cara del anciano era solemne, resignada, dispuesta a la espera; pero el joven, echando hacia atrás la larga cabellera que el viento le abanicaba sobre el rostro, hizo un gesto de impaciencia, y cambió la posición de la mano que aferraba el borde de la puerta, para descansar sus músculos.

El movimiento inclinó ligeramente la parihuela, y algo se deslizó bajo el borde de la lona. Hudson vió un brazo tostado, que colgaba rígido, con los dedos abiertos. En la muñeca había un reloj, un complicado reloj suizo, provisto de calendario y cronómetro, a prueba de polvo y de agua...

Sin experimentar conmoción alguna, en una curiosa pausa de impavidez emocional. Hudson avanzó un paso. Alzó la lona, pero con gesto torpe, y la gruesa tela, llevada por su propio peso, dejó al descubierto la mitad del cadáver. Hudson cerró los ojos para no ver el inesperado horror, pero aquella atrocidad perforaba sus párpados cerrados: el húmedo cabello rubio, la roja mueca de carne que había sido una cara, el torso desgarrado y dilacerado... Nada quedaba del hombre que había conocido; sólo quedaba una informidad pulposa. Oyó la maldición del mozo. Abriendo los ojos, Hudson vió que había apoyado la puerta en la rodilla, y que con la mano que le quedaba libre trataba de volver a poner la lona en su sitio.

El viejo desvió la cabeza, como un caballo que se revuelve entre las varas, nervioso por la demora, y el joven soltó un nuevo juramento y miró con cólera a Hudson, mientras reiniciaban el camino.

Hudson los siguió.

Aquella noche, en la oficina que ocupaba en un edificio contiguo a la iglesia de Sveti Jacov, Vladimir Zarko recibió un telegrama del Departamento de Defensa del Pueblo, Obilicev venac 5, Belgrado. Estaba escrito en código, y llegó directamente a manos de Zarko, sin pasar por los conductos policiales ordinarios de la República Federal de Bosnia y Herzegovina. Además de jefe de policía de Dubrovnik, Zarko era (y esto tenía más importancia que lo otro) un miembro de confianza del Partido, y también agente de OZNA, la policía política secreta. El telegrama decía así:

Milo Lepovitch llegará mañana. Procedimiento Numero Dos.

DÍA SEGUNDO

Zarko miraba por la ventana de su oficina. Veía, debajo, el techo de la iglesia, con sus tejas de piedra percutidas de líquenes verdes y amarillos. Detrás, enmarcada por la arista del bajo campanario y la línea quebrada de gabletes de las casas de la acera opuesta, se distinguía parte de la plaza principal. El gentío matinal había raleado en torno a los puestos de hortalizas y frutas, y las mujeres campesinas estaban sentadas junto a sus cestos y bastidores, tejiendo y conversando, remoloneando antes de volver a sus hogares aldeanos y a los pequeños jardines y parcelas suburbanas. Zarko era hombre que hallaba constante placer en las cosas familiares. Le gustaba el panorama que abarcaba desde su oficina, y lo conocía al dedillo. Si en la descendente perspectiva de casas y gabletes una puerta o ventana que por lo general quedaba cerrada, estaba abierta, él lo advertía. Si el limpiador de la oficina apartaba unas pocas pulgadas de su lugar habitual uno de los grandes sillones de cuero, lo primero que él notaba por la mañana, al entrar en la oficina, era el cambio. La rutina y el método eran virtudes, y a él le complacía pensar que tenía en sus manos la solución adecuada de cualquier problema. En aquel preciso instante, comprendía que su deber era dar el pésame al inglés que estaba sentado a sus espaldas. Si hubiera sido uno de sus compatriotas, le habría transmitido instantáneamente la simpatía no disimulada que reclama el dolor evidente. Pero si aquél hombre sentía algún dolor, lo guardaba para sí. Zarko se apartó de la ventana y dijo abruptamente:

—¿Usted es ingeniero?

—Sí.

—¿Y su amigo?

—Era asesor técnico de la División de Exportaciones de nuestra Bolsa de Comercio. Había sido cedido en préstamo a nuestra firma, para ayudarnos a concertar este contrato.

—¿Contrato?

—¿No está enterado usted? —Hudson observó la silueta achaparrada de su interlocutor, que se apartaba de la mancha de sol que albeaba la ventana y se acercaba al escritorio.

—Lo único que sé es que usted es ingeniero, y huésped del Gobierno del Pueblo. —Zarko tomó asiento. Conversando se sentía cómodo. Sonrió—. También se me ha indicado que debo tratarlo con la mayor cortesía. Acaso usted pueda agregar algo más...

—Sí. Mi compañía está negociando un convenio para suministrar maquinarias y equipos de minería a vuestro Ministerio de Economía Nacional. Raikes y yo pasamos

tres meses en Belgrado, examinando los pliegos de condiciones y los detalles del contrato. Mi misión se limita exclusivamente al aspecto técnico de la cuestión. Él se ha encargado del aspecto administrativo, de los detalles financieros y la entrega del material... —Era un alivio referirse a Raikes en términos puramente formales, en lugar de aceptar condolencias por una pérdida que lo había afectado profundamente —. Salvo pequeños detalles, todo está convenido, pero la ratificación final del contrato no podrá hacerse hasta que el señor Kidrich, vuestro Ministro de Economía Nacional, regrese de Hungría, lo que ocurrirá, según tengo entendido, dentro de dos semanas. Mientras aguardábamos su regreso, vinimos aquí como huéspedes de su gobierno.

Zarko asintió. Después dijo quedamente:

—Mi gobierno desea transmitirle por mi intermedio sus más sinceras condolencias por este trágico accidente.

—Gracias. Me gustaría saberlo que ocurrió.

—Su amigo fué a bañarse a una pequeña playa, en el extremo del promontorio. Dejó sus ropas sobre la hierba, a cierta distancia de la playa, y al regresar pisó una mina. Toda esa zona de la costa está minada, y aún no hemos podido despejarla. No hubo testigos. Los dos campesinos descubrieron el cadáver después del accidente. El mes pasado murieron dos niños en un accidente similar, en el mismo cerro. Nosotros ponemos carteles de advertencia... pero la gente confía demasiado en la propia suerte. ¿Qué más podemos hacer?

Zarko se incorporó, mientras hablaba, y recogió del piso una caja verde, depositada junto a un archivo. Abrió el candado de la caja con una llave de su llavero, y comenzó a vaciar su contenido en el escritorio. Hudson reconoció la ropa de Raikes: una camisa azul, pantalones de franela gris, sandalias de cuero y los diversos objetos hallados en sus bolsillos: una billetera, un arrugado pañuelo de seda roja, un cortaplumas, un juego de dados con la propaganda grabada del *vermouth* Martini Rossi. Desvió la mirada del escritorio, y vió un centelleo de palomas blancas en torno al campanario de Sveti Jacov.

—Con el permiso de usted enviaré un hombre al hotel, a recoger los efectos del muerto. Los enviaré a su Embajada, junto con estas cosas. —Zarko empezó a guardar los objetos en la caja—. Ya hemos informado a su Embajada, por supuesto. Haré un inventario de sus pertenencias, y usted tendrá la gentileza de verificarlo, ¿verdad? ¿Su amigo era protestante?

—No. Católico.

—Eso facilita las cosas. Todo puede arreglarse para mañana. —Zarko cerró la caja y tornó a depositarla junto al archivo.

—¿Dónde está él ahora?

—En la morgue... abajo. ¿Quiere verlo?

—No.

—Si puedo hacer algo por usted...

Hudson se puso de pie.

—Ha sido usted muy bondadoso. Se lo agradezco. —Zarko, en efecto, se había mostrado muy servicial. Indudablemente, Hudson y Raikes eran factores necesarios de aquel valioso convenio que suministraría maquinarias y equipos a una industria maltrecha, que los necesitaba con urgencia, y debido a eso eran personas privilegiadas, y se les había alojado en un hotel de “primera categoría”. Si aquel policía regordete y bonachón lo tratara con rudeza, perdería su empleo; sin embargo, experimentaba la sensación de que, aparte de las consideraciones oficiales que tenía con él, había en aquel hombre auténtica simpatía y estimación.

Zarko hizo una pequeña reverencia.

—Lamento no haber podido serle útil en circunstancias más agradables. —Acompañó a Hudson hasta la puerta, y la abrió—. Usted habla muy bien el serbocroata.

—Me lo enseñó un oficial checo, en un campo de concentración. Había sido animador de un *night-club* de Belgrado, en los viejos tiempos. —Hudson advirtió que el interés de su interlocutor aumentó al oír la última frase.

—¿En los viejos tiempos? En los desdichados viejos tiempos... —En la enmienda Hudson creyó ver una intención momentáneamente provocativa—. ¿Qué piensa de la Yugoslavia de hoy en día?

—Pienso que ha emprendido un camino muy difícil.

—Es cierto. Pero ese camino lleva a la meta justa. —Zarko habló con decisión; la sonrisa de sus labios se había esfumado.

—Quizá. Adiós, y gracias por su amabilidad. —Hudson inclinó la cabeza y salió por el oscuro pasadizo. Zarko lo observó un instante, después cerró pausadamente la puerta y tornó a su escritorio. Se sentó y miró fijamente el retrato de Tito colgado en la pared.

Al llegar a la plaza principal, Hudson vaciló. Era casi la hora del almuerzo. Por un instante estuvo tratando de resolver si regresaría inmediatamente al hotel, lo que implicaba una caminata de veinte minutos, o si antes tomaría un aperitivo. Su vacilación le hizo recordar la pérdida de Raikes. Raikes tenía la costumbre de obligar a los demás a aceptar sus planes. Raikes habría dicho: “Tenemos que tomar algo”, y se habría puesto en marcha, seguro de que su acompañante lo seguiría. Fué Raikes quien decidió, al producirse aquella demora de dos semanas en el trámite del contrato: “Vamos a Dubrovnik”. Hudson estaba acostumbrado a trazar y seguir sus propios planes, pero comprendía que con Raikes había sido singularmente dócil.

Resolvió tomar algo.

Entró en el Gradska Kavana y pidió un *pivo*^[2]. El lugar estaba menos colmado que el día anterior. La orquesta tocaba suavemente, casi en sordina. Hudson sorbía su cerveza. Una o dos personas lo miraron con curiosidad, y comprendió que la noticia

de la muerte de Raikes se había divulgado. Se preguntó si el incidente modificaría la habitual reserva de la gente. Hablar con un inglés no era discreto. Todos eran corteses con él, pero su conversación rara vez trascendía las formalidades del saludo.

La muchacha de la orquesta empezó a cantar. Hudson advirtió que llevaba una faja de seda negra sobre los vendajes de su mano izquierda. Era agradable mirarla. Era bonita, y tenía un cuerpo pequeño de muchacho; Hudson se preguntó si pasaría hambre. Recordó que Raikes se había interesado mucho por ella, pero Raikes se interesaba por todas las mujeres bonitas. Recordó la voz de Raikes, pastosa por el vino, que discutía el valor de intercambio de una barrita de chocolate y una lata de *corned beef* en los países europeos, y vió a Raikes pellizcando el trasero de la sirvienta del hotel de Belgrado. Raikes le había dicho que a las empleadas de los hoteles no se les prohibía el trato con ingleses, y que todas ellas tenían estrictas instrucciones de la OZNA de lograr el más estrecho contacto. La mayor parte de las tareas de espionaje, según él, se realizaban en el bar o en la cama.

La muchacha terminó su canción, y los miembros de la orquesta comenzaron a enfundar sus instrumentos con súbita ansiedad, como si tuvieran que ir a otra parte y se les hiciera tarde. Eran un grupito de hombres de aire sosegado, con levitas negras, entrados en años casi todos. Pasaron de prisa a su lado y desaparecieron. La muchacha se quedó, ordenando pausadamente las páginas de música. Después se echó sobre los hombros un abrigo liviano y bajó de la tarima. Se acercó a Hudson.

—Usted fué muy bondadoso conmigo ayer. Lamenté no habérselo agradecido adecuadamente.

—La gente no debería arreglar sus diferencias privadas en un café. ¿Cómo está su muñeca?

—Muy bien —repuso ella recatadamente, como una niña que agradece a su anfitrión por haberle brindado una fiesta agradable, y le entregó un paquetito de papel.

—¿Qué es esto?

—Su pañuelo.

—¿No quiere sentarse y tomar alguna cosa?

Ella meneó la cabeza y se retrajo levemente, y entonces él advirtió la cautela de su actitud.

—No, no... creo que será mejor que no.

—Se lo ruego.

—No. Debo irme —repuso ella tercamente, y Hudson vió otra vez a la muchachita que repetía porfiadamente la lección aprendida en su casa, antes de la fiesta. Hudson comprendió cuál era el motivo, el mismo motivo de siempre: nunca hables con un extranjero en un lugar público. Ella ciñó firmemente el abrigo en torno a su cuello, disponiéndose a marcharse, y dijo quedamente:

—Lamento lo ocurrido a su amigo. —Antes de que él pudiera responder, la muchacha se había marchado, moviéndose velozmente entre las mesas.

Se acercó un mozo, que empezó a retirar los objetos de la mesa.

—¿Cómo se llama esa muchacha que canta aquí?

El camarero se atiesó, sosteniendo en la mano izquierda una botella vacía de cerveza. Chascó reflexivamente la lengua, y su boca dibujó una sonrisa magra y perruna.

—Franja. Franja Pazan.

—¿Franja?

—Sí. —El mozo limpió la mesa con exagerada prolijidad—. La cerveza vale cuatro dinares.

Hudson se incorporó y le tendió un billete de diez dinares.

—Es una lástima que esté prohibido dar propinas. Si no fuera así, podría guardarse el vuelto.

El hombre mostró los dientes en una mueca sardónica, y guardó el billete.

—Gracias, señor. —Apartó la mesa, y Hudson se levantó y se marchó.

Regresó al hotel, y almorzó solo en la terraza. Su mesa estaba apoyada contra la balaustrada de madera, y a través del ramaje florecido de la pérgola podía ver la vertiente del cerro, el camino bordeado de palmeras y el jardinillo que dominaba la playa privada. Al finalizar el mes el hotel se llenaría, pero ahora sólo había otros cinco grupos de huéspedes. Estaban almorzando. Aparte de una rápida cabezada, o un innocuo comentario sobre el tiempo, ninguno de los huéspedes había intentado trabar amistad con él, y Hudson comprendió que la misma restricción que obraba en Franja obraba en todos los demás. Pero merced a Raikes (quien experimentaba una desvergonzada curiosidad por la vida ajena, y había interrogado a los mozos), Hudson sabía algo de los demás huéspedes.

La mesa contigua estaba ocupada por un profesor polaco, una autoridad en vinicultura, quien, cada vez que el mozo dejaba la garrafa en la mesa, miraba el vino con el ceño fruncido y gruñía como un juez que reconoce a un criminal recalcitrante, de largo prontuario. Comía encorvado sobre un libro, sin prestar atención a nadie, salvo al mozo. Tenía unos cincuenta años, era casi totalmente calvo —pues sólo le quedaban unas aletas de cabello sobre las orejas— y usaba anteojos de gruesos cristales con montura de oro. Vestía siempre un elegante traje gris y una camisa de cuello abierto. A todas partes llevaba su cámara fotográfica, y una latita destinada a muestras del material de estudio, que llevaba su nombre prolijamente impreso: Brussiak, J.

Ocupaba la mesa siguiente un fatigado hombrecillo de Split, enjuto, pobremente vestido, provisto de un cuello flaco y huesudo, cara triangular y ojos nerviosos de incesante aleteo, que pasaba la mayor parte de su tiempo discutiendo, en voz baja y sin posibilidad de entendimiento, con su corpulenta esposa, y tratando de refrenar los riesgosos extravíos de sus dos hijos: un chico de diez años, de cara hosca, que usaba pantalones cortos de color azul, ceñidos al cuerpo, y otro chiquillo de unos tres años regordete, rubio, con una engañosa cara angelical, que hacía gala de un supremo

desdén por las órdenes de sus progenitores de no intimar con los extraños. Mientras duraba el almuerzo, Madeo (que así se llamaba el chiquillo), ambulaba de mesa en mesa. Todos lo querían, y él parecía subsistir con las pequeñas dádivas de los demás comensales. En los tres días que Hudson y Raikes habían estado allí, el chico había concebido por ellos una apasionada amistad, que había agravado las indigestiones de su padre, convirtiendo su almuerzo en una verdadera ordalía. La familia Ransko constituía todo un problema genético. El precoz y simpático Madeo nada tenía en común con sus progenitores. Aprovechando un descuido de su padre, que había iniciado uno de sus habituales altercados en voz baja con la mujer, Madeo se escurrió de su asiento y trotó en dirección a Hudson. Sonrió, hipó y le tendió una hoja de papel y un lápiz.

Cara.

Hudson, que se encariñaba fácilmente con los niños, comprendió la orden. Tomó el papel y el lápiz, y dibujó la cara de un hombre, de gran tamaño, cínica, y con una expresión oblicua y feroz. Madeo, empinándose, observaba fascinado. Hudson completó la cara agregándole un casco empenachado, un par de patillas y un guiño. Poseía el fácil dominio del lápiz, cualidad que Madeo había descubierto apenas se conocieron. Devolvió el papel a Madeo, quien lo estudió cuidadosamente. Después miró a Hudson e inclinó gravemente la cabeza, un par de veces, en silencioso elogio del dibujo, que respondía exactamente a sus deseos. Luego, con un súbito arranque de risa, el chiquillo dió media vuelta y empezó a circular por las mesas, desoyendo las llamadas de atención de su hermano, que había sido enviado para buscarle. El hermano abandonó sus intentos de detenerlo, y secundó humildemente el ritual: Madeo iba de mesa en mesa y ante cada una de ellas enarbolaba el dibujo para que los parroquianos lo admirasen.

Hudson lo observaba sonriente, haciendo caso omiso de las miradas de cólera que le lanzaban los esposos Ransko.

Brussiak examinó el dibujo con expresión crítica, soltó un gruñido, palmeó al chiquillo en la cabeza, y le dió un trozo de la manzana que estaba comiendo. Madeo flanqueó la mesa de sus padres, y trotó en dirección al patio emparrado, que ocupaba el extremo de la terraza, donde había tres mesas ocupadas.

Cerca de la fuente que adornaba el centro del patio, almorzaba un coronel yugoeslavo. Su uniforme gris, con sus estrellas rojas y entorchados de oro, tenía un corte perfecto. Madeo le tiró del brazo, y él se volvió a medias y tomó el dibujo. Hudson vió fugazmente una cara ancha y tostada, y una red de arrugas en torno a los pálidos ojos azules.

—¡Madeo! —gritó la madre, pero el coronel meneó la cabeza, en gesto propiciatorio, y recogiendo de la mesa el azucarero vacío lo colocó sobre su rapada cabeza. Se puso el dedo sobre el labio superior y miró a Madeo de soslayo, con expresión feroz que imitaba la del dibujo. Madeo gorgoteó de placer y se sentó. El

coronel lo recogió, dióle una cereza del postre, y con una palmada en el trasero lo remitió a la mesa vecina.

Seguido por su hermano y por los llamados cada vez menos convincentes de su madre, Madeo finalizó su gira. Detrás de la fuente había una joven pareja de Zagreb. Hudson los había visto vagar por la ciudad, silenciosos, tomados de las manos, extraviados en su felicidad de recién casados. El dibujo de Madeo los dejó indiferentes, pero le dieron un pastelillo, que el chico embolsó expertamente en el carrillo izquierdo, mientras su hermano se ofrecía para guardárselo. En la última mesa, en el rincón del patio que daba al mar, había un hombre delgado, de boca hermética, que vestía traje gris oscuro y gorro blanco de paño. Un marxista típico (había dicho Raikes), probablemente un fanático capataz de fábrica, recompensado, por su “record” de producción, con una estancia de quince días en un hotel de primera clase. Y ahora (pensó Hudson) el hombre estaba resuelto a divertirse y lo proclamaba al mundo cambiando su gorro negro por uno blanco, pero no lograba apartar de su mente la inquietud por la fábrica y por el anticipado descenso de la producción durante su ausencia. El hombre contempló el dibujo con el ceño fruncido, luego miró con igual acrimonia a Madeo, quien lo desarmó con una sonrisa que dejó momentáneamente al descubierto la golosina que llevaba en la boca. Los labios apretados se distendieron fugazmente, los ojos sombríos titubearon, y Madeo conquistó otro pastelillo, que embuchó prestamente en el carrillo izquierdo.

Madeo dió media vuelta y se encaminó nuevamente hacia Hudson, pero su padre extendió el brazo y lo interceptó. El padre alzó a Madeo en vilo, le dió una experta palmada en las nalgas y lo dejó caer en la silla. El chico se quedó sentado un instante, indeciso entre las lágrimas y la risa; por fin se encogió de hombros en gesto extrañamente adulto; su cara regordeta asumió una sabia expresión de solemnidad, y se dedicó a la ruidosa tarea de masticar los frutos de sus correrías.

Hudson prolongó la sobremesa hasta que los demás comensales abandonaron la terraza. Cuando estaba por marcharse, el mozo que servía su mesa se acercó y se paró a su lado. Sonrió levemente, y por un instante sus ojos evitaron los de Hudson, y sus manos jugaron suavemente sobre el borde de la mesa, tecleando en un teclado invisible.

—Como yo siempre le sirvo, señor... los demás camareros y el personal de la casa... —Alzó los ojos, mirando a Hudson con franqueza, y por primera vez aquella cara, la cara impersonal del mozo, se trocó en un rostro verdadero, que exigía atención—. Me han solicitado que exprese nuestro pesar por el infortunado accidente. Mr. Raikes era una persona muy agradable. Todos lo extrañaremos. —Alzó la mano y se frotó la barbilla cuadrada y azulosa.

La actitud de aquel hombre era indudablemente sincera, y Hudson se sintió reconfortado.

—Gracias —dijo, poniéndose de pie, y agregó al ver que el mozo, curvando, su corta estatura en una leve reverencia, se disponía a marcharse—: ¿Cómo se llama

usted?

—Joseph... Joseph Dragovar, señor.

Hudson extendió la mano y tocó el brazo del camarero.

—Gracias, Joseph... a usted y a los demás miembros del personal.

Aquella tarde Zarko llegó con uno de sus hombres, y en compañía de Hudson entraron en la habitación de Raikes y recogieron sus pertenencias. Hudson estuvo presente mientras el empleado de Zarko guardaba todo en dos valijas, haciendo un cuidadoso inventario. Cuando la lista estuvo completa, Hudson la firmó y se quedó con una copia.

Cuando acabaron, la habitación tenía un aspecto desnudo e impersonal. El único detalle que le recordaba a Raikes era la larga serpentina de algas colgada de la ventana y la colección de conchas alineadas en la repisa de la ventana. Hudson tomó una de las conchas y se quedó mirándola.

—¿Usted piensa quedarse aquí? —El empleado de Zarko se había marchado con las valijas, y el jefe de policía estaba junto a la puerta, listo para irse.

—No lo sé.

—Si usted quiere irse, podemos hacerlo alojarse en un hotel de Split o en una de las islas. En Kula hay un hotel muy hermoso.

—Gracias. Lo tendré al corriente de mis planes.

Cuando Zarko se marchó, Hudson regresó a su cuarto, y por primera vez durante su permanencia en Dubrovnik no supo en qué emplear su tiempo. Por fin se sentó y escribió un largo informe sobre el caso Raikes, destinado a la compañía para la cual trabajaba. Nada sabía de las relaciones de Raikes, ni siquiera estaba seguro de que fuese soltero, aunque suponía que lo era. La compañía transmitiría la noticia a los deudos, y él iría a visitar a la familia a su regreso. Llevó la carta al correo, y después atravesó el cerro hasta llegar a Gruz, el puerto por el que se efectúa todo el comercio de Dubrovnik. Cuando regresó estaba ya oscuro. Una vez en su cuarto se puso un pantaloncito de baño, se enfundó en una bata y bajó a la playa para bañarse. Al pasar por la terraza vio que la mayoría de los huéspedes estaban cenando. Él no tenía prisa. Desde que llegó a la ciudad había tomado la costumbre de nadar antes de la cena.

El balneario consistía en una serie de plataformas de concreto, emplazadas entre las rocas, debajo del palmar, y se llegaba a él por una pequeña escalera tallada en la roca viva.

Hudson se zambulló y nadó en el agua oscura. Irguiendo la cabeza vio el perfil sombrío y dentado de la isla, cubierta de árboles. Se dejó llevar, suspendido en la tibia inercia del agua y del cielo, y cuando la vasta marejada que corría desde las luces lejanas de Dubrovnik lo hizo subir y descender, le pareció que flotaba en un elemento que no era agua y tampoco aire. Sus brazos y su cuerpo dejaban una estela de burbujas y flámulas fosforescentes: y por un instante imaginó ser una nueva constelación: el Nadador, en un firmamento lleno de estrellas y planetas desconocidos: el sostenido fulgor de las luces del hotel y la ciudad, los intermitentes

meteoros de los reflectores de los automóviles que transitaban la ruta costera y la policroma aurora boreal de la entrada del Gradska Kavana, que se divisaba detrás de la abertura del puerto. Soplaban de tierra una brisa lenta, cargada del perfume de las flores.

Súbitamente, entre él y la isla, surgió la voz clara y apasionada de un hombre que cantaba una melodía cuyas palabras fundía la distancia, dejando sólo una amplia riqueza de sonido. Luego una docena de grandes resplandores dorados rasgaron los negros pliegues de la noche, y el mar y el cielo ocuparon su sitio verdadero. Prevalció sobre el canto la voz de un hombre que lanzaba un juramento (la primera palabra que el animador del *cabaret*, le había enseñado a Hudson), y éste comprendió que estaba cerca de la flotilla de lanchas sardineras, que todas las noches se congregaba allí para cebar y encender los faroles de acetileno que colgaban en las proas antes de abandonar la costa para dedicarse a la pesca.

Nadó de regreso, y al salir del agua resolvió que permanecería en Dubrovnik. Así, en cierto modo, acompañaría a Raikes todo el tiempo que fuera posible. Considerado como motivo, éste trascendía a sentimentalismo de la peor especie. El mismo Raikes lo habría vituperado. Pero Hudson comprendía ahora que de todos los hombres que había conocido era Raikes quien más próximo había estado a ofrecerle lo único que nunca había experimentado grandes deseos de tener: amistad, y que esta vez, sin embargo, él la habría aceptado. Se puso la bata y ascendió los escalones. Aquella noche bebería a la memoria de Raikes. Confiaba en que Joseph, el servicial Joseph, encontraría alguna bebida capaz hasta de dulcificar el gruñido del profesor Brussiak.

Hacía cinco minutos que Milo Lepovitch estaba en la oficina de Zarko cuando éste llegó a la conclusión de que su interlocutor le resultaba desagradable, y Zarko era lo bastante agudo para comprender que el sentimiento era recíproco. Cuando Milo Lepovitch entró en la confortable piecita que siempre despertaba en Zarko una sensación de placer y afecto, la tirantez de su boca solemne puso de manifiesto su desdén. Aquellos pequeños detalles que, para Zarko, daban a la habitación un carácter humano: el tiesto de calceolarias sobre la repisa de la chimenea vacía, la fotografía de su hijo y de su esposa colocada sobre el escritorio, la alfombra de brillante diseño montenegrino que había tejido su esposa antes de que se casaran... ninguna de esas cosas agradó a Lepovitch. Zarko adivinó lo que pensaba aquel joven de Belgrado, minucioso y eficiente. Se vió a sí mismo tal como lo veía Lepovitch: un cómodo y no demasiado celoso policía de provincias, que disfrutaba un cargo conquistado como recompensa por trabajos realizados para el partido. Decidió, con regocijada tacañería, no sacar la botella de rakia que guardaba en el escritorio. La opinión que Lepovitch se formara de él le importaba un ardite. Aquellos jovenzuelos del cuartel general de la OZNA eran todos exactamente iguales: flacos lobos insaciables, convencidos de que nadie podía aventajarlos en la caza. Lepovitch no imaginaba que él también era

agente de la OZNA. Trabajarían juntos y se vigilarían mutuamente. Era un sistema doblemente seguro. Para que el país conquistara el destino que le estaba reservado, había que mantener una constante vigilancia.

Procedimiento número dos. Eso significaba que debía escuchar el informe de Lepovitch trabajar con él y darle toda la ayuda que necesitara, que Lepovitch debía permanecer entre bastidores y que él, Zarko, cargaría con la responsabilidad final de todo lo que se realizara.

Se arrellanó en su asiento, encendió un cigarrillo y contempló fijamente las polillas que revoloteaban en torno a la lamparilla eléctrica, sobre el escritorio. Lepovitch permaneció de pie, caminando con pasos medidos entre el escritorio y la ventana mientras hablaba.

—Es imprescindible que ese hombre no abandone el país. Sabemos que existe, conocemos algunos de los nombres falsos que ha utilizado, pero actualmente no sabemos dónde está, e ignoramos su filiación y su verdadera nacionalidad.

—Buen comienzo —dijo Zarko con una semisonrisa. Lepovitch giró bruscamente sobre sus talones y frunció el ceño. Zarko gimió para sus adentros: aquel hombre no tenía sentido del humor. Resultaría difícil trabajar con él.

—Ese informe contiene todo lo que sabemos. —Lepovitch señaló con un movimiento de cabeza la carpeta verde que descansaba en el escritorio de Zarko—. Se supone que en este momento está en algún lugar de Dubrovnik.

Zarko recogió el informe y lo hojeó, mientras Lepovitch reanudaba su paseo y su conversación. Imperdonablemente, Zarko dejó de prestarle atención exclusiva. Lo miraba, pero sus palabras eran sólo una aguda estridencia. Lo que decía estaba en el informe. Hablaba sólo para impresionar, para poner de relieve su propia capacidad y su comprensión de una misión importante. Zarko comprendió que pertenecía a la mala casta de los advenedizos, y que en el fondo se le daba una higa del ideal que era tan caro a muchos de sus compatriotas. Zarko había hecho muchas cosas que en lo íntimo de su conciencia desaprobaba, pero que eran justificables como medio para establecer un régimen que últimamente le ofrecía a él y a los demás una perspectiva de humana justicia y de concordia, igualdad de expresión y derechos, cosas lo bastante importantes para subordinar todos los medios al fin. Pero, aun así, nunca había perdido de vista su propia y esencial humanidad.

Aquel Lepovitch, en cambio... ¿qué era? Un mocetón de veintiséis años, alto, magro, con el hábito del rigor físico, que desmentía o atenuaba su pulcro traje pardo, dotado de una impersonal eficiencia que dejaba sus huellas en el rostro delgado y severo, sin una sombra de compasión en los ojos, grises e inmóviles detrás de los lentes sin montura. Era un hombre incompleto, un hombre que había desperdiciado su juventud, que en su frenético deseo de éxito había olvidado el sonido de su propia risa. No llegaba aún a la treintena, y ya el cabello castaño estaba salpicado en las sienes de manchitas de color gris ceniza. Bruscamente, Zarko lo compadeció. Probablemente la juventud no había existido para él, ni la risa, ni la despreocupada

adolescencia... sólo había conocido la ruda camaradería de la guerra, el esfuerzo y la fatiga de la vida guerrillera, había dado un salto de la infancia a la madurez, y acabada la lucha se veía obligado a mantener su lugar en una jauría de advenedizos tan implacables como él mismo.

—Como usted ve, y a juzgar por los datos de ese informante de la Embajada Británica, tenemos todos los motivos del mundo para creer que ese inglés, John Raikes, es algo más que un funcionario comercial. Por eso estoy yo aquí, camarada Zarko. Debo averiguar todo lo posible acerca de Raikes y vigilarlo. No es el hombre que buscamos, pero trabaja en complicidad con él, y quiere ayudarlo a huir.

—¿John Raikes? —La voz de Zarko reveló en parte su sorpresa.

—Sí. Por supuesto, él no debe enterarse de mi presencia aquí.

Zarko se incorporó.

—No se preocupe. Jamás sabrá que usted existe. Venga conmigo.

Lepovitch le lanzó una mirada inquisitiva, que Zarko ignoró. El jefe de policía sacó un manajo de llaves del cajón de su escritorio, y salió de la habitación seguido por Lepovitch.

El edificio había pertenecido antaño a un adinerado exportador de vinos. Encima de la escalera de piedra, las estriadas curvas del techo estaban decoradas con guirnaldas de flores y gordos cupidos. Sobre cada uno de los arcos, en los recodos de la escalera, había grupos de desvaídos tritones, sirenas y faunos. Los clavos de acero de los tacones de Zarko percutían ásperamente los gastados escalones. Bajaron al vestíbulo principal, que tenía piso de mosaicos, y un guardia de la milicia, que estaba en posición de descanso, se puso rígido al verlos. La puerta que daba a la oficina principal, a la derecha del vestíbulo, estaba abierta, y la voz de un hombre que hablaba por teléfono llegaba débilmente a ellos. Desde el cielo raso los miraba con sorna un Baco desmesurado, que guiñaba un ojo obliterado por la humedad y apretaba con una mano enorme el descascarado pecho de una matrona lasciva, mientras con la otra vertía una copa de vino sobre la faz trompuda de una ninfa. Al llegar al extremo del corredor, bajaron una corta escalera que conducía a lo que, antes, había sido la bodega. Ahora se veía un corredor subterráneo, blanqueado con cal, silencioso y frío a la cruda luz de las lamparillas eléctricas.

Zarko abrió una gruesa puerta de madera, en el extremo del breve corredor, encendió la luz y con un gesto invitó a Lepovitch a entrar.

Estaban ahora en la bodega propiamente dicha. De las arcadas laterales habían desaparecido los estantes de las botellas. El techo bajo de piedra estaba blanqueado. Las piedras del piso y del techo parecían destilar un tenue olor antiséptico y una fría hostilidad. A lo largo de la cueva había cuatro grandes planchas de mármol, montadas sobre bloques de concreto y espaciadas regularmente. Las planchas estaban vacías, salvo una, y hacia ella condujo Zarko a Lepovitch. Sobre la losa yacía algo envuelto en un sudario blanco. Zarko tocó con los dedos el borde del sudario y miró a Lepovitch.

—Ayer por la tarde Raikes fué a bañarse. Pisó una mina terrestre y murió. Mañana por la mañana le rezarán un funeral. Este es John Raikes. —Retiró la sábana con ademán rápido, pero mantuvo los ojos fijos en Lepovitch, observándolo muy atento. Vió que los labios de Lepovitch se contraían fugazmente.

Después Lepovitch se volvió y lo miró. Dijo sosegadamente:

—No había necesidad de ser dramático. Podía habérmelo dicho en su escritorio.

—Usted habría insistido en verlo.

Lepovitch miró nuevamente el cadáver.

—Sí. —Tomó el sudario de la mano de Zarko y dejó al descubierto todo el cadáver. Los brazos estaban cruzados sobre el pecho mutilado. Zarko contorneó la losa, y al hacerlo advirtió el reloj que circundaba aún la muñeca de Raikes. Se inclinó y comenzó a desprenderlo. Tendría que colocarlo entre los demás efectos. Retuvo un instante la mano, recordando a los dos ingleses en el café, y para evitar el horror de la sangrienta máscara que había sido un rostro, sus ojos y su mente se concentraron en los detalles. Vió el vello corto, rubio y húmedo erizarse a medias sobre la franja de piel parda que había ceñido el reloj.

Lepovitch tendió la mano hacia el reloj destrozado.

—¿Usaba esto cuando murió?

—Eso y unos pantaloncitos de baño. En mi escritorio tengo sus demás pertenencias y un informe completo que usted podrá leer.

Lepovitch le devolvió el reloj. Miró a Zarko y la sombra de una sonrisa fugitiva se dibujó en sus labios. Después, volviéndose al cadáver, comenzó a examinarlo con una escrupulosidad que a Zarko le resultó penosa de ver. Alzó las manos, enderezando los dedos como si esperara encontrar algo en su rígido apretón, y levantó las piernas dilaceradas por los cascotes y las piedras. Después, con un movimiento impaciente, extendió la sábana sobre el cadáver y giró sobre sus talones. Encendió un cigarrillo, y por encima de la llama del fósforo miró a Zarko de hito en hito; nuevamente una débil semblanza de sonrisa, desprovista de humorismo, le recorrió la boca. Aquella sonrisa, el desdén que sugería, provocaron en Zarko una momentánea sensación de incomodidad. Se sintió repentinamente ansioso por salir de la bodega, y la seguridad que abrigaba de comprender a aquel hombre se disipó un tanto.

—En mi oficina tengo una botella de rakia. Puedo mostrarle sus cosas, y mientras tomamos un trago le diré lo que sé de él.

Lepovitch asintió con el gesto, y dejó que el humo se escurriera suavemente entre sus labios.

—Es una lástima que esté muerto. Habría podido decirnos muchas cosas. —Se encogió de hombros encaminándose a la puerta—. Sin embargo, un hombre inteligente puede sonsacar a los muertos.

Más tarde, en su cuarto del Hotel Imperial, Lepovitch escribió el primero de sus informes cotidianos. A la mañana siguiente lo enviaría por vía aérea a su jefe, el capitán Rudi Vuksan, al cuartel general de la OZNA en Belgrado.

Dejó de escribir, mirando por la ventana abierta el cielo espolvoreado de estrellas sobre la masa oscura de la ciudad amurallada. En el escritorio, ante él, descansaba una fotografía de su esposa. Volviendo a su informe la miró de soslayo, y los tensos contornos de su boca se suavizaron al influjo de una ternura interior, rara vez expresada. Después siguió escribiendo con su minuciosa caligrafía:

Adjunto el informe oficial de la policía sobre las circunstancias de la muerte de ese hombre, y una lista de sus efectos que, por el momento, permanecen en poder del camarada Zarko. Ciertos aspectos de esta investigación, aunque sería prematuro depositar demasiada confianza en ellos, me hacen suponer que esta contrariedad inicial podría no resultar del todo desventajosa.

Referente a Vladimir Zarko: Mi primera impresión no es favorable. Tiene cierta afabilidad burguesa que sospecho sea menos un amaneramiento que una tendencia política mal extirpada. Su inteligencia y eficacia no son sobresalientes. Sin embargo, una apreciación más completa sólo podrá fundarse en un conocimiento más amplio...

DÍA TERCERO

Después de la oscuridad de la iglesuca, la luz del cementerio resultaba eneguedora, un reverbero que intensificaba todos los sonidos y esmaltaba con colores implacables los arbustos, las flores y los suntuosos mármoles de las tumbas. Hudson apartó la vista del rojo y el oro de los paramentos sacerdotales que se balanceaban suavemente. Por encima de las cabezas del grupito que marchaba ahora por la alameda principal en dirección a los portones de entrada, vió la piel de lagarto del mar, estirada hasta el horizonte, jaspeada de pálidos grises y verdes y salpicada de ascuas de plata. Junto al portón, dos cipreses, negros contra el sol, parecían signos de exclamación que temblaban con devota vigilancia cada vez que un ruidoso tranvía ascendía la colina y pasaba frente a la entrada.

Pocas personas habían asistido a la ceremonia: él, Zarko y el coronel yugoeslavo. El coronel Grol se le había acercado la noche anterior, a la hora de la cena, y después de mirar con expresión perpleja la botella de *liebfraumilch* (obtenida merced a los buenos oficios de Joseph) había expresado las condolencias de los huéspedes por la muerte de Raikes y había solicitado permiso para asistir al funeral. Estaban ahora en el portón del cementerio, entrando en el automóvil de Zarko. Hudson no había aceptado el ofrecimiento que le hiciera Zarko de llevarlo en su automóvil. Quería caminar. El féretro de Raikes había sido introducido en uno de los nichos que alveolaban las largas paredes del cementerio. Habían tapado la abertura, en forma provisional, con una losa de mármol; por la tarde vendría un albañil para ajustarla definitivamente. En la ménsula, debajo de la boca del nicho, habían sido colocadas las coronas de flores enviadas por el hotel, Zarko y Hudson.

El sacerdote lo tocó en el codo.

—No conviene estar parado al sol tanto tiempo con la cabeza descubierta, hijo mío.

Hudson se volvió y encontró una cara vieja y arrugada, una tez afeada por las manchas grises del tiempo, pero los ojos eran oscuros, francos y sorprendentemente jóvenes. Hudson se puso el sombrero y echó a andar. El sacerdote le acompañó unos pasos. Después se detuvieron, separados por un desasosiego que mal podían remediar las palabras.

—En los viejos tiempos veíamos muchos ingleses en Dubrovnik. No todos hemos perdido el afecto que les teníamos. —Hudson lo miró, con la cabeza soslayada. El sacerdote alzó el brazo, haciendo caer la manga de la sotana, y se rascó la nuca, y por un instante su rostro asumió una expresión casi impúdica. Hudson sabía cuáles eran las dificultades de la Iglesia en aquel país, y reconoció por un instante estar en

presencia de un espíritu de rebeldía que debía palpar con fuerza en aquel y en todos los demás países de Europa Oriental. Pero en seguida, como si no deseara provocar confidencias, como si le bastara con haber mostrado el borde de aquel antiguo espíritu, el sacerdote añadió quedamente:

—¿Eres católico?

—No, padre.

—Todos nos cobijamos debajo del mismo techo. Me penitenciaré por decir esto, pero quizá importe poco qué puerta elijamos para entrar en la casa. Si lo deseas puedes ir a verme mientras estés aquí.

Hudson le agradeció y se encaminó al portón...

Más tarde, en el meridiano silencio del cementerio, una muchacha que venía del cerro se deslizó por la portezuela lateral y se dirigió de prisa a la nueva tumba. Dejó un ramillete de rosas blancas en la ménsula, y retrocediendo un paso se persignó. Era de corta estatura, maciza y vigorosa; usaba un delantal azul sobre un ordinario vestido blanco, y una toca roja, anudada bajo la barbilla, le cubría el cabello oscuro. Llevaba en el escote del vestido un broche pequeño con un camafeo que representaba la cabeza de Mercurio. La cara de la muchacha tenía la belleza tosca de las campesinas, la tez tostada, firme y saludable; las manos callosas y enrojecidas por el duro trabajo. Lanzando una mirada nerviosa por los alrededores echó a andar y atravesó la portezuela. El sol encendía las rosas depositadas en la repisa. Unido a los tallos por una cinta había un trocito de cartón azul, en el que una mano torpe había escrito las siguientes palabras: Mientras dure el recuerdo vivirá mi amor...

Cuando Hudson llegó a la ciudad, la calle principal estaba llena de paseantes que acababan de almorzar. Aquella gente poco o nada dejaba entrever de lo que pensaba sobre el sistema político que, desde Belgrado, moldeaba sus vidas. Había allí tenderos, estudiantes, chicas del gimnasio, corrillos de campesinos en las esquinas, aquí y allá un miliciano con la carabina al hombro y una estrella roja en la gorra, grupos de soldados con licencia que fanfarroneaban del brazo de muchachas de ojos brillantes. A Hudson le habría gustado hablar con todos ellos; le habría gustado saber lo que pensaban los tenderos sobre la inminente municipalización de sus comercios, habría querido interrogar a los niños sobre la historia moderna que se les enseñaba y pedir a los campesinos una opinión sincera sobre los mercados cooperativos... pero en aquel país era difícil formular abiertamente una pregunta sincera. Se desaprobaba el trato con los extranjeros. Siempre estaban presentes los guardias de la milicia, los soldados, los delatores y, pendiente de las paredes de las casas, la mirada fría y ceñuda del Mariscal, sobre el estribillo infaltable: Zivio drug Tito.

Hudson entró en el Gradska Kavana y se encaminó a la terraza que dominaba el portezuelo. Se sentó en una mesa desde donde se divisaba la gran mole de la fortaleza, que se erguía a la derecha, y el largo litoral que se dilataba hacia la izquierda. Pidió media botella del vino blanco local y se sumió en un melancólico descontento, apartado del ruido y el movimiento del café.

Muerto Raikes, aquel país era, más que nunca, una prisión en que uno llegaba a extrañar los consuelos que ofrecen los recintos cercados por las alambradas de púa. Durante la guerra, él y los demás prisioneros habían formado una sólida comunidad. Aquí cada hombre constituía su propia cárcel, estaba encerrado a solas con sus pensamientos. Hasta las conversaciones entre amigos eran cautelosas, y campeaba en ellas una falsa afabilidad. Y para él, que era un forastero en la prisión, el aislamiento era aún más completo. Hablar con él equivalía a demostrar un imprudente interés en los países occidentales, donde existía la libertad.

Una sombra descendió sobre la mesa, y Hudson alzó la vista. El coronel Grol estaba parado junto a él, de espaldas al mar, con los dientes blancos y fuertes descubiertos en una sonrisa. Parecía un carnicero sonrosado, pulcro y gigantesco, vestido de disfraz: la estrella de Tito en el pecho, una pistolera muy bruñida en la cintura: fanfarria y galones de oro.

—Mr. Hudson, se le ve solitario. Mademoiselle Pazan y yo tendríamos sumo placer en que nos acompañara a almorzar en el hotel.

Hudson se puso en pie. La muchacha de la orquesta estaba parada junto al coronel, con una mano apoyada ligeramente en su brazo. Involuntariamente, Hudson miró atrás, en dirección a la orquesta que seguía tocando detrás de las puertas de cristales. Franja Pazan advirtió esa mirada y sonrió.

—Hasta las cantantes, Mr. Hudson, tienen sus días de asueto —dijo con una seguridad que Hudson no había advertido antes en ella.

—Encantado de poder acompañarlos.

El coronel miró a Hudson y luego a la muchacha.

—¿Ustedes se conocen?

La muchacha alzó el brazo vendado.

—Fué Mr. Hudson quien...

—¡Ah, por supuesto! —dijo el coronel; y luego, dirigiéndose a Hudson—: Usted es un hombre de muchos recursos. Franja, debemos vigilarlo. Un hombre que puede guindar dos botellas de *liebfraumilch* en este hotel no es de confiar. —Soltó a reír, echando atrás los hombros.

—Lo que quiere decir el coronel —terció la chica, sonriendo momentáneamente— es que confía en que podrá usted repetir el milagro durante el almuerzo.

Hudson los acompañó hacia la escalinata que descendía al puerto.

—La estación propicia de los milagros es la noche, pero veré lo que se puede hacer.

—Debimos invitarlo a cenar. —El coronel se detuvo ante los botes de alquiler atracados al murallón del puerto—. Quién sabe, a lo mejor habríamos conseguido una botella de Pommery 1921.

—No, ése no es mi fuerte. Pero, a juzgar por algo que le oí a Joseph, creo que podríamos conseguir una botella de vino del Rin.

Para ahorrarse el largo camino de regreso, el coronel alquiló un bote que los llevó al hotel. En el camino, la muchacha habló poco. Se sentó frente a Hudson, y festejaba, con risa que a Hudson le pareció algo forzada, los incesantes chistes del coronel. Los chistes del coronel eran como él: gruesos, sencillotes y con cierta tendencia a lo ruidoso. Y durante el almuerzo se hizo evidente que la conversación era para él el arte en que las demás personas decían lo que tenían que decir aprovechando las pausas en que él dedicaba su atención exclusiva a su copa y a su plato.

Hudson escuchaba, preguntándose cuál sería la relación entre aquel hombre y Franja. Le resultaba difícil comprender por qué le habían invitado, y más difícil aun comprender de qué suerte de inmunidad gozaba el coronel para formular observaciones que, en aquel país, tenían la explosividad de granadas de mano.

—Sólo dos cosas me importan, Mr. Hudson: mi país y el hombre que lo dirige. Yo puedo dar mi lealtad a un hombre, pero no a una ideología. Soy soldado. Que otros se ocupen de política. Yo, cuando me encuentro con un bribón lo llamo bribón, aunque sea miembro del partido —hizo una pausa para vaciar el vaso de vino del Rin.

—¿Y esa franqueza no es peligrosa?

—Un soldado debe vivir en la proximidad del peligro. Deme usted un hombre a quien valga la pena seguir, un hombre que quiera a su país como el Mariscal Tito, y yo lo seguiré. Si mañana el Mariscal Tito dijera que el comunismo nos lleva por un camino equivocado, yo lo creeré. Una vez que uno elige al héroe no puede permitirse dudar. —Hizo tintinear el vaso al dejarlo sobre la mesa, y los miró con cara resplandeciente. En aquel instante se acercó el camarero y le dijo que lo llamaban por teléfono. Cuando el coronel se alejó, Hudson le dijo a Franja:

—Explíquesele usted. Es un milagro que no lo hayan liquidado mucho tiempo atrás.

Ella rió.

—El coronel Grol es uno de los más íntimos amigos de Tito; algunos dicen que es su único amigo. Quizá a Tito le agrade tener por lo menos un hombre completamente franco. Sea como fuere, sobrevive... y además, tiene mucha influencia.

—¿También es amigo suyo?

—No. Conocido. Me lo presentaron en Belgrado.

Joseph, el camarero, les trajo el café, y mientras lo servía guardaron silencio. Poco después volvió el coronel Grol.

—El comandante de la guarnición de Dubrovnik desea verme. Enviará su automóvil a buscarme. ¿Quiere usted volver conmigo o esperará al barquero? —preguntó a Franja.

Hudson la vió vacilar. Antes de que ella pudiera responder, dijo él tranquilamente:

—Es una herejía andar dando tumbos en un automóvil cuando apenas se acaba de almorzar. Podemos sentarnos en el jardín y esperar al barquero.

—¿Tiene inconveniente? —preguntó Franja mirando al coronel. Este rió.

—No. Muy sensato. Ojalá pudiera quedarme con ustedes. Sé lo que quiere el comandante: un traslado. Los soldados nunca están satisfechos. —Se demoró un instante, antes de dejarlos, y añadió con una sonrisa franca—: No repare demasiado en lo que confidencialmente le diré Franja de este país, Mr. Hudson. Actualmente, llevar a un extranjero a un rincón desierto y hablarle con el corazón en la mano es ya una costumbre nacional. Un buen civil, como un buen soldado, tiene derecho de pataleo. Hay que sospechar de los que nunca se quejan, Mr. Hudson...

Bajaron al palmar, y se sentaron en el murallón que miraba al mar.

—No creo que dure mucho; es demasiado sincero. —Hudson la observó mientras hablaba. Ella miraba fijamente la isla; el viento le agitaba suavemente el cabello y el perfil de su rostro se destacaba nítido contra el cielo distante—. Es muy listo —prosiguió Hudson—. Después de lo que él dijo, usted no se siente dispuesta a confiar en mí. Él ha puesto una barrera entre usted y yo.

Ella se volvió y rió quedamente, y experimentó una súbita cordialidad cuando lo vió sonreír. Él comprendía su estado de ánimo, y se había abierto paso a través de su desasosiego.

—Nada tengo que decirle. Usted ha visto el país. Ha hablado con la gente...

—Sí. Hemos hablado en el extremo del pasillo de un tren, apoyados en el parapeto de un puente, sentados en un banco de la plaza, y siempre mirando por encima de un hombro, y después por encima del otro, para ver si hay alguien espiando u oyendo. Eso es lo que los italianos llaman el tic totalitario.

—Es una enfermedad.

—Los únicos que no la contraen son los que padecen tortícolis.

Ella rió, despreocupadamente esta vez. Se sentía segura, libre de decir lo primero que se le ocurriese, pero, extrañamente, no sentía necesidad de decirlo.

—¿Cuánto tiempo estará usted aquí? —Formuló la pregunta antes de tener conciencia de que se había formado en su mente.

—Mucho tiempo... dos semanas, quizá.

Mucho tiempo. Para ella era muy poco. Experimentó un súbito resentimiento contra aquel hombre. Él se sentaba a su lado y le hablaba, le concedía un breve período de libertad, y después se marcharía. Nada lo tocaría. Venía de un mundo distinto. Lo miró, vió las pequeñas arrugas que se formaban en torno a sus ojos, mientras él contemplaba con fijeza la isla y el mar coruscante. Parecía satisfecho, fuerte, seguro de sí mismo. Poseía todas las cosas de las que ella carecía. Luego se sintió avergonzada de sí misma y comprendió que aquélla no era más que una nube pasajera que le había oscurecido momentáneamente el placer de estar sentada junto a él. Pero en algo debió traicionarla su actitud, porque él dijo:

—¿Qué le ocurre?

—Nada.

—Soy buen oyente. Puede decirme lo que quiera.

Ella se puso en pie.

—Viene el bote.

Él se incorporó también y se paró junto a ella.

—¿Quiere que lo diga yo por usted? —dijo, haciendo caso omiso de las últimas palabras de la chica.

—Lo siento. De pronto me sentí mezquina. Creo que le odie por poder tomar las cosas con tanta tranquilidad.

Hudson comprendió que en el interior de la muchacha se amontonaban en tropel las palabras, como las aguas de una inundación se amontonan contra las compuertas, y que no ya el miedo, sino la simple costumbre era lo que las contenía.

—Es natural. Dígame que me odia porque soy libre, dígame que odia su propio temor, diga que quiere romper en pedazos cada fotografía de Tito que ve, diga que odia el cielo nocturno porque todas las estrellas se han vuelto rojas...

—Por favor...

Ella lo tomó del brazo, interrumpiéndolo, y él oyó que respiraba pesadamente, abriendo la válvula de escape de su presión emocional para sentir algún alivio. Después prosiguió quedamente, sin soltarle el brazo, mientras descendían a las rocas para encontrarse con el barquero:

—El coronel Grol le advirtió que no tomara demasiado en cuenta lo que yo le dijese.

Hudson la condujo a través del roquedal al sitio donde esperaba el bote.

—El coronel nos ha dado un mal comienzo. Empecemos de nuevo. Mañana por la tarde iremos a bañarnos juntos, y después podrá venir a tomar el té en el hotel. ¿De acuerdo?

Ella lo miró un instante, apoyándose en su mano para subir al bote. Y comprendió que quería verlo nuevamente, quería estar con él, quería reírse y divertirse libremente. Sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

Antes de la cena, Hudson bajó a la playa para tomar su acostumbrado baño vespertino. Dejó su bata en el pequeño cubículo construido contra la roca, y permaneció un instante erguido junto a la orilla, anticipando el placer del agua. Se había sentido desasosogado desde el almuerzo, y comprendía que el motivo de ese desasosiego era Franja. Durante toda su vida, sus relaciones con mujeres habían consistido en uniones simples y directas, poco complicadas, nacidas de una mutua simpatía. La emoción rara vez había sido para él algo más que una decorativa ficción construida en torno al afecto común, la camaradería y su propia naturaleza confesadamente sensual. Ninguna despedida le había dejado herido, ningún placer había tenido para él más intensidad que la que puede extraerse del fugitivo instante. Pero comprendía que la reacción de esta muchacha, que le atraía como le habían atraído tantas otras mujeres, no podía estar libre de complicaciones. Ella misma era un ser inquieto, desdichado, en quien el infortunio engendraba el resentimiento. Por todo eso, gozaba de su simpatía. Pero había en ella una integridad que exigiría algo

más que una ficción. Hudson comprendió que lo que él podía ofrecerle nunca bastaría para satisfacerla.

Nadó en la oscuridad, columbró la mole de la isla, y oyó las voces de los pescadores de sardinas, que se deslizaban suavemente en sus barcas. Poco más tarde los faroles de las proas estallarían en súbito fulgor. A menos de cien yardas de distancia vió las siluetas de las lanchas, y nadó hacia ellas, curioso y feliz de tener un objetivo en las tinieblas y los indecisos límites del agua. Cuando uno se mueve, pensó, debe moverse con un rumbo definido. El movimiento sin objeto es insatisfactorio... Luego, divertido por su propia pomposidad, pensó si valdría la pena hacer una antología de los graves pensamientos que acompañan a los hombres en soledad. El nadar le sugería esos pensamientos con la misma naturalidad con que el calor produce sarpullido. Feliz el hombre a quien una vez en su vida el inconsciente le hace la merced de un epigrama perfectamente construido...

Oyó el ruido sordo de un remo contra las tablas del fondo de una lancha, y vió que una de ellas se había acercado. Echóse atrás el cabello que le cubría la frente, observando la fosforescencia que se desprendía de su brazo, y chapaleó mientras la silueta negra de la barca avanzaba lentamente sobre él. Cuando estaba a pocas yardas de distancia se puso de costado y braceó para apartarse del rumbo de la embarcación. Oyó una voz cautelosa, y le pareció que había pronunciado su nombre. Dejó de nadar, y nuevamente oyó aquella voz recatada:

—*Signore. Signore* Hudson.

La barca se acercó aún más, y Hudson vió la silueta de un hombre de pie en la proa. Detrás se divisaba la sombra oscura de otro hombre, sentado en la popa.

—*Signore...* —La voz, casi un susurro, tenía ahora un dejo áspero de urgencia.

Hudson nadó hacia el bote. Alzó una mano y se colgó de la borda, dejando que el agua balanceara su cuerpo.

—¿Qué quiere?

—¿*Signore* Hudson?

—Sí. ¿Cómo sabe mi nombre?

El otro lo miró, y a la luz de las estrellas y de la pálida fosforescencia que desprendía la quilla del bote, Hudson vió su cara. Por un instante volvió a su infancia, a la casa de su tía, donde solía contemplar, desde la cama, un cuadro de la Última Cena. La mayoría de los apóstoles tenían caras como la de aquel hombre, largas, barbadas y con un aire de severo buen humor. El barquero se acuclilló contra la regala, y al hacerlo se abrió su amplia chaqueta de hilo, dejando al descubierto su pecho velludo.

—*Signore* Hudson, es muy importante... —Hablaba con acento italiano, y su voz, aunque rebajada a murmullo, era vigorosa y autoritaria—. Debe nadar hasta la isla. Allí... —Señaló con la mano la isla, que estaba a unas cien yardas de distancia—. Hay una piedra blanca. Nade hasta ella.

Hudson lo miró con fijeza, frunciendo el ceño.

—¿Qué diablos significa todo esto? —Se desprendió del bote, y el otro se inclinó sobre la borda, tendiéndole un brazo y señalando la isla, como si de ese modo pretendiera infundirle prisa por cumplir las instrucciones.

—Es muy importante, ignore. —Después, con una sonrisa, el barquero dió un paso atrás, y la embarcación se alejó, llevada por la correntada que se movía desde la isla hacia la tierra firme.

Hudson empezó a nadar lentamente en dirección a la isla, sin perder de vista el pálido contorno de la piedra que habían blanqueado para que sirviera de señal a los pescadores. Pocos minutos después sintió el roce de las primeras algas, y luego el áspero contacto de una roca sumergida. Se dejó flotar, chapaleando como un perro, hasta que logró aferrarse al primero de unos montículos de rocas que se alzaban cerca de la orilla. Se incorporó, chorreando agua, se puso en pie y sacudiendo la cabeza para enjugarse el rostro, caminó de roca en roca hacia la piedra blanca, emplazada al borde de un enmarañado monte de arbustos bajos, detrás de la playa.

A una yarda de la piedra se detuvo. Contra una de sus aristas, la más próxima, se destacaba la silueta de un hombre, que lo aguardaba apoyado en una nudosidad de la piedra. Luego, impaciente al ver que Hudson no avanzaba, la sombra se separó de la roca y se adelantó. Una voz dijo:

—¡Toma! —y un impermeable voló hacia él. Hudson tomó el impermeable y se lo puso sobre los hombros, en un curioso estado de anonadamiento. Sabía que un instante más tarde su corazón empezaría a palpar furiosamente, y que al mismo tiempo surgiría la acostumbrada represión, se negaría a reconocer que estaba impresionado.

—Lamento hacer las cosas de este modo. Hay cigarrillos y fósforos en el bolsillo del impermeable, pero no fumes hasta que entremos en la maleza. —La frase concluyó en una risa a medias, en una discreta nota de turbación, casi de excusa, y al mismo tiempo el hombre alzó un poco el rostro y la luz de las estrellas puso de manifiesto los rasgos familiares de Raikes. Hudson lo había reconocido apenas oyó la palabra: “Toma”. Ahora, para disimular la mezcla de alegría y de cólera que experimentaba, dijo:

—Te alegrara saber que te hicimos un funeral respetable.

Raikes tornó a reír, esta vez con algo de su viejo aplomo, y tomó a Hudson del brazo.

—Los momentos como éste son muy embarazosos. Cuando llegue el día de la resurrección, las gentes se mirarán unas a otras sin saber qué hacer. Créeme, estuve parado aquí media hora como un chico asustado.

Hudson avanzó con él hacia el monte.

—A juzgar por el impermeable y los cigarrillos, me parece que no es poco lo que tienes que explicarme.

—No es poco, en efecto. Te lo explicaré mientras tomamos una copa.

Antes de entrar en el monte, Raikes se detuvo y enfrentó a Hudson.

—Gracias, Hudson —dijo con la mayor sencillez.

—¿Por qué?

—Por tomar las cosas en la forma que yo esperaba.

—No me sobreestimes. No creeré en nada hasta que no me des ese trago que me prometiste. Entonces, y sólo entonces, creeré que estás vivo.

Sin decir una palabra, Raikes se volvió y echó a andar por un senderillo abierto entre enebros y achaparrados robles. Cuando coronaban una pequeña eminencia, Hudson vió el largo dedo de un reflector que surgía en un extremo de la isla. El haz se arrastró sobre el agua en un semicírculo, se detuvo y giró luego en sentido inverso. Raikes dijo en voz baja, por sobre el hombro:

—En la punta de la isla hay un destacamento del ejército.

Bajaron una corta vertiente y se detuvieron ante una choza de troncos, construida en un repliegue del terreno. Raikes entró y Hudson lo siguió. Cerraron la puerta. Hudson oyó el chasquido de un fósforo, y a la llama anaranjada del mismo vió a Raikes que se acercaba a una mesa y encendía dos velas calzadas en botellas. La llama fluctuó un momento, indecisa y vacilante; después se hizo clara y fuerte, y brotaron de la sombra los detalles de la cabaña.

—Bienvenido a Liberty Hall. —Raikes acercó un banquillo a la mesa, y cuando Hudson se hubo sentado tomó una botella de la solera de la ventana y llenó un par de vasos. Sentóse frente a Hudson, y ambos alzaron los vasos y bebieron. Hudson bajó el suyo.

—¿Es *whisky*?

—Sí, todavía se puede conseguir alguna botella... si uno sabe a quién dirigirse.

—Para obtener las cosas que hacen agradable la vida es preciso saber a quién dirigirse.

—A veces es conveniente saberlo para seguir viviendo.

Hudson sonrió.

—Prefiero que empieces por el principio y no te interrumpas.

—Es difícil.

—Sabré escuchar con paciencia.

—Necesito tu ayuda.

—Comienza por el principio.

—No te diré todo lo que quieres saber. Si algo sale mal... lo que no sepas no podrás decirlo.

—Eso parece lógico.

—Es práctico. En todos los países del mundo existen instrumentos para hacer hablar a los hombres. Pero nadie puede decir lo que ignora. —Guardó silencio un instante, mientras vaciaba el vaso—. Mira, yo pasé gran parte de mi infancia en estas cosas. Mi padre, que era importador de vinos, tenía una casa de veraneo en una de las islas. Hablo el idioma del país como si fuera el mío propio, y tengo amigos. Uno de ellos está en Dubrovnik, es el pescador que acaba de hablar contigo. Durante la

guerra recorrí muchas veces esta costa, en misiones del Servicio de Inteligencia Naval. Ese pescador, Sandro trabajó para nosotros, y sigue haciéndolo. Pero ya está cansado. En estas cosas se aguanta hasta cierto punto, y nada más. Quiere volver a Italia, de donde procede. Yo no soy funcionario de la Bolsa de Comercio, pero tengo un puesto semioficial.

Raikes hizo una pausa, aguardando la reacción de Hudson, y éste llenó su vaso. Pequeños recuerdos de los días pasados en Belgrado retornaron a su mente.

—Es una manera elegante de decirlo. Adelante.

—Vine contigo a este país, por dos motivos: primero, porque siempre tratamos, si es posible, de entrar y salir legalmente, y en segundo lugar, porque al enterarnos de que Sandro quería marcharse abrigamos la esperanza de que pudiera acompañarlo otra persona. Se me confió la misión de lograr que esa persona saliera con Sandro.

—¿Y quién es esa persona?

—Uno de los huéspedes del Hotel Argentina. Eso es todo lo que puedo decirte, y lo único que necesitas saber. Lo que quiero que hagas, cuando llegue el momento, es que transmitas un mensaje mío, en el que se explica cómo ha de realizarse la fuga. Hecho eso, podrás olvidar todo el asunto.

Raikes se interrumpió para vaciar su vaso, y Hudson comprendió que a pesar de su calma exterior se divertía enormemente. En cuanto a él mismo, refrenó sus sentimientos hasta que se disipara la confusión.

—Tu historia no es muy puntual. Adolece de grandes lagunas. ¿A quién destrozó la mina, y por qué no transmites el mensaje tú mismo?

—El muerto era Luca, uno de los hijos de Sandro. Nos conocimos de niños, y a menudo nos han tomado por hermanos... Siento lo ocurrido a Luca, pero fué uno de esos malditos accidentes. Había venido a traerme un mensaje de Sandro. Nadó desde su bote hasta la costa, y cuando regresaba a la playa... ocurrió eso. En Belgrado nuestros agentes me informaron que probablemente la OZNA se había enterado de cuál era mi misión. Por eso resolví pasar por muerto. ¿Viste el cadáver?

—Sí.

—La sustitución no fué difícil. Luca y yo teníamos la misma estatura, el mismo color de cabello. Rompí mi reloj, lo ceñí a su muñeca, y nadé hasta su bote. En un país como éste los muertos gozan de mayor libertad que los vivos, Aquí nadie me molesta. Está prohibida la entrada de turistas en la isla, y Sandro y yo nos encontramos de noche. Una vez organizada la fuga, sólo faltará transmitir el mensaje. Cuando llegue el momento, te daré algo que te permitirá fácilmente reconocer a la persona implicada. Como tú sabes, los agentes trabajan a menudo en la oscuridad. Lo único que sé es que esa persona está en el hotel, y que tres gobiernos, incluso el nuestro, procuran que escape. Si algo falla, esa persona no dará a la OZNA la oportunidad de que le hagan hablar.

—Una persona muy importante.

Raikes asintió.

—Tan importante, que ni siquiera me han confiado todos los detalles.

Hudson se puso en pie y caminó lentamente hacia la ventana, obstruida por un saco. En el interior de la choza sólo había una mesa, dos banquillos y una pila de frazadas, pulcramente dobladas en un rincón. Ese atildamiento no era propio de Raikes, aunque Hudson comprendía ahora que bajo la desprolijidad exterior y el despreocupado humorismo de aquel hombre debía ocultarse una inteligencia muy despierta. Miró las frazadas, después a Raikes, y dijo sosegadamente:

—¿Cómo estabas tan seguro de que yo te ayudaría?

Raikes giró sobre sus talones, perplejo, pero antes de que pudiera responder se oyó afuera el ruido de pesados zapatos sobre las piedras sueltas, y luego pasos medidos sobre el terreno arenoso que rodeaba la choza. Hudson retrocedió un paso, hacia el fondo de la choza, con los ojos fijos en la puerta.

—No te inquietes. Es Yelitsa. Me trae la comida dos veces por día. —Antes de, que pudiera agregar algo más, se abrió la puerta y entró una muchacha en la cabaña. Un pañuelo rojo le ceñía el cabello oscuro. Traía en los brazos un paquete envuelto en papel, apretado contra la almidonada tela de su vestido azul y blanco, en cuyo escote llevaba prendido un broche con un camafeo figurando la cabeza de Mercurio. Miró a Raikes, y luego a Hudson. Por un instante la mirada de sus ojos, oscuros y adustos a la pálida luz de la bujía, abarcó a ambos, y en la cara, de tosca belleza, se dibujó una expresión de resentimiento.

—Sólo hay pan, lechuga y remolachas. —Dejó el paquete sobre la mesa, y dió media vuelta para irse.

—Gracias, Yelitsa.

La muchacha se encogió de hombros y salió.

—Simpática muchacha.

—Es la nuera de Sandro. El viejo palacio de la isla, que fué construido por Maximiliano, está transformado ahora en orfanato. Ella trabaja en las cocinas. Habla poco. Quería mucho a Luca, y supongo que, en cierto sentido, me hace responsable de su muerte.

—¿Era su esposo?

—No. Sandro tiene otro hijo, Tulio. Tulio se casó con Yelitsa hace tres años. — Raikes desató el envoltorio y empezó a comer. Miró a Hudson con la boca llena de remolacha—. ¿Por qué no habría de estar seguro de que me ayudarías?

—Hace apenas unas semanas que me conoces. ¿Cómo sabías que yo estaría dispuesto a correr el riesgo? Yo debo pensar en el contrato de mi compañía. Además, tengo el mayor aprecio por mi propio pellejo.

—Conozco tu foja de servicios de guerra. Estoy enterado de las fugas que organizaste en los campos de concentración, y también sé que nunca aprovechaste las circunstancias para escapar tú mismo. Antes de encontrarme contigo averigüé todo lo que pude acerca de ti...

—¿Porque pensaste que podías necesitar mi ayuda?

—No. Pero me gusta conocer a las personas con quienes viajo. Nunca se me habría ocurrido pedirte ayuda, hasta que vi al pobre Luca tendido en la playa... Entonces comprendí que yo podía desaparecer de la escena, siempre que tú me hicieras un favor muy simple. No pretenderás que te hable en términos heroicos, que te hable de la libertad y la lucha contra la tiranía y todo lo demás... Tú has visto el país. Lo único que debes hacer es transmitir un mensaje sencillísimo. No te hagas el desentendido, Hudson, tú sabes perfectamente que puedes hacerlo.

—¡Vete al diablo! —Hudson se acercó a Raikes y se detuvo junto a él, encendiendo un cigarrillo.

—No quieres llegar demasiado tarde al hotel —dijo Raikes—. Eres un animal de costumbres. Gracias a eso pude comunicarme contigo. No pierdas ninguno de tus hábitos.

Hudson se sentó, acodándose a la mesa.

—Quiero que me contestes algunas preguntas. —Ya estaba resuelto a ayudarle; se limitaba ahora a analizar automáticamente los detalles, sintiendo renacer en su interior el viejo placer de la conspiración.

—Adelante.

—Tú has sustituido a Luca, pero a los amigos y vecinos del verdadero Luca, ¿no les extrañará su desaparición?

—Luca era un andariego. Cuando murió, hacía sólo tres días que había regresado a Dubrovnik. Estaba trabajando en Sarajevo, en el ferrocarril de la Juventud. Luca va y viene. Ahora se ha ido, eso es todo.

—¿Cómo se realizará la fuga?

—No es necesario que lo sepas.

—¿Cuándo, entonces?

—Dentro de una semana, quizá más tarde.

—¿Cómo me darás el mensaje que debo entregar en el hotel?

—Sandro sale todas las noches con las lanchas sardineras. Siempre enciende los faros a la misma hora. Cuando yo te necesite, Sandro cubrirá tres veces el faro, después de encenderlo. Deberás estar alerta. Cuando veas la señal, nada hacia aquí.

—¿Qué sabe de ti y de este asunto el Departamento de Defensa del Pueblo Yugoslavo?

Raikes sonrió.

—¿La OZNA? Me gustaría saberlo. Supongo que saben un poco menos que tú. Me creen muerto. Saben lo que yo era, y saben que alguien trata de escapar. Es posible, inclusive, que sepan que la persona que quiere escapar es uno de los huéspedes del hotel, pero lo dudo.

Hudson quedó un rato silencioso. A pesar de toda su inteligencia, Raikes era un romántico. Al ver a Luca muerto, no había podido resistir la tentación del gesto romántico. Era seguro que si el departamento de policía sospechaba de Raikes,

verificaría cuidadosamente la identidad del cadáver. Hudson nunca habría dado el paso que dió Raikes.

—¿Estás convencido de que no sospecharán que estás con vida?

—Pueden sospecharlo, pero no lo creo. Sea como fuere, yo tenía que desaparecer. Si hubiera dejado pasar un día más, es probable que me habrían puesto bajo custodia preventiva. Eso habría arruinado todos mis planes. Alguno de los miembros de la OZNA sabía demasiado. Yo tenía que desaparecer.

—Si el plan fracasara, si fracasara completamente... ¿qué ayuda recibiríamos tú o yo de la Embajada de Belgrado?

Raikes sonrió y partió en dos una remolacha.

—La respuesta a eso, Hudson, está contenida en dos palabras monosílabas, una frase que ambos, como ex oficiales, conocemos. ¿Quieres otro trago antes de irte?

—No, gracias. Ya me he demorado demasiado.

Hudson se levantó, y Raikes lo acompañó hasta la puerta.

—Disfruta de tu cama, y piensa que yo duermo en el suelo.

Hudson miró de soslayo la pila de frazadas en el rincón de la choza.

—¿Quién dobla las frazadas? ¿Yelitsa?

—No. Lo hago yo mismo.

—Eres una persona muy prolija... cuando trabajas.

—Tú eres demasiado observador. —Después de una breve pausa prosiguió, con sorprendente acento de sinceridad, casi con una sombra de emoción—: Te agradezco mucho... y espero que otros también sabrán agradecerte.

Hudson rió suavemente, defendiéndose contra el desasosiego que siempre lo asaltaba cuando los demás ponían de manifiesto sus emociones.

—Yo no tengo la culpa de que me gusten los rompecabezas. Dejaré tu impermeable junto a la piedra. Podrás recogerlo más tarde. —Sintió que Raikes le tocaba el brazo, y después salió a la oscuridad y volvió al mar por entre los arbustos.

Echóse al agua y nadó despaciosamente en dirección al hotel. El canal tenía trescientas yardas de ancho, y lo cruzó pausadamente, no porque tuviera deseos de pensar, sino antes bien porque quería concederse un respiro para apartarse deliberadamente de todo pensar. Debía dominar sus impulsos, liberados por aquel desafío a trascender los límites vulgares de la experiencia cotidiana, antes de poder razonar con la mente lúcida y libre de influjos extravagantes. Mientras nadaba veía cómo se iban tornando más nítidas las luces de colores que bordeaban la terraza del hotel, como cuentas de un collar barato en torno al pecho oscuro de la empinada costa anochecida.

Es indudable que en otras circunstancias, y al cabo de un instante de natural resentimiento, Zarko habría corroborado con no retaceada admiración el triunfo de aquel hombre. Su respeto por la inteligencia del otro se había confirmado, aunque no

por eso se creía estúpido él mismo; Lepovitch había empezado con una ventaja con la que él, Zarko, no podía contar. La frase “No hay duda” colgaba ante él como un afrentoso capote rojo, y Zarko comprendió que por su propio temperamento, y más aún por el temperamento del otro, se vería obligado a embestir.

—No hay duda —repitió Lepovitch, y el agrio placer que le daba la frase se manifestaba en tonos hirientes—, y me sorprende que un hombre que ocupa el cargo que ocupa usted haya pasado por alto los hechos. Actualmente, uno de los deberes de la función pública es la eterna vigilancia. El Estado tiene muchos enemigos.

Zarko se puso de pie, para ver si cejaba la molestia que sentía en el estómago, y mientras preparaba su defensa, en un rincón de su mente renovaba la vieja resolución de tomar un solo plato de sopa en la cena. Se acercó a la repisa de la chimenea, tocó delicadamente uno de los capullos de calceolaria, bajando el labio manchado de la flor. Después se encaró con Lepovitch.

—¡Los deberes de mi cargo no tienen nada que ver con esto! Raikes era huésped del gobierno, y yo tenía que ser cortés con él debida a la importancia de ese contrato. No es necesario que yo le diga que ese contrato sigue siendo importantísimo. Usted ha tenido la ventaja de venir aquí sabiendo que Raikes era un agente secreto. Por eso usted vió más que yo. No ha sido cuestión de inteligencia o de falta de vigilancia. Todo eso está al margen del asunto.

Lepovitch comprendió que había algo de cierto en la defensa de Zarko, pero no tenía intención de reconocerlo.

—Nada ganaremos con discutir sobre ese particular. Ahora lo más importante es determinar en qué forma debemos proceder... —Se puso en pie, y mientras iba y venía por la habitación comentó a pasar revista a la legión de detalles y posibilidades, y sintió una fría y familiar oleada de excitación que crecía en su interior: el genuino placer de la mente que resuelve un problema, un problema que constituye un desafío a la imaginación y el intelecto.

—Sabemos que Raikes no está muerto. No fué él, sino otro, el muerto por la mina. En este instante Raikes está en Dubrovnik o cerca de Dubrovnik. —Hizo una pausa y miró a Zarko—. Ahora tanto usted como yo conocemos todos los hechos e indicios, estamos en igualdad de condiciones...

Era otro desafío, y Zarko lo entendió así. La carrera empezaría sin ventaja para nadie. Podía ganar cualquiera. Lepovitch, sin embargo, no dudaba de cuál sería el resultado.

—Es cierto —dijo Zarko cautelosamente.

—Con respecto a este hombre, Hudson... Usted ha hablado con él. ¿Cree usted que él estaba realmente convencido de que Raikes había muerto?

Zarko recordó la visita de Hudson a su oficina.

—Estoy seguro.

Lepovitch rió.

—Yo no. Es muy probable que, después de la desaparición de Raikes, este amigo, aparentemente inofensivo, del desaparecido, haya retomado los trabajos de Raikes en el punto mismo en que aquél los dejó. ¿No le parece extraño que dos hombres, dos amigos que negociaban el mismo contrato, se desconociesen mutuamente al extremo de ignorar cada uno de ellos las verdaderas ocupaciones del otro? Me parece muy probable que los dos sean agentes.

—Yo no lo creo.

—¿Por qué no?

Zarko había olvidado su animosidad. Su mente sólo se ocupaba en examinar probabilidades.

—Hudson es un ingeniero altamente especializado. Ha sido enviado por una famosa firma inglesa, y está aquí para suministrarnos equipos de minería que necesitamos con suma urgencia. Raikes era espía, pero eso no demuestra que Hudson lo sea. Lo más probable es que haya sido utilizado como chivo emisario.

Lepovitch estaba junto a la ventana, mirando los iluminados frentes de las casas y sintiendo en el rostro el aire tibio de la noche.

—¿De modo que usted cree que no debemos preocuparnos por él?

—Es preciso vigilarlo, sin duda, pero debe hacerse con el mayor sigilo. Si resulta inocente, y eleva una queja al ver que lo incomodamos, tanto usted como yo tendremos que responder ante el Ministerio de Economía Nacional. Usted sabe lo que significaría un error de esa naturaleza, camarada Lepovitch... —Zarko hizo una pausa, con íntimo regocijo, pues adivinaba en qué consistía la lealtad de aquel hombre—... el fin de su carrera...

Lepovitch giró sobre sus talones, con el rostro tenso.

—¡También de la suya! —dijo secamente.

—Sin duda. Pero yo siempre podré volver al oficio de carretero que me enseñó mi padre. ¿Qué oficio tiene usted?

Lepovitch comprendió que Zarko se reía de él, y al mismo tiempo comprendía que él no deseaba regresar a su pasado, que no había nada en su pasado. Evadió la pregunta, retornando a su eficiencia profesional.

—De acuerdo, entonces: hay que tratarlo con cuidado. Esa es tarea suya. Hágalo vigilar por sus hombres, empiece a investigar el asunto de ese cadáver desconocido que hemos enterrado con todos los honores de una religión ya casi muerta, y cuando conozcamos los hechos, yo sabré lo que tengo que hacer.

Zarko movió la cabeza en señal de asentimiento. Sacó la botella de rakia del cajón del escritorio, y dos vasos. Mientras llenaba el primero dijo sosegadamente:

—No se preocupe por Mr. Hudson. Sé perfectamente cómo debo tratarlo. En realidad, tengo grandes deseos de aclarar este asunto. ¿Quiere tomar un trago?

Lepovitch recogió su sombrero de la silla y se encaminó a la puerta.

—No. Aún me queda trabajo por hacer.

Zarko alzó su vaso.

—A mí también, pero un vaso de rakia, a esta hora de la noche, me ayuda a ordenar las ideas. Usted es un hombre joven, no necesita esta clase de estimulantes. Buenas noches.

Lepovitch soltó una especie de gruñido en respuesta y salió, cerrando la puerta con brusquedad. Zarko se arrellanó en su asiento, con el vaso en la mano, y sonrió. Aquel hombre era peligroso y astuto, pero tenía sus debilidades, y puesto que prefería mostrarse antipático, Zarko estaba resuelto a explotar sin remordimiento esas debilidades. Alzó la vista y miró el retrato de Tito, pensando, con un brusco cambio de estado de ánimo, que no porque un hombre esté dotado de grandeza o porque los ideales que guían a un país sean justos, no por eso es razonable esperar que en todos los hombres se encuentren esa misma grandeza y ese mismo idealismo.

En su cuarto del Hotel Imperial, Lepovitch redactaba su parte diario. Escribía rápida pero cuidadosamente, olvidando el cigarrillo atravesado en el cenicero que se consumía lentamente, trocándose en un pequeño cilindro gris.

... como se comprobó inmediatamente por el examen detallado del cadáver. Debido a la excesiva mutilación del mismo, era imposible cotejar los rasgos faciales con la fotografía del pasaporte. Raikes, sin embargo, era un hombre de quien cabía esperar cierta limpieza corporal. No obstante, las uñas de los pies y las manos del cadáver estaban muy sucias, con esa suciedad percutida que suelen tener las manos de los obreros. Además, la zona de piel situada bajo la cadenilla del reloj pulsera estaba tan tostada por el sol como el resto del brazo. Cuando un hombre usa habitualmente un reloj pulsera, como en el caso de Raikes, queda una zona de piel más pálida en el espacio que ciñe la cadenilla...

... Se están tomando medidas para localizar a Raikes, establecer la identidad del cadáver, y vigilar al otro inglés, Hudson. En mi opinión, Hudson está y ha estado complicado en este asunto, junto con Raikes, pero por ahora, y debido a la importantísima misión de carácter industrial que ha venido a desempeñar en este país, he dado instrucciones rigurosas de que se le trate con los mayores miramientos. Entre tanto, agradecería me transmitiesen cualquier información que puedan obtener sobre él, inclusive los datos oficiales contenidos en su solicitud de visación de pasaporte, presentada en Londres... También desearía conocer los antecedentes de los actuales huéspedes del Hotel Argentina. Acaso esté entre ellos el hombre que buscamos. La importancia del asunto justifica la adopción de esta medida, aun cuando uno de dichos huéspedes sea un ciudadano extranjero, y otros dos, personas que por el momento sólo me inspiran el máximo respeto. Los datos del personal de camareros y de servicio del hotel los obtendremos en el archivo de la Milicia del Pueblo local. Los huéspedes son los siguientes:

1. *Teniente Coronel Ilyra Grol. Ministerio de Guerra, Belgrado. Reg. Identidad Belgrado N9 W.874329.*
2. *Dr. Jan Brussiak. Ciudadano polaco de Wroclau. Cedido al Ministerio de Agricultura por el gobierno polaco para planear el restablecimiento de la viticultura y realizar investigaciones sobre la lucha contra la filoxera en algunas islas dálmatas.*
3. *Irinej Ransko (con su esposa, Leska, y dos hijos, Madeo y Stanye). Carpintero de ribera, de Split. Comisario Político del Astillero del pueblo. Toma vacaciones otorgadas de acuerdo con el plan de estímulo a la alta producción. Reg. Identidad Split, N° OP.54911368.*
4. *Drava Sumitch, y su esposa María, de Zagreb. Subjefe agencia noticiosa Tanjug. Luna de miel. Categoría especial como Comisario Político de la Asociación de Periodistas y autor de Estrella Roja de las Montañas. Reg. Identidad Maribor N° S7263195.*
5. *Zarija Djilas, Belgrado. Diputado a la Casa de Representantes. Reg. Identidad Rijeka, N° S49498103.*

En confirmación de mi primera opinión sobre Vladimir Zarko, cabe señalar que a pesar de que todos los datos utilizados por mí, estuvieron también a su alcance, careció de la vigilancia e inteligencia necesarias para interpretarlos. Hay hombres que habiendo combatido valerosamente en la gran lucha contra el fascismo, y habiendo sido recompensados, se contentan con vivir de sus pasadas glorias. La satisfacción es el primer síntoma de una tendencia reaccionaria...

Dejó de escribir. Lo que acababa de decir de Zarko le bastaba por el momento para satisfacer la antipatía personal que experimentaba por aquel hombre. A falta de hechos en qué fundarse, no podía ir más lejos. En esta clase de negocios, no se puede confiar en nadie. Era probable que el propio Zarko estuviera informando sobre él.

Acabado el parte, sacó una copia para su archivo, y luego se sentó y empezó a escribir a su esposa, que estaba internada en uno de los Sanatorios del Pueblo en los Montes Kozara. La expresión de su rostro, la manera de escribir, cambiaron totalmente. Amaba a su esposa. Hacía más de un año que ella estaba en el sanatorio, y en todo ese tiempo sólo la había visto dos veces. Muy pasada la medianoche, seguía escribiendo.

DÍA CUARTO

Las troneras abiertas en los almenados muros de la fortaleza —que, albergando ahora al museo, formaba el extremo meridional del pequeño puerto— constituían excelentes asientos. Hudson estaba sentado, con la espalda apoyada en la tibia piedra de color bizcocho, balanceando los pies, a sesenta metros de altura sobre el muellecito, que entraba en el mar como un rígido dedo índice. Una ligera brisa atemperaba el calor de la mañana, y encaramado allá arriba, Hudson disfrutaba el fugaz placer de contemplar la ciudad y el puerto con una sensación de indolente omnipotencia. Si uno poseyera la fuerza necesaria, pensaba, sería fácil tender la mano y ordenar la endiablada confusión de casas amarillas y rosadas, alineándolas prolijamente a todo lo largo y lo ancho de las laderas grises. Una goleta blanca estaba atracada al muelle en ángulo agudo. Bastaría el toque de un dedo para ponerla en su sitio y dar una belleza geométrica a las embarcaciones que albergaba el puerto. Oyó que alguien subía los empinados escalones que llevaban a la explanada.

—Buenos días, Mr. Hudson. Me dijeron que lo encontraría aquí.

Zarko estaba parado tras él; su rostro traspiraba un poco por el esfuerzo del ascenso, y llevaba en la mano el sombrero panamá para dejar que la brisa refrescara sus cortos cabellos; los pantalones de su traje de hilo blanco estaban tensos, como si una fuerza desconocida lo tuviera suspendido de los tirantes, manteniéndolo erguido. Los ojos grises y acerados sonreían.

—Tengo que hablarle, y se me ocurrió que sería más agradable hacerlo en un lugar donde podremos estar completamente a solas. Quizá debería advertirle que desde que abandonó su hotel, esta mañana, le han seguido.

Hudson recogió las piernas, apoyándolas en la tronera, y se sirvió un cigarrillo del paquete que le tendió Zarko. Lanzó una bocanada de humo y dijo sosegadamente:

—¿Un sujeto delgado, con traje de franela de rayas grises, corbata azul, un remiendo en la pala del zapato derecho, zapatos de color marrón y una absoluta falta de interés en cuestiones de arte?

Zarko hizo una media reverencia.

—Exactamente —dijo, y al decirlo sintió una extraña cordialidad. Fuera espía o no, aquel hombre poseía un humorismo y una apercibida inteligencia que le hacían simpático.

Hudson movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Estuvo revoloteando a mi alrededor mientras yo miraba los Ragusianos del Duomo; la arquitectura del Palacio del Rector le fastidió, y ante la fuente de Onofrio

se aburrió sin disimulo. Estaba tan fuera de lugar allí, que me fué forzoso pensar que sus propósitos eran otros.

—¿Le molestó?

—¿Por qué habría de molestarme? Prácticamente todos los extranjeros que llegan a este país son vigilados por la policía. Sería muy descortés de mi parte oponerme a una costumbre tan bien arraigada. Pero el caso ha despertado mi curiosidad.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber por qué motivo se ha demorado hasta hoy el procedimiento. Hasta ahora me habían dejado tranquilo. Cuando un hombre pierde un privilegio, le asiste el derecho de saber por qué lo pierde.

Zarko rió para sus adentros, no por lo que acababa de decir Hudson sino porque imaginó fugazmente cuál sería la reacción de Lepovitch si estuviera allí en aquel momento. Se caló el panamá e introduciendo las manos bajo las axilas, de suerte que sus codos sobresalían como los alones de un pájaro volantón, empezó a caminar mesuradamente de un lado para otro, lanzando a Hudson de vez en cuando, mientras hablaba; una mirada de reojo.

—¿Le molesta, Mr. Hudson, que pronuncie un discurso?

Hudson sonrió.

—La experiencia me dice que los hombres que empiezan con esa frase pronunciarán su discurso aunque se fastidie el mundo entero. Adelante.

—Muy bien. Mr. Hudson, yo no sé cuáles son sus convicciones políticas, pero estoy dispuesto a creer que esas convicciones son sinceras. Me gustaría que, a su vez, me atribuyese usted el mismo grado de sinceridad. Soy comunista. Yugoslavia es un país comunista. Creo, Mr. Hudson, que el verdadero destino de mi país es el comunismo, que éste es el único sistema que nos dará aquellas cosas que todos los hombres desean.

—Indudablemente usted sabe ya que yo creo que está equivocado.

—Quizá, pero lo importante es mi creencia, y la creencia de millares de hombres como yo. Hay gobiernos que no toleran nuestra creencia, Mr. Hudson, y trabajan contra nosotros en nuestro propio país. Mi obligación consiste en denunciar esas actividades. A veces las circunstancias nos obligan a utilizar métodos que parecen excesivos, pero ningún sistema es perfecto: ésa es nuestra justificación. Debemos proteger lo que amamos con todas las armas de que disponemos. Más adelante, los procedimientos que ahora utilizamos por imposición de las circunstancias, serán afortunadamente innecesarios, pero hasta que llegue ese momento, creemos que la importancia del individuo es muy poca.

—No discutiré con usted. Es usted quien pronuncia el discurso. Pero en alguna otra oportunidad quizá tenga algo que decir sobre eso.

—Yo seré franco con usted. Su amigo Raikes era agente británico... —Hizo una pausa, pero Hudson estaba apoyado contra las piedras del muro, observándolo con expresión de sosegada atención.

—¿De veras?

—Hay más aún. Su amigo Raikes no está muerto. El cadáver que enterraron no era el suyo.

—¿Cómo lo sabe? —La sorpresa natural que experimentaba Hudson dió a su voz un acento más convincente que el de una réplica premeditada.

—No puedo darle detalles, pero así es. No sabemos dónde está en este momento. Pero lo averiguaremos. Usted seguramente comprenderá, Mr. Hudson, que no podemos descartar la posibilidad de que usted también sea un agente británico.

Hudson soltó la risa.

—¿Por qué no me lo pregunta francamente?

—Mr. Hudson, usted sabe perfectamente que sería ocioso. Si usted es inocente, dirá: No. Y si es culpable dirá también: No.

Hudson manifestó su aprobación con un movimiento de cabeza.

—Puesto que mi respuesta no puede serle útil, no se la daré. Pero hay un punto que me gustaría aclarar. ¿Por qué recibo este trato privilegiado?

—Porque usted es una persona muy especial, Mr. Hudson. Usted será vigilado, pero si es inocente, puede hacer todo lo que le venga en gana, y nadie le molestará.

—Es un trabajo arduo para el hombre que tiene que seguirme, ¿verdad?

Zarko sonrió.

—Otros lo relevarán, y de todas maneras no le hará mal conocer ciertos aspectos de su ciudad natal. —Hizo una pausa, y después prosiguió rápidamente, apuñalando a Hudson con palabras que aceraba una contenida amenaza—: Pero si es usted culpable, Mr. Hudson, yo le aprecio a usted, pero no crea que mi estima personal mitigará las consecuencias de su culpabilidad. En cierto sentido, quizá sería mejor que usted se fuera de Dubrovnik.

Mientras Zarko hablaba, Hudson pensó que Raikes había sido muy descuidado en su romántica actitud hacia el peligro que consideraba remoto. Cuando Raikes le contó la historia, la sustitución del cadáver produjo en Hudson seria preocupación. Ahora más que nunca tenía que ayudarlo, pero no sería fácil hacerlo con un rival tan astuto como Zarko. Lanzó la colilla por encima del almenaje.

—Usted debería conocer mejor a los ingleses. Somos un pueblo testarudo. Como usted mismo reconoce, no debo ser molestado, por lo menos hasta que se ultimen los detalles del contrato. Soy uno de los accionistas de la compañía. Me sería muy fácil poner obstáculos... —Hizo un ademán despreocupado con la mano, al ver que Zarko se inquietaba—. No, no... no me siento molesto en absoluto. Me limito a confirmarle lo que usted mismo sabe. Entretanto, pienso quedarme en Dubrovnik.

—En ese caso, ¿tendría inconveniente en darme su pasaporte? Cuando usted quiera marcharse, se lo devolveré.

—No tengo inconveniente. —Hudson sacó su pasaporte del bolsillo interior de su americana y se lo dió a Zarko, que lo hojeó un instante.

Por primera vez amenazaba interponerse entre ellos una atmósfera de mutua incompreensión, y como si ambos comprendieran la común obligación de disiparla, echaron a andar en compañía por la explanada del fuerte en dirección a la escalera.

Zarko guardó el pasaporte en su bolsillo.

—Usted ha tomado las cosas con suma discreción. Gracias, Mr. Hudson. — Después, cuando llegaron al parapeto, dijo Zarko con una amplia sonrisa, descartando todo lo sucedido entre ellos—: Tiene que venir a cenar a mi casa alguna noche. Tengo una hija que aprende inglés en el Gimnasio. Le encantaría aprovechar la oportunidad de fastidiarle a usted con lo que sabe.

Hudson rió, aceptando la invitación, y observó la silueta rotunda y saltarina del jefe de policía que se alejaba por la alameda en dirección a la ciudad. Después giró sobre sus talones y se dirigió a un hombre sentado en el muro, cerca de la entrada del museo. Parecía aburrido, indiferente, tenía las piernas cruzadas y contemplaba con fijeza el remiendo de su zapato derecho.

Hudson se detuvo junto a él, pero el hombre no alzó la cabeza.

—Voy al banco a canjear un cheque, después regresaré al hotel por el sendero alto. Se me ocurrió que le interesaría conocer nuestro programa.

El hombre no replicó. Hudson avanzó en dirección a la ciudad, y mientras bajaba los escalones que llevaban al puerto, el otro se levantó sin prisa de la muralla y comenzó a seguirlo.

El bote que había traído a Yelitsa Venetti de Lokrum se balanceaba junto a la escalinata del puerto. Al desembarcar, la muchacha vió a Hudson que caminaba por el muelle, más allá de los puestos de pescado. Con ojos resentidos siguió sus movimientos lentos y aiosos, hasta que se perdió en la multitud al atravesar la angosta arcada que daba al Palacio del Rector. Odiaba a los ingleses.

Por encima de las cabezas de las pocas personas que rodeaban su puesto de pescado, Sandro vió a Yelitsa que se acercaba. Sus ojos se encontraron fugazmente, y Sandro comprendió que todo marchaba bien. Haciendo caso omiso de las demás mujeres, envolvió un poco de pescado en un ejemplar viejo del *Narodne List* y entregó el paquete a Yelitsa, cuando ésta llegó al extremo de la mesa.

—Tulio está en casa. Le han vuelto los viejos dolores... —Se frotó la mano en los sueltos pliegues de su camisa azul, y en su cara parda y leonina, sobre la tupida barba, se dibujó una sonrisa—. Prepárale algo bueno de comer.

—Tulio come demasiado. —La muchacha cogió el paquete, y salió por la arcada a la plaza principal, y luego se encaminó por la amplia avenida en dirección al otro extremo de la ciudad. Dobló a la izquierda, subió una larga y angosta escalera de piedra y salió a una plazuela frontera a una iglesia. La plazuela era de tierra dura y apisonada, y algunos niños jugaban en ella. Tomó por el Ulica Jesac, un callejón angosto oscurecido por los edificios que descollaban a ambos lados como abruptos

farallones de descascarado yeso, cuyos balcones saledizos congestionaban cuerdas de ropa tendida, de color indefinible, y plantas aclimatadas en latas viejas.

La familia Venetti ocupaba un departamento de cuatro habitaciones en el último piso de una de las casas. Yelitsa subió la sombría escalera, y entró en la habitación principal, que era al mismo tiempo sala y cocina. Su única ventana daba a la pared desnuda del edificio vecino. La luz, escasa, se filtraba penosamente a través de las plantas que adornaban el balcón.

Tulio estaba sentado ante la mesa de madera, con los pies en una silla, rascándose con una mano la barba inculta, mientras leía un libro desencuadernado.

—¡Yelitsa! —exclamó con sorpresa—. Pensaba que vendrías mañana. —Se levantó lentamente.

—El superintendente cambió las fechas.

La muchacha dejó el pescado sobre la mesa, se quitó el chal que le cubría los hombros y lo arrojó sobre la silla. Tulio la tomó por los hombros y la besó. Ella sabía lo que él quería, pero se hizo la desentendida, y al cabo de unos instantes se desasíó de él. Sin decir una palabra comenzó a desatar el saquito de lienzo que había traído. Tulio se apoyó contra la pared, junto al hornillo de carbón, y se quedó mirándola. Tulio era un hombre de unos cuarenta años, de rasgos pesados, barbilla azulada y cuerpo delgado y deforme. Tulio leía todos los periódicos y todos los libros que caían en sus manos, pero era estúpido: las palabras, las noticias le entraban por los ojos, pero no se grababan en su mente.

Yelitsa sacó cuatro huevos, una lonja de tocino, una botella de aceite de oliva, un pimiento y una tajada de pan, que si bien no era del todo blanco, era más blanco que el que podían comprar las gentes de la ciudad.

Tulio se acercó a la mesa.

—Comen bien en el orfanato. Es una lástima que no podamos convertirnos en huérfanos.

—Los niños de los guerrilleros muertos tienen derecho —dijo ella ásperamente.

—Todos los niños tienen derecho.

—¿Quieres comer... ahora? —Cuando eran recién casados (después que Luca se fué) ella tenía placer en servirle. Él estaba siempre hambriento, hambriento de comida y de ella, y ella, obedeciendo a un primitivo impulso, había estado siempre dispuesta a satisfacerle. Pero cuando regresó Luca, Tulio había sido demasiado estúpido para advertir la repugnancia de la mujer.

—Por la comida no tengo prisa. Pero estoy hambriento. —Rió al decirlo, y la buscó con los brazos. La barba áspera frotó su mejilla, y sintió los dientes que se cerraban suavemente sobre su oreja. Se puso rígida y aferró la mano que buscaba su cuerpo. Súbitamente Tulio la alzó en vilo, y al sentir el tibio contacto de sus piernas soltó a, reír.

—Yelitsa... ¿Qué te ocurre? ¿No estás hambrienta tú también?

Al sentir la mano del hombre sobre su cuerpo, el olor rancio a tabaco y pescado que se desprendía de sus ropas, suscitando en ella una renovada repugnancia, comprendió que necesitaba tiempo... tiempo para hacer algo que se había adueñado de su mente. Le mordió el hombro, a través de la tela de la chaqueta, y él la soltó, echándose atrás. Su actitud, la expresión dolorida de un niño a quien se niega inesperadamente el placer, la hizo reír, y dijo roncamente, entre carcajadas:

—El superintendente eligió un mal día. Si tienes hambre, debes limitarte a comer. Yo no tengo la culpa.

Tulio la miró estúpidamente un instante, y al comprender soltó un juramento. Giró sobre sus talones y dió un puntapié a la silla, con pueril irritación.

—Ve a tomar una copa. Entretanto, yo cocinaré —dijo Yelitsa.

Él recogió su libro y una gorra y se quedó parado en el vano de la puerta. Sonrió, aceptando estoicamente su frustración.

—Cuando volvamos a Italia, te quedarás siempre en casa.

Salió, y ella comenzó a preparar la comida. Pero en el trayecto de la chimenea al fregadero, adosado a la pared en que se abría la ventana, se detuvo a contemplar una fotografía familiar con marco de felpa: Sandro y su difunta esposa Carlotta, y los dos muchachos: Tulio, con su flequillo oscuro, aplastado sobre la frente, y Luca que sostenía en la mano un velero. Miró fijamente la fotografía, contempló a Luca, como si por un instante pensara que podía obtener de él alguna respuesta, pero la cara redonda e inusitadamente solemne la miraba, desde el cuadro, sin expresión. Yelitsa se apartó entonces, con ojos adustos y oscurecidos por la cólera.

Al llegar el inglés, Sandro había resuelto volver a Italia. Ella no quería ir. Este era su país, aquí era feliz... pero Luca había deseado volver. Y ella habría regresado por causa de él. Había pensado que cuando estuvieran en Italia, Luca la sacaría para siempre de manos de Tulio. Pero ahora Luca estaba muerto, y las rudimentarias exigencias emocionales de su naturaleza determinaban lo que ella tenía que hacer: la muerte de Luca exigía venganza. Sandro y Tulio nunca sabrían la verdad, pero se quedarían allí, y con el tiempo (la lógica de su espíritu campesino enfrentaba el futuro con franqueza), con el tiempo Luca sería un recuerdo, y a ella le bastaría lo que pudiese ofrecerle Tulio.

Entró en su dormitorio, abrió el guardarropa amarillo, y de una caja que halló en su interior sacó unas hojas de papel de carta azul, ordinario, una pluma y un frasco de tinta, que depositó sobre la mesita de bambú, junto a la ventana, arrollando el mantel de hilo guarnecido de encaje, a guisa de precaución por si derramaba la tinta. Muy laboriosamente, con rígida concentración y dedicación de todo el cuerpo, pues éste no era ejercicio fácil para ella, comenzó a escribir, desfigurando su letra en todo lo posible "...el inglés no está muerto. Está oculto en una choza, en la punta norte de Lokrum". Cuando hubo terminado, ensobró la carta y guardó en el ropero los útiles de escribir. Después ocultó el sobre en la parte interior de la media, asegurándolo

mediante un alfiler al ancho orillo que le circundaba el muslo. Al entrar en la habitación principal, oyó los sonoros pasos de Sandro que ascendía la escalera.

Hudson y Franja pasaron la tarde juntos en la playa, una angosta curva de arena situada bajo el camino costero que arrancaba de la Puerta de Ploce. La playa estaba dividida en dos zonas: una, reservada, tenía instalaciones balnearias y un café, y para entrar se pagaba una pequeña suma; la otra era accesible a todo el mundo. Mientras descansaba tendido en la arena, junto a Franja, Hudson advirtió que su seguidor había entrado en la zona de libre acceso; se había sacado los zapatos y la chaqueta, y estaba sentado, lanzando de vez en cuando una mirada a las clases privilegiadas que se divertían tras el cerco alambrado.

Antes de que llegara Franja, se había preguntado si debería decirle que lo seguían, dándole la oportunidad de cancelar la cita. Pero cuando vió que ella, a todas luces, estaba resuelta a pasar una tarde agradable, no tuvo entrañas para aguarle la fiesta. Nadaron, se tendieron al sol, conversaron, y Hudson descubrió en la muchacha una personalidad distinta de la que conocía. Ella era amigable, alegre, y estaba dotada de un entusiasmo vivo y natural. A Hudson le gustó la juvenil franqueza con que ella le trataba; cuando sentía demasiado calor se levantaba y corría al mar sin volver la cabeza para ver si él la seguía. Se limitaba a decir:

—Hace calor. Voy a nadar.

Y él marchaba en pos de aquella figura esbelta, bien formada, cuya belleza realzaba el traje de baño verde. Nadaban entonces hacia la balsa. Cuando regresaron al hotel para tomar el té, se había establecido entre ellos una rápida amistad.

—Bueno —dijo ella al despedirse—, aunque el camarada Zarko me llame a su oficina y me diga que no debo ser tan amable, no podrá quitarme esta tarde. Me he divertido.

—¿Cree usted que él hará eso?

Ella asintió.

—Alguien le irá con el cuento. Esta ciudad está llena de ojos, de bocas y oídos. Pero no me importa. Ahora debo darme prisa, porque de lo contrario llegaré tarde a la orquesta.

Se marchó, flotando al viento sus faldas blancas, y Hudson debió reprimir una oleada de salvajismo al pensar que placeres tan sencillos como aquellos equivalían a un acto de rebelión.

Seguía pensando en ella cuando bajó al palmar, antes de la cena, para fumar un cigarrillo en la frescura del atardecer, con el ojo avizor por si llegaba la señal convenida con Raikes. Encontró al doctor Brussiak sentado en la baja tapia del palmar, que dominaba el balneario.

Brussiak volvió la cabeza al oír el chasquido seco de las sandalias de Hudson sobre el camino de concreto. La brasa de su cigarrillo se avivó repentinamente y el

pálido óvalo de su rostro se recortó en la oscuridad. Una vislumbre rojiza animó momentáneamente los gruesos cristales de sus anteojos. Después, al declinar el fulgor del cigarrillo, fué un acurrucado montón de sombra perfilado contra la ondulante amplitud del mar. Al pasar Hudson a su lado, el hombre dijo en inglés:

—Mr. Hudson, ¿puedo hablar con usted?

Hudson encendió un cigarrillo antes de responder. Era improbable que Zarko ignorase sus andanzas nocturnas; seguramente no se contentaría con hacerle vigilar fuera del hotel, sino que además habría confiado a uno de los huéspedes o camareros la misión de espiarle también dentro del hotel. Momentáneamente, Hudson supuso que era el doctor Brussiak quien desempeñaba ese papel.

—Ciertamente —repuso.

—Dispéñeme usted... pero tengo que pedirle un favor. —La voz del hombre tenía un acento de desasosiego.

—Usted dirá.

—Hoy, durante el almuerzo, leía usted un libro. Al pasar junto a su mesa lo vi. Me gustaría... —Su voz era vacilante—. Sí, me gustaría mucho pedírselo prestado. Se lo devolveré en seguida.

Hudson rió suavemente.

—Tendré sumo placer en prestárselo, por supuesto. ¿Tanto le gusta Keats?

La pequeña figura acurrucada se movió.

—Sí. Pero ahora es muy difícil conseguir libros ingleses, y el ejemplar que yo tenía... Lo extravié hace mucho tiempo.

—No hubiera creído que fuera su poeta predilecto el hombre que escribió aquello de:

*“Hence Burgundy, Claret and Port;
Away with old Hock and Madeira...”*^[3].

Brussiak rió con acentos bajos y cautelosos.

—Los poetas rara vez son buenos catadores de vino, Mr. Hudson.

—Le llevaré el libro a su cuarto, en la primera oportunidad.

—No, no, Mr. Hudson. Le ruego que no haga eso. Usted comprende... Si deja el libro sobre su mesa, esta noche, por ejemplo, yo lo recogeré cuando usted se vaya...

—En su voz, además de embarazo, había ahora un dejo exculpatorio de un estado de cosas que más valía no comentar.

—Comprendo. Yo se lo dejaré. —Antes de que acabara de decirlo, ya el otro había bajado de la tapia y se alejaba despaciosamente. Hudson sintió una creciente cólera contra aquel país donde el más sencillo de los favores debía solicitarse en un rincón oscuro... Pero su cólera se disipó muy pronto. Quizá, al fin y al cabo, no fuera aquella una solicitud tan inocente. Una de las personas del hotel quería fugar, y

dentro del hotel habría alguien que la estaba vigilando... ¿Cómo adivinar quién era uno, y quién el otro?

Permaneció sentado, fumando en la oscuridad. Oyó los ruidos sordos y familiares de las lanchas que aguardaban cerca de la isla, y rato después los fanales se encendieron, pero como no viera las señales convenidas, regresó al hotel.

Antes de bajar a cenar, recogió el tomo de poesías de Keats. Al cerrar con llave su cuarto, se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que lo registraran. Quizá ya lo habían hecho.

Joseph le trajo la sopa, y mientras cenaba observó a los demás comensales por sobre el tomo de poesías, que había apoyado contra la jarra del agua.

El Coronel Grol cenaba en compañía de algunos invitados de la ciudad, civiles todos ellos; los flamantes esposos se apretaban las manos bajo la mesa, mientras esperaban el pescado; el hombre de la cara adusta y el sombrero blanco se mondaba los dientes; Brussiak leía un libro, entre gruñidos; y en la mesa de los Ransko, Madeo acababa de volcar un vaso de agua sobre las rodillas de su padre. Cada mesa era una isleta en el frondoso delta de la terraza, y no había entre ellas más comunicación que el impersonal ir y venir de los mozos enlevitados.

Mientras Hudson bebía su café, Madeo giró en su asiento y lo contempló de hito en hito, con solemne expresión. Hudson le hizo un guiño, y luego compuso una mueca feroz. Madeo soltó un penetrante graznido de placer, y se escurrió velozmente de la silla. Antes de que pudiera detenerle el brazo de su padre, ya el chico trotaba en dirección a Hudson. Se detuvo ante su mesa, con las piernas separadas.

—Otra vez.

Hudson meneó la cabeza.

—Te toca a ti.

Madeo dilató los ojos. Después contorsionó el rostro en una máscara tensa y sacó la lengua.

—¡Madeo!

El padre de Madeo alzó al chico por los pantalones y se lo llevó, no sin antes fulminar a Hudson con la mirada.

Más tarde, cuando la familia Ransko entraba en el hotel, el padre se acercó a Hudson. Se detuvo junto a la mesa, menudo e insignificante, pero resuelto, y el esfuerzo que le costaba hablar se manifestaba en el pausado movimiento de su nuez de Adán, bajo la piel de gallina de su largo pescuezo.

—Madeo es un niño difícil. Me gustaría que usted no fomentara su indisciplina.

—Lo siento. —Hudson no ignoraba cuál era el motivo que obligaba a aquel hombre a protestar—. Le prometo que no volveré a hacerle guiños ni muecas.

—Gracias. —Ransko hizo una rígida reverencia y se marchó.

Al levantarse para subir a su cuarto, Hudson dejó el libro de poemas sobre la mesa. Joseph estaba parado junto a la puerta de la terraza, observando las mesas, en

su actitud de costumbre. Hudson le dió las buenas noches, y al retribuirle el saludo el camarero sonrió y agregó, observando curiosamente a Hudson con sus ojos oscuros:

—Feliz aquel que encuentra su felicidad en los niños.

—Es usted un filósofo además de un mago, Joseph.

—Esos son los dos requisitos esenciales para ser un buen camarero, *monsieur*.

Una vez en su habitación, Hudson encendió un cigarrillo y se asomó al balcón. La noche estaba fresca y agradable. Frente a la isla de Lokrum, los haces luminosos de un par de reflectores jugaban pausadamente sobre el mar. Dé jardines y terrazas brotaba el aroma nocturno de las flores, y sobre las oscuras adelfas y azaleas flotaba una nube de luciérnagas que lentamente subía y bajaba, chispeando y titilando. A la izquierda, donde el promontorio entraba en el mar, tachonaban la costa los faros de ocre fulgor; más cerca, de la cúpula de cristales de colores de una villa circundada por los oscuros arabescos de los pinos, brotaba una luminosidad celeste.

Hermoso país, pero oscura nube se cernía sobre la mayoría de sus habitantes. Ellos habían luchado por el país; pero la victoria no les había traído la libertad que anhelaban. De los dos millones de víctimas de la guerra, sólo dieciocho mil habían sido comunistas. Y entre los que sobrevivían, se preguntaba Hudson, ¿cuántos compartían las creencias de Zarko, y cuántos creían de labios afuera sin dejar de esperar?

Lepovitch seguía enojado. Y comprendía que su enojo no se debía exclusivamente al desacuerdo entre él y Zarko con respecto al procedimiento que se debía seguir. Por la tarde, Zarko le había contado su conversación con Hudson. Era algo que él jamás habría hecho, y su primera reacción había sido el enojo. Ahora comenzaba a comprender la verdadera causa de su irritación. Zarko no era tan estúpido como él había imaginado, y su actitud indicaba una confianza que podía basarse en la certeza de que su posición era segura; por consiguiente, era necesario extremar la cautela en sus relaciones con aquel hombre. El aplomo de Zarko sólo podía significar que Zarko contaba con amigos influyentes que lo respaldarían en caso necesario; más aún, podía significar que recibía otras órdenes, independientemente de Lepovitch. La consideración de esta posibilidad dificultaba la redacción de su informe. Lepovitch escribía lentamente, sopesando la conveniencia y el poder de convicción de cada párrafo.

El procedimiento de Zarko, que a primera vista puede parecer inusitado, tiene ciertas ventajas, aunque no sé si es el que hubiera adoptado yo.

Suponiendo que Hudson fuera inocente, si nosotros lo vigiláramos y él descubriese que lo vigilamos, podría molestarse al extremo de influir desfavorablemente en el resultado último de su misión comercial. Hemos sido francos con él, y él lo ha aceptado con discreción que puede ser disimulo.

Si es culpable, salimos ganando en cuanto ponemos nuestro juego al descubierto, sorprendiéndolo y al mismo tiempo forzándolo a adoptar complicadas precauciones que pueden obstaculizar sus planes, obligándolo a modificarlos. La alteración de los planes en mitad de una operación inevitablemente origina fallas y puntos débiles... Eso es lo que estamos esperando.

Fuera del hotel, Hudson es vigilado constantemente. También se han tomado medidas para no perderle pisada en el interior del hotel. Esta mañana registré su habitación, pero no descubrí nada importante... Hasta ahora no hay rastros de Raikes ni de la persona con quien él debe Comunicarse aquí...

Apartó el informe, arrellanándose en el asiento, con los ojos clavados en la ventana. Había obrado con circunspección. Ocurriera lo que ocurriera, podría ponerse a cubierto.

DÍA QUINTO

La amabilidad de Zarko no era fingida.

—Yo no le ordeno nada, señorita. Pero éste es un pedido que la República tiene derecho de formular a cualquier ciudadano. —Hizo una pausa, enarcando una ceja y mirándola de soslayo, con una expresión jovial en la boca, mientras se acariciaba con la lengua el borde interno del labio superior. Era un placer verla en su oficina, repantigada en el muelle sillón de cuero, no enervada sino reservada, guardando para su coleteo algún comentario que nunca haría en su presencia—. Al fin y al cabo, creo que la compañía de ese hombre no le resulta exactamente... repulsiva.

Franja adelantó el cuerpo, apoyando los brazos en los del sillón, las manos cruzadas por temor de que si las separaba temblarán. Era inútil recomendarse sosiego, inútil decirse que esto que le ocurría nada significaba, que ella nada había hecho. Cuando recibió la nota en que Zarko le rogaba comparecer, se sintió perder el ánimo.

—¿Por esto, entonces, se dispuso que almorzara con él, en compañía del Coronel Grol?

Zarko meneó la cabeza. Muy pocas mujeres, puestas en su lugar, habrían formulado esa pregunta. Eso le valía su admiración, pero lamentaba la resistencia a la autoridad que implicaba su actitud; una intransigencia que, en este caso, era completamente injustificada.

—No, señorita. Créame usted que si hubo en eso intervención ajena, lo fué de las circunstancias y de usted misma.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Franja en voz baja, siguiendo con la mirada los dibujos de la alfombra.

—De nada.

—¿Por qué entonces...?

Zarko se levantó y se acercó a ella. Le puso la mano en el hombro, y sintió la rigidez de los músculos contraídos. Entonces se apiadó de ella y se apartó.

—Sosiéguese —dijo suavemente—. Usted no ha hecho nada malo, ni yo le pido que lo haga. Seré franco con usted. Nuestro país es joven. Tiene muchos enemigos. Todos los extranjeros son sospechosos. Personalmente, aprecio a Mr. Hudson y creo que es inocente. Pero sería muy tonto si me conformara con eso.

Franja se puso de pie. Estaba indignada, y la cólera le daba una serenidad y un aplomo que engañaron a Zarko. Ella apreciaba a Hudson y había gozado con él momentos de felicidad; la pronta cordialidad de Hudson había despertado en ella un ansia de cosas nuevas, una legión de ilusiones juveniles, que había aprendido a acariciar en la soledad de su cuarto.

—Usted quiere que yo le espíe. —La ira no le alteró la voz.

—Esa es una palabra desagradable. No. Yo quiero que usted se porte con él como lo haría espontáneamente, por propio deseo. De vez en cuando usted podrá venir aquí y decirme de qué hablan. Pero, por supuesto... —Volvió a su escritorio, hablando sin mirarla, porque le avergonzaba la necesidad de usar una estratagema tan vulgar—, si alguna vez él dice o hace algo que a usted le parezca sospechoso, su deber será informarme. Ese es el deber de todo buen camarada.

—Sin duda.

—Espero, sin embargo, que no se presente la ocasión. De todas maneras —dijo, regresando con una sonrisa, tomándola del brazo para acompañarla hasta la puerta—, le estoy muy agradecido por su sensata actitud. Pero olvidaba decirle algo.

—¿Sí? —Franja aguardó, sin querer confiarse a las palabras, porque sabía que si hablaba saldría a luz su desprecio y su cólera.

—Acaso a Mr. Hudson le extrañe su actitud amistosa. En tal caso, puede usted decirle que como es el Coronel Grol quien se lo ha presentado, usted se siente en libertad de obrar como gusta. Mr. Hudson es una persona muy inteligente. Quizá le pregunte si se ha entrevistado conmigo. No quiero que Mr. Hudson ni otra persona alguna sepan que hemos hablado.

—Comprendo.

Cuando se encontró sola en el pasillo, Franja se detuvo. Sus labios estaban tensos. Reprimía con dificultad las lágrimas de asco por lo que la obligaban a hacer, y de pesar por la sombra que nublaba su breve felicidad.

Hudson se detuvo al llegar al último de los bajos escalones que llevaban a la oscura arcada de Sveti Jacov. Por la puerta abierta salía el acre olor del incienso, y en la oscuridad distante se columbraba el esplendor de los ornamentos del altar. Miró atrás, y vió que el hombre que lo había estado siguiendo toda la mañana estaba parado en una esquina, leyendo un anuncio pegado a la pared. Era un hombre regordete, de rasgos benignos, que lo había seguido con la tímida actitud del perrito de aguas que tiene, prohibido subir a la acera y sigue a su amo a la distancia.

Hudson entró en la iglesia, se internó velozmente en la primera capilla lateral, y aguardó. Momentos más tarde entró el hombre, avanzó indeciso por la nave principal, recorriendo el templo con la vista, y al ver a Hudson se dejó caer silenciosamente sobre un asiento, contra una de las columnas principales, y adelantó el cuerpo con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, en actitud de orar.

Hudson salió de la capilla y avanzó con dirección al altar. Vino un sacristán y se ofreció a mostrarle el templo, pero él rehusó con un gesto. Pasó al trasaltar, donde estaban los siales del coro, y allí encontró lo que buscaba. Se sentó, sacó su carpeta de apuntes y empezó a dibujar prolijamente los temas en bajorrelieve que adornaban el frente de la sillería. Una o dos veces volvió la cabeza para mirar a su perseguidor,

una silueta apática enmarcada por las columnitas del retablo. Acabado su dibujo, se disponía a volver a la nave principal, cuando le llamó la atención una portezuela embutida en el contrafuerte del muro, detrás de los estalos. Se acercó, y al alzar la vista vió una serie de saeteras, abiertas a distintas alturas. Empujó la puerta, que se abrió a medias. El otro seguía en su asiento, con la cabeza un poco más gacha, y Hudson comprendió que la frescura de la iglesia, en contraste con el calor de afuera, lo había adormecido. Con una sonrisa entró por la puerta y empezó a subir la angosta escalera de caracol que, según suponía, llevaba al campanario. A mitad de camino se detuvo y espió al interior de la iglesia por una de las saeteras. Su perseguidor estaba aún sentado, pero mientras Hudson lo miraba alzó la cabeza y parpadeó, comprendiendo que se había quedado dormido. Se puso de pie y con expresión preocupada avanzó hacia la sillería del coro, y con esto Hudson dejó de verlo. Hudson aguardó un instante, después vió al otro que tornaba, se encaminaba de prisa a la entrada principal y desaparecía. Hudson subió al campanario. Salió justo debajo de la enorme campana; desde la torrecilla se dominaba la ciudad, que se extendía en declive, allá abajo. A la derecha, los tejados de las casas vecinas, construidas en un nivel más alto de la vertiente, parecían querer apretujarse contra la iglesia, en busca de compañía y apoyo. A pocos pies debajo del campanario, el recto caballete de un tejado corría hasta la pared de un edificio que dominaba toda la ladera del cerro. Era el viejo palacio en que tenía su cuartel general la Milicia del pueblo, y justamente encima de la intersección de la pared del palacio y el tejado del edificio contiguo se abría una ventanita. Hudson supuso que pertenecía a la oficina de Zarko.

Cuando salió, su perseguidor estaba en la calle, escrutando los alrededores. Le daba la espalda, y la tentación fué demasiado fuerte. Hudson silbó por lo bajo; el otro se volvió y en su rostro se reflejó una inconfundible expresión de alivio. Hudson sonrió al pasar junto a él.

—¿Qué pasaría si yo le dijera al camarada Zarko que se quedó dormido en horas de trabajo?

El otro lo miró estúpidamente, sin saber a ciencia cierta si hablaba en serio o en broma.

Aquella noche llegó la señal de Sandro. Hudson estaba cenando en la terraza. Vió encenderse los faroles de las lanchas sardineras, y poco después advirtió que el fanal de la lancha más próxima a tierra se apagaba tres veces.

Hudson acabó de cenar sin prisa, y subió a su cuarto. Aún no sabía quién era el encargado de vigilarle en el hotel. Estaba seguro de que el portero había recibido instrucciones de tomar nota de sus idas y venidas, pero las tareas de su cargo le impedían vigilar los terrenos del hotel. Había un muchacho de unos dieciséis años, con pantalones oscuros y chaqueta blanca, que iba por todas partes del hotel y parecía combinar los oficios de mandadero, pinche de cocina y ayudante de los mozos. Una o

dos veces Hudson le había visto en el huerto, dando de comer a los conejos, cortando lechuga o cultivando un cantero.

Se desnudó y se puso los pantalones de baño. Después tornó a vestirse, y bajó lentamente a la terraza. Había cenado temprano, y aún quedaban en el comedor algunos comensales. Cruzó la terraza, y bajó la escalera que daba al huerto. Sobre el balneario había una terraza más amplia que las otras. Sus cuadros de flores estaban salpicados de cactus y grandes matas de geranios, y oscurecidos por el follaje de las palmas y de unos pinos de gran altura que nacían entre la grava. Hudson anduvo lentamente hasta la alameda, y se sentó en el tapial, que dominaba las rocas. Bajo el tapial, un gigantesco agave erizaba sus rígidos candelabros a diez pies de altura, y en torno a su base brillaban apagadamente las largas y puntiagudas lenguas de sus pencas. Hudson encendió un cigarrillo y consideró su situación. No quería que nadie supiese que se iba a bañar en el mar. Saltando la pared, podría llegar al oscuro abrigo de las rocas, al pie del jardín de la villa vecina. Nunca había visto a nadie en aquellos terrenos, cubiertos de malezas, y estaba seguro de que escaparía a toda observación.

Antes de que acabara de fumar el cigarrillo, vió la mancha blanquecina de la chaqueta del muchacho del hotel. Bajó los últimos escalones con actitud vacilante, y después se encaminó al tapial. Hudson ocultó el cigarrillo en el hueco de la mano y lo observó. El muchacho se asomó por el tapial, y después se acercó pausadamente a Hudson, que estaba sentado y quieto en la oscuridad. Hudson esperó hasta que estuvo a una yarda de distancia, y dijo repentinamente:

—¿Qué busca?

El muchacho volvió la cabeza, alarmado, y soltó una risita nerviosa.

—¡Oh..., disculpe usted!

—¿Qué busca?

—Madame Sumitch cree que dejó su bolso sobre la pared, esta tarde. Me envió a buscarlo. ¿Quizá usted lo ha visto? —Su voz era controlada, inocente.

—No.

El muchacho le dió las gracias y se fué. Hudson lo observó subir los escalones. Se quedó sentado unos quince minutos, y después saltó silenciosamente el tapial y se dirigió a las rocas. A cincuenta yardas de distancia se detuvo, al abrigo de una gran fucsia cuyas ramas se extendían sobre el muro que rodeaba el huerto de la villa vecina. Aguardó un rato, observando el pálido contorno del tapial distante, pero nada se movía por ese lado. Se desvistió rápidamente, hizo un lío con sus ropas y las guardó en el ramaje de la fucsia. Luego, siempre al abrigo de las rocas, se zambulló en las aguas tibias de una pequeña caleta que se adentraba hasta la escalinata del huerto. Buceó lentamente, manteniéndose bajo la superficie del agua todo el tiempo posible.

Veinte minutos más tarde estaba sentado a la sombra triangular de la choza, envuelto en el impermeable de Raikes.

—Quedémonos sentados aquí afuera. Ya estoy harto de encerrarme en esa choza.
—Raikes puso un vaso de ron en las manos de Hudson, y agregó, encogiéndose de hombros—: Será mejor que no fumes.

Hudson vació su vaso antes de hablar. La oscuridad borraba la figura de Raikes, pero tenía la impresión de que estaba nervioso.

—No debo demorarme. Me vigilan. Saben que no estás muerto.

—¿Sí? —Raikes era aún una sombra, mezclada con las demás sombras arbitrarias de los arbustos—. ¿Cómo?

—No sé. Tu amigo Zarko me lo dijo.

Raikes contuvo la respiración un instante, y luego dijo, con voz que no delataba su nerviosidad:

—Bien. Lo siento por ti, pero tú sabrás arreglarte. Si ellos no saben dónde estoy, nada se ha perdido. Tú no necesitas volver aquí. Ya está todo arreglado.

Raikes trataba de aparentar serenidad, pero Hudson se sentía intranquilo en compañía de él. Quería recibir sus instrucciones y luego actuar por cuenta propia.

—¿Qué quieres que haga?

—Lleva el mensaje al hotel. Te daré algo que la persona implicada sabrá reconocer, un objeto que demostrará que eres de los nuestros. Lo único que debes hacer es aguardar a que él se presente.

—¿Él?

—Sí; es un hombre. Eso es lo único que sé. Cuando él se dé a conocer, explícale el plan. Después olvídate de todo.

—Dime qué es lo que debo decirle, y después...

Súbitamente Raikes tomó a Hudson del brazo.

—¡Silencio! —ordenó en un susurro.

Ante el tono autoritario de aquella palabra, Hudson se quedó inmóvil y silencioso. Se estuvieron ambos sentados, en tensa y helada quietud. Hudson oía los latidos de su corazón. La brisa lenta agitaba las ramas y la hierba, el rumor de la orquesta que tocaba en el Gradska Kavana se oía lejano y entrecortado, como si viniera de muchos kilómetros de distancia. Después Hudson oyó claramente los ruidos que habían alarmado a Raikes: el crujido de una correa de cuero y el chasquido seco de la hierba oprimida por un pie pesado y cauteloso. Por un instante, en la sombra de la cabaña, los dos hombres se miraron. Hudson volvió lentamente la cabeza, mirando más allá de las matas de hierba que crecían frente a la choza. En una loma distante, los borrosos árboles y arbustos se destacaban vagamente contra el cielo oscuro. Mantuvo los ojos fijos en la loma, enfocando pertinazmente las sombras, hasta que éstas empezaron a burlarse de él. Un arbusto tembló y se movió, las tinieblas se animaron, tornándose amenazantes, y a la traición de sus ojos sucedió la defección de su oído. Él viento traía multitud de imaginarios ecos y rumores: un ruido perezoso de tierra deslizada, el instantáneo chasquido de una guija, el largo susurro de unas ropas contra las ramas... Y de pronto, de toda aquella confusión, brotaron, inconfundibles, dos

hombres. Se alzaron contra el cielo de la noche y quedaron erguidos, asomando los hombros por encima de los matorrales; en seguida se oyó, nítido, despreocupado, seguro, el ruido que hacía la anilla de un portafusil. En el mismo instante Raikes se puso de pie y su mano apretó fugazmente el hombro de Hudson.

—Corre —dijo.

Aquel susurro quedó como suspendido entre ellos, y luego la firme presión de la mano de Raikes lo obligó a escapar en dirección opuesta a la que tomaría aquél. Hudson dió media vuelta y corrió a través de la sombra de la choza, internándose en el claro que se abría a espaldas de aquélla.

—¡Alto!

Una docena de hombres había surgido en la eminencia, y Hudson, que instintivamente huía en dirección opuesta a la que llevaba Raikes, agachado, con los pies descalzos y silenciosos sobre la suave hierba, vió el abrupto movimiento del cañón de un fusil en que se reflejó el pálido fulgor de las estrellas. Después oyó el desgarrado estrépito de los tiros y vió los crudos fulgores de los fogonazos. Siguió corriendo, ya sin tratar de recatarse, y oyó a su espalda sordo repicar de botines, algarabía de hombres y nuevo tableteo de disparos. Las balas de los fusiles mordieron las ramas a su derecha, perdiéndose en la oscuridad con un gemido impersonal y decreciente. Hudson ascendió una pequeña cuesta, zigzagueando, pugnando por aumentar la distancia que lo separaba de sus perseguidores, hasta que llegó a la vertiente opuesta. A su espalda oíase aún el martilleo de los botines, los gritos de los hombres y, ya distante, el retumbo de los tiros. Halló un sendero y tomó por él, pero al llegar a un recodo las sombras lo engañaron y tropezó en un pequeño enebro. Cayó cuan largo era, golpeando el suelo con el costado del cuerpo y espirando el aire de sus pulmones en un largo silbido. Se incorporó y reanudó la fuga. Inconscientemente aferraba aún en la mano el vaso en que había bebido el ron. Los ruidos de sus perseguidores le llegaban más atenuados, pero siguió adelante, sin desmayo, y pocos minutos más tarde había dejado a sus espaldas el malezal y corría por entre los altos pinos en dirección al mar, que en aquel paraje le era desconocido. Se detuvo un instante al borde de una peña, después se deslizó hacia abajo y se abrió paso trabajosamente en dirección a las rocas de la orilla. Se quitó el impermeable y guardó el vaso en un bolsillo. Lanzando una última mirada al pinar inmóvil, se echó al agua, nadó un corto trecho y después se dejó llevar por la corriente, chapaleando y apartando con el brazo el bulto del impermeable. El aire embolsado lo hizo boyar unos instantes. Hudson lo oprimió con la mano, y el impermeable se acható y comenzó a hundirse.

Nadó un rato, y después se detuvo, irguiendo la cabeza para ver dónde estaba. Ante él yacía la tierra firme, y muy a la izquierda la ciudad. Había salido a la costa de la isla a considerable distancia de la piedra blanca, pero nadando en una diagonal no muy abrupta podría llegar fácilmente a la villa contigua al hotel. Siguió braceando, tratando de mantener la mayor parte del cuerpo hundida, y haciendo el menor ruido

posible. Mientras no se demostrara que había estado en la isla podría considerarse a salvo. Debía recuperar sus ropas y regresar al hotel sin despertar sospechas. En tierra debían de haber oído el estrépito de la fusilería; era necesario obrar con cautela. Nada probaba contra él la circunstancia de que había faltado del hotel por espacio de una hora. Los soldados habían visto dos hombres, pero el compañero de Raikes podía ser cualquiera de sus cómplices. No temía que pudieran identificarlo con absoluta certeza. Y ahora comprendía por qué había retenido el vaso. Si lo hubieran hallado en la isla, habrían buscado las impresiones digitales estampadas en él y las habrían comparado con las suyas. Aquel apretón irracional del pánico había encerrado una certera previsión. Ahora el vaso estaba hundiéndose lentamente en el fondo del mar, con el pesado impermeable. ¿Y Raikes? Raikes debería cuidar de sí propio. Él en nada podía ayudarle. Si había escapado a las balas podría volver junto a sus amigos.

En aquel momento, a ambos lados del canal, entre la isla y la tierra firme, dos reflectores perforaron la noche. Hudson bajó la cabeza, y oyó el sordo rugir de los motores de las lanchas. Las dos lanchas se acercaron, a lo largo del canal, y los haces luminosos comenzaron a indagar metódicamente las aguas, en vastos círculos. Hudson se sumergió silenciosamente y nadó bajo el agua. Cuando salió a la superficie los reflectores estaban a su espalda. Aspiró hondamente y buceó otra vez. Segundos más tarde el agua, sobre su cabeza, se tiñó de un fulgor blanquecino. Cuando emergió, lo rodeaba la oscuridad, pero a sus espaldas las dos lanchas se habían reunido y regresaban lentamente desde la isla; los haces de los reflectores formaban una V que se aguzaba paulatinamente rasgando el agua y tocando la costa. A su izquierda, en el palmar del hotel, Hudson vio fugazmente un collar de caras blancas, un pequeño grupo de curiosos que se habían congregado allí. Después, al advertir que los haces de luz se acercaban, tornó a zambullirse, buscando a tientas las rocas y la hondonada que hacía las veces de playa de la desierta villa. Por fin la encontró, y sintió en las manos el roce de las rocas. Se aferró al borde del cantil, tocando apenas con los pies el fondo de grava movediza, con la cabeza y los hombros al abrigo de un ángulo sombrío de la hondonada, pero encima de las rocas los reflectores jugaban contra la baja tapia del huerto, y mientras estaba así suspendido pudo ver cómo el duro resplandor plateaba vívidamente las grandes campanillas de la fucsia.

Los haces de luz convergieron encima de su cabeza y después se separaron lentamente, en amplios giros. Aprovechando aquella tregua de oscuridad salió del agua y corrió por el roquedal en dirección a la fucsia. Recogió el bulto de su ropa, y saltó el tapial que rodeaba el huerto de la villa. En el mismo instante los haces de los reflectores retornaron, como si allá en las lanchas alguien hubiera sospechado su presencia, y habiéndole dado un instante de gracia aguardara su próximo movimiento para atraparlo.

Alzó la cabeza en la oscuridad, y vio que una nueva lancha se había unido a las dos anteriores, y que las tres navegaban lentamente hacia la costa. Los reflectores

escudriñaron el jardín del hotel, los terrenos de la villa y la colina cubierta de espeso malezal que se alzaba tras la villa. Cada lancha parecía encargarse de un sector determinado, y las tres se acercaban inexorablemente. El reflector central barrió el huerto, y a su luz Hudson alcanzó a ver en la hierbosa colina, a corta distancia, el blanco pórtico de una glorieta. Cuando sobrevino la oscuridad se agazapó y ascendió corriendo la loma. Llegó a la glorieta y se ocultó en su interior, fuera del alcance de los reflectores. Apresuradamente se sacó los pantalones de baño y los arrojó a uno de los cabrios del techo, donde quedaron colgados. Se vistió las ropas sobre el cuerpo húmedo, sintiendo rígidos y hostiles los botones y la tela entre sus dedos, y después se pasó el peine de bolsillo por los cabellos. Debía vestirse antes de regresar al hotel, pero no podía volver por donde había venido, por causa de la gente congregada en el palmar, y el muro que dividía los terrenos del hotel del huerto de la villa era demasiado alto para escalarlo. Debía atravesar los terrenos de la villa y salir al camino.

Al calzarse las sandalias, oyó extinguirse el zumbido del motor de las lanchas, y el ruido que hacía una de ellas al rozar contra las rocas de la orilla. Se oyeron voces amortiguadas y urgentes, y después el eco de pesados botines que caminaban sobre las piedras. El haz del reflector yacía inmóvil y atravesado sobre el huerto. Su crudo fulgor se filtraba hasta el interior de la umbría glorieta, y Hudson advirtió que el piso de mosaicos estaba mojado a sus pies. Buscó algo con qué ocultar la mancha de agua. En un rincón de la glorieta había dos sillas plegadizas. Tomó una de ellas y la colocó sobre el charco. Salió cautelosamente de la glorieta y se encaminó a la villa.

De pronto un reflector acuchilló violentamente el jardín, descomponiendo la oscuridad en una masa de fragmentos plateados, dibujando vertiginosos círculos de luz en las palmas datileras y los arbustos. Hudson se acuclilló detrás de un vaso ornamental, de cuyo áspero pico brotaba una larga serpentina de enredadera, estrellada de florecillas blancas, cuyos pétalos la luz tornaba transparentes.

Oyó gritos en la costa, y voces que les contestaban desde el huerto del hotel. El haz del reflector retrocedió, dejándole al frente un camino de oscuridad. Corrió hacia adelante, subió una escalinata de piedra y se encontró en la terraza de la villa, en la parte contigua al hotel. A ambos lados de la villa se extendía una alta pared que separaba el huerto del camino exterior. Una puertecilla del muro era la única vía de entrada y de salida. Probó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Los hombres se acercaban ya por el huerto, escudriñando celosamente los arbustos. Al advertir que el reflector de la lancha ascendía la vertiente de la villa y cruzaba en abanico el frente de la terraza, Hudson dió un paso atrás y se dejó caer al abrigo de la balaustrada de la terraza. Durante una fracción de segundo, en la fulgurante blancura de aquella luz, el rostro marmóreo de una mujer lo contempló con tristeza, mientras con un brazo extendido, albo y desnudo, y una mano de dedos abiertos parecía querer protegerse del cegador reflejo. Después la estatua de la balaustrada desapareció, y Hudson vió el frente de la villa. Detrás de los mosaicos

ajedrezados había una puerta vidriera, abierta de par en par y flanqueada por limoneros que crecían en macetas de terracota. Un grueso cortinado la cubría. El reflector abanicó pausadamente el frente de la casa, y los otros dos comenzaron a jugar con él, entrelazados y erráticos. El rostro de la mujer centelleó fugazmente y se extinguió, lúcido, blanco como la cal, en un momento dado, y un momento más tarde inexistente. En, el huerto las voces se oían cada vez más próximas; Hudson sintió la primera oleada de pánico que crecía en su interior, y refrenó el salvaje impulso de incorporarse, haciendo caso omiso de los reflectores, y huir, simplemente huir, confiando en que su rapidez le salvara la vida. Sobre los latidos de su propio corazón y el desorden de su respiración oyó súbitamente los remotos acentos de una radio que tocaba unailable.

Allí abajo, muy cerca ya, un hombre gritó. Otras voces le respondieron de ambos lados de la terraza, y Hudson comprendió que estaba atrapado. Los haces de los reflectores divergieron, y la terraza quedó a oscuras. Sólo le quedaba un camino abierto. Hizo a un lado las pesadas cortinas de las puertas vidrieras y entró en la villa.

El aposento salió lentamente de la oscuridad. Estaba en una amplia sala circular, cuyo techo lo formaba una cúpula de vidrio azul, bajo la cual unas pocas lamparillas pálidas emitían una luz tenue y acuosa, que confundía las sombras y los muebles, dándoles el aspecto de entes amorfos y hostiles que lo observaban agazapados, esperando a que se moviera. Después la vista asimiló trabajosamente los detalles: alfombras de pieles sobre el piso, mosaicos con un motivo ornamental griego, en blanco y en azul, las esbeltas patas curvas de un escritorio de nogal, el lustre cálido de un gabinete japonés de laca, y el suave brillo lunar de un ánfora de asas enroscadas, erguida como un centinela al pie de una amplia escalera de caracol. Detrás del ánfora había una mesita, un sofá, sillas y una pequeña lámpara de mesa que lanzaba un fulgor crudo y nítido. Sobre la mesa una radio tocaba una cancioncilla vivaz y burlona, pero súbitamente dejó de oírse.

Hudson avanzó por el salón, sintiéndose a la deriva en el caprichoso torrente de las circunstancias. Una mujer surgió de las sombras, tras el vivo foco, de luz de la lámpara y se encaminó hacia él. Hudson se detuvo, aguardándola.

Ella avanzó por el largo pasillo de mosaicos, y cuando estuvo cerca alzó la mano derecha, cuajada de anillos y tocó con los dedos un broche que llevaba prendido en lo alto de la ampulosa pechera de su vestido de fiesta negro. Una tenue aura de perfume se expandió por el ambiente, y Hudson se sintió fascinado por el fasto oriental de toda aquella pedrería y por el brillo del brazalete de oro que rodeaba en una tensa espiral el brazo regordete de la mujer. Un rostro lo miró, una máscara benigna que los años habían despojado de sus colores originales, una cara repintada con tonos ocres y rojos, en señal de lealtad a un esplendor desvanecido.

—Escuche. Permítame...

Aquella mano hizo un ademán impaciente, y Hudson sintió que las palabras morían en su garganta. Afuera las botas de los hombres repiqueteaban en la terraza, y

sus voces se oían claras y nítidas. La mujer pasó junto a Hudson y se oyó en la sala silenciosa el frufrú sibilante de su vestido. Hudson se acercó a la mesita, en la que había una radio, una botella de vino y una copa casi vacía. Al volverse vió que ella apartaba los espesos cortinados. Zarko y dos guardias de la milicia entraron en la sala.

Hudson se quedó donde estaba, aguardando, convencido de que había llegado al límite en que los hombres ya no pueden protegerse; atónito ante lo resignado de su desesperación y ante la facultad que posee la desesperación de trocar la realidad en fantasía. Él estaba allí, inmóvil bajo la pálida cúpula azul, pero todo era irreal. Alzó la mano para alisarse el cabello oscuro, y después tocó las solapas de su chaqueta.

La voz de Zarko disipó la fantasmagoría:

—Lamento molestarla, madame Androsh, pero estamos buscando a un hombre que acaba de escapar de Lokrum. —Los dos guardias de la milicia, con los fusiles acunados en los brazos, flanquearon a Zarko, integrando con él una rígida y amenazante trinidad.

En el silencio que sucedió a aquellas palabras, Hudson vió que la mujer se tornaba hacia él, y aguardó, mientras su propia ansiedad parecía querer detener el tiempo, previendo el vivo ademán de aquella mano que lo señalaría, y el sonido de aquella voz que lo denunciaría. Nada podía hacer. Se sentía impotente, sabía que no tenía escapatoria y que debía someterse sin lucha. Entonces se oyó la voz de la mujer, aplomada, con un dejo de aspereza, quebrando la agonía de la espera:

—No hemos visto a nadie, ¿verdad? —La mujer se volvió, pronunciando en voz más alta la última palabra de la frase, dirigiéndola a Hudson, incluyéndolo, y Hudson vió que Zarko erguía su imponente cabeza y lo miraba fijamente a través de la penumbra que llenaba la sala. Los dos hombres se contemplaron. Zarko no demostró sorpresa. Incluyó levemente la cabeza al reconocer a Hudson, y una lenta sonrisa le vagó por los labios.

—Ya veo. ¿Le molestaría que mis hombres registraran la casa? Quizá haya entrado a hurtadillas. —Su actitud era sosegada y respetuosa, y Hudson comprendió que Zarko y madame Androsh se conocían.

—Le ruego que lo haga, camarada Zarko.

—Gracias. —Zarko hizo un gesto con la cabeza, y los soldados se pusieron en movimiento, como muñecos de madera, e iniciaron la búsqueda. Zarko se acercó a la mesa iluminada, tras la cual estaba Hudson. Madame Androsh los miraba con sus ojos oscuros, encapuchados bajo las cejas finas y pintadas.

—No sabía que Mr. Hudson fuera amigo suyo —dijo Zarko suavemente.

—No se puede decir aún que seamos amigos, pues apenas nos conocemos hace una hora. —Se sentó en el sofá, acariciando con la mano el breve broche de cornalina que llevaba prendido en el pecho. Hudson, al advertir con alivio que ella estaba de su parte, extremó la cautela, forzando su mente a una vigilancia que no debía pasar nada por alto. Aquella mujer, por algún motivo inexplicable, estaba dispuesta a ayudarle, y

a la ansiedad que él sentía por su propia seguridad se añadía ahora la responsabilidad de protegerla. Ella lo miraba sonriente, y Hudson tuvo la impresión de que se divertía saboreando aquel instante de suspenso con el placer con que un conocedor prueba un vino nuevo, demorando las palabras hasta que se extingue la sensación en el paladar.

—También usted parece conocer a Mr. Hudson. Es natural, el jefe de policía debe conocer a todo el mundo.

Hudson comprendió que aquél era el pie que marcaba su entrada.

—El camarada Zarko y yo somos, puede decirse, viejos amigos. ¿No es verdad?

—Por supuesto. —Zarko se volvió hacia madame Androsh—. Mr. Hudson es un hombre muy importante.

—Ya lo sé. Karl me escribió de Belgrado, hablándome de él. Por eso lo invité esta tarde a tomar una copa.

—Me alegro de que lo haya hecho. —Los ojos de Zarko estaban clavados en la mesita, sobre la que descansaban la botella de vino y una sola copa—. Las autoridades de Belgrado nos han recomendado muy especialmente que hagamos grata su estadía entre nosotros.

Hudson recogió la copa mediada de vino.

—Todo el mundo ha sido muy amable conmigo.

Al alzar la copa comprendió que su ademán no había pasado inadvertido a madame Androsh. Eran aliados, y él estaba seguro de que ella no pasaría nada por alto.

—No lo dudo.

La copa parecía magnetizar la mirada de Zarko. Hudson adivinó lo que pensaba, y mantuvo los dedos curvados en torno a ella, ocultando la mancha de lápiz labial que purpuraba el borde del cristal.

Madame Androsh se volvió sonriente hacia Zarko.

—¿Una copita de vino mientras espera a sus hombres, camarada Zarko?

Zarko meneó la cabeza.

—No, gracias, señora. Sin embargo —sus ojos seguían clavados en la mano de Hudson—, sin embargo, veo que Mr. Hudson bebe solo.

—He tratado de persuadir a madame Androsh de que me acompañe, pero ella se ha negado.

La mujer se puso de pie. En aquel momento los soldados bajaban ruidosamente la escalera.

—Cuando se llega a mi edad, no es difícil elegir entre un buen vino y una mala digestión. Al cabo de sesenta años de leales servicios, mi estómago empieza a hacer el papel de traidor.

Zarko sonrió, pero en sus palabras había aún un dejo inquisitivo:

—A un traidor, señora —dijo—, es menester vigilarlo constantemente. —Miró a los guardias y éstos menearon la cabeza—. Parece que estamos de mala suerte.

—Quizá esté aún en el jardín —sugirió Hudson.

Madame Androsh se incorporó.

—Subestima usted la eficiencia del camarada Zarko. Seguramente sus hombres ya lo han escudriñado todo, pulgada por pulgada, pisoteando mis zinnias y mis azaleas.

—Si han causado algún daño, mi querida señora, lo lamentarán.

Zarko hizo una reverencia y se dirigió a la puerta vidriera, acompañado de madame Androsh. Ella se quedó en la puerta un momento, viéndolo alejarse. Después corrió los cortinados con ademán rápido e imperioso, y regresó.

—¿Así que es usted un hombre muy importante?

Se acercó a él mientras hablaba, y Hudson vió las empolvadas y marchitas bolsas de piel que subrayaban sus ojos.

—Eso supone el camarada Zarko.

Ella se dirigió a un armario, contiguo a la escalera, y sacó dos copas. Retornó con ellas y las llenó.

—¡Cuántos hombres habrán sido delatados por el lápiz labial de una mujer! —Soltó a reír, alzando la copa llena, que brilló a la luz con fulgor ambarino—. Es usted un hombre de ingenio muy vivo —añadió, ofreciéndole la copa.

—En este instante soy un hombre muy agradecido.

La observó, curioso, reconociendo que si ella exigía saber la verdad tendría que decírsela.

—Si oye decir que la vejez trae sabiduría, no lo crea. Pero supongo que le consolará saber que mi digestión es perfecta. —Y para demostrarlo, vació su copa.

—¿Por qué me ayudó?

Ella se sentó, demorando la respuesta, y Hudson tuvo la sensación de que no estaba reflexionando en lo que habría de contestarle, sino que lo estudiaba aún, como si la primera impresión favorable que se había formado de él requiriese confirmación.

—Porque me agradó su aspecto. Además, porque soy de esas mujeres que nunca se preguntan si pueden o no hacerse responsables de lo que ocurra, y, en último término, porque no me gusta que las circunstancias estén selladas por la fatalidad.

—Cualquier mujer, en su lugar, habría gritado en demanda de auxilio.

—A mi edad, un desconocido no basta para asustarme. Pero debe usted cuidar que el camarada Zarko no sepa cuán quijotesca he sido.

—Tendré cuidado. ¿Quién es Karl?

—Mi hijo. Está en Belgrado; es secretario del ministro de Justicia.

—¿Ha pensado usted que Zarko le preguntará a su hijo si le envió esa carta de presentación?

—Por supuesto. Karl me habla por teléfono todas las noches. Yo me encargaré de que por ese lado no se sepa nada. —Hizo una pausa, inclinándose hacia adelante para llenar la copa de Hudson. Después prosiguió—: Lo malo de una mentira es que después de haberla sembrado hay que seguir cultivándola. Yo no le preguntaré nada.

Cuanto menos sepa de usted, tanto menos tendré que mentir. Pero recuerde que Zarko no es un policía vulgar. En Belgrado goza de verdadero renombre de eficacia.

—Ahora tengo motivos para ser doblemente cauteloso.

Hudson se acercó y se sentó a su lado, con la copa entre las manos. Ella era vieja, pero tenía una frescura de espíritu que hacía olvidar la cara pintarrajeada. Mirándola, comprendió que había en ella una inteligencia lúcida y un coraje generoso, de los que en aquel momento era él el beneficiario. Alzó la copa y bebió, con la gratitud reflejada en su mirada. Y luego, tras ella, en las profundas sombras aterciopeladas que inundaban el otro extremo de la sala, vió a Franja que se acercaba. Traía una chaqueta corta, abierta sobre el vestido blanco, y sus ojos lo miraban llenos de curiosidad y sorpresa. Hudson se levantó, y oyó el susurro del vestido de madame Androsh, quien también se había puesto de pie.

Mientras Hudson miraba entrar la alta silueta de Franja en la zona de luz, llegó a sus oídos la voz apagada de madame Androsh.

—Esta es mi nieta, Mr. Hudson. Creo que ustedes dos ya se conocen. —Sus palabras terminaron en una gozosa risa de placer, que repercutió acariciadoramente en las alturas de la gran cúpula azul. Hudson dió media vuelta y vió aquel viejo rostro agitado por la risa, los ojos oscuros, vivaces y traviosos, en que centelleaba un espíritu juvenil, y oyó la voz áspera, casi masculina, que proseguía—: Ya ve, Mr. Hudson, que no era usted del todo un extraño cuando entró en mi casa.

Lepovitch estaba jubiloso, y ese estado de ánimo se reflejaba parcialmente en su informe, cuya redacción le resultaba singularmente difícil. A menudo se interrumpía, aun cuando sabía exactamente lo que quería decir, y miraba por la ventana. En los altos álamos que bordeaban el camino cantaba un ruiseñor. Un tranvía nocturno pasaba rumbo a Gruz, y grupitos de paseantes de camisas blancas ascendían lentamente la colina, abandonando de mala gana la frescura de la noche para regresar a sus hogares mal ventilados. El pájaro cantaba con una generosa indiferencia hacia los ruidos de la ciudad, y por un instante Lepovitch recordó los ruiseñores que solían cantar en los niveos bosquecillos de acacias florecidas, en las colinas de San Pietro, donde había nacido, y que acaso cantarían aún... Vió las paredes encaladas de la casa del guardabarrera, junto al paso a nivel, que había sido su hogar; su madre, que había querido que el hijo fuera sacerdote, maniobraba las barreras pintadas de rojo y blanco, mientras que su padre, hecho un bulto informe sobre los escalones del pórtico, ebrio, fumando, echaba granos de maíz a los coléricos gallos pigmeos, que constituían su única ocupación... Su padre, que no había querido que el hijo fuera nada. Apartó de su mente el recuerdo, y escribió:

... El resultado de la operación fué perfecto, y nuestra tarea se ha simplificado considerablemente. Raikes fué muerto al intentar huir. No creo que este asunto traiga complicaciones, puesto que, oficialmente, él ya estaba muerto. Habría sido mejor poder interrogarle antes de que muriese, pero circunstancias ajenas a nuestra voluntad forzaron los acontecimientos. Al ser sorprendido, lo acompañaba otro hombre, que huyó y cuya identidad se ignora, pero sospechamos que se trata del otro inglés, Hudson. Por el momento, Hudson parece contar con una coartada, pero la estamos investigando minuciosamente...

... Si Hudson es realmente lo que suponemos, ello significa que ahora está trabajando aislado, y que sus probabilidades de éxito se han reducido considerablemente. Por grande que sea la colaboración que le presten los traidores que hay en la ciudad —y es evidente que los hay—, Hudson debe trabajar ahora en condiciones tan riesgosas que no me sorprendería si le ordenaran abandonar el proyecto... Si poseyéramos más datos sobre el hombre a quien él ha venido a ayudar, tendría plena confianza en nuestro éxito. Como usted mismo reconoce, los antecedentes que me han remitido sirven de poco. Espero que los datos que recojan sobre Hudson nos serán más útiles. Mañana, junto con mi parte diario, enviaré el informe completo de Zarko. No soy un perito calígrafo, pero cuando ustedes vean la copia fotostática de la carta que delató a Raikes, creo que estarán de acuerdo conmigo en que fué escrita por una mujer no muy culta, que trató de desfigurar su letra normal. La encontraremos a su debido tiempo...

Se interrumpió. El ruiseñor cantaba aún, pero se oían al mismo tiempo las roncadas voces de una pandilla de jóvenes que ascendían la colina cantando una marcha:

“¡Uno, dos; uno, dos! ¡Somos el joven ejército de Tito!
¡Uno, dos; uno, dos! ¡Somos la juventud de Tito!”.

DÍA SEXTO

No cruzaron una sola palabra en todo el trayecto de la morgue a la oficina de Zarko. Subieron la escalera, bajo la mirada libidinosa de Baco, observados por los tritones cubiertos de algas y por los ojos brillantes y precoces de cupidos y querubines. El centinela apostado en el rellano de la escalera se atiesó en el saludo y los siguió con la vista, contemplando envidiosamente los bien confeccionados zapatos y el traje gris claro de Hudson. Propaganda, pensó. Cuando enviaban representantes al exterior, los fascismos de nuevo cuño cuidaban de no quedar malparados, pero todo el mundo sabía (¿no lo decían, acaso, el *Borba* y el *Treinta Días*?) que en el Occidente capitalista escaseaban las ropas y los alimentos, y que sólo los ricos podían obtenerlos. Él, en cambio, estaba bien alimentado y bien vestido. Revolvió los hombros cuadrados para hallar una posición más cómoda en el interior del uniforme teñido de azul, fabricado en Bradford, apoyó en la cadera, afectuosamente, la vieja carabina del ejército estadounidense y contuvo un eructo que surgía de las salchichas fritas que aquella mañana había sacado su esposa de una lata de la UNRRA, largo tiempo atesorada, para servírselas de desayuno.

Zarko cerró la puerta a espaldas de Hudson y aguardó. Hudson nada dijo. Se acercó a la ventana, miró al exterior y encendió un cigarrillo. Implacable, Zarko le había mostrado el cadáver de Raikes, con la esperanza de impresionarlo o de que incurriera en algún desliz. Pero fué inútil.

—Ya ve, Mr. Hudson, que teníamos razón... por lo menos en lo que toca a Raikes.

Zarko ya no podía esperar más, el silencio le resultaba embarazoso.

Hudson se volvió. La muerte verdadera de Raikes no le había sorprendido. Comprendía ahora que casi la había previsto al huir de la isla.

Se quedó mirando la fotografía de Tito, colgada en la pared opuesta. Olvidando por un instante las ideas que llenaban su mente, se preguntó si aquellas fotografías eran suministradas gratuitamente a todas las oficinas públicas o si éstas las compraban.

—¿Cómo lo mataron? —La imagen del cadáver desnudo de Raikes, tendido en la fría losa de mármol, le quemaba el cerebro.

—Trató de huir. Tuvimos que hacer fuego. Corrió en dirección al mar, seguramente en la esperanza de escapar a nado desde la isla. —Zarko lo escrutaba detenidamente, y el enigma que encerraba Hudson era para él una pesada carga.

—¿La isla? —preguntó Hudson con voz inexpresiva, que no revelaba emoción alguna.

—¿No sabía usted que él estaba en Lokrum?

—No, no lo sabía. —Le resultó difícil decirlo, porque entre la mentira hablada y la mentira que representaba cotidianamente existía una sutil diferencia. Zarko no agregó palabra, y el silencio se hizo repentinamente intolerable para Hudson—. ¿Cómo descubrieron que estaba allí? —preguntó.

Zarko se encogió de hombros, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Quizá será mejor suponer que Raikes murió hace seis días. Procuraré que este segundo entierro se realice en la forma más discreta. ¿Querrá asistir?

Hudson afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí.

Se dirigió a la puerta y Zarko lo acompañó.

—Lamento lo ocurrido, Mr. Hudson. Esperemos que éste sea el epílogo, para ambos, de un asunto muy desagradable.

Se estrecharon la mano, y Hudson salió.

Zarko cerró la puerta, y se rascó la nuca, pensativo. Después se encogió de hombros y volvió a su escritorio. Introdujo la mano bajo los cajones y apretó la llave del micrófono intercomunicados. Pocos momentos después entró Lepovitch. Se dejó caer, rígido, en uno de los sillones de cuero, y esperó a que Zarko hablara. Zarko sacó la botella de *rakia* y llenó dos vasos. Ambos bebieron. Al cabo de un rato, Zarko apoyó los codos en el escritorio y se frotó la barbilla.

—¿Yo?

—Sí. Sea o no lo que pensamos, es un hombre listo.

—Una cosa es evidente. Hemos llegado a un punto en que debemos suponer que es culpable.

—Yo nunca supuse otra cosa.

—En las primeras etapas de un asunto como éste es aconsejable trabajar sin prejuicios. Apenas obtengamos una prueba de que sabe algo, deberemos prenderlo. Si realmente sabe algo, en Belgrado le harán hablar. Pero no les gustará que les enviemos un hombre que no tiene nada que decir. Una evidencia, Lepovitch, una sola evidencia concluyente... y entonces podremos enviarlo allá. —Hizo una pausa, contemplando aquella figura tiesa, la cara escuálida y dura, los ojos grises e inmóviles tras los bruñidos lentes y prosiguió a modo de compensación de la forzada represión de su buen natural—: Claro está que si usted cree conveniente indicarles que corran ese riesgo ahora, no seré yo quien me interponga en su camino...

Lepovitch se revolvió como si una mano helada le hubiera tocado la nuca tibia. Sus ojos grises rehuyeron los de Zarko, y se clavaron en un retrato colgado en la pared. Por fin meneó la cabeza.

—No. Aún no podemos asumir esa responsabilidad.

El ayudante del peluquero señaló con la cabeza el sillón vacío, y Hudson se adelantó y se sentó. El peluquero agitó un mandil y se lo puso.

—Recórteme el cabello de la nuca. Después quiero un champú.

—Muy bien. —El peluquero le puso la mano en la coronilla, inclinándose hacia adelante, y Hudson sintió el frío chasquido de las tijeras. Sobre el largo espejo, colocado encima de los lavabos adosados a la pared, zumbaba monótono un ventilador eléctrico, y las serpentinas de papel coloreado atadas a la rejilla protectora rehilaban irregularmente.

El cuchicheo de los parroquianos que aguardaban en el fondo de la tienda, la charla de los peluqueros, el repentino silbido del agua caliente y espumosa en un lavabo, formaban un marco caótico a la urgencia de sus pensamientos.

El ayudante contorneó el sillón y le alzó la barbilla. En el espejo, Hudson vió los ojos de Sandro Venetti, que estaba sentado en el sillón contiguo. Las dos caras se quedaron fijas en el espejo, sin que las animara un gesto, pero en aquel fugaz instante se estableció entre ellos una muda comprensión. El barbero que atendía a Sandro le empujó hacia atrás la cabeza imponente, y comenzó a recortarle la frondosa barba. Reflejada en el espejo, Hudson vió la puerta de salida, abierta, y apoyado contra ella, leyendo un periódico, estaba el hombre que le había seguido toda la mañana, su viejo amigo del zapato remendado. Hudson sonrió abiertamente, y el peluquero, comprendiendo mal el gesto, empezó a charlar.

—¿De vacaciones?

—Sí.

—¿Le recorto el cabello de la coronilla?

—Sí, pero no lo quiero demasiado corto.

—¿Es usted suizo?

—¿Qué le hace pensarlo?

—Su acento. Y quizá —añadió con voz más queda—, sus zapatos.

Hudson soltó un gruñido, sin decir sí ni no.

—Los suizos tienen facilidad para aprender idiomas, pero siempre queda el acento. Son buenos ingenieros. Actualmente hay muchos en este país...

La cháchara de aquel hombre cubría los pensamientos de Hudson. Aquella mañana, al dejar a Zarko, había llegado a una decisión. Raikes estaba muerto, y él reconocía la obligación de proseguir lo empezado. En el hotel había alguien cuya fuga era muy importante. Quizá Sandro, que sabía cómo debía realizarse la fuga, supiera también quién era el hombre del hotel. Una cosa era evidente. Tenía que hablar con Sandro.

Hudson había estado sentado en el paredón del muelle, observando cómo raleaba la multitud congregada en torno al puesto de pescado de Sandro, y al ver a éste empacar sus cosas y entrar en la ciudad, lo había seguido por la avenida principal. Había visto a Sandro entrar en la peluquería. Por un instante se había demorado frente al escaparate de una tienda, examinando la obra de carpintería barata, decorada con flores pintadas de colores chillones, y los anillos y brazaletes en que quedaba algún vestigio de los hermosos diseños del pasado que los había inspirado. A sus espaldas, descontaba la presencia del perseguidor.

Ahora estaba sentado en el sillón contiguo al de Sandro, tratando de discurrir cómo podría abordarlo sin despertar las sospechas del espía apoyado en la puerta, que leía su periódico a la luz del sol.

—Cuando llegan las vacaciones, uno no sabe qué hacer con ellas. ¿No le ha ocurrido a usted?

Hudson se revolvió en su asiento.

—El fin de las vacaciones es no hacer nada.

El peluquero se sorbió el carrillo.

—Uno se queda sentado en su casa, y sabe que molesta. Entonces la esposa le busca algo para hacer, y uno acaba por trabajar más que nunca.

El peluquero que atendía a Sandro lo miró.

—Una persona a quien las vacaciones le parecen difíciles debería hacerse examinar la cabeza. Ve a trabajar en uno de los nuevos ferrocarriles, o haz un viaje cultural...

—Si estuvieras casado... —El peluquero de Hudson no completó la frase.

—¡Si estuviera casado, iría con mi mujer! La cultura es una gran cosa. Hay que viajar para obtenerla. El año pasado fuí a Split. Ese lugar está lleno de cultura.

El barbero de Hudson gimió con tono humorístico:

—Deténganlo, por favor.

Hudson oyó la risa cavernosa de Sandro, y luego su voz tonante:

—La cultura es una gran cosa. Jokan tiene razón. Todos deberíamos aspirar a ella. Pero el mejor lugar para recoger cultura... —Sandro hizo una pausa; ¿era aquél, pensó Hudson, un eco burlón, destinado sólo a él?, porque le pareció que Sandro hablaba con el mismo tono en que habría dicho: “El mejor lugar para pescar mojarritas...”. Y luego aquella voz profunda concluyó—:... es un museo.

—¡Oh, en el museo de Split...! —terció Jokan.

Sandro irguió la cabeza mientras Jokan le recortaba las patillas, y Hudson vió sus ojos oscuros y vivaces reflejados en el espejo.

—¿Qué tiene de malo el museo de aquí? —preguntó Sandro—. Yo he pasado muchas tardes en él. Ahí se aprende mucho. —Sus ojos, en el espejo, seguían clavados en los de Hudson, y la punta rosada de su lengua apareció fugazmente entre los labios barbados, como si estuviera saboreando un lejano vestigio de sal dejado por los vientos marinos.

—Si yo le dijera a mi esposa que vamos a pasar una tarde así... —El peluquero respiró pesadamente, puso los ojos en blanco, y cuando se apagaron las carcajadas se dirigió solícito a Hudson—: ¿Qué champú quiere? ¿Esencia de pino, agua de colonia, o la especialidad de la casa?

—Agua de colonia. —Hudson movió la cabeza. El rostro de Sandro desapareció, pero allí estaba ahora el espía, apoyado contra la puerta, sumido en soñolienta contemplación de sus zapatos, con el cuerpo bañado por un ángulo brillante de luz solar. Desde donde estaba había podido oír todo, pero Hudson estaba seguro de que

nada había despertado su atención. Cultura... En los tiempos que corrían todo el mundo hablaba de la cultura. Era un tema desprovisto de peligro. Sandro no había dicho nada inusitado, pero sus palabras se grabaron con toda claridad en la mente de Hudson: “El mejor lugar... es un museo”.

El barbero inclinó la cabeza de Hudson sobre el lavabo y abrió el grifo del agua caliente, moviendo los dedos sobre su cráneo. Sobre el ruido del agua y la charla de los demás parroquianos, Hudson oyó que Sandro se levantaba, luego su voz, retumbante y jocosa:

—Bueno, Joka, si tienes franco mañana por la tarde, te llevaré al museo y te demostraré que en Split no hay nada que se le pueda comparar.

—Soy peluquero, no pescador. Trabajo por la tarde.

—Pero de noche, ¿qué haces? ¿Eh, Joka? ¿Qué haces tú de noche, cuando yo trabajo? ¿Te dedicas a la cultura? —La risa de Sandro repercutió sordamente, y las carcajadas de los demás la corroboraron. Sandro se marchó. Hudson se quedó sentado, gozando de la fricción de aquellos dedos contra su cráneo. Sandro se había hecho entender.

Acabada la operación, pagó la tarifa y fué a recoger su sombrero de la percha clavada a la pared, sobre las sillas donde esperaban los clientes. Al volverse vió al joven esposo de la pareja que pasaba su luna de miel en el hotel; estaba sentado en una silla. Debía de haber entrado mientras Hudson se hacía lavar la cabeza. Estaba sumido en la lectura de un libro, entre cuyas páginas había una hoja suelta de papel, en la que de vez en cuando apuntaba sus comentarios. A su lado, en una silla desocupada, había una pequeña pila de paquetes. Al tiempo que extendía la mano en dirección a su sombrero, Hudson flexionó la rodilla y dió un empujoncito a la silla. Los paquetes cayeron al suelo. El hombre alzó la vista rápidamente, reconoció a Hudson y frunció el ceño, pero Hudson (qué no olvidaba al espía de la puerta, y se sentía ansioso por darle una ocupación) sonrió disculpándose y se agachó para ayudarlo a recoger los paquetes. Mientras lo hacía, acuclillado sobre el piso, murmuró rápidamente:

—Lo siento. He sido muy torpe. No vi sus paquetes. Espero que no se haya roto nada... —Lo dijo en voz baja, susurrante, de modo que el espía no pudiera distinguir las palabras: una serie de palabras cuchicheadas y confidenciales, que podían haber encerrado cualquier mensaje. Vió una débil llamarada de cólera en los ojos del joven, quien protestó que no era necesario que le ayudara a levantar los paquetes. Hudson se levantó y disculpándose por última vez se dirigió a la puerta. Entonces vió la cara del espía. Estaba interesado, por primera vez alerta en el transcurso de la mañana, y contemplaba, no a Hudson, sino al joven, con una imperceptible arruga en la frente, y los carrillos suavemente inflados, como si reflexionara. Antes de que Hudson llegara a la puerta, el otro había salido, doblando el periódico, y fingía observar un perro que cruzaba perezosamente la calle empedrada. Hudson dobló por el camino, dirigiéndose al hotel, y el vigilante comenzó a seguirlo, ensayando mentalmente los términos de su

informe al camarada Zarko. En aquel intervalo en que el inglés se inclinó para recoger los paquetes, pudo ocurrir cualquier cosa, pudo cruzarse cualquier mensaje.

Cuando Sandro entró en el departamento del Ulica Jesac, encontró a Tulio con los pies apoyados en la mesa de la cocina, aceitando y limpiando pensativamente una pistola, cuyo cargador lleno descansaba sobre la mesa junto a una botella de vino blanco de Dalmacia. Tulio silbaba suavemente. Alzó la vista, sonriendo al ver a Sandro, pero no dijo nada. Sandro se quedó de espaldas a la puerta, observándolo. Quería mucho a Tulio, mucho más que lo que había querido a Luca. Luca había sido capaz de velar por sí mismo, pero Tulio —volvió la mirada al cuadrado con marco de felpa colgado en la pared—, Tulio se parecía a su difunta esposa, Carlotta. Tulio necesitaba que lo cuidaran, aunque Sandro sospechaba que la aparente estupidez del muchacho era una forma de ensoñación mental más que una efectiva falta de capacidad. Acaso algún día algo lo traería a la realidad. Pero Sandro deseó que eso no ocurriera hoy.

—Deberías cerrar la puerta antes de ponerte a limpiar eso.

Sandro se acercó a la mesa y se sirvió un vaso de vino. Se sentó frente a Tulio y comenzó a buscar las palabras que había estado ensayando toda la mañana, y que sabía que tendría que pronunciar.

Tulio ignoró la reprimenda.

—Algún día espero tener oportunidad de usarla. La limpio y la aceito, pero nunca la uso. Eso está mal.

—¿Pensaste que quizá tendrías que usarla esta mañana, verdad? —Sandro adivinaba los pensamientos de Tulio.

Tulio mantenía los ojos fijos en el arma.

—Toda la ciudad sabe que anoche mataron a un hombre en la isla. Nosotros sabemos que ese hombre era Raikes. Si lo han atrapado a él, ¿por qué no han de venir a buscarnos a nosotros?

Sandro bebió un sorbo de vino.

—Si hubieran sabido que estábamos complicados, habrían venido a buscarnos al mismo tiempo que lo buscaban a él. —Sandro hizo una pausa, después prosiguió—: Escucha, Tulio... Quiero hablarte. Esto no va a ser fácil para nosotros, no va a ser fácil para mí decirlo, ni para ti oírlo...

Tulio bajó los pies de la mesa y tomó el cargador. Lo introdujo en el arma, con los ojos fijos en su padre, y después hizo la pistola a un lado, mientras se servía un vaso de vino.

—Escucha.

—El inglés Raikes fué delatado a la policía. Hay en Dubrovnik cuatro personas que pudieron hacerlo. Yo, tú, el otro inglés, o Yelitsa. ¿Fuiste tú?

Tulio rió, pero su risa se extinguió cuando Sandro dejó caer la mano sobre la pistola. Tulio lanzó una mirada rápida al rostro de su padre. Su miedo desapareció. Su padre sonreía, y fué él quien contestó en lugar de Tulio:

—No, no fuiste tú, Tulio, y tampoco fuí yo. Quedan, entonces, el inglés y Yelitsa.

—Nada sabemos de él.

—Pero si él estuviera trabajando para la policía, y hubiera entregado a Raikes, nos habría entregado también a nosotros. Ya nos habrían prendido. Hace varios días que él sabe cuáles son nuestras actividades. No nos habrían dejado libres. No, Tulio no fué él.

—Pero entonces sólo queda Yelitsa... —Una arruga surcó la frente de Tulio, y Sandro comprendió que tendría que llevarlo paso a paso a la verdad.

—Ya lo sé.

—¡No lo creo!

—¿No?

—¡No! —En la voz de Tulio había ahora un dejo de obstinación.

—Yo sí. —Sandro se inclinó hacia adelante, sobre la mesa, severo el rostro, aguantando con firmeza la mirada de Tulio—. Ella pudo hacerlo, Tulio. Un llamado telefónico, o un anónimo depositado en un buzón... No tuvo necesidad de delatarse, o de delatarnos a nosotros; bastaba con que mataran a Raikes. Fué ella, Tulio. Cuatro personas conocían el secreto, y hemos descartado a tres; queda una, una sola, y esa es Yelitsa. —Su voz era áspera ahora, insistente; mantenía los ojos fijos en Tulio, como un maestro que trata de inculcar la lección a un niño obtuso.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo hizo? —Tulio golpeó la mesa con el puño, enfurecido al verse obligado a aceptar una verdad que lo lastimaba y confundía.

—Creo saber el porqué, Tulio. —En su interior, a la sensación de cansancio y de tensión que había llenado su vida durante tantos años, se añadía ahora la carga de un nuevo dolor. Mientras vivió Luca, la lealtad hacia sus dos hijos, la comprensión de que ellos debían vivir su vida a su manera, le había obligado a guardar silencio. Esa lealtad había creado en su espíritu un hondo conflicto, porque no ignoraba que si hubiera dicho al uno lo que por sí debió descubrir, traicionando al otro, habría perdido el afecto de ambos. Su obligación de padre —así por lo menos lo había creído él— era mantener la familia unida. Había pensado que el tiempo se encargaría de resolver el problema. Pero el tiempo no había servido de nada, y ahora una lealtad hacia algo más importante que su familia lo obligaba a revelar el secreto. En aquel instante pugnaba por que sus sentimientos personales hacia Yelitsa, que era la culpable de todo, no influyeran en su decisión. Si ella le hubiera resultado grata, habría procedido del mismo modo.

—¿Qué sabes tú de Yelitsa que yo no sé? —La sospecha afilaba las palabras de Tulio.

—Sé que no quiere ir a Italia. Sé que es partidaria del régimen de este país... Sin embargo se dejó persuadir.

—Yo la persuadí. Soy su esposo. Donde voy yo va ella.

—No, Tulio. Tú no. Ella resolvió ir porque Luca quería ir. Ella y Luca fueron amantes antes de que ella se casara contigo, y siguieron siéndolo después.

—¡Mentira! —rugió Tulio, extendiendo sobre la mesa sus manos gigantescas.

—¿Te he mentado alguna vez?

Hubo un instante de silencio, y luego contestó Tulio a regañadientes:

—No.

—Tampoco ahora he mentado. Si Luca regresaba a Italia, ella estaba dispuesta a seguirle, pero cuando mataron a Luca, ya no le quedaban motivos para ir. Probablemente pensó, con su mentalidad estúpida, que si mataban a Raikes, abandonaríamos el plan. Ella creía que Raikes era el motivo de la fuga. No sabe nada del hombre del hotel. Muerto Raikes, la fuga no se realizaría... Entonces urdió el plan: es como si lo estuviera viendo. Ella amaba a Luca; por eso se alegró de tener la oportunidad de traicionar a Raikes.

Sandro se puso de pie. Hablaba con rapidez, sin dar a Tulio oportunidad de replicar, ansioso por convencerlo de la verdad antes de que sus pasiones contenidas se pusieran en movimiento.

—Lo que te digo es verdad, Tulio. Abrigaba la esperanza de no tener que decírtelo nunca. Abrigaba la esperanza de que todo eso acabaría, de que Luca recobraría el sentido. Pero ahora todo ha cambiado. Ella nos ha hecho traición. Está segura de que no iremos. Eso es lo que ella quiere. Y eso es lo que debe pensar. Nosotros nos iremos, Tulio, y la dejaremos aquí. Pero no debe saber que estamos resueltos a irnos... —Se interrumpió al ver que Tulio se levantaba súbitamente.

—Luca... —Tulio pronunció el nombre de su hermano con acento incrédulo. Se acercó con lentitud a la ventana; Sandro lo observaba ansiosamente—. Ella y Luca... —murmuraba para sí—. Ella y Luca...

Tulio miró por la ventana con los ojos fijos. De la callejuela, allá abajo, venían los gritos de chicos que jugaban. Sus ojos siguieron las intrincadas nervaduras de una hoja de geranio, cuyo tronco grueso brotaba de una de las latas del balcón; los bordes de sus flores rosadas tenían manchas pardas por la falta de agua. “Los regaré más tarde”, pensó. Sandro nunca mentía. Todo lo que él decía, era cierto. Lentamente comenzó a aceptar la verdad. Sólo había tenido dos cosas en la vida: Sandro, y la seguridad que él le daba, y Yelitsa, que le había dado todo lo demás, bienestar, solicitud, y los placeres de su cuerpo desnudo y firme... Luca le había quitado todo eso. Se apartó de la ventana con gesto airado.

—¡Cuando llegue la mataré! —La furia le desfiguraba el rostro. En su imaginación, veía juntos a Luca y Yelitsa.

—¡Tulio! —El padre se acercó y lo aferró por el brazo.

—¡La mataré! —Tulio se soltó de un tirón—. ¡La mataré!

Su mano colosal barrió la mesa, derribando la botella de vino, que se hizo pedazos contra la rejilla del brasero de hierro, cuyas varillas refulgieron bajo el vino

derramado. Contempló con mirada extraviada el charco que se formaba sobre el piso. Sandro oyó su respiración áspera y jadeante en el silencio del cuarto.

—Ella no vale el vino que has derramado —dijo Sandro sosegadamente, acercándose a limpiar el piso de vidrios rotos.

Tulio volvió a la ventana. Se quedó allí inmóvil, mordiéndose el labio inferior. Su gesto salvaje había atemperado en parte la violencia que bullía en su interior. La voz de Sandro prosiguió sosegadamente, persuadiéndolo, con esa autoridad que él siempre había respetado:

—No la matarás, Tulio. Tú harás lo que yo te diga. Si la matas, o si ella se entera de algo... nunca nos iremos. ¿Me oyes, Tulio?

Tulio se volvió, y Sandro comprendió que había logrado dominarlo. La cara de Tulio era inexpresiva, aflojada por la confusión y por la fatiga de la cólera.

—¿Qué puedo hacer?

Sandro se acercó a él.

—Tienes que ser inteligente, Tulio. Debes mentirle como ella te mintió a ti. Nosotros nos iremos a Italia, pero ella no debe saberlo.

—¿No debe saberlo?

—Puedes hacerlo, Tulio. Tú eres capaz de guardar cualquier secreto.

Tulio lo miró.

—Sí. Tienes razón. Puedo hacerlo.

—Es posible que ella venga hoy. Si puede venir, vendrá.

—De mí no sabrá nada.

—¿Eres capaz de dejarla? —Sandro sondeaba a Tulio, lo ponía a prueba. Necesitaba estar seguro.

Tulio meneó la cabeza, impaciente.

—No me importa lo que pueda ocurrirle. Si tiene dificultades con la policía cuando nosotros nos hayamos marchado, tanto mejor. —Rió despreciativamente—. Probablemente salvará el pellejo a fuerza de mentiras.

Sandro distaba mucho de creer que ella pudiera escapar mediante subterfugios a la tormenta que estallaría cuando ellos escaparan, pero había otros en quienes él debía pensar. Quizá ella resolviera fácilmente su situación, quizá la trataran con severidad, pero si él no llevaba a cabo los planes trazados, otras personas pagarían las consecuencias. Era el viejo problema, que tantas veces había enfrentado en su vida. Había que elegir entre dos males; cualquiera fuese la decisión que tomara, alguien sufriría, y la necesidad de optar era una tortura que debía soportarse.

—Estoy seguro de que ella cree que ahora no nos iremos. Debe seguir creyéndolo.

Sandro acabó de limpiar el piso. Sacó otra botella de vino y ofreció un vaso a Tulio, pero Tulio no quiso beber. Sandro lo dejó solo.

Una hora más tarde, Tulio, que estaba parado junto a la ventana, vió venir a Yelitsa por la callejuela.

—Ahí viene —dijo con voz tranquila.

Cuando entró Yelitsa, Sandro observó a su hijo. Tulio se acercó a la mujer y le preguntó sosegadamente:

—¿Qué haces aquí hoy?

Yelitsa avanzó un par de pasos.

—Logré cambiar mi puesto con otra muchacha que quería tener su asueto a fin de semana. —Miró a los dos hombres, buscando la confirmación de lo que ella ya sabía—. ¿Se enteraron? Tuve que venir.

Tulio la miraba. En cualquier otra oportunidad se habría lanzado sobre ella, impaciente por tener el cuerpo de la muchacha entre sus manos. Ahora la enfrentaba con calma.

—Sí, ya nos hemos enterado. Ese es el fin de nuestros proyectos.

—¿Qué quieres decir?

Sandro se desplomó en una silla, con expresión de desaliento, y se pasó la mano por la barba cerrada. Habló quedamente, con palabras lentas y apáticas:

—Desde que resolvimos irnos, hemos tenido suerte contraria. Mataron a Luca. Ahora al inglés... ¿Qué podemos hacer? ¿Seguir a pesar de todo? ¿Para que nos maten a nosotros también? No, conviene ser sensatos y quedarnos aquí.

Yelitsa reprimió la satisfacción que le producían aquellas palabras. Eso era lo que ella había querido. Dijo con voz inexpresiva:

—Tú hace treinta años que saliste de Italia. Este es tu país ahora, y el mío y el de Tulio... —Su voz adquirió más confianza; la esperanza y la satisfacción le confirieron gradualmente un tono de autoridad—. A mí nunca me gustó la idea. Ojalá no la hubiéramos puesto en práctica... Luca estaría vivo aún... —Se volvió a medias, para ocultar la expresión de su rostro, que se había puesto tenso con el recuerdo de Luca.

Tulio giró sobre sus talones y se encaminó a la ventana. La abrió de un tirón, apretando ferozmente las hojas, pero cuando habló su voz era tranquila.

—Así es. ¿De qué vale discutir sobre eso? —Se inclinó y alzó una de las latas de geranios—. Ya es hora de regarlos.

Hudson lanzó una guija en dirección al vaso ornamental: la piedra golpeó a una pulgada bajo el borde ondulado, sobre el que yacía una lagartija aplanada, con su cabeza arcaica ligeramente erguida. Se agachó, buscando otra piedra en el sendero.

—Esa lagartija me recuerda a un ratón que había en el campamento, cuando yo era prisionero de guerra. Por las noches salía de su cueva, se acurrucaba sobre una lata de galletas, y nos miraba. Nunca logramos domesticarlo. Creo que no quería ser domesticado. Se limitaba a quedarse allí agazapado, vigilándonos, pensando sus cosas, y cuando se cansaba de pensar se iba. Por fin alguien se fastidió y lo mató de

un botinazo. Todos nos alegramos. Cuando uno está prisionero, no le gusta que lo vigilen, sin saber lo que piensa el que vigila, aunque sea solamente un ratón...

Abandonó la búsqueda del guijarro y se tendió en la hierba. Franja estaba sentada, las manos cruzadas sobre las rodillas encogidas, contemplando el mar que se divisaba a través de la rala barrera de tamariscos. Ella sonreía, pero Hudson comprendió que aunque había oído sus palabras estaba como ausente.

—¿Fuma?

Al cabo de unos instantes ella meneó la cabeza. Hudson encendió un cigarrillo y lanzó el fósforo a la lagartija que siguió imperturbable. Madame Androsh y Franja le habían invitado a tomar el té. La actitud de Madame Androsh no había variado: en cambio, le intrigaba el cambio en el estado de ánimo de la muchacha, que advertía ahora, cuando estaban solos en el jardín. Era natural que ella cayera en una especie de ensoñación, mientras estaban sentados gozando del sol y del paisaje, pero detrás de esa ensoñación Hudson creía percibir algo más.

Extendió la mano y le tocó el brazo.

—¿Qué le pasa? ¿No le gustan las historias de animales?

La muchacha salió de su ensueño, se volvió y lanzó una risita.

—Estaba distraída. Sí, deme un cigarrillo.

Hudson se lo encendió. Ella aspiró el humo y miró a Hudson de frente. Al salir a la terraza con su abuela, recordando las palabras de Zarko, había tenido miedo de sí misma, se había sentido insegura, sin saber qué actitud debía adoptar hacia Hudson. Al principio no había sido demasiado difícil. Él sonreía suavemente, y a veces expresaba en palabras el silencioso movimiento de las ideas que se agitaban en el ánimo de la muchacha, representando con soltura, ante su abuela y ante ella misma, el papel que exigían las circunstancias. Pero a solas con él, ella se replegaba inconscientemente, en un intento de disimular su insinceridad, que temía fuera demasiado evidente. Al sentir el contacto de la mano de Hudson tuvo repentina conciencia del peligro que entrañaba ese estado de ánimo. Zarko había arruinado la inocencia de la relación que los unía, pero aquel hombre que estaba a su lado no debía saberlo.

—¿Cuánto tiempo estuvo prisionero?

—Cuatro años.

—¿Estuvo en el ejército?

—No. En la aviación. ¿Qué hizo usted todo ese tiempo?

—Yo acababa de salir de la escuela cuando empezó la guerra. Fuí enfermera en Belgrado, aunque no muy eficiente.

—Los soldados juzgan a las enfermeras por su aspecto, no por su eficiencia.

Franja soltó a reír y se incorporó.

—Esta tarde tengo un concierto temprano. Debo irme. —Hudson la tomó del brazo y la ayudó a levantarse, y la presión de su mano sobre su piel desnuda fué un

consuelo que disipó súbitamente todos sus temores. Se quedó inmóvil, sin deseos de romper aquel contacto.

—¿Cómo cayó prisionero? —Ella misma comprendió que sus palabras eran sólo un medio para prolongar el instante.

—Caí al mar y nadé en dirección opuesta a la que debí seguir. —Deslizó su mano por el brazo de la muchacha, previendo que ella daría media vuelta y echaría a andar, pero Franja se quedó donde estaba, observándolo, con el rostro levantado, joven y hermosa, y en aquel instante él tuvo amarga conciencia del abismo que separa a un ser de otro. Aquellos años que ella había pasado en Belgrado despertaban su curiosidad. ¿A quiénes había cuidado? ¿Alemanes, italianos, *chetniks*, guerrilleros? Cualquiera fuese el nombre que se les diera, todos eran hombres, y ella había sido una muchacha que acababa de salir de la escuela. Y ahora estaba en Dubrovnik, cantando para ganarse la vida, mostrándose amable con él... ¿por qué motivo? ¿Porque transitoriamente él podía reír y nadar con ella, darle una tregua para olvidar tantas otras cosas? Suavemente la obligó a volverse, tomándole ambos codos con las manos, forzándola a mirarlo de frente, sintiendo próximo su cuerpo, sintiendo el roce de las faldas en sus piernas, oyendo su respiración pausada que hacía bajar y ascender levemente su garganta morena.

—Dígame, ¿Zarko le ha insinuado que no conviene ser tan amable conmigo?

—No.

Sujetándola aún por los codos, él se inclinó hacia adelante y la besó suavemente en los labios. Aquel roce despertó en ella un deseo de estrecharse más a él, de rodearlo con los brazos y apretarlo contra su pecho, de responder a su afecto con una pasión que parecía ofrecer una seguridad más perdurable que el fugitivo instante, pero se contuvo, permitiéndole a él y a sí misma solamente la fugacidad de un pasajero gesto de amistad.

—Si alguien le cuenta esto a Zarko, puede decirle que yo tuve la culpa. Dígame que perdí la cabeza.

Volvieron juntos a la villa. Franja no dijo nada, pero se alegró de que él la llevara enlazada del brazo hasta que avistaron la terraza.

Cuando ella se marchó, Hudson quedó a solas en la terraza con Madame Androsh. Franja había insistido en volver sola a la ciudad. Madame Androsh y Hudson permanecieron un rato en silencio.

Madame Androsh se puso de pie y caminó hacia la balaustrada. Se inclinó sobre un tiesto, y comenzó a arrancar las flores marchitas con veloces movimientos de los dedos. Hudson la miraba. La anciana se movía como un viejo barco mercante, orgulloso de su tradición, que avanza bajo las velas susurrantes, llevando por mascarón de proa su propio rostro pintado. Madame Androsh arrancó la última flor muerta y se encaró con Hudson.

—¿Cuánto tiempo hace que leyó un cuento de hadas, joven?

—Mucho tiempo. ¿Por qué?

—Porque creo que ha olvidado usted lo que le ocurre a la princesa cuando es besada en un fragante jardín por el hermoso desconocido.

Hudson rió.

—Pensé que los tamariscos le impedirían verlo.

—No, desde mi dormitorio se ve todo. Para una princesa un beso significa sólo una cosa. Se enamora inmediatamente.

—Eso sólo ocurre en los cuentos de hadas.

—No sea ingenuo. Cualquiera mujer que está a solas en un jardín con un hombre, imagina ser la princesa del cuento. —Hizo una pausa, sonriendo—. Tengo mucho cariño por Franja. Ya el tener que vivir en Yugoslavia es demasiado duro para ella. Su padre era el general Dmítar Pazan. Él y la madre de Franja, mi hija, murieron en un bombardeo aéreo de Belgrado. Su padre era liberal y poeta. De él ha heredado Franja su romanticismo. Franja es muy capaz de tomarse un beso en serio.

—Yo sólo he querido ser cortés —protestó Hudson, sonriendo.

—Exactamente. Si hubiera sido usted sincero, yo no le habría dicho nada. Son los hombres corteses quienes causan los mayores perjuicios.

—Por nada del mundo desearía lastimar a Franja.

—Entonces no despierte esperanzas que no podrá satisfacer. Franja ha visto una guerra y ha visto una revolución. Pero es una muchacha sin experiencia. No vuelva a besarla, al menos por cortesía.

—Se lo prometo.

Ella se aproximó, con sus ojos penetrantes y joviales.

—Quizá ayer, cuando le socorrí, me equivoqué. Algún día lo lamentaré. No, no me diga que no lo lamentaré. Siempre llega el tiempo de lamentar nuestras buenas acciones. —Lo tomó por el brazo y comenzó a guiarlo hacia las puertas vidrieras—. Prepáreme un *cocktail* y hábleme de Inglaterra. Cuénteme todo. Han transcurrido veinte años desde la última vez que estuve allí.

En una habitación próxima estaban celebrando una fiesta. Durante una hora Lepovitch había intentado trabajar, haciendo caso omiso del alboroto de voces y de risas. Por fin se puso de pie y tocó el timbre para llamar al camarero. Cuando éste se presentó le dijo secamente:

—Presente mis saludos a los miembros de esa reunión y dídeles que por favor hagan menos ruido. —Señaló con la cabeza en la dirección de donde provenía el bullicio, y una lucecita acerada brilló en los cristales de sus anteojos. Cuando el camarero se marchó retornó a la mesa y comenzó a leer lo que había escrito.

... Hemos investigado los antecedentes e historia de los miembros del personal del hotel que parecen estar en regla. La mayoría de ellos son lugareños y están

empleados por la temporada; los demás son camareros profesionales, cuyas fichas indican que han desempeñado el oficio durante cierto tiempo, trabajando en los hoteles de Zagreb o Belgrado durante el verano, y aquí en el invierno. Dos de ellos son hombres de mucha confianza, que han trabajado largo tiempo para Zarko...

... Los datos referentes a Hudson; que llegaron esta mañana, demuestran, a mi manera de ver, que tiene cierta experiencia en la clase de trabajo que suponemos está realizando aquí. Sólo se puede explicar que haya permanecido prisionero tanto tiempo, después de organizar la fuga de otros, si se supone que tenía órdenes en ese sentido. Muchos campos de prisioneros de guerra en Alemania eran centros de espionaje militar británico...

Al llegar al extremo del corredor, el camarero golpeó a la puerta del aposento de donde venían los ruidos. Una voz alegre le gritó que entrara. En la habitación había dos oficiales del ejército, con las túnicas entreabiertas y las caras sonrojadas por el pivo y el coñac, y dos mujeres. Una pareja estaba sentada en una cama, sosteniendo entre los dos un plato de camarones. La otra estaba de pie junto a una mesita cubierta de botellas, en la que se veía también un paquete envuelto en papel, por una de cuyas esquinas asomaba un pedazo de pollo fiambre.

—¿Y bien?

El oficial que estaba sentado en la cama aflojó el brazo con que apretaba la cintura de la mujer.

—El camarada de la habitación cincuenta y cuatro manda decir que les quedará muy agradecido si hacen menos ruido.

—Dígale al camarada —replicó jovialmente el otro oficial— que se tire por la ventana. —Y premió su propia salida dando un sonoro beso en la nuca a la mujer que tenía a su lado.

—Ciertamente lo haré, camarada capitán, si usted insiste. Pero creo de mi deber señalarle que el camarada en cuestión está acostumbrado a que los demás se tiren por la ventana cuando entra él en un lugar. —El párpado izquierdo del camarero aleteó fugazmente, por una fracción de segundo. El oficial que estaba sentado en la cama comprendió inmediatamente. Se incorporó de un salto volcando el plato de camarones y asumió una dignidad militar.

—Comprendido. Dígale al camarada que lamentamos haberle molestado. Y después —añadió, siguiendo la dirección de la mirada del mozo—, venga a tomar una copa de coñac con nosotros.

Lepovitch no hizo ademán de volverse cuando el camarero le transmitió las excusas de los oficiales. Solo, en el repentino silencio, volvió la página de su informe y siguió leyendo:

... Su coartada para aquella noche todavía parece legítima. El secretario Androsh ha confirmado que rogó a su madre que recibiera a Hudson con toda clase de cortesías. Ella lo invitó hoy nuevamente a su villa, y por el momento no vemos motivos para interrumpir esta relación. La nieta, Franja Pazan, sigue nuestras instrucciones. Aparte de esto, Hudson no tiene otras relaciones estrechas. Hasta ahora, el único movimiento que ha realizado y que podría despertar sospechas, es un breve incidente que ocurrió hoy entre él y el periodista Sumitch, en una peluquería. Estamos investigando esta posibilidad...

... En lo que atañe al otro extremo de la investigación, a saber el anónimo que delató a Raikes, hasta ahora no tenemos pista alguna. Estamos realizando todos los esfuerzos imaginables para establecer la identidad del remitente, y hemos suministrado muestras de la escritura a las oficinas municipales y públicas, con instrucciones de buscar en sus archivos una escritura similar.

... En cuanto al camarada Zarko, no descuidaré su pedido de informes completos. Por el momento sólo puedo decir que si bien a veces adopta procedimientos heterodoxos, nada sugiere que no está dedicando todo su entusiasmo a la investigación de este asunto. Su mayor defecto, para mí, es cierta proclividad burguesa, que en algún momento crucial de su actuación podría chocar con la implacable severidad en que debemos ejercitarnos si deseamos que las Repúblicas del Pueblo sean purgadas de todos los elementos subversivos y neofascistas...

Se respaldó en el asiento y encendió un cigarrillo, contemplando la noche. Probablemente, en aquel mismo instante, Zarko estaba informando sobre él, redactando su propio parte. En Belgrado cotejarían los dos. Apartó a Zarko de su mente, y comenzó a escribir a su esposa.

DÍA SÉPTIMO

Hudson estuvo un rato sentado en el bajo paredón que rodeaba el museo, fumando un cigarrillo antes de entrar. A unas cien yardas de distancia, sentado en un banco, estaba su viejo amigo del zapato remendado.

En los últimos días ni él ni los colegas que compartían la vigilancia habían tratado de disimular su presencia. Hudson había llegado a sentirse incómodo, con una incomodidad perversa, cuando los perdía momentáneamente de vista, como había ocurrido aquella mañana en el cementerio.

Después de abandonar la segunda tumba de Raikes, él y Zarko se habían detenido unos momentos ante el primer sepulcro. El nicho estaba cubierto ahora por una lápida en que habían grabado una lacónica inscripción: “John Raikes. Murió el 7 de mayo de 1948, a la edad de 40 años”. Zarko se había acercado a la lápida.

—La haré sacar —dijo. Su mano regordeta y velluda se posó sobre la repisa en que amarilleaban las coronas. Después recogió de entre las guirnaldas un marchito ramo de rosas, atada al cual había una tirilla de papel azul. Zarko alzó el ramillete, examinándolo, y después su mirada se encontró con la de Hudson. Ambos se comprendieron, cada uno de ellos adivinó que el otro recordaba el número exacto de guirnaldas que habían depositado en la repisa, porque ambos compartían el amor por el detalle, que da riqueza a la vida.

—¿Quién puso eso ahí? —preguntó Hudson.

Zarko se encogió de hombros.

—No tiene firma. La gente suele hacer cosas muy raras. —Arrancó sin disimulo la tirilla de papel atada al ramillete y la guardó en el bolsillo.

—¿Le interesa?

—¿Por qué no? Cuando no se descubren los motivos de una acción cualquiera, el interés aumenta. —Se abanicó suavemente la cara con el sombrero panamá, mientras regresaban al portón de entrada.

El automóvil de Zarko aguardaba. Hudson había aceptado su ofrecimiento de llevarlo, y al despedirse de Zarko, ya en la ciudad, convinieron en que iría a cenar a su casa la noche siguiente.

Sí. Zarko era un hombre extraño, ora generoso y humano, ora implacable y eficiente; siempre incommovible en los principios que sustentaba.

Hudson se levantó, arrojando la colilla del cigarrillo. Entró en el museo y se dirigió a la casilla del empleado que expendía los billetes de entrada, cuyo precio era de cinco dinares. Era un vejete con uniforme azul descolorido. Tenía ojos grandes y acuosos, y cara roja y congestionada. Al entregar el billete a Hudson, estornudó con

sonido estridente, semejante al de una escofina. Al ver la expresión de Hudson, explicó con voz gangosa:

—Fiebre de heno. No hay nada que la cure. —Abrió los brazos en una amplia V, apuntando a las dos galerías del museo—. Allá —dijo meneando el brazo derecho—, historia natural, peces, flores, pájaros, y un feto de dos cabezas... la diversión favorita de los niños. —Sacudió tristemente la cabeza, deplorando la truculencia de los niños, y después agitó el brazo izquierdo, señalando el oscuro corredor que llevaba a las salas del museo cuyas ventanas, distantes, daban al puerto—. Allá, arqueología, fósiles, asuntos de interés histórico, trajes campesinos, monedas antiguas... —Hizo una pausa y sus ojos aguachentos temblaron con súbito embarazo. A Hudson le daba la impresión de un lúgubre faldero, con aquellas mejillas como bolsas que parecían tirar los ojos hacia abajo, dejando al descubierto las líneas rojas que circundaban las pupilas—... Hay, también, una silla de manos, muy antigua, muy interesante. —Su cabeza se volvió hacia la puerta, como movida por un resorte, después tornó a mirar a Hudson, y agregó con su voz pastosa—: Me han dicho que no debe dejar de verla.

Hudson asintió con un movimiento de cabeza, recogió el cambio y avanzó por el corredor. Era temprano aún, y los únicos visitantes del museo eran una mujer y un niño que curioseaban en la sección de historia natural, allá lejos. Hudson caminó con rapidez, porque su perseguidor entraría de un momento a otro, y no sabía de cuánto tiempo podría disponer.

La silla de manos estaba en mitad de la galería. Descansaba en una amplia tarima de madera, rodeada por un cordel rojo. A ambos lados de la tarima, junto a las paredes, había grandes fragmentos de estatuas y frisos, procedentes de un templo antiguo destruido por el terremoto de 1664. La silla estaba pintada de negro y rojo, con filetes dorados en los extremos de las largas varas. La puertecilla delantera estaba cerrada, y las desvaídas cortinas de brocado, corridas sobre la ventanilla lateral. Vieja y destartada, conservaba, sin embargo, una polvorienta aristocracia, con su orla de campanillas doradas, pesadas e inmóviles bajo el dosel del techo. Un letrero colocado en el borde de la tarima ostentaba la siguiente inscripción: *Silla de Manos. Siglo XVIII. Usada por los Rectores de Dubrovnik para visitas privadas y días de media gala. La silla de ceremonia se conserva aún en el Palacio del Rector.*

Hudson advirtió que la ventanilla lateral, aunque cubierta por la cortina de brocado, estaba entornada. De improviso oyó la voz de Sandro, que salía del interior de la silla; un murmullo tan bajo que era apenas perceptible.

—*Signore...* —Las cortinillas se separaron fugazmente, y Hudson vió la cara de Sandro.

Hudson movió levemente la cabeza, en señal de advertencia, y se volvió. Sentóse en el borde de la tarima, de espaldas a la silla. Su perseguidor había comprado un billete de entrada y se acercaba por el corredor. Sin prisa, Hudson sacó del bolsillo su cuaderno de apuntes y lo abrió. Su seguidor se acercó espaciosamente, recorriendo

con la vista, de mala gana, una colección de armas colgadas de una de las paredes. Se detuvo a un par de pasos de Hudson, contemplando con repentino interés una figura de madera vestida con el uniforme de los guardias suizos del Vaticano. Hudson deslizó el lápiz por la página del cuaderno, esquiciando los contornos del panel de un sarcófago, que estaba apoyado en la pared opuesta. Sin mirar al espía, dijo suavemente:

—Las iglesias no le interesan, los museos no le interesan. Todo esto le da sueño. ¿Por qué no se trae un buen libro para momentos como éste?

El otro se volvió, lo miró fijo, alzó un poco la cabeza y vió que el extremo opuesto de la galería estaba vacío. Su atención se desplazó entonces a la escena guerrera, tallada en el sarcófago, que Hudson había empezado a dibujar.

—Tardaré media hora, por lo menos —dijo Hudson—. Búsqese un sitio cómodo para dormir.

El otro se revolvió, incómodo, sin decir una palabra retornó por donde había venido, y se dejó caer en una silla próxima a la puerta, cruzando las piernas y apoyando la barbilla en la mano, sin dejar de escrutar la galería.

Hudson siguió dibujando. Al cabo de un rato, susurró, con la cabeza inclinada sobre el cuaderno:

—Está mirando, pero no puede oírnos. Pienso seguir el trabajo de Raikes.

—¿Qué es lo que sabe? —La voz era débil, un murmullo incorpóreo.

—Raikes no me dijo quién era el hombre del hotel. ¿Lo sabe usted? —Empezó a bosquejar un caballo encabritado.

—No.

—Raikes prometió darme una contraseña que ese hombre reconocería. Pero no pudo hacerlo.

—Quizá esté en manos de la policía.

—Quizá.

—Usted debe trabajar por su cuenta. No puedo ayudarlo. Me voy dentro de seis días. Si encuentra al hombre, y está en el sitio convenido, yo lo llevaré.

—¿Cómo descubrieron dónde estaba Raikes?

—No lo sé... —La voz se había tornado vacilante.

—¿Seguro? No quiero que haya cabos sueltos.

—No se preocupe. —La voz había recobrado su acento de sinceridad, pero también un dejo de impaciencia, que Hudson captó inmediatamente.

—¿Y la fuga? Los detalles, el día, el lugar... —Sus palabras se extinguieron. La mujer regresaba con el niño por la galería. Prosiguió asiduamente su dibujo, la cabeza gacha, viendo con el rabillo del ojo a la madre y el hijo que se aproximaban. Cuando pasaron a su lado, Hudson alzó la vista, y el chico torció ligeramente la cabeza para espiar el dibujo, pero la madre lo arrastró del brazo, cloqueando irritable:

—¿Por qué no hiciste en casa? Te pregunté antes de salir... —El chico murmuró algo ininteligible, bailoteando en su impaciencia, y ambos entraron por una puerta

con un letrero que decía: “*Nuznik*”. Al cerrarse la puerta, Hudson oyó la voz de Sandro:

—Lo tengo todo escrito.

—¿Dónde?

—En un papel. Está bajo el letrero de la silla.

Hudson cambió de posición, estirando las piernas, y advirtió que el letrero que explicaba las características de la silla de manos estaba pegado a un angosto prisma de madera que descansaba en el borde de la tarima.

—Lo sacaré apenas pueda. Aquel pajarraco no me pierde de vista.

Acentos de fatiga se filtraron por las cortinas de brocado:

—Lo conozco bien. Es un buen perro guardián. Cuando lo haya leído, destrúyalo.

—Por supuesto.

—¿Usted no es un agente regular?

Hudson demoró la respuesta. Aquel cansancio, aquella fatiga eran signos de tensión reprimida. Raikes le había advertido que Sandro ya no aguantaba más.

—Yo me arreglaré.

—No importa —prosiguió la voz.

Se abrió la puerta del excusado, y por ella salieron la madre y el niño. Hudson alzó la cabeza y los observó con curiosidad, sosteniendo sus miradas sin disimulo. Pasaron junto a él, y cuando volvió la cabeza para seguirlos con la Vista, advirtió que su perseguidor también los miraba. Después la mujer y el niño quedaron entre él y el vigilante, obstruyendo el campo visual de éste. Hudson extendió la mano, empujó el trozo de madera y deslizó al interior de su bolsillo una hoja de papel doblada.

La voz de Sandro surgió del interior de la silla.

—Usted sabe elegir el momento. Lamento no poder ayudarlo en lo que concierne al hombre del hotel.

—Ya descubriré quién es, de algún modo lo sabré. Y él irá al sitio en que usted le espere.

—Está todo en el papel. Buena suerte.

Sandro no dijo nada más. Hudson se levantó y salió del museo. Sabía que cada instante que pasara mientras él tuviese aquel papel en el bolsillo estaría colmado de peligro. Entró en el Gradska Kavana y pidió un café helado, pero antes de que el mozo se lo trajera se levantó y se dirigió al excusado. Se encerró en una casilla y sacó el papel. Lo leyó cuidadosamente, memorizando cada detalle. Después le acercó la llama de un fósforo y dejó caer en el inodoro el frágil rollo de ceniza. Al vaciar el sifón experimentó una sensación de alivio que lo llenaba velozmente, y advirtió por primera vez las gotas de sudor que le humedecían las raíces de los cabellos y que ya habían comenzado, a perlarle la frente. Salió y se encaminó a la hilera de lavabos. Comenzó a lavarse las manos, siguiendo en el espejo los cuidadosos movimientos de su perseguidor, que se secaba las manos frente a un lavabo, en el otro extremo del

local. El sabueso se miró las uñas con curiosidad, después su mirada se encontró con la de Hudson en el espejo. Hudson sonrió y le guiñó el ojo.

Durante la cena, mientras se servía un vaso de vino. Hudson vió sobre la mesa el libro de poemas de Keats. Al abrirlo encontró en su interior una breve nota del profesor Brussiak, que le agradecía el préstamo. Observó al profesor, a quien en aquel instante estaba sirviendo Joseph. Estaba encorvado sobre la mesa, leyendo y comiendo, aislado del resto de los comensales. ¿Cuál de todas aquellas personas estaba esperando que le indicaran cómo debía salir del país; cuál de todas ellas llevaba una contraseña que sólo sería exhibida en respuesta a la que Raikes le había prometido?

¿El profesor Brussiak? ¿O Papá Ransko, que en aquel preciso instante abofeteaba la mano de Madeo, que el chico había tendido, impaciente, hacia la frutera? ¿Sería capaz, Ransko, de abandonar a su familia, sabiendo lo que les ocurriría después? Hudson estaba seguro de que sí; los seres humanos pueden verse obligados a dejar a un lado toda ternura. ¿Sería Sumitch, el periodista en luna de miel? Quizá aquella no fuese una luna de miel, sino un espantoso interregno, un abrazo desesperado antes de la separación definitiva. El joven encendió un cigarrillo para su esposa, sacándolo de entre sus propios labios y ofreciéndoselo, en un gesto que era una caricia, y por primera vez Hudson miró detenidamente a la muchacha, y vió que era bonita, pálida de rostro, con ojos oscuros y velados. Ella volvió la cabeza y por un instante sus miradas se encontraron. Hudson se preguntó si ella se obligaba a mirarlo de frente para demostrarse que existía un coraje capaz de ahogar el más tremendo de los miedos. Después se volvió y se inclinó hacia adelante para decir algo a su marido. ¿Sería el diputado Djilas, político, y no dirigente gremial —según averiguó Hudson por medio del saturnino portero—, un hombre enredado en la oscura maraña de facciones que proliferaba en torno a Tito? Djilas comía un helado, picoteando con la cucharilla el cono rosado, como si tuviera la certeza de encontrar en su interior algo desagradable. ¿El Coronel Grol —que en aquel momento se había puesto de pie y avanzaba hacia Hudson—, el soldado favorito, el único hombre —según le había contado Franja en la playa—, al ruido de cuyos pasos no ladraba *Tiger*, el perro de policía alemán de Tito? Ya la ancha cabeza, en forma de proyectil de artillería, y los ojos azules y joviales se cernían sobre Hudson.

—¿Puedo tomar el café con usted, Mr. Hudson? Usted parece estar solitario, y yo también lo estoy. Nos consolaremos mutuamente.

Hudson señaló con un movimiento de cabeza la silla vacía, y Grol se sentó, llamando a Joseph con un ademán.

—Sírvame el café aquí. Joseph.

—¿No cree usted que Joseph es capaz de conseguir también un poco de coñac?
—Hudson puso los ojos en la cara arrugada y amable del mozo. Joseph frunció los

labios, con la vacilación del camarero eficiente que sabe que un favor no debe ser automático.

—Estoy seguro de que sí —confirmó el coronel.

Joseph asintió.

—Hay una botella de Grande Marque que se ha introducido por sus propios medios en la bodega. No me pregunten cómo.

—Es comprensible que yo me sienta solitario —dijo Hudson mientras tomaban el coñac—, pero suponía que usted contaba con muchos amigos en esta ciudad.

Grol meneó la cabeza.

—Afortunado es el hombre que llega a tener tres amigos en esta vida. Actualmente es difícil conservar a los simples conocidos, a menos que uno tenga algo que ofrecerles.

Hudson sonrió.

—¿Me clasifica usted entre los conocidos?

—¿Por qué no?

—¿Y qué me ofrece usted, coronel?

Grol se echó a reír, sacudiendo la maciza cabeza.

—¿Qué quiere usted, Mr. Hudson? ¿Una comisión en el Ejército Rojo, la verdad sobre la persecución de los elementos religiosos en este país, o una carta de presentación a la *prima ballerina* del Cuerpo de Ballet del Estado? Hasta podría conseguirle una entrevista con el propio Stari, mas no creo que eso pueda serle útil. Usted no es su tipo. Entre nosotros, a él le gustan los hombres a quienes puede impresionar. ¿Qué puedo hacer por usted? Este coñac exige una retribución.

Hudson vaciló. Aquel hombre ostentaba una confianza que resultaba casi escandalosa; se le antojaba un gigante jovial a quien le encantara abrirse paso por una calle colmada de gente, eligiendo un hombre al azar, de vez en cuando, para levantarlo en vilo y sacudirlo, y dejarlo después sobre el pavimento, con la cabeza hecha un torbellino, y luego marcharse ambos, reconfortados por ese áspero ejercicio.

—Puede contarme algunos chismes.

—¿Por qué no? Las mujeres y los soldados son los mayores chismosos del mundo.

—Me gustaría conocer su opinión sobre los demás huéspedes del hotel. Dígame algo de elfos, cualquier cosa que me dé la impresión de conocerlos mejor. Me siento aquí como un desconocido que ha entrado por error en un funeral.

Las carcajadas de Grol llamaron la atención de los demás comensales durante algunos momentos. Después, cuando todos tornaron a sus asuntos, él se inclinó hacia adelante, frunciendo los gruesos labios, saboreando anticipadamente el placer que se iba a conceder.

—Le diré lo que sé. Pero no es gran cosa. Ahí tiene a Brussiak... Está esperando que se presente el resto de una comisión que tratará de restablecer la industria vinícola en las islas de la costa. Años atrás la filoxera destruyó la mayoría de los

viñedos. Brussiak no parece gran cosa, pero tiene algo en la cabeza. La camarera del último piso ha estado durmiendo con él las tres últimas noches. ¿Sorprendente, verdad?

—No podría decirlo sin antes ver a la camarera.

Grol soltó una gran bocanada de humo que flotó pesada y opaca en el aire nocturno.

—También le gusta la poesía inglesa. —Acarició el libro que descansaba sobre la mesa—. Le vi dejar esto aquí cuando bajó a cenar.

—¿Y el diputado Djilas? —Mientras hablaba Hudson se preguntaba qué cosas veía aquel hombre y qué cosas no veía, cuánto de lo que decía era verdad y cuánto fantasía.

—Tiene una excelente foja de guerrillero. Pero es un fanático. Quiere reformar la ortografía del idioma. Quiere abolir por completo el viejo alfabeto cirílico y usar en cambio la forma romana, que nosotros llamamos croata. En eso tiene razón. Pero algún día lo van a fusilar por ocurrírsele alguna idea que no esté de acuerdo con la línea del partido. De un fanático nunca se puede sacar un buen demócrata. Ahí tiene a la familia Ransko. De todos ellos el único ser humano es Madeo. Se me ocurre que lo cambiaron en la cuna, o que su madre tuvo algún desliz con un marinero de Split; vienen de allá. Quizá Ransko también lo sospeche. Ocupan el cuarto contiguo al mío. Él la apalea todas las noches, pero como ella es fornida, no parece molestarle gran cosa.

Hudson terminó su coñac y lo miró con una ceja enarcada por encima del vaso.

—Muy interesante —dijo—. Pero no creo todo lo que me cuenta.

Grol prosiguió, con sonrisa imperturbable:

—¿Por qué habría de creerlo, Mr. Hudson? Usted me pidió chismes, no me pidió la verdad. Por otro lado, ahí tiene a los tórtolos. Él es periodista. No se deje engañar por esa sonrisa amante que ostenta en compañía de su mujer. Cada párrafo que escribe le corroe la pluma. Amargo, amargo, amargo... Pero ha escrito el mejor libro de la guerra, *Estrella Roja de las Montañas*, y en la espalda lleva aún las marcas de los látigos alemanes. Ella es su segunda esposa. Era secretaria en nuestra embajada de Londres, pero al cabo de un año la llamaron de regreso. No... no por algún motivo especial, pero se ha comprobado que una mujer no puede permanecer más de un año en Londres o Nueva York sin llegar a la conclusión de que prefiere ser elegante y decadente en lugar de atenerse para siempre a las faldas cortas y al colectivismo. Los trapos seducen a cualquier mujer, Mr. Hudson, como lo sabe todo buen soldado... —Hizo una pausa, aventando con gesto de fastidio algunas partículas de ceniza que habían caído sobre su uniforme—. Y eso es todo, Mr. Hudson.

Hudson lo sondeó deliberadamente, arriesgándose a sacar al descubierto la quisquillosidad que suponía oculta bajo aquella máscara de fanfarronería.

—No. Falta alguien.

—¿Sí? ¿Quién?

—Usted.

El Coronel Grol no rió, y Hudson creyó advertir que la tensión de algún músculo interno daba a aquella cara ancha una momentánea dureza, apenas perceptible.

—Yo no propalo rumores sobre mí, Mr. Hudson. —Después la sonrisa volvió a su cara, desarmando toda prevención—. Ya corren demasiados. Y en cuanto a la verdad sobre mi propia persona, creo que no le parecería muy interesante.

—Eso es lo malo de la verdad, ¿no es así? —Hudson hizo girar un cuchillo sobre la mesa, ociosamente, sin mirar al coronel—. Es tan falta de interés que nos induce a casi todos a cultivar la chismografía...

Se quedaron charlando un rato más, y después Hudson subió a su cuarto. Se paró ante la ventana, fumando un último cigarrillo antes de acostarse. A menos que Raikes, en aquellos postreros momentos de la isla, se hubiera desprendido del objeto que él necesitaba como contraseña para comunicarse con el hombre que esperaba en el hotel, esa contraseña estaba ahora en la oficina de Zarko junto con los demás efectos de Raikes. Así, por lo menos, lo esperaba él. Lo malo del caso era que debía confiar demasiado en simples probabilidades. Pero una cosa era evidente: tenía que registrar esa oficina. ¿Cómo entrar sin delatarse? Este problema no le dejó conciliar el sueño hasta muy tarde.

Aquella noche Lepovitch no tardó mucho en redactar su informe.

... Hasta ahora no hemos podido establecer la identidad del hombre muerto que en un primer momento supusimos fuese Raikes. Hoy han surgido nuevas evidencias que lo relacionan con los elementos de esta ciudad que planeaban ayudar a Raikes. Al visitar el cementerio Zarko encontró en la primera tumba un ramillete de flores con una nota anónima de recordación, escrita en el mismo papel azul utilizado en el anónimo que delató a Raikes. La similaridad de ambas escrituras es evidente.

... Hudson pasa el tiempo visitando la ciudad, dibujando detalles de interés arquitectónico. La muchacha, Franja Pazan, no ha informado hasta ahora nada de interés. Mañana pasará la tarde con él, y se le han dado instrucciones de que lo haga hablar de Raikes, pero yo personalmente creo que no debemos abrigar esperanzas de lograr nada por ese conducto. Existe la posibilidad, por otra parte, de que la muchacha nos esté engañando. He debido insistir en la necesidad de que se registre regularmente su habitación...

Hizo el parte a un lado, encendió un cigarrillo, y apoyó los pies sobre el escritorio. Había librado una verdadera batalla con Zarko por el asunto del registro de la villa. Zarko tenía un afecto servil por Madame Androsh, miembro de una aristocracia desacreditada, y eso a él le disgustaba por su evidente origen burgués.

Había insistido en que registraran la villa todas las mañanas, cuando la anciana y la muchacha salían de compras...

Lepovitch se hamacaba suavemente en la silla, apoyando los dos pies en el suelo, con el rostro pensativo, parpadeando los ojos grises detrás de los anteojos sin montura... Nadie era infalible. Algún día Zarko cometería un error... Por el momento él se contentaba con introducir las más circunspectas insinuaciones sobre su colega en los informes que remitía a Belgrado.

DÍA OCTAVO

En la Puerta de Ploce tomaron un ómnibus pequeño y destartalado, azul y blanco, que traqueteó a lo largo de la ruta costera, con un agrio tableteo del escape libre, y subió el recuesto del Monte Sergio, para tomar el camino interior que llevaba a Trebinje. El ómnibus estaba atestado de campesinos que regresaban de Dubrovnik a sus aldeas serranas. De cuando en cuando se detenía y pequeños grupos de pasajeros aferraban sus cestos, sus gallineros con las aves que no habían podido vender, sus ataditos de compras envueltos en tela azul, bajaban al camino blanco y permanecían unos instantes agitando las manos mientras el ómnibus reanudaba la marcha. En una de esas paradas, no lejos de Dubrovnik, donde el camino entraba en un angosto desfiladero de piedra caliza, Franja y Hudson descendieron. Faldearon, por espacio de media hora, un sendero paralelo al lecho pedregoso de un arroyo, hasta que llegaron a una altiplanicie pequeña y hierbosa, a considerable altura sobre el desfiladero, protegida por una media luna de pinos y abetos, y abierta hacia el sur, donde se divisaba una dentellada V de océano lejano y opalino. Abajo, a corta distancia, se columbraba un puñado de casas de tejados rojos, con sus paredes enjalbegadas y un tanto ruinosas, agrupadas en torno a una plazuela empedrada. Una de las casas, la posada, tenía una angosta galería con frondoso emparrado de vistaria, cuyos racimos largos, de color entre púrpura y blanco, pendían sobre las mesas y bancos que cobijaba el ramaje.

Hudson se sentó, con las manos cruzadas sobre las rodillas, fumando un cigarrillo. Ante una de las mesas de la galería, en un manchón de sol, había un hombre sentado cómodamente. Llevaba una camisa corta de obrero, de color azul, bastos pantalones grises embutidos en los zapatos y un viejo sombrero pajizo. Tenía a la mano una botella y un vaso de vino. Apenas aquel sujeto subió al ómnibus, en Dubrovnik, Hudson adivinó sus propósitos, y eso ocupó sus pensamientos durante todo el viaje y el ascenso por el sendero de montaña, durante los cuales estuvo silencioso.

Franja lo observaba, preguntándose en qué estaría pensando. Su silencio, a diferencia del silencio de otras personas, era reposado, y en aquel momento correspondía a una desusada quietud que sentía la muchacha en su interior. La excursión había sido idea de él, y ella había venido gustosa. Pero en los primeros minutos de su encuentro algo salió de sus cauces ordinarios, y aunque ella no habría sabido decir cuál era la dificultad, adivinaba que existía. Se preguntó si las instrucciones recibidas de Zarko habían originado en ella una actitud de disimulo, y si era eso lo que despojaba al paseo de todo su encanto.

Dejó vagar los ojos por la cadena de picos grises que se alzaban tras el valle, siguiendo la hilera de pinos que descendía las fragosas laderas de los cerros, suspendidos sobre el camino blanco. El país tenía una belleza que siempre despertaba recuerdos en su corazón. Recordaba a su padre, que caminaba a su lado, acariciando las flores sin cortarlas jamás, y los poemas tristes y dulces que había escrito para ella. Recordaba las acacias y las silvestres almizcleñas, los húmedos vallecitos olorosos a lirios y menta; veía a su madre, alta y erguida como una azucena, que marchaba hacia ella por un camino bordeado de granados cuyas flores ígneas resplandecían contra las hojas oscuras y las ramas retorcidas. Un manchón de piretros amarillos, en el borde de la meseta, atrajo su mirada, y el color le trajo a la memoria el cabello de aquel joven aviador alemán que le había apretado la mano mientras se moría despacio en el hospital de Belgrado. Ella había querido hablarle, darle la fuerza que él ya no deseaba, ansiosa por prolongar la coincidencia que los había reunido en Suiza, cuando ambos eran casi niños, y que después había tornado a reunirlos: él, derribado sobre la ciudad que ella amaba. Pero él sólo dijo, como si adivinara sus pensamientos: *“Schweig, oder rede etwas, das besser ist denn Schweigen”*. ¿Existía en el amor algo mejor que el silencio? Pero ahora sólo quedaba el silencio.

La inseguridad del futuro la obligó a vivir para el instante, a involucrase en sueños imposibles. Pero ahora hasta los sueños la habían abandonado. Había imaginado aquella tarde como una rendición al presente, había estado dispuesta a ser y a hacer lo que aquel hombre que ahora estaba sentado junto a ella le indicase.

Hudson se inclinó hacia atrás, y la muchacha tendió la mano y tocó fugazmente su brazo desnudo, siguiendo con el dedo una de las largas venas resaltadas por la tensión de los músculos que sostenían el peso de su cuerpo.

—¿Por qué está tan silencioso?

Hudson se volvió y sonrió a medias. Después sus ojos retornaron a la mellada muesca de océano que se divisaba desde allí. Un barco de cabotaje, blanco, cruzaba lentamente, y el viento arrancaba de su chimenea una delgada columna de humo.

—Estaba pensando...

—¿Qué?

Hudson se volvió y la miró nuevamente, y esta vez se tendió largo a largo, apoyado en los codos, con los ojos fijos en ella.

—Estaba pensando en usted, preguntándome qué instrucciones le ha dado Zarko. —La vió dar un respingo y enderezar bruscamente el cuerpo; comprendió que no se había equivocado, pero el momentáneo sonrojo de cólera que bañó el rostro de la chica despertó su piedad.

—¿De qué está hablando?

Él meneó la cabeza.

—Usted debe saberlo. No me molesta. Tampoco me sorprende. Pero seamos sinceros. Después podremos divertirnos.

Ella recogió la cigarrera del pasto, tomó un cigarrillo, y por un instante se sintió incapaz de capitular, temerosa de que si lo hacía se perdería todo.

—Ya le he dicho que Zarko no me dió orden de no ser amable con usted.

Él prosiguió, con sonrisa que tuvo la virtud de irritarla:

—¿Por qué habría de ordenarle eso? Pero le dió instrucciones de ser amable conmigo, de vigilarme, ¿verdad?

—¡He venido aquí porque quería estar con usted! —La voz de la muchacha era enfática, rebelde aún.

—Sin duda, y se lo agradezco. Zarko también lo sabe. Es un hombre muy listo. Usted quiere estar conmigo. Yo quiero estar con usted. Entonces Zarko favorece nuestros encuentros, pero debe de haberle dado instrucciones. Mire —señaló con el dedo la galería de la posada, bajo la cuesta del cerro—, ese hombre qué está allí sentado me viene siguiendo. Cuando me encontré con usted en el ómnibus, él ya estaba allí, listo para subir. Hasta traía puestos esos botines gruesos y esa ropa especial para excursiones campestres. Sabía lo que íbamos a hacer porque Zarko lo sabía... ¿y cómo lo sabía?

Ella se incorporó. Zarko le había dicho que él no debía saber que lo vigilaban. Odiaba a Zarko, por la humillación que le había impuesto, y odiaba a Hudson por sacar aquel sinsabor a la luz. La desesperación y el desengaño la instaron a marcharse.

—Si usted cree eso, mi compañía le ha de resultar desagradable. Sé llegar sola al camino.

Hudson la miró. Su cara estaba tensa, inmovilizada en un gesto de ira, y el viento ceñía el delgado vestido contra los firmes contornos de su cuerpo. Así enojada —y más consigo misma que con él, adivinó Hudson— era hermosa, con su cabello pálido, sus ojos celestes y la línea brillante de los labios. Comprendió que la mejor manera de dominarla, sería tomarle la mano, apretarla contra sí y besarla, diciéndole que no fuera tonta, pero ese camino le estaba vedado. No obstante, alzó el brazo y le tomó la mano.

—Le creo —dijo con firmeza—. Pero usted sabe bien que no me es desagradable. Seamos sensatos. Yo sé cómo son las cosas en este país. Sé que a usted le repugna hacer lo que Zarko le ordena, pero no la culpo por eso.

Franja se alegró de que él siguiera ciñéndole la muñeca con su mano, y se alegró también de que hubiera desaparecido la barrera que los había separado toda la tarde. Se sentó, y el alivio que experimentaba la dejó laxa como un niño que después de una larga carrera se arroja sobre la hierba para recuperar el aliento.

—Me he sentido miserable desde que él me habló.

—No es necesario que se sienta así. Olvídelo. Yo no le habría dicho nada. Pero pensé que sería mejor sacarnos ese peso de encima.

Se inclinó sobre ella y sonrió, y viendo sus labios tan próximos, deseó besarla.

Ella nada dijo, le sonrió también, con una cordialidad en su interior que allanaba el camino del perdón. Quería que él bajara la cabeza y la besara, quería sentir sus brazos rodeándola, hundir la cabeza en sus hombros y aferrarse al presente en una claudicación capaz de derrotar al tiempo. Podía guardar para sí ese instante, esos pocos días, vivir una fantasía creada por ella misma, olvidado el futuro que nada tenía que ofrecerle... por eso aguardaba con los labios entreabiertos, diciéndole con los ojos sus pensamientos. Pero en lugar de besarla, él alzó la mano y le tocó la mejilla, rozando con sus nudillos la piel suave, en una caricia que nada revelaba, y después, muy sosegadamente, estirándose sobre la hierba, con los ojos fijos en el cielo, añadió:

—Parece la princesa del cuento. *La belle au bois dormant*... Y las princesas no son para los hombres comunes... —Luego prosiguió, como hablando consigo mismo —: Este no es mundo para princesas, no es mundo para el despertar de la belleza... Debe prolongarse el encanto, mucho tiempo, deben seguir dormidas las criaturas de la leyenda hasta que llegue el tiempo en que el mundo esté nuevamente dispuesto a recibirlas.

—No comprendo...

Hudson le tomó la mano; y el desengaño de la muchacha se disipó momentáneamente.

—Sí, tiene que comprender... Su padre era poeta, la hija de un poeta debe comprender. El beso de un hombre no era capaz de despertar a la bella durmiente. —Rió despacio—. Creo que deberíamos bajar a tomar un vaso de vino con nuestro amigo.

—Prefiero quedarme aquí. —No quería moverse, no quería perder aquel contacto de sus manos. Por eso dijo suavemente, desatando el nudo de ansiedad que se había formado lentamente en su interior, demostrando que el afecto y la cordialidad que por él sentía eran más fuertes que la desilusión que la había asaltado un instante—: ¿Está en dificultades con Zarko?

Él guardó silencio, caviloso. Podía confiarle la verdad, estaba seguro, pero en Zarko había una fuerza capaz de arrancar cualquier secreto. Deseaba que ella supiera la verdad. Sería un alivio hablar con alguien de todo aquel asunto, pero a pesar de ello comprendió que no hablaría, que tampoco la besaría. Tenía que mantener sus sentimientos en un plano que le permitiera hacer lo que tenía que hacer, y dejarla, cuando llegara el momento, sin que ella pudiera reclamarle nada. Por fin respondió con voz indiferente, en un tono que implicaba que nada ganarían con prolongar la cuestión:

—Se trata de una confusión de identidades. Yo soy ingeniero; él cree que soy espía británico.

Zarko acompañó a Hudson hasta la puerta de su departamento, y los dos hombres se estrecharon la mano. Aquella noche ambos habían depuesto toda suspicacia. Zarko

lo había invitado a cenar en su departamento, que antes había sido propiedad de un magnate naviero, un descendiente de esos mercaderes aventureros que en la época en que Dubrovnik había sido Ragusa, y Venecia una gran potencia, habían enviado sus barcos a todos los rincones del mundo. Ahora era una casa de departamentos, atestada de familias.

Hudson había cenado bien. Le resultó simpática Madame Zarko, una mujer de su casa, sencilla, confinada a la cocina, que siempre había estado convencida de que para retener a un hombre vale más una buena salsa que una sonrisa encantadora. Su hija, una seria chicuela de doce años, olvidaba a veces su seriedad y reía con estridente placer; había sostenido con él una ininteligible conversación en inglés sobre las obras de un autor al que llamaba "Shot"; Hudson tardó bastante en comprender que se refería a Scott. Como nunca había leído una línea de Scott, se sintió doblemente en desventaja, pero nadie pareció advertirlo. Después de la cena habían jugado a las cartas y habían bebido coñac, y todos se habían mostrado tan amables y sencillos que a Hudson le había resultado difícil recordar lo que mediaba entre él y Zarko. Zarko debió adivinar sus ideas, porque ahora, al despedirse en el rellano de la escalera desnuda, vagamente iluminada por una sola lamparilla, añadió jovialmente:

—Detrás de esa puerta, vivo con mi familia. El policía no existe. Hemos tenido sumo placer en recibirlo.

Hudson replicó que el gusto había sido suyo, y cuando Zarko cerró la puerta empezó a bajar lentamente la escalera. Súbitamente se sintió avergonzado de la decisión que había tomado aquella noche antes de entrar en el departamento. Adentro, había adoptado la actitud del huésped. Afuera, librado nuevamente a sus propios medios, era un hombre con un propósito, implacablemente resuelto a aprovechar cualquier oportunidad que le ayudara a derrotar a Zarko. Pero aun así, la situación distaba de agradarle. Había demasiada bondad en Zarko y su familia, y bastante honradez en sí mismo para reconocer sin vacilación que la conducta que los obligaba a seguir la vida, cuando se trataba de intereses que trascendían lo personal, era fundamentalmente ruin. Entonces recordó a Raikes, y las muchas otras cosas que había visto en el país, y su espíritu se afirmó una vez más en una decisión inmovible. Una vez que se empieza una cosa, hay que seguir adelante.

Se detuvo en el recodo del segundo piso, después siguió bajando, silenciosamente. Un piso más abajo se asomó por la barandilla y en el mal iluminado vestíbulo de la planta baja vió a un hombre sentado en una silla apoyada contra la pared. Estaba acurrucado, leyendo, con la cabeza apoyada en las manos. Hudson sonrió. Era su centinela. El viento nocturno traía del Adriático nubes cargadas de lluvia, y la temperatura era más fría que en los últimos días. El hombre había entrado en la casa para aguardar su reaparición. Ni siquiera una visita a Zarko lo libraba de aquella vigilancia. Hudson permaneció unos segundos inmóvil, cavilando sobre la conducta a seguir, y en aquel instante el reloj de una iglesia dió las diez y media.

Retornando a las sombras del rellano, Hudson observó a su perseguidor. No era el que lo había seguido en la excursión que realizó con Franja, sino su viejo amigo, el del zapato remendado. Se había instalado cómodamente y parecía absorto en la lectura. Hudson tornó a sonreír mientras se ponía los guantes. Había llegado a cobrarle simpatía a aquel sujeto, y en su fuero interno se disculpó por lo que estaba a punto de hacer.

Se encaminó a la angosta ventana que iluminaba el rellano, hizo girar la tarabilla y alzó la mitad inferior de la ventana. Afuera la noche estaba oscura y sin estrellas; pesados y bajos nubarrones se apretujaban sobre la ciudad. Hudson salió al balconcillo que cruzaba aquel costado del edificio, y cerró la ventana a sus espaldas. A doce pies más abajo se veía el empedrado de la oscura y empinada *ulica*^[4] que ascendía hacia la iglesia de Sveti Jacov. Hudson avanzó silenciosamente por el balcón, hasta llegar a la esquina del edificio. Allí se detuvo unos instantes, avizorando el empedrado oscuro, iluminado en un extremo por un pálido farol. Después se encaramó a la balaustrada y buscó con los pies el delgado pilar que sostenía el balcón. Unos segundos más tarde estaba en la calleja. Sigilosamente, ateniéndose a las sombras, avanzó con presteza por la cuesta en dirección a la iglesia. Al llegar a la boca del callejón, frente a la iglesia, vió venir un grupo de jóvenes enlazados del brazo, que cantaban suavemente, no una marcha patriótica sino una plañidera melodía serbia, cuyos ecos rebotaban perezosamente en los frentes de los oscuros edificios. Hudson los dejó pasar, refugiado en un zaguán, y luego, sin prisa, viviendo intensamente el movimiento y los ruidos de la noche, consciente de la tensión que crecía en su interior, con las manos secas muy hundidas en los bolsillos del impermeable, cruzó la calle en dirección a la puertecilla lateral del templo.

Al cruzar la puerta la oscuridad lo envolvió, una oscuridad tan diferente de la oscuridad de la calle que debió aguardar a que sus sentidos se adaptaran a aquellas tinieblas cálidas, cargadas de incienso. Una pequeña ráfaga, producida por una puerta abierta, circuló cansadamente, haciendo susurrar y chasquear, como en son de queja, las hojas de los avisos pegados a la pared. Allá al frente, reducida, solitaria en la larga perspectiva de sombras, la lamparilla del altar luchaba con las tinieblas, como el fanal de un buque en alta mar. Hudson mantuvo los ojos fijos en la luz, guiándose por ella, y avanzó por el presbiterio con una mano extendida para no chocar contra alguna columna o con un banco mal colocado. Mientras circundaba el altar, dirigiéndose a la puertecilla del coro que daba a la escalera del campanario, el vago desasosiego de su espíritu se trocó gradualmente en irracional convicción de que las cosas marchaban demasiado bien para que el resultado último fuera bueno.

Le pareció que tardaba siglos en subir la escalera. Por fin salió a la pequeña plataforma cuadrangular de la torre, bajo la forma oscura de la campana suspendida. Sentóse en el bajo parapeto y se quitó los zapatos. Al ver que sus dedos temblaban, temblor que dominó con esfuerzo, se sintió súbitamente furioso por la estupidez de la situación. Estaba experimentando por primera vez esa enfermiza apatía que había

visto en los hombres a quienes había ayudado a escapar. Los asaltaba en el instante previo al primer paso en la oscuridad, en el umbral de la acción, y esa apatía era tan fuerte que a veces era menester la presión física de una mano en la espalda para ponerlos en movimiento; era un desgano expresado perfectamente en las frases con que se habían iniciado tantas fugas. “Por Dios, debemos movernos. No podemos quedarnos aquí toda la noche. ¡Vamos!”.

Dejó los zapatos en un rincón, prolijamente, como si se retirara a dormir, y después pasó una pierna sobre el parapeto. Allá arriba todo estaba oscuro y silencioso. Abajo, el resplandor de la ciudad se reflejaba en las aguas del puerto, y el Monte Sergio estaba punteado por las luces de las casas.

Giró sobre sí mismo y se descolgó, sin soltar el parapeto, buscando con los pies el largo caballete del tejado próximo. Cuando estuvo a punto de tocarlo con los dedos de los pies se dejó caer en cuatro patas, como un gato. Una teja suelta se deslizó bajo sus manos y bajó matraqueando por la larga vertiente. Hudson la vió caer a los saltos, y rogó por que el canalón la retuviera. Si salvaba el tejeroz y caía a la calle, estallaría en el duro pavimento como una bomba. La teja dió en el canalón y quedó presa. Hudson suspiró aliviado, y después, sin atreverse a girar sobre sí mismo para enfrentar la pared del cuartel de policía, comenzó a retroceder por la lomera del tejado, enfrentando siempre el campanario, pero alejándose lentamente de él. Se movía despacio: una mano, un pie, una mano, un pie. Sabía que debía quedar muy ridículo con la cabeza gacha y las posaderas levantadas, como un gato asustado que huye, y las comisuras de su boca se torcieron en una sonrisa que reflejó inesperadamente la comicidad del episodio. Una cosa tan ridícula como era ésa no podía encerrar peligro. Tardó cuatro minutos en recorrer las quince yardas del tejado, pero cuando tocó con el pie la pared, tuvo la impresión de haber vivido cuatro años más.

Se incorporó cautelosamente y se volvió. Por un instante permaneció con las manos contra la pared, la cara apoyada en el yeso que aún conservaba la tibieza de la luz solar, y aspiró el aire a pleno pulmón, largamente.

Sobre él había un balconcillo que correspondía a la oficina de Zarko. No tendría más de tres pies de largo y uno de ancho, con una barandilla comba embutida en la base de piedra. Extendió el brazo y probó una de las varillas de hierro. La sintió firme, y entonces aferró otra y se izó con ambas manos.

Las persianas estaban plegadas. Tentó las dos hojas de la ventana, pero estaba cerrada. Sacó su cortaplumas y lo introdujo por la juntura, hasta que sintió que la tarabilla giraba hacia arriba, y al empujar ligeramente una de las hojas la ventana se abrió. Entró en la habitación oscura y cerró la ventana.

Se quedó momentáneamente inmóvil, tratando de sosegar el ritmo de su respiración, escuchando. Sabía que en la escalera habría un centinela apostado, y en la planta baja estarían trabajando los empleados nocturnos y los policías. Pero en la

oficina no se oía el menor ruido. Por la puerta lejana se colaba un pálido filete de luz, apenas perceptible. Se aproximó a la puerta y la probó. Estaba cerrada con llave.

Sacó la linterna del bolsillo y la puso sobre el manto de la chimenea. El haz luminoso, dirigido en sentido opuesto a la ventana, bisecó uno de los ángulos del escritorio de Zarko. Detrás del escritorio, contra la pared, había una hilera de cajones de archivo, y junto a ellos, sobre el piso, la caja verde de donde días atrás Zarko había sacado, para mostrárselos, los objetos encontrados en el cadáver que, en un principio, habían pensado era el de Raikes. Zarko, pensó mientras colocaba la caja sobre el escritorio, era un hombrecillo metódico. No enviaría los efectos de Raikes a la Embajada hasta que todo el asunto estuviese aclarado, y Hudson estaba seguro —era esa certeza, en realidad, la fuerza que lo había llevado hasta allí— de que todo objeto hallado en el cadáver de Raikes, después de su muerte en la isla, estaría en aquel instante dentro de aquella caja. Esta, de madera y no muy grande, estaba cerrada, pero confiaba en que no le sería difícil abrirla. Los detalles observados cuando Zarko la puso por primera vez sobre el escritorio le fueron útiles ahora. Estaba asegurada por un par de armellas, ceñidas por un candado. Puso la caja de canto, y con el pequeño destornillador que había traído sacó los dos tornillos que afianzaban la armella superior a la tapa. Al salir los tornillos cayó la armella, y Hudson alzó la tapa.

Sacó uno por uno los objetos de la caja y los fué depositando en el escritorio, recordando el orden en que estaban colocados para volver después a ponerlos. Reconoció las cosas que le había mostrado Zarko: una camisa azul, pantalones grises de franela, sandalias de cuero, una billetera, un arrugado pañuelo de seda roja, un cortaplumas y un juego de dados de póker, con la propaganda del *vermouth* Martini Rossi. Nada de esto le serviría, porque seguramente Raikes llevaba consigo, cuando se separaron en la isla, la contraseña que pensaba darle. Hizo a un lado todos aquellos objetos. Los agregados eran escasos. La camisa y los pantalones que Raikes llevaba puestos... Apartó rápidamente la camisa, sin sentirse con ánimo para contemplar demasiado tiempo los negruzcos agujeros de bala que la atravesaban. Un par de zapatos marrones, muy gastados, un pañuelo blanco sucio, una moneda de diez dinares, un billete de cien dinares, un arrugado paquete de cigarrillos, unos anteojos ahumados, un lápiz corto y un anillo de sello.

Tomó el anillo y lo acercó a la luz de la linterna. Si el objeto que buscaba estaba dentro de aquella caja, lo más probable era que fuese el anillo. Debía llevarlo consigo. A la luz de la linterna vió que era un macizo anillo de oro, y que la ancha faceta ostentaba una divisa en figura de cigüeña con las alas desplegadas, que aferraba en el largo pico una víbora retorcida en una colérica S.

De improviso oyó redoble de pasos en la escalera de piedra que daba al corredor de afuera. Se quedó inmóvil. Los pasos martillearon el corredor, y después se oyó el chasquido de una pesada puerta. En seguida reinó el silencio. Atento aún a la proximidad de otra persona, tendió la mano en dirección a la linterna, en ciego movimiento. Sus dedos tocaron torpemente la linterna y el cilindro metálico comenzó

a rodar. Sus dedos lo persiguieron, atrapándolo antes de que cayera, pero en la urgencia de aquel movimiento también hubo torpeza. Rozó con el codo un objeto colocado en la repisa de la chimenea, derribándolo. Trató de apresar lo con la mano izquierda, pero demasiado tarde. El tiesto de Zarko cayó sobre la alfombra, a escasa distancia de la rejilla de la chimenea, con un ruido sordo y amortiguado.

Hudson se quedó inmóvil, con los oídos atentos para captar cualquier sonido que se oyese detrás de la puerta. El silencio le devolvió solamente los latidos de su propio corazón. Lentamente dirigió al piso el haz de la linterna. El fiestecilla se había quebrado por la mitad, las flores destrozadas yacían sobre la alfombra, y el terrón que aún conservaba la forma de la maceta, estaba roto en un costado, dejando ver las raíces.

Aquel era el imprevisto que ninguna precaución habría podido impedir, la trivialidad capaz de modificar el rostro del futuro. Hudson se quedó pensando en las derivaciones que podría tener aquella maceta rota, y en la forma en que podrían afectarlo. Quizá le echaran la culpa a un sirviente descuidado. No obstante, si llegaba a demostrarse que eso era obra de un extraño, Zarko registraría su habitación. La desaparición del anillo sería demasiado evidente.

Hudson comprendió que no osaba llevarse el anillo. Retornó al escritorio y comenzó a poner las cosas en la caja. Trabajó rápida y cuidadosamente, pero sus pensamientos estaban fuera de aquella habitación, pesando las posibilidades del futuro, discurriendo cómo se las arreglaría sin el anillo, viendo claramente en su imaginación la cigüeña grabada y la S iracunda de la víbora... Atornilló el cierre y dejó la caja en su sitio. Al incorporarse oyó la campanilla de un teléfono que sonaba repentinamente en las profundidades de la casa. Luego, en los declives más bajos de la ciudad, junto al puerto, oyó los relojes que comenzaban a dar las once, uno tras otro, con tardía precipitación. Se enderezó y se encaminó a la ventana. Una vez afuera, tardó varios minutos en ajustar el cierre de la ventana por medio del cortaplumas, pero al fin lo logró. Se volvió entonces para atravesar el tejado.

Media hora más tarde atravesaba sin novedad la ventana que daba al descanso de la casa de departamentos. Allá abajo, el guardián seguía acurrucado sobre su libro. Hudson bajó silenciosamente. Se dirigió hacia el hombre y vio que dormía plácidamente. Pasó junto a él y se encaminó a la puerta. Estaba cerrada con llave. Hizo repiquetear el picaporte, impaciente, y el otro se despertó con un sobresalto. Miró estúpidamente a Hudson y después su expresión cambió. Casi automáticamente desvió la vista, clavándola en el reloj pulsera, tomando nota de la hora. Eran las once y media pasadas.

—Despierte... tenemos que irnos —dijo Hudson sonriendo.

El otro también sonrió. Aquel inglés empezaba a resultarle simpático, casi a pesar suyo. En general, había comprobado que era conveniente no experimentar sentimientos de ninguna especie hacia las personas que debía seguir. De ese modo las complicaciones sentimentales no estorbaban su trabajo. Sacó una llave del bolsillo,

abrió la puerta, y se hizo a un lado para que pasara Hudson. Cuando éste salió, una ráfaga de lluvia le azotó el rostro. Las primeras gotas de un chaparrón pasajero.

—Debió traerse un impermeable —dijo por sobre el hombro. El otro no respondió. Hudson echó a andar y su guardián lo siguió, alzando el cuello de su chaqueta para protegerse de la blanda garúa, aislado ahora por las veinte yardas que mediaban entre él y Hudson, nuevamente absorto en sí mismo, sabiendo que si su traje se mojaba la tela ordinaria se encogería, sabiendo que para cuando él llegara a su casa, ya Hudson estaría durmiendo. A él le esperaban una esposa irritable, una cena vulgar, y la certeza de no poder dormir hasta que hubiese oído todas las quejas que su mujer acumulaba durante el día, y que le reservaba para aquel momento en que él se encogía y se revolvía bajo las delgadas sábanas...

A Milo Lepovitch no le gustaba la lluvia. Había vuelto la espalda a la ventana después de correr las cortinas para no ver los reflejos húmedos sobre los cristales oscuros. Dos años atrás, en una noche lluviosa como aquélla, su esposa había tenido su primera hemorragia, y él, frenético y desesperado, había salido a buscar un médico. El aguacero le había azotado la cara y las manos...

Había recibido una carta de su esposa, que estaba ahora en el sanatorio, y sin duda se curaría. Antes, se habría muerto sin remedio, porque él no habría podido costearle el tratamiento que ahora le daban gratis, y al que tenía derecho todo ciudadano... Abrevió su informe, porque estaba ansioso por escribir a su mujer.

Tengo entendido que el Ministro de Economía Nacional, Kidrich, ha vuelto a Belgrado. Eso significa que la misión oficial de Hudson terminará pronto, y que él deberá marcharse de aquí. Si se resuelve hacer algo, hay que hacerlo en los dos o tres días previos a su partida.

... Esta noche Zarko se ha tomado la libertad de invitar a Hudson a cenar. No concibo qué espera obtener con esa actitud, pero mi posición aquí no me da autoridad sobre el camarada Zarko...

... Adjunto para sus archivos un resumen completo de los progresos realizados hasta la fecha, copias de los informes subsidiarios de nuestros agentes, y algunas fotografías de Hudson, que le fueron sacadas subrepticamente en distintas oportunidades...

DÍA NOVENO

Zarko estaba de mal humor. Y tenía motivos para estarlo. Los seres humanos, pensaba, son torpes y mentirosos; y generalmente son mentirosos porque tienen miedo. Sabía que aquella anciana tenía miedo, miedo de él, miedo de perder su empleo, y estaba dispuesta a jurar su inocencia hasta ganarse el purgatorio, si era preciso, antes de reconocer su falta... Pero no la criticaba. Se culpaba a sí mismo por no haber dado a entender con suficiente claridad que pertenecía a esa clase de hombres a quienes es más sencillo y prudente decir la verdad. No obstante, aquella mujer era una bruja torpe y desagradable.

El centinela que había estado de guardia durante la mañana sabía que Zarko estaba furioso, y al plantarse en posición de firme ante el escritorio rogaba humildemente, para sus adentros —aunque no sin un dejo de humorismo ante el espectáculo que brindaba su jefe, tan trastornado por un miserable tiesto de calceolarias— que aquella cólera no recayese en él. Zarko alzó la vista y la absurda tiesura de aquel hombre también lo irritó.

—Póngase cómodo, hombre, póngase cómodo.

El centinela aflojó el cuerpo, en estereotipada posición de descanso.

—Bien, ¿qué ha ocurrido?

El centinela tornó a su rigidez, por la fuerza del hábito.

—La mujer se presentó a las seis, como de costumbre, camarada Zarko. La acompañé y le abrí la puerta, pero no entré, porque no tengo orden de entrar. Volví al rellano de la escalera. Unos minutos más tarde vino a decirme que el tiesto de las flores estaba roto. Dijo que ella no lo había roto, que lo había encontrado así. Pero usted sabe cómo son estas mujeres.

—¿Usted lo oyó caer?

—No, camarada Zarko. No pude oírlo porque estaba en el rellano de la escalera. La mujer está abajo. Si usted quiere verla...

Zarko se la imaginó, temblando de terror, más resuelta que nunca a que no le arrancaran la verdad, y a pesar de su enojo se sintió súbitamente apiadado. La vida de aquella mujer debía de ser bastante dura, para que él se empeñara en arrancarle la verdad...

—No, no... mándela a su casa. —Despachó al soldado, y cuando éste se dirigía a la puerta lo llamó nuevamente.

—Dígale a Denje que pase.

Se respaldó en el ancho sillón, rabioso aún, pero paladeando en un rincón de su espíritu el alivio que sentiría la anciana minutos más tarde. Bruja estúpida... Si

hubiera comparecido espontáneamente ante él, disculpándose, si le hubiera dicho la verdad, habría obtenido el mismo resultado, y él no se habría enfadado tanto. Los seres humanos nunca adivinan la actitud justa, no comprenden nunca... La entrada de Denje interrumpió sus pensamientos.

Zarko le dió los buenos días con un movimiento de cabeza, se levantó del sillón y por la fuerza de la costumbre se dirigió a la repisa de la chimenea, donde solían estar las flores; después dió media vuelta y enderezó a la ventana. Denje se sentó en la silla que Zarko le había señalado, cruzó cuidadosamente las piernas, contempló con inexpresiva perplejidad el parche de su zapato derecho, y se preguntó —porque ya la noticia había corrido por todo el edificio— qué parte del mal humor de Zarko le tocaría sufrir.

—Y bien, ¿alguna novedad? —dijo Zarko sin volverse, con la mirada fija en el campanario de Sveti Jacov.

Denje hizo crujir las dos hojas de papel que traía en la mano.

—Nada interesante. ¿Se lo leo?

Zarko soltó a reír con una risa seca y amarga.

—No. Me lo sé de memoria. “Lo seguí a... entró en... entre tal hora y tal hora encendió un cigarrillo... se sonó la nariz...”. Tiene usted menos talento literario que un loro, Denje...

Denje rebulló en el asiento, no por el reproche, que reconocía justo, sino por la impaciencia que revelaba la voz del viejo. Aquel día menudearían las réplicas mordaces. Cualquiera que tuviese un poco de inteligencia trataría de ponerse fuera de su alcance.

—¿Lo archivo? —preguntó Denje, con acento contrito.

—Puede tirarlo al fuego. Para lo que sirve... ¿Por qué diablos ese hombre no hace algo que nos dé un indicio? Quizá lo haga, ¿eh? Y nosotros somos demasiado estúpidos para advertirlo. —Zarko giró sobre sus talones, irritado aún, pero con Hudson ahora, y con Denje. No se sentía con ánimo para amedrentar a la anciana, pero a Denje no le vendría mal que lo baquetearan un poco. Y a él, Zarko, no le vendría mal hacerlo.

—Quizá.

Aquel tono de disculpa que licuaba la voz de Denje ablandó momentáneamente a Zarko. Comprendió que tampoco sentiría placer en intimidar a Denje.

—Supongo que Hudson fué directamente al hotel después que salió de mi departamento, a las diez y media, ¿no es así?

Algo se atascó en la mente de Denje, haciéndole vacilar; alzó fugazmente los ojos a Zarko, con la cara atravesada por una mueca estúpida. Aquel titubeo y aquella expresión obtusa reavivaron toda la irritación de Zarko; se sintió enfurruñado, como un chiquillo a quien le han roto un juguete predilecto, y descargó el nublado.

—Y bien, fué al hotel, ¿sí o no? Usted no se habrá quedado dormido, no lo perdió de vista, ¿eh? —La pregunta era pérfida, amenazante, y Denje, pensando en su propio

pellejo, incapaz de captar las sutilezas del caso, pero sabiendo dónde residía el error, comprendió que en el estado de ánimo en que se encontraba Zarko no valía la pena discutir con él detalles de tiempo.

—Sin duda, se fué al hotel, camarada Zarko. Fué directamente al hotel después de salir de su casa.

—¿Y por qué no lo dice de una vez, cuando se le pregunta?

Pocos segundos más tarde Denje bajaba caviloso la escalera, en dirección a la planta baja. Al pasar junto al centinela, éste señaló la escalera con la cabeza y dijo con expresión torcida:

—No me gustaría pisarle los callos ésta mañana.

Denje sonrió, y siguió de largo, pero pensaba más en Hudson que en Zarko. Ya no experimentaba hacia él un sentimiento de simpatía. Ahora le resultaba desagradable, porque abrigaba la creciente convicción de que el inglés le había causado un gran perjuicio. Y aquella noche, cuando su mujer empezó la cuenta de sus lamentaciones en la cama, por primera vez en su vida le dió un sonoro coscorrón en la cabeza, ordenándole que se callara la boca. Y ella se calló, con gran sorpresa de su marido.

Subieron los escalones del pequeño desembarcadero al pie del hotel, y atravesaron el meridiano silencioso del caluroso jardín, rumbo al comedor de la terraza. Joseph sostuvo la silla para que Franja se sentara, y cuando el camarero se marchó Hudson se inclinó hacia adelante, sonriendo, con los codos apoyados en la mesa. Franja lo miró de frente, y por un instante —como si ambos compartieran una broma— ella también sonrió. Después volvió la cabeza para observar una mosca de alas de laca que revoloteaba con fantástica precisión y energía en torno a la corola de un jazmín florecido en la enredadera del cenador. Cada día, pensó la muchacha, cerraba una nueva etapa de la relación que los unía, pero luego la asaltó el pensamiento inevitable de que el acercamiento de Hudson era mucho menor que el de ella. El día anterior había estado dispuesta a burlar al tiempo y la verdad para preservar una ilusión de felicidad... y él se había negado a ayudarla. Comprendía ahora que estaba enamorada de él, y que con eso sólo ganaría un dolor más perdurable que toda felicidad. Comprendía que él no la amaba. Quizá la habría amado en circunstancias distintas, si hubiera existido algún modo de vencer las dificultades que los cercaban. Pero intuía que el amor, para él, debía encerrar la promesa de un futuro... Para ella las cosas habrían sido más sencillas si hubiera podido compartir esa premisa. Pero no tenía fuerzas para tanto. Estaba enamorada de él, simplemente, y con ser desesperado su amor, no hacía sino crecer, y de ahí que fuera necesario ocultarlo.

Se volvió hacia Hudson y dijo quedamente:

—No ha dicho una palabra en todo el camino. ¿Tiene alguna preocupación?

La sonrisa se hizo más amplia, y al cabo de un rato Hudson asintió, pero Franja comprendió que no le diría la verdad.

—Sí. Su sombrero.

Franja rió, llevándose la mano a la nuca en un gesto fugitivo.

—¿No le gusta?

Esta vez fué Hudson quien soltó la risa.

—Es absurdo, es delicioso, y le queda perfecto... Pero está fuera de ambiente. No es un sombrero proletario. Me figuro qué algún genio que vagaba por una senda campesina, en otro país, arrancó un puñado de flores, tomó unas pocas briznas de paja de un carretón que pasaba... Y ése es el resultado.

—El genio era un francés, y la senda campesina, la Rue Saint Honoré. ¿Ha estado en París?

—Sí.

Hablaron del pasado, de otros países, porque ambos comprendían instintivamente que así pisaban terreno más seguro, que sólo así podían mantener el agradable aislamiento que parecía necesario para que no se destruyese la relación que los unía. Pero, a pesar de la conversación, el pensamiento de Hudson estaba en otra parte. Hablaba como si estuviera a la defensiva, sus palabras y su risa eran una barrera que encerraba el verdadero problema que lo acuciaba, y ese problema nada tenía que ver con ella. Al verla atravesar el muelle en dirección al bote donde la esperaba, su atención había dado un brinco, se había sentido estimulado, reconociendo en su fuero interno el placer que le causaba cada nueva aparición de la muchacha. Tal el privilegio de que disfruta una mujer que se acerca cada vez más a un hombre. Como el cielo, que siempre es el cielo, pero que todos los días ostenta colores nuevos y produce un nuevo estado de ánimo. El absurdo sombrero, las faldas amplias y ondulantes, la liviana chaqueta celeste le habían traído una nueva Franja, joven, radiante, con su rubia cabellera, elegante y airosa, en la que campeaba un buen gusto que parecía premeditado para el encuentro con Hudson, como si el peinado y la muchacha hubiesen conspirado con ese fin, secretamente divertidos.

Pero en el bote, mientras remaba el viejo barquero, él había tornado a sumirse en sus pensamientos, con la mirada fija en las óseas rocas grises de Lokrum que se deslizaban a estribor, y en los gruesos robles, de mudables colores, que agitaba el viento. Por la mañana, durante el desayuno, había observado a los demás huéspedes. Cuando acabó de tomar su café se levantó y caminó hacia el coronel Grol. Al pasar junto a los otros sus ojos sólo habían visto manos, largas y blancas manos femeninas, manos anchas y pardas, zarpas cortas y velludas... y aun las delgadas manos infantiles, en que se transparentaban venas azules, de Madeo y su hermano. Pero en ninguna de ellas vió un anillo de sello ni una cigüeña coronada con una sibilante serpiente aferrada en el pico. El poseedor de la réplica del anillo de Raikes, quienquiera fuese, no tenía intenciones de usarla hasta que le mostrasen el original. Aquella incógnita le atormentaba la mente, confinaba sus pensamientos a una órbita

estrecha, y convertía todo lo que era ajeno a ese problema en otro mundo, remoto e intrascendente. Por eso, aun en aquellos instantes en que comía y hablaba, sus propias palabras y la voz musical de Franja parecían sonar en el vacío, como en un sueño, sin convicción.

Ella hablaba de Inglaterra. Había pasado un año allí, en casa de amigos de la familia, y había llegado a amar el paisaje inglés. Él la escuchaba, desestimando aquel entusiasmo por su propio país, como todos los ingleses cuando les hablan de Inglaterra, pero sus ojos estaban en otra parte, estudiando a los demás comensales. Estaban todos allí; vió a Madeo que se volvía y lo saludaba con la cuchara. Sonrió absorto, y apenas advirtió el brazo tendido del padre, que hacía girar a Madeo sobre sus posaderas. El coronel Grol, los Sumitch, el doctor Brussiak, el diputado Djilas... estaban todos ocupados en despachar el *vol-au-vent de volaille* que había iniciado su vida de gazapo en las conejeras de madera instaladas al pie de la terraza.

Franja advirtió su actitud ausente y se sintió intrigada. Trató de retraerlo, insistente, y de pronto su voz tuvo la virtud de perturbarlo. Él la miró, y luego, con una sonrisa contrita dijo:

—Lo siento, estaba distraído. Imperdonable. —Después, retomando el hilo de la conversación, añadió—: No. Londres tampoco me gusta. Me crié en el campo, en una vieja granja Tudor... una hermosa casa. Creo que ahí nació mi vocación de arquitecto.

—Pero usted es ingeniero.

—Sí. Eso fué después. Hablo de mi vocación frustrada.

Ella lo imaginó niño, y esa imagen la conmovió y despertó en su interior una nostálgica ternura. Cuando ella fué a Inglaterra, él había estado en algún lugar, muy cerca, y ahora se sentía defraudada por no haberlo sospechado.

—¿Cómo era su casa? Y usted... de niño. No puedo imaginarlo. —Pero lo imaginaba, sí, lo veía con toda claridad.

Hudson apartó el pocillo del café, y conmovido por aquella avidez de conocerlo mejor, tomó la cartilla del menú y empezó a dibujar, bajo la lista de platos torpemente dactilografiada.

—Era así... —Bosquejó la casa, el oblicuo tejado, los gabletes y voladizos que habían resistido los embates del tiempo, los largos puntales de roble que resaltaban contra el estuco amarillo y losangeado de las paredes, la línea curva de los macizos de rosas y el declive suave del parque que moría en un estanque cercado de juncos. Franja lo miraba, complacida por la seguridad de los rasgos del dibujo y, tibiamente celosa de aquel don que ella no poseía, deseó por un instante poder dibujar tan bien como él.

Hudson le tendió la cartilla, con el pequeño dibujo al pie. La casa parecía verdadera, la sombra de los grandes árboles que la rodeaban, fresca y rumorosa de abejas y moscardones que zumbaban en torno a los grandes castaños de Indias.

—Es hermoso... pero no lo veo a usted.

Hudson tomó nuevamente la cartilla, le agregó algo y se la devolvió.

Franja soltó a reír.

—¿Ese es usted?

—Sí... ¿No me reconoce? Había carpas en el estanque. Yo me pasaba las horas tratando de pescarlas.

Y, por extraño que fuera, aquellos pocos rasgos toscos eran él. Lo advirtió en seguida. La actitud del cuerpo... Al llegar aquí, se dijo que estaba traspasando los límites de la tontería. Aquello no era más que una figura improvisada, no era él, no era nada... Y sin embargo, para ella, era él. Deslizó la cartilla hasta el centro de la mesa, con pausada sonrisa, ocultando lo que sentía. Cuando llegara el momento de irse, se llevaría la cartilla. Después, cuando él se fuera para siempre, aquel dibujo quedaría con ella... unas pocas marcas de lápiz, la silueta agazapada de un niño al borde de un estanque...

Hudson recogió la cartilla del menú, pasando la yema del pulgar por el delgado borde.

—Las rosas de mi tía ganaron muchos premios en la Exposición de Flores de Chelsea. Para ella el pulgón de las rosas era peor enemigo que Hitler... —Se interrumpió de improviso, porque acababa de ocurrírsele que le habría gustado hacerle conocer su casa, presentarle a su tía... pero comprendió que aun en la ociosidad de una sugerencia de este tipo habría una crueldad que ni ella ni él merecían. Sacó su petaca, le ofreció un cigarrillo, y al encender el suyo y arrellanarse en su asiento advirtió la presencia de Madeo.

El chico estaba parado junto a la mesa, contemplándolo con expresión expectante. En su cara regordeta y formal no había signos de timidez; adornábanle el cabello rubio algunos pétalos caídos de las flores del emparrado. Hudson miró de soslayo la mesa de los Ransko. El padre y la madre discutían con Joseph. El otro chico estaba acodado en la balaustrada, lanzando al jardín los huesos de las cerezas del postre.

Madeo señaló con el dedo la cartilla del menú, apoyada contra la jarra del agua, y dijo:

—Lindo. Haga dibujo para Madeo. Dibujo grande. —Sus manecitas describieron un círculo.

Hudson sonrió.

—Madeo es gran admirador de mis dibujos —dijo. Y luego, dirigiéndose a Madeo—: Será mejor que vuelvas con tu padre.

—No, no. —Los rizos de Madeo revolotearon en torno a su cabeza como filásticas sueltas de un lampazo—. Dibujo grande.

Hudson se encogió de hombros.

—Yo le hago un dibujo, él lo muestra en todas las mesas y les hace pagar un tributo, pero nunca parte sus ganancias conmigo.

—No lo defraude. —Franja dió a Madeo una tajada de pera, y el chico la engulló sin decir palabra.

Hudson volvió la cartilla del menú y sacó su lápiz. Al descansar la mano sobre la hoja en blanco, sintió que el corazón empezaba a latirle con violencia, y advirtió luego que esa extraña agitación se había anticipado al movimiento más pausado de las ideas que comenzaban a tomar forma en su mente. Dibujó cuidadosamente, y cuando entregó la cartilla a Madeo ya había recuperado su calma exterior.

—Ahí tienes... con esto obtendrás lo suficiente para arruinarte la digestión por todo el día.

Madeo, sin hacer caso de las palabras de Hudson, tomó la cartilla y la observó unos instantes con gesto crítico. Después una sonrisa le ganó el rostro, y movió la cabeza, arriba y abajo, satisfecho.

—Lindo. Lindo pájaro grande con gusano. —Y se marchó trotando hacia las otras mesas.

—¡Qué dibujo tan extraño! —El comentario de Franja fué ocioso, casi desprovisto de curiosidad—. Una cigüeña con una corona y una serpiente en el pico...

—A Madeo le gusta lo fantástico. Los gatos y las máquinas de vapor ya no le satisfacen... —Sus ojos estaban fijos en la criatura.

El doctor Brussiak miró de reojo la cartilla, palmeó a Madeo y le dió un bizcocho. El chico pasó junto a la mesa de su familia, sin ser visto por sus padres que dilataban el debate con Joseph. Hudson lo observó hacer la ronda. El niño exhibía la cartilla, cobraba su tributo, y Hudson estaba seguro de que los comensales sabrían quién había realizado el dibujo, porque aquella escena ya se había representado más de una vez. Pero a medida que observaba sentía crecer su desencanto. Nadie lo miró, nadie reveló por un gesto que aquel símbolo heráldico hubiese tocado una cuerda sensible. Grol, los Sumitch, Djilas... Todos ellos limitaban su interés al niño. Y cuando Madeo abandonaba la mesa de Djilas, su madre descubrió lo que estaba ocurriendo.

—¡Madeo!

Con una ancha sonrisa, Madeo regresó trotando a su mesa, comenzando a masticar los frutos de su correría.

Papá Ransko levantó al chico y lo dejó caer sobre la silla; tomó el menú, echó un vistazo al dibujo y luego una mirada furibunda a Hudson. Su esposa le quitó la cartilla, la observó con un bufido y después de endilgar a su vástago una agria reprimenda la dejó caer sobre la mesa. La cartilla se deslizó por el mantel almidonado y cayó al piso.

—Me he metido otra vez en un berenjenal —dijo Hudson—. Los Ransko no me tienen simpatía. Creen que les echó a perder la criatura... o quizá les basta con saber que soy inglés... —Pero mientras hablaba, sus ojos seguían escrutando a los comensales. Quizá para algunos de ellos la cigüeña había tenido algún significado, pero nadie lo dejó entrever, ni por una mirada curiosa, ni por un encogimiento de hombros o un arrellanarse meditativamente en el asiento.

Joseph se acercó a la mesa y dejó caer la cartilla frente a Hudson.

—El menú, *monsieur*. —Había una semisonrisa en aquella cara ancha, de rasgos marcados, y un gesto de simpatía en la línea oblicua de la boca—. ¿La señorita desea más café?

Franja meneó la cabeza.

—Debo irme. Tengo una cita.

Cuando se ponían de pie, se oyó el ruido de una bofetada en la mesa de los Ransko y un gemido de Madeo. Joseph se adelantó a limpiar el café que había derramado el chico. Hudson observaba la escena, sonriente, y Franja aprovechó aquel momento para guardar la cartilla en su bolso.

Hudson la acompañó al embarcadero. Habría regresado con ella, pero una fuerza potente lo atraía al hotel. Debía dar todas las oportunidades posibles al hombre que le estaba esperando, quienquiera fuese, y el tiempo comenzaba a apremiar. Convino en encontrarse con Franja al día siguiente, y sé quedó mirando el bote que se alejaba llevando a aquella figurita esbelta y azul, que se mecía y balanceaba, saludándolo con un brazo, mientras el barquero movía los remos. Aquel ritmo de movimientos se alteró bruscamente cuando la muchacha se llevó la mano al sombrero, para que no se lo arrebatara el viento, que comenzaba a soplar recio, y ese gesto encendió en Hudson una llamarada de afecto. Lamentó no haberle hecho más grata la tarde, y al recordarla tendida en la hierba, tal como la viera el día antes, lamentó haber conocido a madame Androsh, cuyas admoniciones le impidieron inclinarse para besarla. Ella había querido que la besara, y ahora a él resultábale difícil comprender por qué no había respondido a ese estado de ánimo. Ella no era una princesa, era una muchacha, y había deseado que él la besara.

Permaneció sentado un rato en el palmar, fumando, mirando de vez en vez a los comensales, que se retiraban uno a uno. Sabían que él estaba allí, y si era cierto, como suponía, que la contraseña que había querido darle Raikes era aquel anillo, alguno de ellos se presentaría. Si no acudía nadie, él nada podría hacer. Todo terminaría allí. Sandro se marcharía solo a Italia, Raikes habría muerto inútilmente, y el hombre a quien debía rescatar, desilusionado, urdiría otros planes, recurriría a otros medios... mientras que Zarko se arrellanaría en su sillón, frotándose las manos.

Un rato más tarde entró en el salón y tomó el té, hojeando algunas revistas, observando las fotografías en que aparecía Tito, ante quien presentaban armas los soldados de un desfile; Tito hablando a los campesinos, Tito subiendo a su tren especial, Tito, Tito, Tito... y las grandes estrellas rojas, y la hoz y el martillo, las enormes banderas con las monstruosas caras de Tito y Stalin... y siempre el desfile de los mismos autómatas... El pueblo esto, y el pueblo lo otro, y la solidaridad y la unidad... Lo único que logró quebrar la monotonía de aquella tarde fué el coronel Grol que vino a tomar el té con él y le prestó un ejemplar de *Femmes Nues*.

A las siete y media, a la parda luz crepuscular que daba a las casas, los jardines y la isla distante el aspecto de una fotografía mal revelada, Hudson fué a cenar con madame. Androsh. Ella había sacado su última botella de jerez Tío Pepe, seco al paladar, y advirtiéndole el estado de ánimo de Hudson, habló poco antes de la cena, haciéndole oír algunos discos de antiguas canciones populares macedonias. Y acompañaron la cena, que madame Androsh sirvió en la terraza, con media botella de Barsac. Después él la ayudó a retirar los platos y se quedó en la cocina mientras ella hacía el café. Volvieron a la terraza y ella se instaló en su sillón, cubriéndose los hombros desnudos con un chal pintado a mano; aquel movimiento y aquellos colores sugirieron a Hudson, por un instante, un exótico pavo real que espadaña pausadamente la cola para celebrar la frescura del atardecer.

—Lamento que Franja no haya podido acompañarnos —dijo ella al cabo de un rato.

—Se ha perdido una excelente *omelette*.

—Usé seis huevos. ¿Sabe usted cuánto cuestan los huevos en este país?

—Sé que están escasos.

—Mucho. Franja y yo hemos sido muy extravagantes en nuestros agasajos.

Hudson lanzó una bocanada de humo hacia una nube de mosquitos, los vió bullir y dispersarse; después, al disiparse el humo, tornaron a agruparse y reanudaron su desatentada danza.

—No comprendo.

—Ella cambió un sombrero por dos docenas de huevos esta mañana. La importancia que tiene un sombrero para una mujer es algo que ningún hombre puede comprender cabalmente.

—¿El mismo que usó hoy cuando almorzó conmigo?

—Sí. ¿Comprendió usted su importancia?

—¿Debí comprenderla?

Así eran todos los hombres, pensó ella, siempre dispuestos a escaparse por la tangente, resueltos a no comprometerse antes de que se comprometieran los demás.

—Sabe que está enamorada de usted, ¿verdad?

Hudson dió un papirotazo a su cigarrillo. Sí, lo sabía, pero le incomodaba que aquella mujer lo afirmase con tanta franqueza.

—Nada puedo hacer.

—¿Por qué no?

Él rió en voz baja.

—Usted misma me explicó por qué.

Madame Androsh se puso de pie y el susurro de su vestido fué como un débil suspiro en la creciente oscuridad.

—Estoy desilusionada. Pensé que usted también se estaba enamorando de ella.

—Lo siento.

—Había esperado que se enamorase de ella. Entonces la habría llevado con usted.

—¡Pero eso habría sido imposible!

—¿Por qué?

—Usted sabe tan bien como yo que las autoridades jamás la dejarían salir del país.

—Hay otros procedimientos... menos oficiales. —Hizo una pausa, escrutándolo. Él se replegó sobre sí mismo, tenso e inmóvil, aguardando, y la controlada cautela que evidenciaba hizo sonreír a la mujer—. Según me ha dicho Zarko, abriga sospechas más que fundadas de que usted está tratando de ayudar a otra persona a salir del país... extraoficialmente.

Él la miró con expresión indagadora, y después dijo precavidamente:

—Zarko es un hombre muy divertido. Me resulta simpático, pero no comparto todas sus creencias.

Ella insistió.

—Si eso fuera verdad, y si usted amara a Franja... ¿Podría hacerlo, no es así?

Hudson se levantó. Tomó a madame Androsh del brazo y la llevó al borde de la terraza. Un macizo de blancas flores de tabaco perforaba la oscuridad con pálidos reflejos de luz.

—¿Qué más le ha dicho Zarko?

—Es un viejo amigo mío, y a veces viene aquí a conversar. Estuvo ayer.

—¿Qué le dijo usted cuando le pidió que me vigilara?

—No llegó hasta ahí. —Sonrió al recordar a Zarko, parado en aquella misma terraza, junto a ella. Aquellos hombres le agradaban, Zarko y Hudson, pero más le agradaba la posición que ocupaba entre los dos, y tenía suficiente sentido común para no invalidar esa posición con demasiadas exigencias—. Ya sé... —prosiguió lentamente—, ya sé que me pongo fastidiosa. Pero quiero mucho a Franja. Ella no es capaz de soportar esta vida... demasiada adversidad. Quizá yo esté preocupada porque sé que ella no es capaz de transigir, como lo soy yo. Y usted sabe lo que eso significa en este país.

Habían llegado al extremo de la terraza. Un festón de luciérnagas ondulaba en torno al alto tronco de una planta de yuca, y se oía en la oscuridad del jardín el estridente canto de las cigarras. Hudson tomó la mano de la anciana y la besó, sintiendo una gran ternura por ella.

—Lamento haberla desilusionado.

—¿De veras me ha desilusionado?

Y antes de que él pudiera responder, prosiguió en tono despreocupado, con un cambio completo en su actitud:

—Venga a verme pronto. Dentro de un par de días volveré a Belgrado. Mi hijo cree que estoy haciendo demasiadas travesuras.

Sabía de antemano que no le sería fácil conciliar el sueño. Se tendió en la cama enfundado en su bata, fumando un cigarrillo; la liviana brisa que entraba por el balcón abierto hinchaba las cortinas como si un animal redondo y juguetón las empujara desde afuera.

—Maldita Franja, maldito Raikes, maldito todo este asunto —dijo para sus adentros.

Pero comprendía que su cólera no estaba dirigida contra ellos sino contra sí mismo. Estaba atado, y nada parecía encerrar una promesa de que el nudo sería deshecho. Trató de apartar de su mente todo aquel negocio, de pensar en otra cosa... Detalles de una planta de trituración de minerales, una larga discusión que había tenido con Raikes sobre el subsidio especial del gobierno a la industria del acero, que a último momento los había obligado a revisar todos los costos... detalles de la sección de mantenimiento, que tendrían que prever con anticipación de un año, por lo menos... Pero su atención se negaba a concentrarse en algo ajeno a sus verdaderos problemas... Giró en la cama y aplastó su cigarrillo. Lo único que podría ayudarle a soportar la noche serían cinco aspirinas y un vaso de coñac...

Encendió otro cigarrillo, vituperando la debilidad que le consentía fumar tanto, y al mismo tiempo justificándola con el argumento de que por lo menos los cigarrillos eran bastante baratos en aquel país. Al dejar el fósforo apagado en el cenicero de la mesita de luz, oyó un leve chasquido metálico y la puerta de su cuarto se abrió. Entró Joseph, trayendo una pequeña bandeja. Cerró la puerta y se acercó a la cama, sonriendo. En la bandeja había un gran vaso de coñac y un sifón.

—Acabo de llevarle un coñac al coronel Grol, *monsieur*. Pensé que a usted también le agradaría tomar uno.

Hudson se incorporó, mientras Joseph dejaba la bandeja en la mesita.

—Joseph —dijo—, me ha salvado la vida.

—¿De veras, *monsieur*? —Joseph lo miró de frente, con su rostro ancho, de barbilla azulada, y una sonrisa profunda oscureció los ojos grises—. Espero que usted salve la mía —agregó con voz queda y pausada. Y dicho esto, colocó ambas manos sobre la mesa, con el cuerpo echado hacia adelante. La mirada de Hudson se desplazó lentamente de la cara a las manos del camarero, y en el dedo índice de la mano derecha vió un anillo, un anillo de sello de oro, en cuya ancha faceta había una divisa grabada en hueco, figurando una cigüeña coronada que sostenía en el largo pico una sinuosa víbora. Antes de que Hudson pudiera decir palabra, Joseph prosiguió con voz inexpresiva—: No puedo concederle más de diez minutos. El portero está en el armario de la ropa blanca con una de las doncellas. Es un hombre impaciente, y consciente de su deber además, de modo que no estará mucho tiempo ausente de su puesto. Prefiero bajar antes de que él regrese.

Hudson inclinó el cuerpo hacia adelante, los ojos fijos en Joseph, y vió dibujarse en los labios del otro una sonrisa fugaz.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe usted que yo, o Raikes, era la persona con quien debía comunicarse?

—La mera sospecha no justifica la acción... ésa, por lo menos, es mi norma. Es menester estar seguro. Hoy durante el almuerzo usted me convenció. Rápido, *monsieur*.

Pronunció la última frase con voz suave, pero con un dejo de mando. Hudson reflexionó, ordenando los hechos, recordando el billete de Sandro, y después dijo:

—En esta ciudad hay un pescador, Sandro Venetti, que actúa como agente. Ha planeado volver a Italia por mar. Usted lo acompañará.

—¿Cómo?

Ambos habían dejado a un lado su personalidad, prescindiendo de todo lo superfluo, y las palabras que se cruzaron entre ellos eran como pinceladas desnudas que delineaban audazmente el plan sencillo del futuro.

—Remontando la costa, a quince millas de aquí, hay una isla, Metilini. Tiene veinte millas de largo, y en un extremo hay un destacamento militar. En el extremo más próximo está la ciudad de Metilini. Sandro y su hijo tienen un barco de motor, el *Rab*, y han firmado un contrato con el gobierno para llevar suministros una vez por mes al destacamento de la isla. Mañana por la mañana zarparán con rumbo a la isla, llevando los suministros, y a medianoche llegarán al destacamento. Allí permanecerán dos días, y zarparán en la tarde del tercero. A las nueve de la noche arribarán a Metilini. Usted debe estar en Metilini la noche del cuarto día, a partir de hoy.

—¿Para unirme con ellos?

—Sí. De Metilini, en lugar de volver aquí, Sandro irá a Italia; hay diez horas de viaje hasta Termoli, y la mayor parte del trayecto la harán al abrigo de la noche.

—¿No habrá guardias en el barco?

—Sí, hay tres. Pero esa noche se realizará un festival en la isla. Sandro les dará permiso para que bajen a tierra un par de horas. Bajo cuerda, por supuesto. Mientras ellos estén en tierra usted deberá embarcarse. Puede nadar, o apoderarse de un bote.

Joseph asintió con la cabeza.

—Hay una línea de vapores a Metilini. Pediré asueto y saldré para la isla temprano, en el vapor de la mañana. ¿Usted también irá con Sandro?

A Hudson le sorprendió aquella pregunta, que no se había formulado hasta entonces.

—No. Al darle esta información he hecho todo cuanto tenía que hacer. Saldré del país por las vías ordinarias cuando termine mi trabajo.

Joseph recogió la bandeja y el sifón, y dijo antes de dirigirse hacia la puerta:

—Le agradezco, *monsieur*. Quizá en Italia, o en algún otro lugar, tendré mayor oportunidad de demostrarle mi gratitud...

—Y de decirme algo de usted.

Joseph sonrió.

—Quizá... Pero los hombres que hacemos esta clase de trabajos rara vez tenemos el alivio de hablar. Hay muchos hombres, en la oscuridad —su mano señaló con gesto vago la puerta, el este—, cuyas vidas dependen de palabras que no deben ser pronunciadas... —Y al decir esto su cara asumió una expresión reconcentrada, la piel se puso tirante, como respondiendo a una interior amargura del ánimo y Hudson recordó a Sandro, recordó el cansancio y la tensión que habían mellado su voz. Adivinó que en la oscuridad de la silla de manos el rostro de Sandro había tenido la misma expresión que tenía ahora la cara de Joseph. Por grande que fuese el coraje de un hombre en aquella frontera de la vida, no era bastante para desarraigar la inevitable repugnancia, la contaminación que brotan de la necesidad de comerciar en las sospechas, odios y temores que mueven a los hombres de ambos bandos. Para sobrevivir, los seres humanos debían renunciar a los últimos vestigios de nobleza, debían retroceder a la elemental existencia de la jungla, a cazar y ser cazados, a matar o ser muertos... Hombres y mujeres no habían superado el modo de vida terrena que animó a las primeras jaurías de lobos que se disputaron los derechos de caza en las primeras selvas. Si el hombre marchaba vertical sobre sus dos piernas, era porque eso aumentaba su capacidad de cazador, no para poder alzar la cabeza al cielo y encontrar allí una respuesta al espíritu que lo tenía eternamente desasosegado e insatisfecho...

—Quizá... —repuso Hudson.

Joseph se marchó y Hudson volvió a descansar la cabeza en los almohadones, tendiendo la mano hacia el vaso de coñac.

Milo Lepovitch se defendía. Pero aun en la defensa sabía lo que vale la circunspección. En Belgrado comenzaban a ponerse impacientes, y él no ignoraba que era mejor justificar esa impaciencia antes que tratar de demostrar que carecía de fundamento.

El progreso ha sido lento, principalmente porque la misma naturaleza de la misión pública que ha venido a cumplir Hudson representa para nosotros un serio obstáculo. Se nos ha advertido continuamente sobre la importancia de esa misión, y eso ha impedido la adopción de medidas que habríamos podido tomar en circunstancias diferentes. Hudson sólo permanecerá unos pocos días aquí, y esos días son para nosotros de crucial importancia. Si sale de Dubrovnik sin que nada ocurra, sugiero que se me autorice a viajar a Belgrado el mismo día, dejando que Zarko se ocupe de cualquier acontecimiento que pudiera producirse aquí después de su partida. Una vez en Belgrado, sugiero que Hudson sea detenido en previsión de ulteriores acontecimientos que puedan presentarse aquí. Pero esto involucra la necesidad de poner en peligro ese contrato comercial. Tengo entendido que él es uno de los directores de la firma británica, y que cualquier medida que se adopte contra

él significará automáticamente la pérdida del contrato. No obstante, creo que ha llegado el momento de considerar la posibilidad de prepararle aquí en Dubrovnik, o en el viaje de regreso a Belgrado, algún pequeño accidente que no pueda tener derivaciones internacionales o comerciales, y que al eliminar al principal agente invalide cualquier plan que se esté tramando...

... De acuerdo con sus instrucciones, acompañó un informe detallado sobre la organización de la policía local. En mi opinión, la raíz del problema es el camarada Zarko. Ha introducido en el sistema un antidemocrático espíritu de amistosidad y complacencia, y de ahí que los miembros de la organización no ejerzan esa constante vigilancia tan necesaria para descubrir cualquier síntoma de ineficacia burguesa, vigilancia que debe mantenerse en interés de la República, del Pueblo. Lo que se necesita aquí es un hombre más joven, entrenado en Belgrado, sin intereses locales, y dispuesto a mostrarse implacable en defensa de la gran causa...

Alguien como yo, pensó. Creía llegado el momento de arriesgar una acusación más definida contra Zarko. Por grande que fuera la influencia de Zarko en Belgrado, estaba seguro de que sus insinuaciones habían empezado a obrar su efecto. Dubrovnik era un lugar agradable. En alguna de las más suntuosas villas del Monte Sergio él y su esposa podrían vivir felices cuando ella se recuperase lo suficiente para salir del sanatorio.

DÍA DÉCIMO

Uno de los niños tenía fiebre, y había sido aislado en un cuarto pequeño y desnudo, en el piso alto del orfanato que había sido antaño el palacio veraniego del Emperador Maximiliano. El chico yacía sobre la angosta cama de hierro, con los ojos pequeños e hinchados en la cara, enrojecida, y bebía la leche que Yelitsa le introducía en la boca con una cuchara. Yelitsa trataba al chiquillo con ternura, y aquella espalda escuálida que sostenía con el brazo despertaba en ella una compasión que siempre experimentaba en presencia de los niños. El chico se apoyaba en su brazo, y ella sentíase feliz de poder darle apoyo y cariño. Le enjugó el rostro con un paño húmedo y lo recostó en el lecho.

Fué hacia la ventana y la abrió apenas, para airear un poco el cuarto. Pensó que quería tener un niño. Antes había abrigado la esperanza de tener un hijo de Luca. Pero Luca estaba muerto, y el dolor de esa pérdida se extinguía gradualmente. No obstante, aún deseaba tener un hijo, y ahora el padre de ese hijo tendría que ser Tulio. El día anterior ella había ido unas horas a su casa para ver a Sandro y a Tulio antes de que zarparan en su viaje mensual a Metilini. Pensando en el hijo, había estado dispuesta a conceder a Tulio sus derechos. Pero no hubo oportunidad. Sandro se quedó en el departamento, y Tulio, que controlaba la lista de suministros embarcados en la goleta, sólo demostró interés por la comida. Después, cuando ella los acompañó al barco, la mano enorme de Tulio le aferró con fuerza el brazo, hundiéndole los dedos en la carne, y ella comprendió que si hubiera podido quedarse más tiempo él habría satisfecho aquel otro apetito. Pero él sólo dijo:

—Trata de conseguir un poco de aceite la próxima vez.

Desde la ventana, que dominaba la isla y su envoltura de robles, se divisaba la embocadura del puerto, defendida por el fuerte. En aquel momento el viejo casco blanco del Rab circundaba el promontorio, avanzando en dirección al mar con paso de tortuga, y dejando una estela espesa y sucia. El buque navegaba con las velas recogidas, y la distancia empequeñecía a los hombres que caminaban por cubierta. En tres días estarían de regreso. Con un poco de suerte, podría cambiar su día de asueto con otra muchacha, y estar en su casa cuando ellos volvieran... Súbitamente, a su espalda, el chico dijo algo, y ella se volvió y acudió a su lado. La criatura se había vomitado la leche en el pecho y en las frazadas. Pacientemente, sin alterarse por el olor agrio del vómito, empezó a limpiarlo, tranquilizando al niño, ansiosa por borrar el miedo de sus ojos tímidos.

En aquel mismo instante Zarko se arrellanaba en el sillón de su oficina, preguntándose si la confusión tan evidente en los ojos de Franja —que estaba sentada frente a él, del otro lado del escritorio— se debía al miedo o a simple incomprensión del motivo por el cual la había hecho comparecer tan temprano en su despacho. No eran más de las ocho. Ella tenía un pañuelo de seda sobre la cabeza y llevaba unas modestas faldas de algodón, las piernas sin medias, los pies en sandalias, tal como la había encontrado el agente de Zarko a su regreso del mercado de la plaza principal, adonde había ido muy temprano con su abuela.

—No vino a verme ayer —dijo Zarko con voz desprovista de dureza. Nada tenía contra la muchacha.

—Usted me dijo que no viniera a menos que tuviese algo importante que decirle —respondió ella con voz inexpresiva, que trataba deliberadamente de dominar, para no poner aún más en evidencia la confusión que la embargaba.

—¿Vió a Mr. Hudson ayer?

—Sí, almorcé con él.

—¿Y no ocurrió nada lo bastante interesante para que usted juzgara oportuno contármelo?

—No.

Zarko sonrió. Probablemente la muchacha estaba diciendo la verdad, por lo menos en lo que a ella concernía. Chascó reflexivamente la lengua contra el labio inferior, produciendo un ruidito vulgar que se destacó vivamente sobre el débil murmullo de la ciudad.

—Ya veo. —Asaltado por el hábito, al llegar al nudo de la entrevista, Zarko se levantó y se encaminó a la ventana—. ¿Sabe usted que desde que trabaja para nosotros hemos registrado diariamente su habitación?

—No. Pero no me sorprende.

Al oír el exabrupto, Zarko se volvió y la miró con expresión zumbona.

—No nos juzgue con demasiada severidad. Esa es una precaución sensata, que un buen policía no puede menos de adoptar. Sí, su habitación es registrada diariamente, y esta mañana, cuando estaba usted de compras, encontramos algo que creemos importante. Dígame —dijo, retornando a su escritorio y abriendo un cajón—, ¿por qué se trajo usted ayer esta cartilla del menú del Hotel Argentina?

Zarko dejó caer sobre el escritorio la cartilla con el pequeño dibujo de la casa Tudor. Franja esbozó un gesto de tomarla, pero se contuvo a tiempo. Sabía por qué el dibujo era importante para ella, pero ignoraba qué importancia podía tener para Zarko. No obstante, comprendía que cualquiera fuese el interés que el dibujo despertaba en Zarko, ese interés estaba dirigido contra Hudson.

—Es un dibujo de la casa en que transcurrió su infancia. Me es simpático, y como se irá pronto resolví guardarlo como recuerdo.

A Zarko no le pasó inadvertido el tácito cariño que aquellas palabras revelaban, pero no era eso lo que le interesaba por el momento.

—¿Se lo dió él?

—No. Yo lo guardé sin que él lo advirtiera.

Zarko dió media vuelta. Había un nuevo tiesto sobre la repisa de la chimenea, una plantita de flores estrelladas y azules cuyo nombre no aprendería jamás, lo que le valía las burlas de su hija. Revolvió con el grueso índice la tierra de la maceta.

—Es un joven muy agradable. A mí también me resulta simpático.

Volvió al escritorio, observándola atento, preguntándose qué opinaría de todo aquello Lepovitch, que estaba escuchando en la habitación contigua. Puesto en su lugar, Lepovitch habría tratado de intimidarla, y si ella se hubiera obstinado en no responder, habría recurrido a la tortura deliberada. La diplomacia daba mejores resultados, y dejaba más tranquila la propia conciencia. Volvió la cartilla, dejando al descubierto el otro dibujo.

—Ahora, hábleme de esto.

Franja rió, sorprendida, pero la risa se extinguió cuando comprendió que para Zarko el dibujo no encerraba un interés humorístico. La cara del policía estaba inmóvil, modelada en fatigados planos de carne que le daban una imprevista fealdad.

—Lo dibujó para Madeo, el chico de los Ransko.

—Adelante, cuénteme todo. Cómo lo dibujó, y cuándo, y qué ocurrió con el dibujo, y cuántas personas lo vieron.

Franja recordaba vívidamente la escena, y le contó lo ocurrido. De vez en cuando él formulaba alguna pregunta, pero el sentido recóndito de aquel interrogatorio pasaba inadvertido a la muchacha, quien sólo atinaba a comprender que todo aquello era muy importante para Zarko, y que esa importancia representaba un peligro para Hudson.

Finalizado el relato, Zarko permaneció un rato en silencio, caviloso. Por fin, recogió la cartilla, la plegó y la introdujo en el bolsillo, preguntando con voz queda:

—¿Usted no sabe de qué se trata?

—No.

Él asintió con el gesto.

—Le creo —dijo.

Alentada por su franqueza, comprendiendo que él la había tratado más bondadosamente que cualquier otro policía en su lugar, preguntó:

—¿Esto significa que no me necesitará más?

—Exacto. Nos ha sido muy útil. Pero por el momento deberá quedarse aquí. No se alarme... Dentro de un par de horas podrá irse.

Abrió la puerta y llamó al centinela.

Impartió sus instrucciones cuidadosamente:

—Esta joven se quedará aquí hasta que yo vuelva. Búsquele una revista para que se entretenga; hay algunas sobre esos archivos. Cuide de que no utilice el teléfono ni salga de esta oficina. Y le prohíbo hablar con ella.

Salió sin agregar palabra ni mirar nuevamente a Franja, y ella se quedó atenaceada por el miedo, sabiendo que el próximo movimiento de Zarko estaría dirigido contra Hudson, y la intensidad de su miedo puso al descubierto la intensidad del cariño que sentía por él. Si Zarko la hubiera dejado ir, habría tratado de prevenir a Hudson, aun cuando no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. Se quedó sentada en su silla, mirando sin ver la revista que descansaba en su falda.

Lepovitch se reunió con Zarko en el corredor. Parpadeó detrás de sus lentes y una sonrisa descarnada le sesgó los labios delgados.

—¿Realmente le cree usted?

—No interesa que le crea o no. Ella no importa, lo que importa es esto... —Palmeó la cartilla que llevaba en la mano—. Si Hudson no ha hecho este dibujo porque sí (y yo creo que lo ha hecho con un propósito definido) ha llegado el momento en que quizá podamos arrancarle algo... a él, o a las demás personas del hotel.

—¿Arrancarle...?

—Sí, pero no en el sentido que imagina usted. Raikes tenía un anillo con una divisa similar. Puede ser una especie de contraseña. Si vamos inmediatamente al hotel y procedemos con energía, podría suceder que alguien dejara escapar algo. Ha ocurrido más de una vez. Al mismo tiempo registraremos el hotel, sin disimulo. Eso siempre pone nerviosa a la gente.

—¿Y qué espera encontrar? —dijo Lepovitch con un dejo de desdén.

—No lo sé. Estamos a oscuras. Pero de nada vale esperar a que los hechos nos salgan al encuentro. Tenemos que precipitar los acontecimientos.

Lepovitch asintió. Aquel dibujo no despertaba en él las esperanzas que parecía infundir a Zarko pero no ignoraba el valor psicológico de la táctica de choque. A menudo se lograban buenos resultados lanzando la red al azar y recogiénola de golpe. Nada perderían con ello.

—Iré con usted —dijo abruptamente—. Ya he estado demasiado tiempo en la oscuridad.

Zarko no respondió en seguida. Leía los pensamientos de aquel hombre como un libro abierto. No le era simpático, ni lo sería jamás, pero en sus informes a Belgrado había sido escrupulosamente justo... mucho más justo, suponía, que Lepovitch con respecto a él. Pero eso carecía de importancia. Los funcionarios de Belgrado no eran estúpidos... aunque él sabía demasiado bien que una persistente y velada acusación de incapacidad, aun cuando no esté respaldada por pruebas, puede destruir la confianza en cualquier hombre. A Lepovitch sólo le importaba su carrera, y no vacilaría en desacreditarlo si se le presentaba la oportunidad, apelando a la insinuación si no lograba obtener evidencias. Quizá ya le había echado el ojo al puesto de Dubrovnik...

—¿Por qué no? —dijo Zarko suavemente—. A usted le conviene estar presente en el momento culminante... y ese momento quizá esté próximo.

Cinco minutos más tarde dos automóviles policiales se ponían en marcha, rumbo al Hotel Argentina.

Eran las nueve de la mañana cuando el portero entró en la terraza del hotel, acompañado de Zarko, Lepovitch y cinco guardias armados de la milicia. Todos los huéspedes estaban tomando el desayuno, incluyendo dos jóvenes mujeres y un matrimonio de ancianos, que habían llegado la noche antes en el vapor de Kotor.

Joseph acababa de traer el café a Hudson cuando el grupo entró en la terraza. Ambos se volvieron al mismo tiempo para mirarlos. Joseph desvió la mirada casi en seguida y comenzó a servir el café de Hudson, con mano serena.

Zarko llegó al centro de la terraza, seguido por las miradas curiosas de los huéspedes. Se detuvo ante una mesa desocupada, la golpeó con los nudillos para llamar la atención, y se dirigió a los huéspedes.

Hudson se retrepó en la silla, encendió un cigarrillo y vió que los guardias habían formado en hilera al fondo de la terraza. La fijeza con que miraban al frente, la expresión rígida y hermética de sus caras daban la impresión de que el procedimiento les aburría porque ignoraban los recónditos móviles que servían; y eso despojaba a los hechos de todo interés.

Las palabras de Zarko fueron breves, y Hudson tuvo nuevamente una vislumbre de la autoridad e implacabilidad de aquel hombre, que hacían de él un rival temible. Pero quien más le llamó la atención fué aquel joven de lentes, delgado, casi ascético, que estaba detrás de Zarko. Tenía la impresión de haberlo visto antes —quizá en el Gradska Kavana—, y su presencia acrecentó el desasosiego que le producía aquella visita matinal.

—Mi deber como jefe de policía me impone la necesidad de registrar a todas las personas y dependencias del hotel. Les ruego que sigan tomando su desayuno, pero nadie debe abandonar su mesa hasta que se le llame. Sé que hay aquí uno o dos ciudadanos extranjeros que podrían oponerse a ser registrados. Espero, sin embargo, que teniendo en cuenta la gravedad de este asunto tendrán la cortesía de ahorrarme la desagradable necesidad de apelar a la fuerza. —Miró en torno, abarcando con la vista a Hudson y al doctor Brussiak. Ni el uno ni el otro hicieron el menor gesto—. Gracias. Los camareros irán a reunirse inmediatamente en el salón, con el resto del personal; nos ocuparemos de ellos en primer término. —Finalizó su introducción con una breve cabezada y entró en el hotel seguido por los cuatro camareros que habían estado sirviendo las mesas de la terraza. Los guardias permanecieron en sus puestos.

Hudson miró en torno. Los huéspedes estaban rígidos y silenciosos. Si esto, pensó, ocurriese en un hotel de Inglaterra o Francia, habría un pandemónium de indignadas discusiones sobre el derecho de la policía a requisarlos. Pero aquí todos se quedaron silenciosos, inmovilizados por el miedo, sin reaccionar contra un proceso

con el que estaban familiarizados. El coronel Grol fué el primero en recuperarse. Echó a reír de pronto, y exclamó con su vozarrón:

—¡Bueno, linda manera de empezar una mañana de sol! ¿Y qué es eso de seguir tomando nuestro desayuno? El maldito mozo no me ha traído el café aún. —Aquel estallido sólo provocó una sonrisa en Hudson.

Transcurrió media hora mientras Zarko revisaba a los camareros y demás miembros del personal. En los cuartos de los pisos altos se oía el cerrar y abrir de las puertas, y ruido de pasos en los balcones y corredores, a medida que los pesquisas registraban las habitaciones. Hudson había aprendido, en la época en que estuvo prisionero, que registrar un cuarto es un verdadero arte. A un hombre experimentado no se le pasa nada por alto. Nadie que tuviera mediana inteligencia ocultaría algo en un cuarto expuesto a una prolija revisión... Zarko buscaba algo en el hotel, y lo único importante que había en él era el anillo. Si lo encontraba en la persona de Joseph o en su habitación, Zarko haría hablar a Joseph, a menos que éste (y Hudson sabía que la idea no era injustificada) fuese lo bastante rápido para ponerse fuera del alcance de interrogatorios humanos.

Un guardia se acercó a la puerta del salón y llamó a la familia Ransko. Papá Ransko hizo ademán de ir solo, pero el guardia le indicó por señas que debía comparecer toda la familia. Madeo sonrió a Hudson, al pasar, encantado por aquella nueva diversión que venía a alegrar un desayuno aburrido. Cuando hubieron salido, el guardia se dirigió a la mesa que habían ocupado y la revisó, escarbando en los pegajosos restos de conserva, volcando en la terraza los restos de café y leche, y sacudiendo el mantel. La mesa, las sillas y el vecino a espaldas de la terraza fueron escudriñados en un silencio que fué creciendo casi hasta adquirir consistencia física.

Uno a uno fueron llamando a los distintos grupos, y cada vez se repetía el procedimiento. Sus mesas y las inmediaciones de las mismas eran examinadas. El coronel Grol, Brussiak, el matrimonio Sumitch, y finalmente Hudson, fueron llamados por el guardia. Hudson se levantó, y el guardia lo condujo a través del salón, que estaba desierto salvo por un miliciano apostado ante la puerta que ciaba al comedor interior, donde estaban congregados el personal y los huéspedes que ya habían sido registrados. Oyó la voz de Madeo, impaciente porque el juego duraba demasiado, y vió fugazmente a Joseph, parado contra la pared del fondo, impassible el rostro. Una cosa era evidente: Joseph no había ocultado el anillo en su persona. Hudson pensó en los hombres que revisaban las habitaciones de los pisos altos. El personal ocupaba los cuartos del último piso. Serían los últimos en ser registrados.

Le hicieron atravesar un pasillo que arrancaba del salón y lo introdujeron en una oficina. Zarko estaba sentado ante un pequeño escritorio. Junto a la puerta había un guardia, y otro detrás de Zarko. Zarko sonrió y le indicó con un gesto que se acercara. Los guardias parecían contemplar el vacío que llenaba sus almas, y estaban tan tiesos que no se cuidaban de disimular los raídos dobladillos de sus guerreras azules, que dejaban ver el color original de la tela, más oscuro.

—¿No se opone a que lo registremos, Mr. Hudson?

—Sí, me opongo; pero no me parece conveniente llevar esa oposición a la práctica, a menos que desee el placer de una refriega con sus guardias. Es demasiado temprano para esa clase de ejercicio, y además, acabo de tomar el desayuno.

Zarko sonrió. A impulsos de ese espíritu de perversidad que suele acompañar a la admiración de las cualidades de un hombre, deseó que alguna vez se le presentara la oportunidad de ver a aquel inglés perder su aplomo, de tenerlo acorralado para que saliera a la luz la humana debilidad que como hombre debía encerrar. Pero el momento no había llegado aún. Más adelante, quizá... Comprendía también que era inútil registrar a un hombre que no se resistía a que lo registraran.

—Siéntese, Mr. Hudson.

Mientras Hudson tomaba asiento. Zarko extendió la mano hacia el costado del escritorio, sacó de un cajón un sobre blanco, grande y abultado, que ostentaba numerosos sellos, y lo tendió a Hudson.

—Esto llegó anoche por correo especial. Es para usted... del Ministerio de Economía Nacional. Me han ordenado entregárselo personalmente.

—Gracias. Lo he estado esperando.

—Y ahora que lo tiene en su poder... ¿cuánto tiempo permanecerá entre nosotros?

—Hoy me ocuparé de los detalles y pliegos de condiciones del contrato... siempre que usted me deje tiempo. Mañana remitiré todo a Inglaterra, junto con mis comentarios. Pasado mañana me iré.

—¿No llevará el contrato personalmente?

—No. El trabajo es urgente, y el correo lo llevará más rápido que yo. —Hudson dejó el sobre en el escritorio, sintiéndose momentáneamente intrigado.

—¿Para esto me llamó?

Zarko meneó la cabeza.

—No. Lo llamé por un motivo bien distinto. —Se retrepó en la silla, frotando, unas contra otras, las puntas de los dedos—. Tenía la intención de hacerlo registrar, Mr. Hudson, pero he cambiado de idea.

—¿Lo cree atinado? Quizá los demás huéspedes lo consideren un acto de favoritismo.

—Es un favor, Mr. Hudson, que le acuerdo, no por la simpatía que le profeso, sino por consecuencia de una inteligente consideración de los hechos. No, en lugar de registrarlo, quiero formularle una pregunta... —Mientras hablaba se dejó caer hacia adelante con la silla y sacó del bolsillo la carta del menú. La alisó con la mano, y con expresión casi reverente puso ante los ojos de Hudson el dibujo de la cigüeña. Hudson lo contempló con expresión pétreo. ¿Cómo había llegado a manos de Zarko? Había sido un necio al no destruirlo. Sabía que los ojos de Zarko estaban clavados en él, pero estaba seguro de que su expresión nada le había revelado.

—Dígame, Mr. Hudson, ¿por qué motivo dibujó para Madeo un tema tan singular?

—¿Por qué? —Hudson rió. Pero al reír se sintió sorprendido una vez más por un fenómeno familiar: la total falta de correlación entre el tiempo y el pensamiento. Antes de sentir en el cuerpo el golpe que aún no, ha llegado, un hombre puede devolverlo, apercebido por el fulgurante relámpago del pensamiento, cuya instantaneidad se burla del tiempo, tardo y perezoso. Así, él comprendió inmediatamente qué era lo que Zarko sabía a ciencia cierta y qué lo que simplemente conjeturaba.

Zarko lo escrutaba, sin sonreír, hosco el semblante.

—Sí, Mr. Hudson. ¿Por qué?

—¿Conoce usted a Madeo?

—Lo he visto.

—Es un chico precoz, y me ha cobrado simpatía. A menudo le hago dibujos.

—¿Pero por qué este dibujo, en particular?

—No tengo la menor idea.

—No se hace un dibujo sin un motivo.

—No, pero a veces es difícil encontrar el motivo. A menos que uno sea psicólogo.

—Me haría un favor, Mr. Hudson, si tratara de darme un motivo para la ejecución de ese dibujo.

—Los motivos son escurridizos. Tiene que dejarme pensar.

—Piense, Mr. Hudson. Pero no trate de hallar sustitutos de la verdad.

—¿Por qué habría de hacerlo? Pero debe tener paciencia conmigo. Un psicólogo debe tener paciencia. —Hudson hizo una pausa, cavilando. Después prosiguió lentamente—: Pues bien, yo acababa de hacer un dibujo para Mademoiselle Pavan en la otra cara de la cartilla. Entonces vino Madeo y me pidió un dibujo, un dibujo grande. Le gustan las cosas fantásticas. ¿Qué podía yo dibujarle? Sí, claro está... empiezo a recordar. Pocos segundos antes había dibujado un niño con una caña de pescar al borde de un estanque. Mírelo... Se asemeja bastante a una garza o una cigüeña corcovada que estuviese pescando a la orilla de una laguna. Quizá esa impresión estaba aún clara en mi mente. Pensé en una cigüeña fantástica... —Hudson hablaba pausadamente, con gran deliberación, como quien da una conferencia, atento a sus propias palabras, porque comprendía ahora que ése era el cauce por donde le había llegado la idea del dibujo—. Y al pensar en una cigüeña fantástica, pensé en un anillo de sello que solía usar Raikes cuando estábamos en Belgrado. Ese era el toque fantástico que quería Madeo. El dibujo representa la divisa grabada en hueco en el anillo de Raikes. Creo que eso es lo que ocurrió.

Zarko redondeó los labios, silbando suavemente, y la sonriente sugestión de una duda le entornó los ojos. Aquel hombre era un demonio. Se había acercado a la verdad lo bastante para oscurecer la verdad auténtica. Había respondido a su pregunta

con más franqueza de la que él previera, y merced a esa franqueza lo había derrotado restituyéndolo a su perplejidad original, que había esperado disipar aquella mañana.

—Todo encaja perfectamente, ¿verdad? Demasiado perfectamente, diría yo.

Hudson se encogió de hombros.

—Siempre he oído decir a los psicólogos que los motivos de todos nuestros actos son enteramente comprensibles, y que si se indaga lo bastante hondo hay siempre entre ellos una asombrosa coordinación. Supongo que su interés por todo esto tiene relación con Raikes y con la idea, que abriga usted, de que yo estoy prosiguiendo el trabajo iniciado por él. ¿No es así?

Pero esto, inexplicablemente, encolerizó a Zarko. El sarcasmo no era demasiado ofensivo, y en circunstancias ordinarias Zarko lo habría pasado por alto, pero esta vez se sintió tocado en un imprevisto resentimiento interior.

—Usted puede presumir lo que quiera, Mr. Hudson. Pero de una cosa puede estar seguro: no he venido tan temprano a este hotel para tomar el café que sirven aquí. — Y ya definitivamente encolerizado, abandonó temporarily el buen sentido y dió rienda suelta a su mal humor—. Creo que lo haré registrar, al fin de cuentas.

Permaneció en la oficina mientras revisaban a Hudson. Lo obligaron a desnudarse y volvieron sus ropas al revés. No omitieron ningún posible escondite en su persona ni en sus vestidos. Y cuando lo escoltaron al comedor, él también estaba furioso, aunque lo disimulaba. Al llegar al comedor se mantuvo a distancia de Joseph, pero su enojo se extinguió gradualmente, desplazado por la aprensión que aún lo dominaba.

Una hora más tarde, Zarko asomó en la puerta del salón. Se disculpó ante los huéspedes por haberles interrumpido la mañana, les informó que estaban en libertad de abandonar el hotel, y se marchó él mismo con Lepovitch y los guardias, sin más explicación.

Hudson subió directamente a su cuarto, en el que estaban patentes todas las huellas de una minuciosa búsqueda, que nadie se había tomado la molestia de disimular. Pidió un vaso de *vermouth*, por el teléfono interno, pero el camarero que lo trajo no era Joseph, y Hudson se quedó sorbiendo la bebida en el balcón, a la luz del sol, lleno de desasosiego, sin saber lo que había ocurrido. Por fin sacó el sobre del bolsillo y trató de concentrarse en su trabajo. Cuando bajó para almorzar, vió con alivio que Joseph servía las mesas. No cruzaron palabra hasta que Joseph le trajo el café. El camarero se inclinó sobre el pocillo y dijo en voz baja:

—Después del almuerzo pida que le suban una bebida a su cuarto, y yo se la llevaré.

Una hora después del almuerzo Hudson pidió la bebida. Poco después entró Joseph, sonriente, trayendo un gran vaso de limonada.

Hudson lo tomó, y para ocultar su impaciencia lo vació lentamente antes de hablar. Pero al dejarlo en la bandeja tuvo la impresión de que Joseph había vislumbrado lo que se escondía detrás de aquel gesto de orgullo.

—Nos salvamos por poco, ¿verdad?

Joseph asintió.

—Ya lo creo. ¿Qué pasó entre usted y Zarko?

Hudson le contó lo ocurrido, y después preguntó:

—¿Qué fué del anillo?

—Cuando una contraseña como ésa ha cumplido su misión, *monsieur*, vale la pena desembarazarse de ella lo antes posible. En esta vida, ese es un principio muy importante. Fué usted muy descuidado con esa cartilla. Debió destruirla. —Había un dejo de censura en su voz.

—Yo pensé que la habría guardado usted. Posiblemente fué Franja quien se quedó con ella. Pero admito que fuí descuidado al no asegurarme. No obstante estamos a salvo, puesto que no encontraron el anillo.

—Lo encontraron.

—¡Pero si usted acaba de decirme que se desembarazó de él...!

—Sin duda. Pero no lo tiré. Lo puse en el sitio más indicado para que, al ser descubierto, diese una pista falsa...

—¿Dónde?

—En la habitación del coronel Grol. En su cómoda hay una caja de cigarrillos. Lo puse bajo los cigarrillos. Él no fuma mucho. Yo estaba seguro de que pasaría inadvertido por cinco o seis días... a menos que alguien viniera expresamente a buscarlo.

—¿El coronel Grol? —Hudson se acercó a la ventana. Comprendía cuán importante era desviar de Joseph toda sospecha, pero le molestaba que el camarero hubiese elegido al coronel Grol para ese fin—. Eso le ocasionará dificultades, ¿verdad?

—No podemos permitirnos el lujo de pensar en eso —respondió Joseph con voz glacial—. Además, aunque no le crean al principio, tendrán que creerle cuando usted y yo nos hayamos ido. Por el momento, es imprescindible que sigan un rastro falso.

—Así será... Pero ese hombre me es simpático, y yo habría preferido que eligiese a otro.

Joseph se encogió de hombros.

—¿Encontraron el anillo? —preguntó Hudson.

—No lo sé. Supongo que sí. Es difícil que un hombre que revisa cuidadosamente una habitación no examine los cigarrillos contenidos en una caja. Sí, deben de haberlo encontrado, pero lo dejaron en su sitio. Antes del almuerzo eché un vistazo a la caja. El anillo seguía en su sitio. Lo saqué, y ahora está en el fondo del mar.

—¿Por qué hizo eso?

Joseph sonrió y se frotó la nariz con los dedos.

—Debemos hacer por el coronel Grol lo que ellos suponen que hará. El oculta el anillo en la caja, un lugar suficientemente seguro mientras no sospechen de él. La policía registra minuciosamente el hotel. Cuando él vuelve a su cuarto descubre que el anillo está donde lo dejó. Bendice su buena estrella y se deshace de él

inmediatamente. Eso es lo que ellos suponen que hará. Hoy alguien revisará nuevamente la caja de cigarrillos, previendo que el anillo habrá desaparecido. Y en efecto, el anillo ya no estará.

—Sí, ya veo. Pero no comprendo por qué no han adoptado ninguna medida contra él.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Han encontrado al hombre que buscan. Él no sabe que lo han descubierto. Ahora pueden mantenerse a la expectativa, vigilándolo a él y a usted, esperando la última movida. El jefe de policía quiere atrapar también a las personas que colaboran en la fuga de Grol. Para eso, le basta con esperar... y mientras él espera yo pondré pies en polvorosa y usted estará en camino a Belgrado, sin que puedan formular ninguna acusación definida contra usted. Además, debido a sus vinculaciones comerciales, vacilarán mucho en adoptar medidas contra usted a menos que tengan pruebas más valederas.

Hudson asintió, pero su desasosiego ante la trampa preparada a Grol —aun cuando comprendía su necesidad— había crecido, y en oposición al estrecho egoísmo de Joseph —que también comprendía— sintió inquietud por otras personas. Cuando él y Joseph se hubieran marchado, y el coronel Grol se reivindicase (imaginaba lo que ocurriría cuando el amigo de Tito comenzara a intervenir en el juego), la policía buscaría una cabeza de turco. Alguien sería la víctima de su mal humor. Y comprendió que la víctima sería Franja. Por muy inocente que fuera, pagaría las consecuencias. Dirían que ella había sabido la importancia del dibujo, que se había prestado deliberadamente a provocar la búsqueda pueblos había puesto sobre la pista falsa de Grol... Se mordió el labio, tratando de ahuyentar las imágenes que surgían en su espíritu. Ella no tendría fuerzas para resistir. Uno acaba por confesarse culpable de un delito imaginario, sencillamente para llevar a su término el intolerable proceso de protestar la propia inocencia. Se volvió abruptamente y dijo con voz gruesa y áspera:

—El coronel Grol sabrá cuidarse. Pero la muchacha no. Cuando nosotros nos vayamos, la tormenta descargará sobre ella.

Joseph lo miró con calma.

—¿De veras?

—¿No le importa lo que pueda ocurrirle? —Su voz tenía un acento hostil, una cólera creciente contra Joseph y contra la indecente maraña de engaños y egoísmos que caracterizaba todo aquel asunto.

—Nada podemos hacer por ella. Deberá velar por sí misma.

—¡Eso es precisamente lo que no puede hacer! ¿No significan nada para usted los demás seres humanos?

—Esta no es una charada sentimental. No puedo permitirme el lujo de pensar en ella. Tengo que pensar en mí mismo y en quienes dependen de mí. Los hombres quijotescos no sobreviven en la clase de vida que yo llevo...

Hudson lo interrumpió con un gesto impaciente.

—Si yo no hubiera sido quijotesco, usted no tendría la oportunidad de escapar. ¡Debe hacer lo que yo digo!

La cara de Joseph se puso rígida de cólera. La cordialidad y el buen humor desaparecieron. Tenía un aspecto desagradable, pugnaz, pronto a la reyerta. Pero súbitamente su resentimiento se evaporó. Se encogió de hombros y su cara asumió una expresión fatigada, laxa, con una apatía que tenía su origen en un pasado lleno de lucha y ansiedad.

—Es una tontería discutir. ¿Qué quiere usted?

—La muchacha debe ir con usted. —Hudson lo escrutaba atentamente, preguntándose hasta qué punto podría confiar en él.

—Muy bien —respondió Joseph con voz tranquila—. Pero no quiero tener el menor contacto con ella hasta que estemos en Metilini. —Se dirigió a la puerta—. Debo irme. Lo dejo todo en sus manos. Si ella está en Metilini el día convenido, yo me encargaré de ella.

—Le hablaré.

Cuando Joseph se marchó, Hudson comenzó a recorrer su habitación de un lado para otro, impaciente. Por la tarde vería a Franja en la playa. No sería fácil explicarle la resolución que había tomado.

Franja fué puesta en libertad a las once de la mañana. Zarko sólo le dijo que podía irse, que deseaba que prolongase su amistad con Hudson y que en tanto fuese franca con él, nada tenía que temer.

—Nos está prestando un servicio que todo ciudadano tiene la obligación de prestar. Nos ha sido muy útil. Si todo resulta bien, como esperamos, no olvidaremos la cooperación que nos ha brindado.

Pero esa bondad no la impresionó. Durante la larga espera, la ansiedad que sentía por Hudson se había trocado en pánico, de suerte que apenas se vió en libertad tuvo impulsos de correr a buscarlo. Pero se contuvo con un esfuerzo de la voluntad y regresó a su casa, excusándose ante su abuela con evasivas que, lo advertía perfectamente, la anciana no creyó. No le importaba lo que hubiera hecho Hudson, o lo que sospecharan que había hecho. El problema de su inocencia o culpabilidad no se le planteó en momento alguno. Lo único que le importaba era la responsabilidad que le tocaba en el peligro que él había corrido.

Aquella tarde, cuando se encontró con él en la playa, él estuvo cordial, pero sin que aparentemente lo conmoviera su ansiedad. Se tendieron al sol en la arena; ambos sabían que en la terraza del café, a sus espaldas, había un hombre vigilándolos.

—Mi viejo amigo del zapato remendado —dijo Hudson al ver que ella se volvía para mirar en dirección de la terraza—. Le estoy tomando verdadero afecto.

Franja se volvió y clavó los ojos en el agua. Hudson estaba tendido a su lado. La muchacha se frotó lentamente la pierna desnuda con la palma de la mano, sintiendo

las diminutas partículas de arena contra su piel. En torno a ellos recrudecía el bullicio de los bañistas. Con la vista fija en el mar, el rostro desviada de él, el cabello rubio suelto sobre la nuca, preguntó la muchacha:

—¿Tiene Zarko algún motivo real para estar tan interesado en usted?

Hudson guardó silencio. Aquel interrogante había estado tácito entre ellos, un punto de honor que debía ser resuelto, y le exigía una verdad que sólo sintiéndose seguro de ella podría articular. Y ahora que la pregunta había sido formulada, eran tantas las cosas que debía tener en cuenta antes de responder... la importancia del trabajo que estaba realizando Joseph, cualquiera fuese, el coraje jovial y desprevenido de Raikes que le había traído la muerte, la seguridad de Sandro y Tulio que estaban en viaje a Metilini... Una palabra incauta podría ocasionar innumerables desastres.

—¿Lo pasó muy mal esta mañana?

Franja aceptó la evasiva, defraudada, pero no sorprendida.

—¿Cómo lo supo?

—Lo adiviné. Zarko y sus guardias fueron al hotel y registraron a todo el mundo. Eso se debe a la cartilla del menú que se llevó usted, ¿verdad?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Él prosiguió, mientras observaba un saltamontes que trataba de salvar la pequeña barrera de guijarros que Hudson había erigido con las manos:

—No sabía que le gustaran tanto mis dibujos...

La hería sin saberlo, pero el dolor nada significaba, era la ignorancia que aquellas palabras revelaban lo que dió a la voz de Franja la expresión de una desconocida:

—Me lo llevé por la casa. Me hacía acordar de Inglaterra. Quise guardarlo como... —Se interrumpió, y aunque no lo veía sabía que él la estaba mirando.

Él se incorporó súbitamente y puso su mano sobre la tibia curvatura del brazo de la muchacha.

—Usted tiene amigos en Inglaterra, ¿verdad?

Ella asintió. Oyó la respiración de Hudson, oyó el tumulto de la marejada, como un gato enorme que chascara la lengua, y después la voz de Hudson, urgente, como forzada por una repentina temeridad:

—Acaba de hacerme una pregunta que no he contestado. Yo le haré otra, y quiero que me conteste. Si me responde, le daré la respuesta a su pregunta.

—¿De qué se trata?

—Si tuviera usted la oportunidad de escapar de este país, ¿la aprovecharía? No, no me conteste aún. Le hablo de una oportunidad que no es un cien por ciento segura, pero que tiene un margen considerable de seguridad. ¿La aprovecharía?

Ella estuvo un rato silenciosa. La idea era nueva y en un principio la atemorizó, porque conocía los límites de su propio valor, pero en la esperanza que esa idea encerraba había una fuerza capaz de sobrepasar todas sus debilidades. Franja se volvió para contemplar aquel rostro atezado, de rasgos firmes, aquella figura elegante y musculosa al mismo tiempo, los párpados que aleteaban bajo los rayos del sol.

—Sí. La aprovecharía.

Hudson sonrió y se tendió en la arena, aflojando el cuerpo para dar salida a la tensión acumulada. Había dado el paso decisivo, y las consecuencias escapaban ya a su control. Se había comprometido, había comprometido a la muchacha y a muchos otros, y se alegraba de ello porque había logrado sacudirse momentáneamente el peso de mezquinos intereses y de la inhumana unicidad de propósitos que hasta aquel instante había compartido con Joseph.

—Entonces lo hará. Zarko tiene buenos motivos para sospechar de mí. Ahora estoy en sus manos, y confío en usted.

Ella no respondió, porque sabía cuánta era la fuerza de la lealtad que la ligaba a aquel hombre, Pero no pudo reprimir la pregunta que su ofrecimiento suscitaba, la romántica esperanza que aquella mañana había sido la causa de su ansiedad. Admitía sin titubear que estaba enamorada de él, e impulsada por el desnudo deseo de que ese amor fuera completo, anhelaba que él demostrase que no era completamente unilateral. Y su pregunta iba destinada a arrancarle algún indicio de los sentimientos que experimentaba hacia ella.

—¿Por qué me da esta oportunidad? ¿Por qué a mí?

La respuesta llegó rápida, sin esperanza para ella, obligándola a replegarse en sí misma.

—Porque usted quiere irse, porque yo puedo ayudarla, y porque en este país usted no tiene futuro...

—¿Habría hecho Lo mismo por cualquier otra persona que estuviera en mi lugar?

—¿Por qué no? —Rodó en la arena, apoyándose en el codo, y ella dejó de verle la cara. Hudson sabía que la muchacha se sentía defraudada. Mucho tiempo atrás había comprendido que ella vivía de sus emociones. Una relación desprovista de complicaciones nunca podría satisfacerla, porque, probablemente, estaba enamorada de él, y como motivo de acercamiento sólo admitía el amor. Añadió suavemente—: Sin embargo, me alegro de que sea usted y no otra... —Pero al decirlo comprendió que no era bastante para ella, y más extraño aún, se sintió él mismo insatisfecho. Se incorporó, ansioso por moverse, y ayudándola a ponerse en pie, dijo—: Nademos un poco. Mañana la veré y le daré los detalles. Es inútil que hablemos de eso hasta que llegue el momento.

Aquella noche Lepovitch escribió un informe largo y detallado, a cuya redacción se dedicó con frío entusiasmo. El aire tibio agitaba las cortinas de la ventana abierta, y en la atmósfera flotaban anuncios de inminente tormenta. Más allá del camino, sobre los tejados que enmarcaban las siluetas oscuras de los álamos, los relámpagos jugaban sobre el mar.

... No hay duda de que estamos ahora al borde del éxito. El coronel Grol es el hombre que buscamos, y los dos anillos, éste y el que llevaba Raikes, eran contraseñas. Culpable o no, sería inexcusable permitir que Hudson salga del país antes de que tengamos al coronel Grol en nuestras manos. Pasado mañana Hudson viajará a Belgrado. Pondré un hombre en el mismo tren, y sugiero que sea detenido en Belgrado, so pretexto de que su pasaporte no está en regla, hasta que decidan ustedes lo que harán con él. El coronel Grol saldrá de Dubrovnik al anochecer del día siguiente a la partida de Hudson. Ha sacado pasaje para un barco que zarpará con destino a Makarska. Sería prematuro arrestarlo inmediatamente, pues esperamos que sus movimientos nos sirvan para descubrir las demás ramificaciones de la organización. Con un poco de paciencia, creo que caerán todos en nuestro poder. Insistí en que el anillo fuera dejado en la caja de cigarrillos. Ahora ha desaparecido. Indudablemente él cree que no fué hallado, y se ha desembarazado de él o lo ha puesto en un escondite más seguro...

... Comprenderán mejor el motivo del telegrama que despaché hoy cuando reciban ésta. El coronel Grol no es una persona sin importancia, su arresto podría tener repercusiones políticas, y creo que ha llegado el momento de modificar la política de dejar la responsabilidad, de todas las decisiones en manos del camarada Zarko. Hasta ahora, todas mis sugerencias han demostrado estar fundadas. Pero ha llegado el momento en que el asunto debe ser puesto en manos de alguien que no esté atado por vínculos rutinarios a un puesto local como el que ocupa el camarada Zarko, y que, por consiguiente, pueda seguir el caso hasta sus últimas etapas que inevitablemente se desarrollarán en Belgrado. No solicito para mí esa responsabilidad; desearía que enviaran un agente de Belgrado para proseguir la investigación, pero si se resuelve modificar la política seguida hasta ahora, es preciso hacerlo inmediatamente...

Se arrellanó en el asiento, chupando el extremo de la estilográfica. Estaba seguro de que le confiarían la misión. A aquella altura de los acontecimientos, era imposible que enviaran un hombre nuevo de Belgrado. Le darían plenos poderes, porque sabían que si dejaban el asunto en manos de Zarko y la investigación fracasaba, no tendrían a quien cargar la culpa... Sería inútil culpar a Zarko, puesto que él les había prevenido repetidamente contra Zarko. En ese caso, cargarían ellos con la responsabilidad. En cambio, si dejaban el asunto en manos de Lepovitch, podrían ponerse a cubierto... En cuanto a él, tenía confianza en su capacidad. Su problema se limitaba a vigilar a Grol y Hudson, y dejar que ellos le dieran el hilo de la madeja... Y cuando todo acabase, se ocuparía de que destituyesen a Zarko y le dieran el puesto a él. Dubrovnik había llegado a agradarle. Él y su esposa podrían ser muy felices allí... a menos, claro está, que le ofrecieran algo mejor. Pero en el peor de los casos se quedaría en Dubrovnik... Viviría en una de las villas... Quizá en la de Madame

Androsh... Era un hermoso lugar, y no le sería difícil desacreditar a la anciana, después de la amistad que había tenido con Hudson. Sí... las cosas marchaban muy bien.

DÍA ONCENO

A las once Hudson había acabado de revisar el contrato. No se había introducido ninguna modificación sustancial en las especificaciones convenidas en Belgrado, pero sí una cláusula adicional en la sección finanzas, estipulando que determinado porcentaje del equipo debía ser transportado de Londres en bodegas yugoeslavas, y otra cláusula —que Raikes había previsto que sería intercalada a último momento— por la cual se alargaba ligeramente el plazo convenido en un principio para la amortización del crédito inicial del gobierno. Estos eran detalles de que deberían ocuparse el Tesoro y la Cámara de Comercio, pero Hudson estaba seguro de que no ocasionarían dificultades, pues habían sido previstos. La ansiedad del gobierno yugoeslavo por que se firmara el contrato era la mejor garantía de que no presentaría exigencias irrazonables. En lo concerniente a los detalles técnicos, todo estaba en regla.

Hudson escribió un largo informe a su compañía, comentando en detalle el contrato, sumiéndose temporariamente en las minucias de su profesión, y hecho esto se dirigió a la ciudad para despachar el contrato a Inglaterra.

Al regresar pasó por la oficina de Zarko para recobrar su pasaporte. Zarko se mostró amable, e insistió en que bebiera una copa con él.

—¿Qué tren tomará mañana? —preguntó tendiéndole el pasaporte.

De la estación de Gruz, el pequeño puerto próximo a Dubrovnik, salían diariamente dos trenes para Belgrado.

—El de las cinco de la tarde.

—Bueno, lamento que se vaya.

—Temo haberle causado un sinnúmero de dificultades innecesarias.

Zarko sonrió.

—Como policía, estoy acostumbrado a eso. ¿Regresará al país?

—No. Eventualmente enviaremos personal de construcción y mantenimiento; pero yo nada tendré que ver con eso. Mi misión ha terminado.

Zarko lo miró indagadoramente, preguntándose si habría un doble sentido en aquellas palabras. En la cara de Hudson se dibujó lentamente una sonrisa.

Hudson comprendía lo que había detrás de aquella rápida mirada inquisitiva. La amabilidad de Zarko ocultaba un resabio de ansiedad, y Hudson tuvo la extraña sensación de que aquella mañana no era por él por quien se preocupaba Zarko. Se trataba de otra cosa, de algo más personal. Al vaciar su vaso de *rakia*, Hudson se sintió tocado por una súbita simpatía por aquel hombre. Cuando Zarko descubriera, demasiado tarde, que Joseph y Franja habían huido del país, y que él no se había

equivocado al sospechar de Hudson... ¿qué le ocurriría? Las autoridades no toleraban el fracaso. Pensando en esto, mientras Zarko insistía en llenar nuevamente su vaso, distaba mucho de sentirse satisfecho de su conducta en Dubrovnik. Se había visto obligado a mentir y obrar como un ladrón, y por graves que fuesen las circunstancias que lo habían forzado a ello, la mentira y la humillación de su propia conciencia persistían, llenándolo de una repugnancia bien definida. No es mucha la dignidad de un ser humano, y resulta arduo tener que renunciar a ese poco. Zarko sustentaba un conjunto de principios, y él otro; Zarko creía sinceramente en una forma de vida política, y él... él no tenía siquiera el mérito de una creencia firme, sino apenas la confusa aceptación de algo que llamaba vagamente democracia.

Apreciaba a Zarko, y Zarko lo apreciaba a él; sin embargo, ambos se veían obligados a engañarse y combatirse... Clavo los ojos en la repisa de la chimenea y vió el tallo rastrero, estrellado de florecillas azules de la nueva planta. ¿Qué había ocurrido con el tiesto roto? Probablemente no lo habían relacionado con él, pero alguien habría cargado con la culpa y de ahí habría nacido un nuevo foco de sospecha que con el tiempo podría crecer hasta llegar a inclinar la balanza de la justicia o la injusticia en perjuicio de algún desconocido. No, por sólidos que fuesen los argumentos que uno utilizara en su descargo, no había manera de evadirse de los hechos. Él había venido a aquel país para desempeñar una misión pacífica, y había abusado de sus privilegios. Había sido arrastrado a ese extremo, como tantos hombres y mujeres en todo el mundo eran arrastrados por sus ambiciones y temores, sus ideas y pasiones contrahechas... Ahora iba a encontrarse con Franja para explicarle cómo podía huir de un país que en sí mismo era hermoso, surcado de colinas grises, sembrado de olivos y cebadales de vivos colores. Por lo menos, era fácil no sentirse heroico. Era un conspirador en un mundo en que la aventura sobrevivía solamente como una mezcla de ruindades y engaños.

Cuando entró en el café, Franja estaba cantando. Buscó una mesa en la galería y se quedó mirando el pequeño puerto. Cuando los músicos enfundaron sus instrumentos y se fueron a almorzar. Franja se reunió con él. El mozo llenó sus copas y se marchó. Con los brazos apoyados en la mesa, Hudson comenzó a explicarle lo que tenía que hacer. Habló sin prisa, con voz despreocupada. En el extremo de la galería, sentado ante una mesa, leyendo el *Borba*, estaba el joven a quien había visto el día anterior en compañía de Zarko.

—¿Conoce Metilini?

—¿La isla?

—Sí, y el pueblo. Pasado mañana se realizará allí un festival.

—Lo sé. De aquí saldrá un vapor de excursionistas.

—Eso es. Debe ir allá. ¿Puede pedir un día de asueto sin despertar sospechas?

—Creo que sí.

—Bien. En la isla debe encontrarse con Joseph, el camarero del hotel. Probablemente irá en el mismo vapor, pero manténgase apartada de él hasta que

lleguen a la isla. Una vez allá, él le dirá lo que tiene que hacer. A las ocho y media un buque irá a recogerlos.

—¿Abiertamente?

—Poco más o menos. No se preocupe por eso. Haga lo que Joseph le indique, y todo saldrá perfectamente. No la siguen salvo cuando está conmigo, ¿verdad?

—No, estoy segura de que no. De vez en cuando registran mi habitación.

Hablaban como si fuesen desconocidos que cierran un trato comercial. Hudson se interrumpió y la miró. Ella habría querido hurtarse a su mirada, porque sabía que cualquiera fuese el sentimiento que abrigaba hacia ella, lo había descartado, para que no complicase un plan que debía permanecer claro y sencillo.

—¿Nerviosa?

La pregunta la sorprendió, despojándola de la calma necesaria para responder con palabras. Él no tenía derecho, a esa altura de los acontecimientos, a preocuparse por sus sentimientos personales. Estos le pertenecían a ella sola, y él no tenía motivos para compartirlos. Movi6 levemente la cabeza, en se1al de asentimiento.

—Todo saldrá bien. Joseph es un hombre muy capaz.

La seguridad de aquellas palabras desmoron6 su resoluci6n de bastarse sola.

—¿Y usted? —dijo repentinamente—. ¿No vendr6 con nosotros?

Hudson se retrep6 en la silla. Vacil6 un segundo antes de responder.

—No. No es necesario. Me ir6 en tren, pasado ma1ana.

—¿Eso significa que no lo volver6 a ver? —Se sinti6 disgustada consigo misma por haberlo dicho, pero ya las palabras estaban pronunciadas.

—Joseph sabe d6nde puede encontrarme en Londres. —Se dej6 caer hacia adelante, junto con la silla, y acerc6 el cenicero. Ella estaba sentada como un chico anhelante, que espera que le digan algo agradable, y 6l se pregunt6 a qu6 diablos hab6a complicado todo introduci6ndola en sus planes. Prosigui6, casi de mala gana—: Cuando llegue a Londres, por supuesto... debemos vernos nuevamente.

Alz6 la mirada y vi6 su adem6n afirmativo, y advirti6 que las comisuras de su boca se pon6an tensas, como para sellar un interno temblor, y aquel gesto parec6a acusarlo de crueldad... ¿Qu6 le ocurr6a? Por el solo hecho de ayudar a una mujer a huir no se le jura eterna amistad, ni se enamora uno de ella... Cerr6 su petaca, disponi6ndose a marcharse.

—No se preocupe —dijo con frase trillada, cuya inutilidad fu6 el primero en comprender.

—Me arreglar6 perfectamente —le respondi6 ella con la misma gastada moneda, y ambos comprendieron que no pod6an ser sinceros. 6l extendi6 el brazo para ayudarla a incorporarse y el roce del brazo tibio de la muchacha contra la palma de su mano lo agiti6 repentinamente, pero tambi6n sab6a lo que era eso... cuando uno est6 irritado consigo mismo y con una mujer, el contacto de la carne puede provocar un cruel deseo. Le solt6 el brazo mientras bajaba los escalones del muelle. Atravesaron una arcada que comunicaba el puerto con la calleja descendente que desembocaba en

la plaza principal. Allí debían separarse, pero ambos se quedaron inmóviles un instante, pues ninguno de los dos deseaba dar el primer paso. Un tropel de chiquillos de largas piernas, robustos y bulliciosos, irrumpieron por las puertas de un gimnasio, los envolvieron momentáneamente, y después se derramaron por la plaza. En el silencio que siguió a su dispersión, dijo Franja quedamente, con palabras que dictaba el orgullo:

—Creo que no iré a Londres en seguida. Tengo amigos en Roma... mi tía, la *Contessa Ricardi*... —Aun eso, el detalle innecesario, era un recurso para refirmar su orgullo, para dar autenticidad a una posibilidad en la que ella sólo creía a medias—. Iré allí. —Le tendió la mano—. Usted ha sido muy bondadoso sabe cuán grande es mi gratitud.

Hudson le estrechó la mano y se oyó decir:

—No tiene necesidad de agradecerme. Y en esta época, Roma no está tan lejos de Londres. —Palabras estúpidas, cuyo significado permaneció oscuro para él mismo.

Se despidieron y él echó a andar hacia el hotel, oscuramente descontento consigo mismo y preocupado por ella. La muchacha había revelado una falta de confianza en sí misma que había despertado su simpatía, aunque no le había parecido prudente manifestarla. Pero ahora no podía menos de preguntarse qué haría si fracasaba algún detalle de la fuga. Sospechaba que Joseph, si veía su propia seguridad amenazada en una emergencia, no aceptaría la menor responsabilidad por ella.

Milo Lepovitch salió del Gradska Kavana poco después que Hudson. No tenía el propósito de seguirlo; esa tarea estaba en manos de uno de los hombres del cuartel de policía. Se dirigió lentamente hacia la oficina de Zarko, gozando del sol y el momentáneo sosiego. Estaba seguro de que no ocurriría nada importante hasta que Hudson y el coronel Grol se marcharan. Pensaba en Grol. Un excéntrico, amigo de Tito, un soldado cuyas virtudes nunca habían sido puestas en duda... en cierto sentido, eran esas, precisamente, las cualidades más previsibles en un traidor. Pero en los tiempos que corrían no era posible basar una pesquisa en reglas preconcebidas. El hombre de la calle sabía muy poco de lo que ocurría en su propio país, y él mismo apenas sabía algo más, pero ese algo le bastaba para actuar con circunspección. Corrían demasiados rumores y sospechas, un hombre inteligente debía ser cauteloso en sus opiniones y afirmaciones. Se avecinaban verdaderas dificultades. Si el coronel Grol era el hombre que ellos buscaban, eso quería decir que era solamente uno entre muchos otros que se habían infiltrado no sólo en aquel país sino en otros países: un movimiento de vastas ramificaciones que algún día podría llegar a tener la fuerza que había tenido la resistencia francesa. Además, era indudable que en un futuro no lejano habría entredichos con Rusia. Tito era una personalidad demasiado fuerte para aceptar órdenes ajenas principalmente cuando se trataba de órdenes que socavaban el creciente espíritu de nacionalismo que él había introducido en el país. Esa resistencia

era lo que los sicarios del Cominform llamaban el Titoísmo. Sí, para preservar la propia seguridad, era necesario prever los acontecimientos con mucha anticipación. En los tiempos que corrían, un héroe podía convertirse de la noche a la mañana en traidor, y la idolatría por aquel Stari de pesadas mandíbulas podía trocarse repentinamente en tremendo grito de rebelión. La responsabilidad era un arma de doble filo; pero el que no la tenía en sus manos era un lacayo cuya fortuna experimentaba las vicisitudes del amo. Él quería ser amo y no lacayo, y por eso estaba dispuesto a correr los peligros que trae aparejados la responsabilidad.

Zarko estaba sentado ante su escritorio cuando Lepovitch entró en la oficina. El jefe de policía había estado examinando cuidadosamente todos los informes y antecedentes del legajo de Hudson. Era ese un procedimiento cuyo valor nunca olvidaba. El trabajo cotidiano suele borrar la visión del conjunto; los acontecimientos del presente adquieren su verdadera significación al ser cotejados con los del pasado. Sin decir una palabra, Zarko recogió un telegrama de su escritorio y lo lanzó en dirección a Lepovitch con ademán deliberadamente casual.

Lepovitch leyó el mensaje y una descarnada sonrisa dibujó finas arrugas en sus estiradas mejillas. Mantuvo la sonrisa hasta mucho después que hubo desaparecido la sensación que la provocara. Quería que Zarko viese su satisfacción.

—¿Sabe lo que es esto? —Lepovitch depositó el telegrama sobre el escritorio.

Zarko estudió uno de los informes del legajo, sabiendo que su indiferencia irritaría a Lepovitch.

—Sí. Vino por el telégrafo ordinario. Todo el mundo lo sabe. —Alzó la vista, sosteniendo la mirada de Lepovitch—. ¿Usted solicitó que se le diese esa autoridad?

Lepovitch se encogió de hombros y mintió fácilmente.

—No. Pero no es inusitado, ¿verdad? El caso ha llegado a un punto en que trasciende la esfera local.

—¿De veras? Yo creo que Belgrado ha tomado el rábano por las hojas. —Zarko no pudo impedir que un dejo de hostilidad se insinuara en sus palabras.

—Supongo que no estará usted poniendo en tela de juicio el derecho de Belgrado a designarme para reemplazarlo en este asunto, ¿eh? —dijo Lepovitch con tono desafiante.

—Eso equivaldría prácticamente a un sacrilegio, ¿no es así? —Nadie sino el propio Zarko habría podido decir si sus palabras encerraban ironía o simple sinceridad.

Lepovitch se levantó. La investidura que le había conferido Belgrado era demasiado reciente para cruzar su espada con Zarko en seguida. Sería él quien elegiría el momento apropiado. Un sentimiento parecido a la magnanimidad lo impulsó a mostrarse conciliador.

—De nada sirve discutir nuestra posición. Ambos obedecemos órdenes. Podemos seguir como hasta ahora, sólo que en caso de producirse una diferencia de opinión, seré yo quien decida.

—Naturalmente.

Zarko encendió un cigarrillo, y dejando a un lado su orgullo herido (desde el primer momento había previsto una alternativa como la que ahora se le presentaba) prosiguió con voz mesurada:

—He estado pensando en este caso. Hay un aspecto que no me agrada... algo que en mi opinión deberíamos considerar más cuidadosamente.

—¿Sí?

—Sí. Hudson irá a Belgrado. Allí será detenido, o en caso de que se le permita salir del tren, será seguido. Grol remontará la costa, con destino a Makarska. Será seguido o arrestado en el momento oportuno. Pero hay una laguna. En esta ciudad están los agentes y quizá los medios que utilizará Grol para evadirse... No, déjeme proseguir. Raikes tenía aquí amigos que lo protegían. También tenía enemigos. Alguien lo traicionó. Es aquí, en Dubrovnik, donde está la clave del problema.

Lepovitch lo interrumpió con un gesto exasperado, con la sequedad a que le daba derecho su nueva investidura. Se acercó al escritorio y los cristales de sus anteojos llamearon a la cruda luz del sol que entraba por la ventana. Asumió momentáneamente una expresión dictatorial. Si hubiera sido de esa clase de hombres cuyos gestos concuerdan con las emociones que experimentan, habría regañado a Zarko agitando el índice extendido.

—Las explicaciones vendrán cuando tengamos a los sospechosos en nuestro poder. Hudson y Grol se irán, pero nada demuestra que no abrigan la intención de regresar... subrepticamente. Quizá los agentes que actuaban en la ciudad se hayan desplazado y los estén esperando, a uno de ellos o a ambos, en cualquier lugar de la costa... Ya le he dicho que en mi opinión la fuga se realizará por mar. Usted sabe cuán difícil sería interceptar una embarcación que lograra internarse en el mar... No tenemos el menor indicio sobre los cómplices locales, salvo ese anónimo. Pero tenemos algo mejor. Tenemos a Grol y Hudson, y sabemos que son ellos los hombres que buscamos. ¿No es eso bastante?

Zarko se puso de pie. Iría a almorzar a su casa. Pero quiso darse el gusto de arruinar el almuerzo de Lepovitch, si es que éste hallaba algún placer en comer.

—¿Bastante? —dijo con voz incisiva—. Para mí no lo es. Yo creo en la ventaja de enfocar un problema desde dos ángulos distintos. Pero si eso le basta a usted, ni una palabra más. La responsabilidad está en sus manos. Si el procedimiento falla, no seré yo quien cargue con la culpa. Si usted está tan seguro, sería superfluo que yo tratara de infundirle dudas.

Se encaminó a la puerta y se detuvo ante la gran fotografía que colgaba de la pared. La miró, miró después a Lepovitch, advirtió que sus palabras habían surtido el efecto deseado, y añadió la sal necesaria para enconar la herida:

—Grol es amigo personal del Mariscal. Si resulta inocente, no se contentará con humildes excusas. Y si es culpable... bueno, a nadie le agrada perder un amigo, aun cuando se demuestre que es un traidor. Stari no le agradecerá que le demuestre que no

sabe elegir a sus amigos... —En su rostro se dibujó una sonrisa—. La responsabilidad suele quitar el sueño... Si lo sabré yo...

Aquella tarde, antes de la cena, Hudson se dirigió a la villa de Madame Androsh para tomar una copa con ella. Persistía en su espíritu el descontento, y sabía que el motivo era la última conversación sostenida con Franja. Cuando llegó a la villa, ella ya se había ido al café, y se sintió momentáneamente defraudado por no encontrarla. Tenía la sensación de que aún les quedaba algo por decir, que había un punto que debía ser aclarado.

Se sentó en la terraza con Madame Androsh, observando los murciélagos que perseguían a las polillas de alas blancas entre las hojas de las adelfas.

—¿Cómo se irá de Belgrado? —preguntó Madame Androsh.

—En avión. Pasado mañana por la tarde estaré en París.

—¿Fue aviador durante la guerra?

—¿Franja le contó eso?

—Me contó muchas cosas, pero no esa. —Se interrumpió, contemplando la isla de Lokrum, y Hudson, que había llegado a conocerla tan bien, tuvo la impresión de que la anciana estaba tratando de elegir entre dos órdenes de ideas—. Me lo dijo Zarko. Estuvo aquí esta tarde. Me contó algunos detalles interesantes sobre usted y las actividades que desarrolló en los campos de concentración. Me dijo que usted nunca había escapado porque realizaba tareas de espionaje en los campamentos, y organizaba la fuga de los demás.

—Parece estar bien informado.

Ella rió.

—¿Por qué los hombres son tan reticentes sobre los aspectos realmente interesantes de sus vidas? ¿Nunca sintió deseos de escapar usted mismo?

—No se me ocurrió.

—Quizá su destino sea ayudar a huir a los demás, sin compartir las dificultades finales de la huida.

Algo en lo que ella dijo le tocó en una fibra íntima; suscitando en su mente dos preguntas, pero por el momento sólo deseó formular la más importante.

—¿Qué le ha dicho Franja?

Ella se levantó, sonriendo.

—Lo suficiente para hacerme sentir muy agradecida a usted. Y lo bastante también para hacerme sentir que no lo comprendo. Me ha tenido usted a oscuras desde que lo conocí.

—¿Pero confía usted en mí? —preguntó él poniéndose de pie.

—Sí. Pero confiar en un hombre no es lo mismo que comprenderlo.

—¿Y la intuición femenina?

Ella rió, tomándolo del brazo, y comenzaron a pasearse por la terraza.

—Las mujeres no se fían de su intuición cuando se trata de cosas realmente importantes. Somos seres muy cautelosos. —Hizo alto, enfrentándolo, y añadió seriamente, expresando en parte la segunda pregunta que aún se agitaba en el ánimo de Hudson—: ¿Cree usted que puede salir tranquilamente del país como piensa hacerlo?

—No hacerlo sería muy estúpido —dijo él con énfasis, como si quisiera convencerse a sí mismo al par que tranquilizarla. Y comprendió que al decirlo había dejado al descubierto el nudo de su preocupación.

Se despidió de ella y regresó al hotel, pero la idea persistía en su interior. Se preguntó por qué se molestaba siquiera en considerar otra alternativa al modo en que pensaba salir del país. Al día siguiente regresaría a Belgrado, y después a Inglaterra, dejando a Joseph y Franja con instrucciones detalladas sobre el procedimiento que debían seguir para escapar. Acompañarlos equivaldría a aumentar los riesgos que correrían. Recordó la observación de Madame Androsh de que él organizaba la fuga de los demás, pero los dejaba afrontar las dificultades finales. ¿Lo incitaba el orgullo, esta vez, a compartir esos peligros? Si así era, estaba resuelto de antemano a que su orgullo quedara insatisfecho. Siguiendo los dictados de su orgullo no haría más que agravar el peligro que amenazaba a los demás.

Durante la cena, el coronel Grol, ansioso por conversar, vino a tomar el café con Hudson. Hudson se alegró momentáneamente de su compañía, alentando la esperanza de que lo ayudaría a desviar el cauce que seguían insistentemente sus pensamientos. Pero al cabo de unas pocas réplicas se limitó a escuchar, persiguiendo en su fuero interno el escurridizo motivo que lo impulsaba a huir en compañía de Franja. El vozarrón de Grol rompía intermitentemente el hilo de sus reflexiones. Grol hablaba de máquinas, exponiendo una filosofía improvisada, que olvidaría un instante más tarde.

—Una buena máquina cumple el fin para el que ha sido fabricada. No padece el estorbo de la conciencia. Sólo una circunstancia puede detenerla: una falla mecánica, y éstas se deben por lo general a la acción del hombre. Las máquinas son hermosas, y tan dignas de confianza... —Se repantigó en la silla, haciéndola crujir despiadadamente. Hudson volvió la cabeza y divisó tras la boca del puerto la arcada constelada de luces del Gradska Kavana, y detrás, la mole negra de la ciudad que parecía ascender hasta el cielo espolvoreado de estrellas. Franja estaría cantando... —. ¿Y qué es el hombre? —prosiguió la voz retumbante de Grol—. Una criatura sucia, desorganizada, antiestética, que ha sido su propia desesperación desde el comienzo de los tiempos. Prefiero una máquina, toda la vida. Trate usted de que un hombre siga un curso definido, y verá cómo tiene la maldita condición de cambiar de rumbo a cada instante. Qué éxtasis, en cambio, ser un pistón, que sube y baja, sube y baja...

Hudson sonrió, comprendiendo que a Grol le divertía su propio estilo sentencioso. Pero en parte tenía razón. La condición del ser humano es cambiar de rumbo. Él

quería cambiar de rumbo, y no hallaba un motivo suficientemente bueno para hacerlo. Ni siquiera estaba seguro de que quería encontrar un motivo.

Grol estaba tan fascinado por su teoría, que había llegado a sostener que el aceite de máquinas es más precioso que la sangre, y visto a una luz adecuada, de un colorido infinitamente más rico. Hudson vió a Joseph, que había estado parado al borde de la terraza, lejos de la mesa que ocupaban, volverse y encaminarse hacia ellos. Al suave resplandor de las lámparas de mesa, bajo los oscuros arabescos de sombra del emparrado, su cara adquirió un aspecto súbitamente macabro, modelado con profundas incisiones de luz y sombra, reflexivo, ceñudo, casi colérico. Se inclinó sobre la mesa para llenar los pocillos y sus ojos se posaron brevemente en Hudson. Hudson comprendió que había estado escuchando las palabras de Grol, y un algo indefinible que rodeaba al camarero, quizá el recuerdo de la conversación sostenida con él, le infundió la arbitraria convicción de que Joseph lo vigilaba, de que Joseph oía lo que hablaban, de que Joseph no confiaba en nadie... Joseph estaba solo, siempre estaría sólo, y cuando llegara el momento del peligro lucharía y engañaría para seguir estando solo, para seguir sobreviviendo. Madame Androsh podía confiar en Hudson, pero nunca confiaría en Joseph. Y él tampoco confiaría en Joseph, cuando llegara el momento decisivo de la acción, en que sería necesario elegir...

—Si Dios hubiera sido una máquina y nos hubiera creado a Su semejanza, viviríamos en un Paraíso perfectamente lubricado, en que todo marcharía sobre ruedas...

Grol festejó su salida con estrepitosas carcajadas, y Joseph se marchó, pero al extinguirse las risas, Hudson comprendió por qué quería huir con Franja. Si el plan fracasaba, y ella llegaba a estorbar los movimientos de Joseph, Joseph la abandonaría sin el menor remordimiento. Sabía que Joseph se pondría furioso si él intentaba escapar con ellos, pues sólo vería en la actitud de Hudson un incremento del peligro. Pero la perspectiva de despertar la cólera de Joseph no lo afectaba.

Subió a su cuarto, comprendiendo que tendría que adoptar una decisión antes de conciliar el sueño. El problema estaba planteado; debía examinarlo y resolverlo. Se echó en la cama y encendió un cigarrillo. Era improbable que el plan fallase. Sin embargo, ¿qué ocurriría si a pesar de todo fracasaba? ¿Por qué se sentía tan ansioso por la joven? Gradualmente empezó a desconfiar de su ansiedad. No era simplemente ansiedad, era algo más. El riesgo de que el plan se frustrase era lo bastante remoto como para que cualquiera fuese capaz de aceptarlo. Y sin embargo, no quería que Franja corriera ese riesgo sin otro auxilio que el de Joseph.

Milo Lepovitch estaba en la mitad de su informe cuando entró Denje. Después de un breve intercambio de saludos, Lepovitch comenzó a darle sus instrucciones, que Denje oyó cabeceando gravemente. Sabía quién era Hudson y sabía quién era Lepovitch, y no se fiaba del uno ni del otro. Pero conocía su oficio y ni por un

instante se le ocurrió discutir las órdenes que recibía, por mucho que le desagradara aquel largo viaje en tren a Belgrado. Tendría que estarse parado en el pasillo la mayor parte del tiempo, y mientras que los demás pasajeros podrían dedicarse a comer o beber, él tendría que estar alerta. Desplazó de un pie a otro el peso de su cuerpo, anticipando el malestar de la jornada. Preveía que mucho antes de concluir su trabajo, el callo que tenía bajo el parche del zapato derecho le ardería de dolor.

—Saldrá en el tren de las cinco. Se le ha reservado asiento en el mismo coche en que viajará Madame Androsh. Usted irá en el compartimiento vecino. Sabe lo que debe hacer. Si va directamente a Belgrado, será detenido por nuestros agentes so pretexto de revisarle el pasaporte.

—¿Qué debo hacer si baja del tren antes de llegar a Belgrado? —La perspectiva de perseguir a Hudson a través de los cerros deprimía a Denje.

—No creo que lo haga. Pero si lo hace, no trate de detenerlo. Si es posible, dele la impresión de que ha escapado sin ser visto. Pero apenas abandone el tren, comuníquese telefónicamente conmigo, aunque la estación más próxima esté a cinco o diez millas. Daremos el alerta a todos los puestos de vigilancia. No quiero que lo capturen. Quiero que lo sigan. ¿Comprendido?

—Sí.

—Por otra parte, si él tiene intención de bajar del tren probablemente lo hará en las primeras treinta millas del viaje.

—A mí me conoce mucho. ¿No sería mejor que lo siguiese alguien a quien no conozca? —preguntó Denje sin esperanza.

Lepovitch frunció el ceño.

—En menos de veinte minutos reconocería a cualquier agente que yo apostara en el tren. El hecho de que a usted lo conoce es una ventaja... Sabrá a quién tiene que burlar para huir, y usted podrá fingirse lo bastante estúpido como para dejarlo escapar. ¿Cuánto tiempo ha estado usted con Zarko?

—Tres años.

—¿Y antes?

—Fuí despachante de aduana en Gruz, antes de la guerra.

—¿Actuó como guerrillero?

Denje asintió.

—Estuve en la misma brigada que el camarada Zarko.

—Ya veo —respondió Lepovitch con tono seco y desabrido, que no escapó a Denje.

Lepovitch lo despachó y tornó a su informe, cerrándolo con un párrafo que se había formado gradualmente en su mente en el transcurso de la mañana:

... Tal como yo lo había previsto, el comisario Zarko adoptó una actitud definida de intransigencia en lo concerniente al cambio de autoridad. Llegó al extremo de

poner en duda el buen sentido de la resolución, e insinuó que las autoridades centrales están interfiriendo injustificadamente en este asunto. Es un hombre cuya personalidad lo arrastra a un peligroso egoísmo. No está acostumbrado a que se ponga en tela de juicio su autoridad, y por eso se ha rodeado de un personal cuya lealtad —basada en pasadas asociaciones— no permite la menor crítica de su concepción casi fascista, en virtud de la cual cree ser el único árbitro del poder en esta ciudad. En mi opinión, no sólo está errado ideológicamente, sino que además su visión de las cosas está deformada por ese poder que le confiere su cargo de jefe de policía.

DÍA DUODÉCIMO

Hudson apartó los ojos de la revista que estaba leyendo, y se encontró con la mirada de Madame Androsh. El tren subía lentamente por las vías bordeadas de árboles, que al filtrar los rayos del sol vespertino producían un infinito juego de luces y sombras. Estaban solos en el compartimiento. Un letrero pegado a la ventana anunciaba que el compartimiento estaba reservado para oficiales rusos y funcionarios del gobierno. Dado el propósito del viaje, Zarko había resuelto considerar a ambos como funcionarios. De vez en cuando, algún pasajero que ambulaba por el pasillo se detenía, observaba el compartimiento con ceño envidioso, leía el letrero y se marchaba con una mueca que revelaba a las claras cuál era su opinión de los funcionarios del gobierno y los oficiales rusos. Sólo un pasajero permaneció afuera, Denje. Estaba apoyado en el barrote de la ventana del pasillo, de espaldas a Hudson y Madame Androsh, contemplando con fatigado aburrimiento las laderas grises de las montañas, las acacias de lisas cortezas, con sus ramilletes de flores parduscas. De a ratos la máquina que avanzaba cuesta arriba soltaba un tufo de vapor y humo; la arenilla y el hollín entraban remolineando por la ventana de guillotina, que no había podido cerrar a pesar de todos sus esfuerzos, y le atacaban los ojos y la nariz con una malevolencia que le arrancaba juramentos en voz baja. Ellos, pensaba, viajan con toda comodidad en su reservado, con espacio de sobra para poner los pies y, sin duda, buena provisión de alimentos y bebidas. Él compartía su coche con otros ocho, y llevaba en su destartalado maletín una cebolla, una tajada de queso, media hogaza de pan y una botella de vino aguado. Comenzó a desear que Hudson bajara del tren. Eso le ahorraría muchas molestias que de otro modo eran inevitables.

La mirada de Madame Androsh se desplazó de Hudson a la delgada espalda de Denje.

—Parece que el camarada Zarko ha enviado a alguien para que lo proteja.

Hudson dejó la revista.

—Somos viejos amigos. A menudo me he dicho que quizá debería darle una propina al despedirme de él.

—Pobre hombre.

—Es su trabajo.

—Pero no es un trabajo agradable.

—Terminará pronto. Antes de lo que él piensa.

Ella lo miró inquisitivamente, y enarcó levemente las tupidas cejas. Había comprendido.

—Tenía mis dudas sobre eso —dijo lentamente—. A usted no es fácil hacerle preguntas. He tratado de no hacérselas desde que lo conocí, por el bien de ambos. Pero ahora le voy a preguntar...

—No le queda mucho tiempo.

Ella no respondió en seguida. El tren cruzó un pequeño viaducto, y el compartimiento quedó momentáneamente a oscuras. Ella encendió un cigarrillo y dijo, lanzando una bocanada de humo:

—¿Sabía usted anoche, cuando habló conmigo, que iba a hacer esto?

—No.

—¿Lo sabe Franja?

—No.

—¿Por qué resolvió ayudarla a salir del país?

—Porque ella me ayudó, y podría verse en apuros después que yo salga del país.

—Lo mismo podría decirse de mí.

—No. —Hudson meneó la cabeza, contemplando el humo que flotaba entre ellos, esfumando la piel oscura y arrugada de aquel viejo rostro—. A usted no la he complicado. Además, usted sabe cuidarse.

—¿Por qué cambió de idea?

—Porque no tengo confianza en el hombre que la acompañará, no creo que vele por ella si surgen dificultades.

—Ya veo. —Sonrió súbitamente, y después extendió la mano y le tocó la rodilla—. Me alegro de que proceda así. Sin embargo, creo que aún no comprende por qué lo hace.

Hudson captó la gratitud que encerraban sus palabras, pero al mismo tiempo tuvo la sensación de que en su fuero interno ella se reía sosegadamente de él, con una picardía amistosa y también con un afecto que él no alcanzaba a comprender. Se respaldó en el asiento, pasajeramente molesto, y clavó la vista en una bombita eléctrica, protegida por un enrejillado.

Madame Androsh miró de soslayo en dirección al pasillo. Denje tenía una mano en la espalda y se rascaba el espinazo; probablemente los tirantes le producían escozor.

Las ruedas del tren traqueteaban sobre los rieles, pausadamente. De improviso Hudson vió en su imaginación, con toda claridad, a Franja que tomaba el tranvía matinal que la llevaría a Gruz, donde se embarcaría en el vapor de Metilini. Estaría helada de miedo, y nadie lo advertiría. Y entretanto, si el destino no hubiera dispuesto otra cosa, a esa misma hora él estaría sentado en aquel mismo compartimiento con Madame Androsh, atravesando el valle con rumbo a Belgrado. Serían las siete de la mañana, los campos estarían cubiertos de frescura, habría una sombra grata bajo los árboles, y el sol matinal, brillante como en un libro de estampas, lo inundaría todo: las gallinas que escarban el suelo en torno de las casas pintadas de rosa, el ganado en

las campiñas, las figuras inmóviles de los rústicos que interrumpen su trabajo para contemplar el paso del tren...

Pero Franja se abriría paso trabajosamente entre las pilas de tablones acumulados en los muelles de Gruz, con el cabello volado por la brisa marina, que le ceñiría al cuerpo el liviano vestido, con miedo en el corazón, iría hacia el guardia de la milicia que verificaba las *karakteristikas* de todos los que se embarcaban en el paquebote...

Hudson se alegraba ahora de haber estudiado el horario de los vapores aquella mañana, mientras cancelaba su cuenta en la portería, y se alegraba de haber pasado parte de la mañana estudiando los mapas que había traído consigo de Belgrado. Bajó la cabeza y vió que Madame Androsh había sacado de su bolso una labor de punto. Sus manos movían automáticamente las agujas, pero la anciana tenía los ojos fijos en él, y una sonrisa casi imperceptible le curvaba los labios.

—¿Y bien?

Hudson se inclinó hacia adelante y tocó el tejido.

—¿Qué es esto?

—Calceta. —Ella hizo una pausa, dejó la labor a un lado y sacó del bolso una pequeña cantimplora de plata—. No tengo la menor duda de que usted ha empleado para convencerse una razón que aún no es la verdadera. Pero eso no me preocupa. ¿Cuándo se irá y cómo?

—Dentro de diez minutos, cuando llegemos al primer túnel. Entraré en el lavabo y saldré por la ventana.

—Se lastimará —dijo la anciana con momentánea preocupación maternal.

—No, el tren marcha despacio. A lo sumo me haré uno o dos rasguños.

Ella le tendió la cantimplora.

—¿Qué es esto?

—Un regalo de despedida.

Hudson desatornilló la tapa.

—*Whisky*. Se lo agradezco mucho. Es una hermosa cantimplora.

—Sí. La trajo mi esposo de Bagdad muchos años atrás. —Señaló a Denje con un movimiento de la cabeza—. ¿Y su amigo?

—Sólo necesito media hora de ventaja, y pienso obtenerla gracias al túnel. Usted siga con su calceta, pero cuando haya transcurrido media hora me parece conveniente que empiece a dar muestras de inquietud.

—Si tuviera quince años menos y no estuviera convencida de que la persecución de la felicidad es una ilusión cuyo objeto es mantener a los seres humanos en un saludable estado de actividad, iría con usted. A mis años, debo contentarme con divertirme observando a los demás.

Poco después Hudson se levantó para salir del compartimiento. Denje estaba en el otro extremo del tren, contemplando el panorama. Hudson se inclinó y besó a la anciana en la mejilla. No dijeron nada; no era necesario. Abrió la puerta corrediza y desapareció en el pasillo. Cuando él se fué la anciana dejó caer la labor sobre sus

rodillas, contempló el asiento en que había estado sentado, y parpadeó para contener las lágrimas que querían nublarle los ojos. Cuando volvió la cabeza advirtió que Denje ya no estaba en su puesto. Recogió sus agujas y comenzó a tejer.

Dos barrotes verticales de bronce atravesaban la ventana del excusado. Hudson tiró de ellos con fuerza, y los tornillos que los sujetaban al marco se desprendieron fácilmente de la madera semipodrida. Dejó caer los barrotes, que quedaron balanceándose del cerco, y el vaivén del coche los juntó haciéndolos retiñir suavemente. Hudson se quedó mirando el juego de cambiantes luces y sombras sobre el vidrio opaco. Al cerrar y trancar la puerta, había sentido crecer la excitación en su pecho. Ahora esperaba el túnel, la súbita oscuridad y el Cambio de ritmo en el ruido del tren; los latidos de su corazón se sosegaron gradualmente. Había mal olor, y el grifo del lavamanos chorreaba con un gemido plañidero. Apoyó la espalda en el lavamanos y alzó el pie derecho, asestándolo contra la ventana. Se quedó inmóvil, acuñado entre el vidrio y el lavamanos. Le vino a la memoria un episodio de su infancia. Había recogido una piedra y la había lanzado contra el invernáculo de su tía. Aquel acto había encerrado una exultación casi pagana. Pero ahora no sentía alegría, sino simple preocupación ante la posibilidad de lastimarse una pierna. Recordó también, con extrañeza, haber visto en el mismo tren en que viajaba un letrero en el que se advertía a los viajeros sobre los castigos de que se haría pasible quien dañara las instalaciones ferroviarias. El material rodante de Yugoslavia estaba aún en malas condiciones. Sería una lástima deteriorarlo aún más...

Una sombra oscureció la ventana, el traqueteo de las ruedas adquirió una resonancia distinta, entrecortado por breves chirridos, como si el túnel estuviera habitado por coléricos espíritus que el tren arrojaran un lado en su marcha ascendente. Hudson echó atrás el pie y después golpeó con fuerza la ventana. Los clavos de su zapato resbalaron sobre el vidrio y el tacón chocó sordamente contra el marco de madera. Al ocurrírsele que quizá no podría romper el vidrio, se sintió momentáneamente asaltado por el pánico. Tornó a retirar el pie y golpeó otra vez. El vidrio se astilló, y en la oscuridad pudo oír cómo se propagaba la fractura a través de su superficie, como un trozo de hielo que se agrieta. Batió nuevamente el vidrio, oyó el ruido de las esquirlas y una agria tufarada de humo y vapor se coló al interior. Pateó nuevamente el vidrio, afianzándose en el lavamanos, y agrandó rápidamente el agujero, arrancando las salientes, oyendo el retintín de los fragmentos que caían a las vías y acrecentaban el estrépito del tren. Trabajó en la oscuridad hasta que juzgó que la abertura era suficientemente grande. Después tanteó cautelosamente los bordes con las manos, retrocedió, se quitó la chaqueta y la colocó sobre el dentellado borde inferior. Pasó una pierna por la abertura y quedó a horcajadas sobre la chaqueta que le servía de cojín. Al revolverse para sacar la otra pierna, el tren se balanceó lanzándolo de costado. Sintió que una arista de vidrio le rozaba la mejilla y salió despedido por la

abertura. Quedó colgado con ambas manos, las rodillas apretadas contra el costado del vagón. La oscuridad, el humo y el ruido parecían querer desgarrarle el cuerpo. Miró por encima del hombro derecho y vió la distante boca del túnel, pequeña como una cabeza de alfiler. Deslizó las rodillas hacia abajo hasta que todo el peso de su cuerpo quedó suspendido de sus manos. Se balanceó suavemente un instante, vibrándole el cuerpo con la pulsación de los rieles. Después soltó las manos.

Sus pies chocaron contra el suelo, que se los hurtó, echándolo hacia atrás. Una mano negra brotó de la tierra y lo golpeó en el flanco con una cordial bonhomía que le quitó el aliento. Rodó sobre sí mismo, una y otra vez, sintiendo las aristas que le laceraban la espalda. Chocó contra la pared de granito del túnel y quedó despatarrado en un pequeño charco de agua. El ruido del tren se alejaba. Se incorporó, magullado, y sacudido, y echó a andar hacia el lejano círculo de luz. Al llegar al extremo del túnel se encontró en la entrada de un largo valle que serpenteaba entre las montañas por cuyo flanco izquierdo corría el ferrocarril. Empezó a desempolvase la ropa, y al hacerlo vió que su mano izquierda estaba bañada en sangre. Al costado del túnel, una alcantarilla dejaba paso a un arroyo, y en él se lavó. Al inclinarse sobre un remanso del arroyo vió que su cara estaba tiznada de hollín y que un tajo largo y angosto, del que manaba sangre, le surcaba la mejilla derecha. Recordó el roce de su mejilla contra el vidrio, al saltar por la ventanilla. Renegando en voz baja comenzó a lavarse la cara...

Cinco minutos más tarde descendía por el valle, apretando un pañuelo contra la mejilla, el cuello de la camisa desprendido y las mangas arrolladas. Sus pantalones sucios, de arrugadas rodilleras, le daban un aspecto lo bastante andrajoso y desaseado como para que le tomaran por un obrero. Eran las seis de la tarde, y estaba a veinticinco millas de Gruz; un trayecto de veinticinco millas que había grabado en su cerebro estudiando minuciosamente el mapa; veinticinco millas que debía recorrer antes del amanecer del día siguiente. Debía evitar los caminos y la gente, pero haría la mayor parte del recorrido al abrigo de la oscuridad. Avanzó por la margen del arroyo, en dirección a los vastos pinares que se divisaban en el extremo opuesto del valle. El ejercicio quitó rigidez a sus piernas magulladas. A poco advirtió que en la orilla del riacho crecían grandes manchones de espadañas amarillas, y que de la tierra húmeda brotaba un penetrante aroma a menta. Se abstuvo escrupulosamente de abrigar optimismo o confianza, limitándose a aguardar lo que el destino le reservaba, pero sin advertirlo comenzó a silbar suavemente.

Denje se comunicó con Lepovitch a las seis y media. Lepovitch estaba con Zarko en la oficina de éste. Zarko lo observaba mientras el otro sostenía el receptor en la mano: alto, delgado, con la boca un tanto colérica, asentía secamente a medida que Denje hablaba. Zarko se respaldó en su asiento y se escarbó los dientes con la

plegadera. Lepovitch bajó el receptor y se encaminó al mapa colgado de la pared. Zarko lo siguió.

—¿Bajó del tren? —Zarko no veía motivos para ocultar su satisfacción, pues Lepovitch no había creído en ningún momento que Hudson haría eso.

—Sí. A veinte millas de distancia. En el primer túnel, más allá de Ravno. — Apoyó el lápiz en el mapa y marcó con un círculo la aldea serrana.

—Así que... regresa.

Lepovitch le lanzó una mirada penetrante y golpeó el mapa con el lápiz.

—Observe... ¿no empieza a comprender? Está a veinticinco millas de nosotros, pero a sólo doce millas de la costa, en línea recta. Si va directamente a la costa, estará a un tercio de camino de Makarska. Y mañana el coronel Grol se embarcará con destino a Makarska.

Zarko se encogió de hombros.

—Es cuestión de opiniones. Yo creo que volverá aquí.

—Pronto lo sabremos. He dado el alerta a todos los puestos de vigilancia. Denje dice que saltó por la ventana del excusado, abandonando su chaqueta. —Y añadió, porque se sentía irritado y no podía evitarlo—: ¿A qué diablos habría de volver aquí?

Zarko se volvió hacia la ventana. El sol ponía en las antiguas tejas de Sveti Jacov una pátina de oro, un polvoriento esplendor que le hacía recordar las escamas de un legendario monstruo dormido. Estaba harto de todo aquel negocio, y por un instante lamentó no haber seguido la profesión de su padre. Uno trabajaba hasta sentirse cansado, pero recogía el fruto, y después uno se iba a su casa, comía, dormía, hacía el amor y engendraba hijos, se emborrachaba cuando el viento soplaba del cuadrante hostil y no se preocupaba jamás por ambiciones y esperanzas, propias o ajenas.

—No lo sé —dijo súbitamente—. Pero esto sé. Si yo quisiera encontrarme con alguien en Makarska, no saltaría del tren en Ravno, lo haría más allá del río Neretva, casi al llegar a Mostar. Un hombre sensato no camina más de lo necesario...

Lepovitch chascó la lengua, impaciente.

—Un hombre sensato no hace lo que salta a la vista. Este Hudson no es un tonto.

Zarko sonrió.

—Eso lo supe yo el primer día que lo vi.

Lepovitch se encaminó a la puerta, sin responder. Había que trabajar y dar instrucciones. Zarko lo miró marcharse y por primera vez deseó que Hudson lo pusiera en ridículo; pero descartó esta idea no bien se hubo formado en su cerebro. Había ciertas formas de deslealtad que podía imaginar pero en las que no podía incurrir. Se dirigió al mapa y comenzó a estudiarlo cuidadosamente.

Hudson casi lo pisó. Se detuvo de golpe, pero era demasiado tarde. El hombre estaba tendido al sol, largo a largo, detrás de un matorral de arrayanes; tenía el capote desabotonado, el fusil a un costado y un cigarrillo vertical en la comisura de la boca.

Se levantó, con una sonrisa vacua de disculpa, como si un superior lo hubiese descubierto faltando a su deber. Pero después frunció el ceño.

Al llegar al cerro que se alzaba sobre la aldea de Ravno, Hudson se había mantenido a la izquierda del áspero camino que se enroscaba en torno a la grisácea mole de cuarzo, la coronaba y descendía finalmente al mar, a la altura de Slano. Había llegado a la cumbre, y divisado allá abajo el camino, el mar y la costa, como un artístico relieve con sus sombras falsas, sus vivos colores, oro, azul, gris y negro, y girones de nubes algodonosas. Hasta aquel momento sólo había visto signos de vida al cruzarse con un grupo de campesinos en un valle próximo a Ravno. Lo habían saludado a veces, desde lejos, agitando los brazos, y él había respondido de la misma manera. Después, por espacio de dos horas, había seguido marchando hacia el sur, por angostas veredas, sin hallar a nadie en los cerros, observando el sol que descendía cautelosamente al mar como un bañista que sabe que debe zambullirse pero trata de dilatar el momento de hacerlo. Y ahora, en un recodo del pequeño sendero, donde matas de arrayanes y aulagas se amontonaban contra un afloramiento del terreno, Hudson casi había pisado las manos de aquel hombre tendido en el suelo, que fumaba tranquilamente.

El guardia lo miró, comprendiendo su desventaja; después ambos miraron de reojo al fusil que yacía a los pies del guardia. Este alzó la mano para volver a su sitio la vistosa gorra de miliciano, con su estrella roja.

—¿Dónde va, camarada? —preguntó con voz ronca y flemática.

Hudson no respondió. Pensaba: Tú estás tan sorprendido como yo, y no sabes qué hacer. Debía admitir, sin embargo, que él tampoco tenía un plan definido de acción. El soldado frunció el ceño al ver que Hudson no respondía y comenzó a inclinarse hacia adelante, encogiendo levemente los hombros para lanzarse sobre el fusil. Hudson lo golpeó. Era la primera vez en su vida que golpeaba a un hombre con el puño desnudo. El soldado soltó un gemido y se desmoronó, quedando momentáneamente acuclillado, con las manos echadas hacia adelante para recobrar el equilibrio. Hudson lo golpeó nuevamente. El otro cayó de espaldas sobre la hierba, con una pierna doblada bajo el cuerpo; un oscuro e indecente hilo de sangre empezó a manarle perezosamente de la nariz.

Hudson se arrodilló a su lado, y venciendo su propia repugnancia le revisó metódicamente los bolsillos. Le robó todos los cigarrillos menos dos. Le sacó el cargador y las balas del fusil, los botines, y una bolsita de comida que llevaba el soldado bajo la guerrera azul. Siguió adelante, desviándose del sendero, y a largos intervalos fué dejando caer las balas, el cargador y los botines. Rato más tarde, al volver la cara desde una desnuda estribación, vio al guardia, inmóvil aún, un simple bulto en la distancia. Descendió por la estribación y siguió a lo largo de la cadena principal de montañas; a su derecha, tres mil pies más abajo, el mar rompía contra la base de las grandes moles de piedra gris y cantos rodados. Las villas y el camino costero, los polvorientos olivares y el damero de los campos, bordeados de riscos, se

extendían ante él, pequeños como si fueran de juguete. Poco más tarde el sol se hundió en el mar, y la noche se abatió sobre los cerros y el mar como el ala negra de un pájaro inmenso, refrescando el aire, despojando a la tierra de todos sus colores, y Hudson se sintió súbitamente deprimido. Bebió un trago del *whisky* que le había dado Madame Androsh, y mordisqueó la tajada de pan moreno, untada con una pasta de gusto a ajos, que arrebatara al guardia.

Quince minutos antes de la medianoche bajaba las laderas de los cerros que rodean a Gruz. A lo lejos perforaban la oscuridad los conos de las lámparas de arco que alumbraban los muelles, las luces de las casas alineadas a lo largo de los rieles del tranvía y el pálido fulgor de los cascos pintados de blanco de los vapores costeros anclados en el puerto. Le faltaba una hora de viaje. Descansó, fumando un cigarrillo al abrigo de una roca; lo que debía hacer aún, era mejor hacerlo lo más tarde posible. El peligro verdadero comenzaría cuando llegara al camino de Gruz y cruzara al embarcadero. Aspiraba el humo, sintiendo la fresca del aire nocturno que le azotaba la camisa, y de tanto en tanto flexionaba los músculos de la mejilla derecha para aliviar la rigidez que sentía en torno a la herida, en cuyos bordes se había coagulado la sangre. A intervalos se oía el grito de un chotacabras, o una polilla gris lo rozaba con sus alas silenciosas. A la distancia, las lámparas de arco proyectaban blanquísimas zonas luminosas, y bajo las pálidas estrellas las aguas de la bahía de Gruz brillaban con oscuro y aterciopelado fulgor de cuero lustrado; más allá aun, se dilatava el mar en un páramo de gris misterio gótico, que tachonaban las siluetas grises de las islas costeras, descomunales cadáveres, campo de batalla de mutilados gigantes, inmóvil en la noche.

En Dubrovnik, en el Hotel Argentina, el coronel Grol estaba tendido en su lecho, sin otro vestido que un pantalón de pijama, con un libro apoyado sobre su vientre rosado, erguida la cabeza, en cómodo ángulo de lectura, sobre una pila de almohadones, un cigarrillo en la larga boquilla que sostenía en la comisura de la boca, un vaso de naranjada en la mesa de luz, al alcance de la mano. El libro era un manual del ejército sobre el despliegue de la infantería en la guerra de guerrillas, una obra metódica, inteligente y no desprovista de buen humor. Su libro preferido, en suma, por la excelente razón de que lo había escrito él mismo.

Un piso más arriba, Joseph estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. La puerta estaba cerrada con llave. Vestía camiseta y pantalones, y estaba renovando, con sumo cuidado, una larga cinta de tela adhesiva, pegada en el lado interno de su brazo izquierdo, cerca de la axila. Bajo la cinta adhesiva había una redomita de vidrio que, si las circunstancias lo exigían, lo reduciría a un silencio que ni siquiera la OZNA podría romper. Mientras trabajaba, silbaba un tema de *Petrushka* y se preguntaba qué habría sido de una *coryphée* que lo había bailado en París, en la época en que él era estudiante. Al final se había convertido en un estorbo, y la había

abandonado, como abandonaría a cualquiera que pusiese en peligro el género de vida que había escogido.

Del otro lado del estrecho, en Lokrum, Yelitsa se curvaba sobre una batea de madera en el largo lavadero de piso de piedra, alumbrada por una sola lamparilla, lavando los veintitrés vestidos, prolijamente remendados, de las veintitrés niñas huérfanas. Debía terminar el trabajo, si quería marcharse a las diez de la mañana del día siguiente. Tenía las manos rojas e hinchadas, y le dolía un poco la espalda. Al día siguiente Sandro y Tulio saldrían de la guarnición de Metilini; a medianoche estarían de regreso, y ella quería estar en su casa para recibirlos. Pensaba en Luca. Recordaba la primera vez que él la había besado, muchos años atrás, en un nicho del monasterio benedictino al pie del Monte Sergio, y cómo ella lo abofeteó cuando él quiso introducirle la mano en el corpiño; pero el impulso de golpearlo se disipó cuando sintió la mano áspera de Luca en torno a sus pechos tibios, y fué entonces cuando por primera vez se sintió poseída de esa debilidad que después nunca la dejó...

En Dubrovnik, en la villa de la cúpula azul, Franja yacía en la cama, con la mirada extraviada en la penumbra, recordando el guiño del empleado de la oficina de Putnik, cuando ella fué a comprar un billete de excursión para el barco que zarparía al día siguiente con rumbo a Metilini.

—Tiene una cara demasiado bonita para ponerse una máscara —había dicho el dependiente.

Todo el mundo usaría máscaras y bailarían en el festival, pero ella tendría que usar una máscara el día entero... Quizá optaría por quedarse en Dubrovnik... Pero no, estaba segura de que no. Contempló fijamente la mancha blanquecina de su vestido, que colgaba tras la puerta, el vestido que había lavado y planchado para el día siguiente, el vestido que había usado cuando Hudson la besó en el jardín de la villa...

Sobre la iglesia de Sveti Jacov, en la oficina de Zarko, reinaba el silencio. Zarko y Lepovitch estaban allí. Zarko vació un vaso de agua sobre la tierra del tiesto; Lepovitch estaba sentado ante el escritorio, en el lugar de Zarko. Sobre el escritorio había dos vasos de *rakia*, vacíos. Zarko comenzó a silbar, suavemente, exasperante; Lepovitch dibujaba en la primera hoja del anotador que tenía frente a sí una sucesión de cuartos crecientes entre cuyos cuernos sembraba estrellas. Zarko tornó al escritorio y dejó el vaso. Su chaleco estaba desabotonado; se rascó cuidadosamente el vientre.

—Bueno —dijo con voz que quería ser cordial—, es inútil que los dos nos quedemos despiertos toda la noche. Podemos turnarnos cada dos horas.

—No dormiré —replicó Lepovitch secamente.

—Como usted quiera. En el cuarto vecino hay un sofá. Yo dormiré un par de horas y después lo relevaré. Debemos admitir que por el momento lo hemos perdido.

—¡Cuatro horas! ¡Ni el menor rastro de él por espacio de cuatro horas! Cuando tenga a ese guardia en mis manos, lamentará haber nacido. No son más que animales,

animales estúpidos...

La cólera de Lepovitch desbordaba con acentos ásperos en la habitación brillantemente iluminada.

—Quién sabe... —Zarko no ignoraba que su tolerancia molestaba a Lepovitch; advirtió que la punta del lápiz se hundía en el papel blanco—. El soldado no tuvo oportunidad de hacer nada. Se encuentran en un recodo... ¿qué quiere usted?

—Ordené que se le vigilara y que me informaran de todos sus movimientos. El soldado estaba dormido, y Hudson se le fué encima antes de que despertara. De todas maneras, esto demuestra que va en dirección de Slano...

—Lo que, para usted, significa Makarska, ¿verdad?

—Usted sabe perfectamente que sí. Debió lastimarse al saltar por la ventana. Camisa azul, pantalones grises, botines marrones y un tajo en la mejilla derecha. ¿Quién no lo reconocerá?

Zarko se dirigió a la puerta.

—Salvo por esa herida, debe de haber muchos hombres entre Makarska y Dubrovnik que visten camisa azul y pantalones grises. —Pero en seguida, conmovido a pesar suyo por la ansiedad de Lepovitch, pues no ignoraba la responsabilidad con que aquél debía cargar, añadió bondadosamente—: No se preocupe... Aun tenemos a Grol, y tan pronto como amanezca, alguien descubrirá a Hudson. Sí quiere tomar un trago mientras espera... ya sabe dónde está la botella. —Y se marchó.

Lepovitch estuvo un rato sin moverse. Después con abrupto ademán, abrió el cajón del escritorio y sacó la botella de *rakia*. Se sirvió un vaso, bebió la mitad, y tomó su estilográfica. El hábito era fuerte en él; tenía que enviar su parte diario. Comenzó a escribir rápidamente, acuciado por la ira y la nerviosidad.

Cuando este informe llegue a poder de ustedes, confío en que el caso habrá llegado o estará a punto de llegar a una conclusión satisfactoria. Reunir las pruebas y apresar a todos los traidores implicados es ahora solamente cuestión de tiempo. La actitud de Hudson ha demostrado a las claras que, como siempre hemos sospechado, es un agente extranjero. En ningún momento abrigué dudas sobre este particular y los hechos lo han confirmado...

Se interrumpió para beber el resto de su vaso de *rakia*. Pero al tomar nuevamente la estilográfica, descubrió que no podía proseguir. Leyó lo escrito, le pareció tedioso y evasivo, y comprendió que lo mismo le parecería a quien lo leyese. Rompió la página y se arrellanó en el asiento. Tendría que pensar cuidadosamente antes de escribir. Los hechos eran lo único que importaba en aquel momento. Era peligroso emitir opiniones que más tarde podrían resultar infundadas. Hechos. Permaneció sentado largo rato, pensando. Por fin buscó otra hoja y comenzó a escribir. La

primera frase dió la pauta de todo el informe, el más corto que había escrito hasta entonces:

Hudson salió hoy a las cinco de Dubrovnik con destino a Belgrado, en compañía de Madame Androsh...

DÍA DECIMOTERCERO

Aunque eran las tres de la madrugada, aún había en la dársena alguna actividad. A la luz de las lámparas de arco de a bordo y de tierra, un vapor egipcio cargaba rollos de madera, y una hilera de hombres subían cestos de mimbre llenos de carbón a uno de los buques de cabotaje. El olor picante del carbón y el aroma dulce y seco de los rollizos de pino llenaban el aire. De tanto en tanto, algún guardia armado surgía de las sombras, caminaba despreocupadamente a lo largo del muelle y se detenía a charlar con algún marinero, en el extremo de una planchada. En la oscuridad del ángulo formado por dos enormes pilas de maderos, Hudson observaba a los guardias. Eran cuatro, y aunque sus movimientos no parecían obedecer a un método definido, advirtió que cada uno de ellos patrullaba un área determinada. Hacía una hora que él había bajado de los cerros, y después de esperar al abrigo de un comedor del puerto, había cruzado el camino iluminado junto con una cuadrilla de estibadores que se dirigían al muelle. Se sumó a ellos, y se escurrió cuando llegaron a las pilas de maderos. La dársena no estaba rodeada de alambradas, como había podido comprobarlo en visitas anteriores. La misión de los guardias era impedir que personas no autorizadas abordaran los buques. En aquel país el polizone era un criminal expuesto a innumerables complicaciones y a las más severas penalidades.

El *Brac*, vapor que llevaría los excursionistas a Metilini, estaba fondeado en la dársena, más allá del carguero egipcio. Mientras esperaba, Hudson vió cómo lo abastecían de carbón, observó a los marineros barrer y baldear la cubierta; ahora no había señales de vida a bordo. Una lamparilla eléctrica, bajo el puente, ahuyentaba la sombra, que se refugiaba en la caja de bombas, formando un negro charco. Después de las seis los primeros tranvías procedentes de Dubrovnik bajarían traqueteando el cerro, y los excursionistas subirían a bordo. En cada planchada, un guardia revisaría las cédulas de identidad. Tenía que estar a bordo del *Brac* antes de que esto ocurriera. En Metilini debería resolver el problema de bajar a tierra sin exhibir su billete.

Comenzó a moverse, avanzando a través de las pilas de maderos, en dirección al extremo opuesto del muelle, manteniéndose en la sombra y acercándose oblicuamente a la última hilera de pilas. A cincuenta yardas del *Brac*, el muelle estaba desierto, pero iluminado con toda claridad por una lámpara de arco. Tenía que cruzar el muelle para llegar a la orilla. Aguardó en la sombra de la última pila de maderos, observando al guardia que vigilaba el vapor egipcio. El centinela se volvió y echó a andar por el muelle. Pasó junto al *Brac*, se acercó hasta recibir de lleno el resplandor de la lámpara de arco, y el cuero crudo de sus correajes se destacó blanquísimo contra su uniforme. Se detuvo un instante al borde del agua, dió un

puntapié a una piedra, y se volvió. Hudson lo observaba, seguro de que al menor ruido sospechoso se volvería, disipada la tranquilidad de su andar despacioso, listo el fusil que ahora llevaba terciado a la espalda. Aguardó a que el centinela estuviese entre el *Brac* y el otro buque, y después se internó en la luz. Caminó rápidamente, cuidando el paso, apoyando el pie en los sitios donde había tierra amontonada o cortezas secas. Llegó al borde del muelle, y descubrió una pequeña escalera de piedra, oscurísima, que bajaba al agua. Bajó los escalones y se sentó, a un pie de distancia del agua, esperando, con los cinco sentidos alerta. En el muelle se oía el chirrido de un montacargas y el sordo estrépito de pasos humanos que subían por una oscilante planchada. A cincuenta yardas de distancia, el casco del *Brac* se balanceaba contra el paredón de la dársena. Pocos minutos más tarde regresaría el guardia.

Se deslizó al agua, con toda la ropa puesta, buscando el fondo, pero no hizo pie. Su cabeza se hundió momentáneamente, y sintió que la piel se le contraía al contacto del agua helada. Salió a la superficie y comenzó a nadar lentamente, con movimientos suaves y pausados, a lo largo del oscuro corredor de sombra que proyectaba el murallón. Al cabo de un rato se detuvo, aferrándose al muro, y prestó atención, Oyó rumor distante de voces, después, más próximo, el pausado redoble de pesadas botas que caminaban sobre los guijarros del dique. Se ciñó a la pared, aferrándose con las manos a las piedras húmedas, sintiendo el cuerpo pesado por las ropas mojadas, que parecían querer arrastrarlo al fondo, pegándose como una almeja al liso murallón recubierto de algas. Volvía el guardia. Vió su silueta, proyectada por la intensa luz, deslizarse por la sombra del murallón en el agua, como un dedo extendido o un indicador de pausado movimiento. La sombra llegó hasta donde estaba Hudson, siguió de largo, y se dirigió a la escalera. Hudson, pegado a la pared, contuvo la respiración, sintiendo en las fosas nasales, al hacerlo, el acre olor de la sal y de los desperdicios del puerto. El guardia regresó, pasó y Hudson lo oyó tararear en voz baja.

Siguió nadando, y pocos segundos más tarde llegaba por la banda de estribor a la bovedilla del *Brac*, sombreada por el murallón. La popa baja, en forma de yate, se curvaba hacia abajo, de suerte que la borda quedaba a no más de tres pies del agua. Hudson se tomó del reborde de una de las planchas de la popa, y hundiendo el cuerpo en el agua para ganar impulso, con un rápido envión aferró la barandilla. Se izó hasta que su cabeza estuvo sobre la barandilla, y el agua que chorreaba de su camisa gorgoteó suavemente en el silencio nocturno. La popa estaba desierta, y en el dique no había señales de vida. Se alzó aún más y apoyó un pie en la borda. Se dejó caer al interior del barco, y dando cuatro pasos se puso al abrigo de la cubierta superior, salediza. Vió ante sí la lóbrega entrada del comedor del barco; a ambos lados de la puerta, sobresalían dos casillas, formando con la entrada del salón-comedor una especie de nicho. En cada una de ellas había una puerta, y en la de la izquierda un letrero con la palabra "Nuznik". Recordó, sonriendo, al chiquillo que había visto en el museo el día que habló con Sandro.

Se encaminó a la puerta y entró. El interior estaba oscuro, pero gradualmente sus ojos comenzaron a identificar los detalles. Era un pequeño compartimiento con un lavamanos, una toalla sin fin y un espejo. A la izquierda había dos retretes. Un olor fétido y rancio inundaba el recinto. La higiene, pensó Hudson, no preocupaba demasiado a las razas europeas; pero allí, por lo menos, estaría a salvo hasta que llegara el día. Los tripulantes que dormían en el barco estaban ya en sus camarotes de proa, y probablemente disponían de un excusado propio. Seguramente éste estaba destinado sólo a los pasajeros.

Miró su reloj. Eran las tres y media. Faltaban cuatro horas para que zarpara el vapor. Sacó la cantimplora del bolsillo, bebió los restos del *whisky*, y se sintió reconfortado por el momentáneo calor. Después se desnudó y retorció sus ropas hasta sacarles la última gota de agua. Tornó a vestirse e hizo una mueca al sentir las ropas pegajosas contra su cuerpo. Se secarían rápidamente; sería mejor estar vestido en caso de que surgieran tropiezos. Después, con la resignación que da la ausencia de toda alternativa, abrió la puerta de una de las garitas y se sentó en el único asiento. Hasta aquel momento, sus planes se habían desarrollado según lo previsto. Comenzó a sentir una extraña agitación. A pesar de su cansancio y su incomodidad, se sentía en paz consigo mismo y libre por el momento de todos sus recelos. Era un alivio quedarse sentado, aguardando la llegada del día. El gradual aflojamiento de la tensión y el suspenso aumentaron su cansancio, y sintió que comenzaban a pesarle los párpados. Se apoyó contra la pared rezumante y se quedó dormido antes de que el frío del tabique de acero atravesara la húmeda tibieza de su camisa y su chaleco.

A las ocho el *Brac* dejaba atrás la bahía de Gruz cabeceando levemente a impulsos de la marejada que lo llevaba a la barra del puerto y que de vez en cuando levantaba pequeñas salpicaduras de espuma que rociaban las bordas del barco con grandes medallones húmedos. Franja, con un liviano impermeable sobre su vestido, para protegerse de la fresca brisa matinal, estaba sentada en el puente superior, junto a la cabina, con los ojos fijos en la tierra firme que se deslizaba de través. Todos los colores eran immaculados, con limpidez de joya a la luz esplendorosa del sol. El mar opalino, herido de fulgores, cuyas ondas veloces desmelenaba el viento, se tendía hasta el oscuro jade de las arboledas, taraceadas con el marfil y el ámbar de casas y villas que bordeaban la costa lejana. Detrás de los árboles, espolvoreados de oro y suaves tonalidades grises, campos y colinas ascendían hacia las fragosas escarpas y picos de las montañas, remotos contra el frío añil del cielo. El detalle se perdía, sólo quedaba el color; Franja se sintió súbitamente triste al pensar que aquel país que ella amaba la obligaba a expatriarse. Acrecentaron su emoción los sonos de una mandolina y un acordeón con que un grupo de muchachos y muchachas acompañaban una vieja canción popular en el extremo opuesto del puente. Las cubiertas estaban atestadas de excursionistas; algunos, como ella, traían impermeables para protegerse del viento; otros, despreocupados e insensibles al frío, usaban *shorts* y camisas abiertas en el cuello. En el grupo de jóvenes, algunas

muchachas se habían tendido sobre cubierta, con los pantalones arremangados, brazos y gargantas desnudos, relucientes con el aceite que se habían puesto para tostarse mejor. Uno o dos soldados, con uniformes de color amarillo mostaza, estaban acurrucados contra sus equipos, en la hilera central de asientos. El buque iría a Hvar después de dejar a los excursionistas en Metilini y volvería a recogerlos a la medianoche. Era una multitud heterogénea la que inundaba el vapor, atestando las cubiertas, buscando abrigo en la caja de bombas, apiñándose en el salón comedor, donde Franja había tomado su desayuno al zarpar el barco; ancianos, campesinos que regresaban a las islas después de una visita a tierra firme, ciudadanos de Dubrovnik que iban al festival de Metilini, unos pocos marineros que volvían de licencia a sus hogares isleños, con sus gorras planas cuyos cintajos sacudía el viento, y en las que se veía, en letras doradas, el lema: *Ratna Mornarica*; estudiantes que aferraban con firmeza las páginas de sus libros para que no las volara el viento... por doquier se veía gente joven; feliz, llamándose a gritos los unos a los otros, cantando, ahogando los sonos del acordeón y la mandolina con la algarabía de sus voces. En aquel país los jóvenes eran felices, trabajaban y cantaban, pagaban poco para viajar, comían mejor que nadie... y a trueque de eso, sólo tenían que creer y profesar lo que les enseñaban en las escuelas y en los clubes de la Juventud de Tito. Para la juventud era un negocio fácil...

Comenzaron a cantar una marcha guerrillera en alabanza de Tito; y al mirar hacia el extremo opuesto del puente, Franja vió que Joseph —que estaba apoyado contra la barandilla, en la popa, y no había dado muestras de reconocerla— cantaba también. Estaba echado hacia atrás, y cantaba entusiasta con los demás pasajeros. Ella lo observó unos instantes sonriendo. Llevaba unos viejos pantalones rayados, una cazadora de Norfolk, sandalias, una camisa a cuadros y un pequeño birrete gris sobre el cabello crespo. Tenía un aire pintoresco, pero no más absurdo que el de los demás pasajeros. En Yugoslavia la gente no vestía bien, había otras cosas más importantes que la elegancia en el vestir. Uno usaba lo que tenía. Estuvo observándolo un rato, y advirtió que hacía buenas migas con quienes lo rodeaban; y no pudo menos de contrastar su aplomo con la vibrante ansiedad que ella experimentaba. Había mantenido los ojos clavados en sus propias manos cuando el guardia de la milicia le revisó la cédula de identidad en la planchada, sin atreverse a mirarlo de frente, reprimiendo casi con ira el temor de que la interrogara, pero él le devolvió la cédula y ella subió a bordo. Y ahora faltaban dos horas para llegar a Metilini, donde pasaría el resto del día sumida en sus pensamientos y temores.

Al cabo de un rato se levantó y se dirigió a la escalera de cámara. Era imposible estar sentada largo rato en un mismo sitio. Subió a la cubierta superior de proa, desafiando el viento que allí soplaba con toda su fuerza. El gentío era allí menor formado casi exclusivamente por campesinos que volvían a sus hogares, hombres y mujeres robustos, toscamente vestidos, jóvenes campesinas con largos vestidos negros, mantilla en la cabeza y coloreadas borlas de lana en las pecheras de los

jubones. Franja se sentó de espaldas a un gran cesto que formaba parte del equipaje apilado en mitad de la cubierta, y fué entonces cuando vió a Hudson. Al principio, no supo a ciencia cierta si era él. Estaba tendido, a un paso de distancia, descansando sobre el costado derecho, la cara hundida en el brazo, el cuerpo enroscado a la luz del sol. Cerca de él había un grupo de mujeres que tejían acuclilladas. Otros hombres estaban tendidos al sol, protegidos del viento por maletas y equipajes.

Franja clavó la vista en el cuerpo largo y encogido, en la arrugada camisa azul, rota bajo el hombro, en los manchados pantalones grises y andrajosos botines, y por un instante, a pesar del nudo que sentía en la garganta y el súbito tumulto de su corazón, creyó que estaba equivocada. Habría podido tomársele por un rudo obrero, dormido para ahuyentar el aburrimiento del viaje. Deseó que fuese él, sin atreverse a esperar que lo fuese, pero al mirarlo nuevamente comprendió que no había posibilidad de error. Se sentó a su lado, viendo cómo el viento rizaba los pliegues de su camisa, con los ojos clavados en el contorno de su mejilla sin afeitar. Él se volvió lentamente, parpadeando para contrarrestar el reverbero del sol, y entonces la vió. La contempló un instante, con rostro solemne e impasible, como si fuera una desconocida. Después una sonrisa le animó el semblante y se arrastró hacia ella, tendido a lo largo, apoyado en los codos.

—¿Sorprendida?

Ella sólo atinó a mover la cabeza.

—¿Está Joseph a bordo? —Le dió tiempo para que respondiera, sin dejar de mirarla. Era como si hubiese olvidado su aspecto, pero ahora, al verla nuevamente, el recuerdo perdido volvía, vivido, con inesperada frescura; por un instante abrigó toda la vanidad del héroe, sintiendo el absurdo impulso de tomarla del brazo, de decirle que ya no debía tener miedo porque él estaba con ella. Pero ese impulso se extinguió en seguida. Ahora había más motivos de temor que antes, porque su presencia sólo aumentaba el peligro. Sin embargo, tendió la mano y la puso sobre la de ella, que estaba apoyada en la cubierta.

—Está a bordo —repuso ella—. ¿Pero por qué está usted aquí? ¿Sucede algo malo? —Trató de disimular su alegría, pero sólo logró articular palabras apresuradas, casi impacientes.

—No. Cambié de opinión. Pensé que era mejor salir así, que hacer ese terrible viaje de Belgrado a Ljubliana y Trieste.

Ella comprendió que no decía la verdad, pero lo aceptó.

—Se ha cortado la cara.

—Sí. Pero no quiero que los demás lo adviertan. ¿Se ha desayunado?

Ella asintió.

—Había mucha gente en el salón comedor cuando pasé por allí. No quise arriesgarme.

—Ahora debe de estar casi vacío.

Hudson se arrodilló.

—Buscaré un rincón oscuro donde pueda tomar una taza de café y comer unos bizcochos. Cuando llegemos a la isla, trataremos de conseguir algo más sustancial. Quédese aquí, no tardaré.

Se marchó, y ella se quedó sentada sintiendo en la espalda el vaivén del cesto que oscilaba al ritmo del cabeceo del barco. Estaba satisfecha de quedarse sentada; el deseo de seguir moviéndose la había abandonado, y se sentía extrañamente tranquila. Él había regresado, mas no porque le desagradara un viaje en tren: había dicho que saldría de Belgrado en avión. Quizá había surgido algún peligro, quizá sus planes se habían frustrado, pero ahora ni siquiera eso podía inquietarla.

Hudson buscó un asiento en un rincón del comedor, donde el tajo de su cara era invisible a los demás pasajeros. Estaba seguro de que el guardia con quien se había topado había visto la herida, y a nadie que lo estuviera buscando podría pasarle inadvertida. El camarero le trajo una taza de café tibio y tres bizcochos duros, con forma de tejos. Comió y bebió rápidamente.

Al amanecer lo había despertado en su escondite el ruido de los primeros pasajeros que subían a bordo; se había quedado alerta en la casilla, con la puerta cerrada, hasta que el barco se puso en movimiento. Antes de salir se había aseado en el lavamanos. Sus ropas estaban ya casi secas, y la fresca brisa matinal les había quitado los últimos vestigios de humedad.

Cuando se hubo desayunado volvió adonde estaba Franja y se tendió al sol, junto a ella. Hablaron poco, contentándose con estarse inmóviles, observando el paso de las largas siluetas de las islas costeras. Después de las nueve la isla de Metilini, que en un comienzo había sido un borrón en el horizonte, fué trocándose en una larga y gris hilera de montañas y olivares incultos contra el cielo pálido. A partir de la ciudad de Metilini, rodeada de riscos, la isla se extendía en un vasto repliegue montañoso por espacio de veinte millas, hacia el noreste, pero la mayor parte de la misma quedaba oculta por los cerros que circundaban la pequeña bahía hacia donde enfilaba el buque.

La bahía propiamente dicha formaba un semicírculo de unas trescientas yardas de diámetro, que parecía como mordida limpiamente del extremo de la isla. En el centro de la curva había un muelle ancho y viejo, y tras él se alzaban las antiguas murallas de la ciudad de Metilini, que fuera antaño fortaleza turca. Un gran arco abierto en la muralla daba acceso a la ciudad. Detrás se divisaban los tejados rojos y grises, la fachada ocre de una iglesia y una enmarañada red de callejuelas y pasajes que alveolaban la edificación desparramada en la ladera del abrupto cerro.

Franja y Hudson se quedaron parados junto a la barandilla, mientras el vapor penetraba en la bahía entre pequeños grupos de lanchas pesqueras y botes de remo allí fondeados. En el muelle, una pequeña multitud aguardaba la llegada del barco. Desde la borda, los pasajeros llamaban a gritos a los que estaban en tierra. El buque aminoró la velocidad y describió un círculo para atracar al muelle. Hudson señaló a Franja los pinares escalonados en la cuesta del cerro, sobre la ciudad.

—Tendré que desembarcar solo. No tengo billete. Reúnase con Joseph en la ciudad, y encuéntrense conmigo en los bosques lo antes posible.

La dejó y se dirigió rápidamente a la popa. Si las gentes se comportaban aquí como los había visto hacerlo en Gruz, cuando entraban los vapores, no habría dificultades. La popa estaba ya atestada de ansiosos excursionistas. El muchacho del acordeón estaba sentado en la barandilla, tocando a todo trapo, y los miembros del grupo de la Juventud saludaban con el brazo y llamaban a voces a los que estaban en el muelle, cada vez más próximo. Metilini no estaba lejos de Dubrovnik, y para muchos era ésta una visita a viejos amigos.

El buque dió un par de topetones contra el desembarcadero; de popa lanzaron un cabo, y otro de proa. Se tendió la planchada, y el guardia de la milicia que estaba parado entre el gentío del muelle se adelantó y ocupó su puesto junto al comisario de a bordo, que recibía los billetes de los pasajeros a medida que éstos desembarcaban. Pero el procedimiento era lento, y todo el mundo estaba impaciente. De la caja de bombas, en mitad del barco, y no muy lejos de la planchada, algunos pasajeros saltaron a tierra. El comisario les gritó, el guardia les gritó, y ellos les gritaron a su vez, alegremente, saludando a los amigos que se abrían paso a través de la muchedumbre, y cuando el guardia avanzó para hacerlos retroceder, otra ola de excursionistas irrumpió a sus espaldas y se volcó en el muelle. El grupo de la Juventud, en cuyo centro estaba Hudson, comenzó a cantar una marcha guerrillera; el bandolinista saltó sobre el pie de agua que separaba el barco de la costa, y el grupo entero se volcó tras él, gritando y llamando a los amigos que los esperaban en tierra. Hubo un torbellino de brazos y piernas, desnudos y morenos, de bufandas de brillante color rojo; otros pasajeros, siguiendo el ejemplo de la banda, saltaron también a tierra, mientras que unos pocos de los que esperaban en el muelle saltaron a bordo para ayudar a amigos y visitantes a bajar sus maletas y cestos. En la confusión de gritos, risas y movimientos, Hudson desembarcó también, y atravesó sosegadamente el polvoriento muelle, bordeado de empenachadas palmas datileras. Dobló perezosamente a la derecha, dirigiéndose a un extremo del muro, donde había una playa de arena con algunos bañistas. Sobre la playa, la ladera del cerro ascendía hasta el pinar. Al volver la cabeza vió que la multitud aún rodeaba el barco, desintegrándose de tanto en tanto para dejar paso a pequeñas carretillas de mano que venían a recoger el equipaje pesado y los suministros procedentes de Dubrovnik.

Media hora más tarde, tendido en el borde del bosque, oyó la sirena del barco, y después lo vió alejarse del muelle, describiendo una curva, poniendo proa al mar. Iba con rumbo a Hvar. Volvería a medianoche. Se tendió de espaldas y encendió uno de los cigarrillos del paquete que le había dado Franja. Hasta entonces, pensó, todo había marchado perfectamente. Lo único que tenía que hacer era esperar. Pensó en Zarko. Sus hombres lo estarían buscando, pero estaba seguro de que habían perdido el rastro. Si hubieran conocido el plan que incluía a la isla de Metilini, Sandro, Franja y Joseph, o si hubieran seguido a estos últimos, habrían apostado más de un guardia

en el desembarcadero, y éste no se habría encogido de hombros con bonachona impotencia. La alegría del feriado se habría evaporado, la disciplina se habría restablecido inmediatamente. Pero nada de eso había ocurrido, y él esperaba que Zarko seguiría buscándolo aún, vigilando a Grol quizá, a la espera de algún indicio que lo orientara. Sandro no volvería a Metilini hasta las ocho y media o las nueve, y para entonces ya habría oscurecido. Faltaban doce horas... y después, una travesía nocturna a Italia.

Yelitsa llegó al departamento del Ulica Jesac antes del mediodía. Al entrar se encontró con el ambiente pesado y hostil de una habitación que ha estado cerrada durante varios días. Dejó sobre la mesa el atado que traía y fué a abrir la ventana. Los geranios de Tulio estaban marchitos por falta de agua. Se encaminó a la pileta y llenó una jarra. Volcó el agua sobre las latas, y menudas burbujas de aire ascendieron a la superficie de la tierra reseca, que momentáneamente se negó a absorber el líquido, pero después, con una voracidad repentina y casi animal, chupó el agua, dejando la superficie oscura y porosa. Pensó en Tulio. Tulio amaba las flores. Sería un padre cariñoso...

En el dormitorio, después de quitarse la pañoleta y la chaquetilla que llevaba puesta sobre el vestido, se paró ante el espejo octogonal que colgaba de la pared, sobre el lavabo. Vió sus propios ojos oscuros, en su rostro moreno, que la miraban con curiosidad. Era fuerte, hecha para engendrar hijos; ahora que los deseaba, sería duro no poder tenerlos. Había tratado de evitarlo con Luca, y eso la había preocupado a veces; y ahora se preguntaba si habría algo en ella o en Tulio capaz de impedirlo. Se volvió, se puso un delantal y comenzó a limpiar el departamento. Una fina capa de polvo cubría todas las cosas. Podría comer más tarde. Quizá esperaría a que regresaran Sandro y Tulio. Arribarían antes de la medianoche, y vendrían los dos con hambre. En el paquete que dejara sobre la mesa había tres pequeños trozos de ternera que logró hurtar de la cocina del orfanato. Comenzó a pensar en la cena que les prepararía...

Mientras se movía de un lado a otro, trabajando, tuvo conciencia del pesado silencio del mediodía que lo inundaba todo. En la *ulica* no había señales de vida. En el crudo fulgor del chorro de sol que hendía la estancia, bailaban y giraban partículas de polvo. Gradualmente el silencio la fué intranquilizando. Desde su boda, el departamento había sido su hogar. Lo conocía tan bien... Y sin embargo, hoy se sentía como una extraña, y ese sentimiento adquiriría mayor fuerza con cada instante que pasaba. Al cabo de un rato dejó de trabajar, perturbada por el silencio, y se dirigió a la radio colocada sobre la cómoda. Pero al hacer girar el dial, el aparato permaneció silencioso; recordó entonces que Tulio aún estaba tratando de conseguir una válvula de repuesto. Al apartarse, le llamó la atención el entrepaño comprendido entre la ventana y la cómoda. Pegadas a la pared, pequeñas fotografías e imágenes

devotas formaban una pirámide escalonada: estampas de Comunión y de Pascua, desvaídas fotografías de Sandro y los muchachos a bordo de la goleta, un panorama de Gruz, visto desde los cerros, una tarjeta postal que en vivos colores representaba un campesino con todas sus galas regionales, junto a un agave de rectos candelabros. Yelitsa frunció el ceño y avanzó un paso. En el centro de la pirámide, contra el empapelado verde, se destacaba claramente un pequeño rectángulo de papel descolorido. Yelitsa sintió una oleada de intranquilidad que le corría por todo el cuerpo, y se quedó mirando el parche amarillento.

Al marcharse ella del departamento, días atrás, aquel lugar estaba ocupado por una fotografía, el grupo familiar de Sandro, su esposa y los dos muchachos, por el que Sandro sentía particular cariño. Yelitsa se volvió súbitamente y entró en el dormitorio de Sandro. Era una habitación pequeña y oscura, con techo en declive, junto a una de cuyas paredes había un viejo catre de campaña del ejército. Apartó la cama de la pared y arrodillándose en el rincón sacó una tabla suelta del piso. Bajo la tabla quedaba un espacio vacío entre dos vigas. Era allí donde Sandro guardaba su caudal, no en dinares sino en liras: cuarenta mil liras. Después de la guerra se había decretado obligatorio el cambio de la moneda italiana por dinares, a un tipo de cambio que, naturalmente, no era muy favorable. Sandro no había cambiado el suyo. El agujero entre las vigas estaba vacío. Negándose a creer lo que sospechaba, Yelitsa tornó a su dormitorio. La mayor parte de la ropa de Tulio había desaparecido. En la cocina, sacó un ladrillo flojo del trashoguero de la chimenea, tanteó el interior del hueco en que Tulio solía guardar su revólver y sus cartuchos, y no los encontró. Se incorporó, con expresión estúpida, deformado el semblante por la ira y el asombro. Se habían ido. No volverían más. Se sentó a la mesa, incapaz de seguir el hilo de sus ideas. Era, en aquel instante, una mujer que vive un sueño lúgubre y pavoroso, que trata de quedarse inmóvil porque sabe que la pesadilla pasará en seguida.

Largo rato estuvo sentada, silenciosa e inmóvil. Por fin se levantó y tomó la botella de vino que estaba en la cómoda. Bebió un vaso, pero el vino no tenía sabor, y aunque por un instante le alivió la sequedad que sentía en la boca, a poco tornó a sentirla aún más intensa, poniéndole rígida y pastosa la lengua. Después, poco a poco, sus ideas comenzaron a adquirir forma nuevamente, y sintió que sobre su cólera y su miedo se establecía una especie de sosiego, que si no bastaba para ahogarlos, momentáneamente los contenía. Sandro y Tulio la habían abandonado. Pero no sólo eso. La habían abandonado en peligro. Cuando se advirtiera su desaparición la policía vendría a interrogarla. Aclararían el asunto del anónimo, le preguntarían por qué no les había dicho más, por qué no había denunciado a Sandro. Sabía que era inútil presentarse ahora espontáneamente, porque eso no le daría ninguna garantía de seguridad. Dirían que ella había sabido de antemano lo que iba a ocurrir; dirían que debió comparecer antes. Tenía que protegerse. Sandro y Tulio no serían echados de menos hasta el día siguiente. Si ella desaparecía al mismo tiempo, quizá creerían que se había escapado con ellos. ¿Pero a dónde ir? Comprendió inmediatamente lo que

debía hacer. Tenía familia en Budva, en la costa sur, cerca de la frontera albanesa. En Albania, cerca de Tirana, tenía un hermano y una hermana, casados ambos. Sacó la guía de vapores del cajón de la cómoda. A las seis de la tarde saldría un vapor para Kotor. De allí podría ir a Budva. Si surgían tropiezos, sus parientes la ocultarían, y después podría cruzar la frontera y refugiarse en Albania. Al saber lo que debía hacer, al tener planeado el futuro, recuperó la confianza.

Se levantó y empezó a prepararse la comida. Pensó que Luca nunca la habría abandonado, y comprendió que no podría salir de Dubrovnik sin visitar por última vez la tumba de Luca.

Almorzó, lavó y aseó todo, cuidando de no dejar señales de que había estado allí después que los dos hombres. A las cuatro, hora en que las tiendas abrían nuevamente sus puertas, tomó su pequeño bolso y bajó sigilosamente la escalera. Nadie la vió salir. Compró un billete para Motor en la agencia de viajes Putnik, y en la plaza principal se detuvo ante el puesto de un florista, donde eligió un gran ramo de margaritas para la tumba de Luca. El barco no zarparía hasta las seis; tenía tiempo de sobra. Ascendió la colina en dirección a Gruz y el cementerio. La brisa fresca había cesado, y ahora soplaba del sur un viento lento y caliente, que arrastraba nubarrones bajos y pesados. El polvo de los cerros saltó en súbitas y coléricas espirales que le llenaron los ojos de arena. Por primera vez en muchos días comenzaba a soplar el siroco.

Las flores de la tumba de Luca estaban marchitas y pardas. Las apartó y puso sus margaritas en la repisa. Se persignó, y estuvo un momento inmóvil, pensando en Luca. La piedad que sentía por él y por sí misma, la compasión y la ira por el modo en que los había tratado la vida, hicieron asomar lágrimas a sus ojos. Se volvió, con los labios tensos por la emoción, y echó a andar por el caminillo de grava en dirección a los altos cipreses que señalaban el portón de entrada. El cuidador salió de su casilla de piedra, en el portón, y la miró acercarse. Era un hombre viejo y calvo, con un delantal de bayeta verde. Tenía una cara bondadosa y soñolienta, y cuando ella se acercó la llamó con voz suave:

—Venga un momento, hija.

Ella se detuvo, volviéndose, y él se acercó. Extendió la mano y le tomó la muñeca. Después, el apretón de su mano se hizo súbitamente fuerte.

La cara de Zarko resplandecía, casi infantil en su traviesa expresión de triunfo. Se apoyó con ambas manos en el receptor telefónico que descansaba en la horquilla, y sus dedos tamborilearon velozmente sobre el aparato. Lepovitch lo observaba cautelosamente, comprendiendo que por el momento no tenía defensa contra él. Al empezar a hablarle Zarko, después de su conversación telefónica, Lepovitch se había sentido irritado, pero ese sentimiento se había disipado pronto, reemplazado por un repentino alivio, tan intenso que casi había podido sentir el temblor de sus nervios, y

por eso se había metido las manos en los bolsillos, de espaldas al mapa de la pared. Pequeñas gotas de transpiración le habían perlado la barbilla, produciéndole escozor en la piel, que tenía irritada por haberse afeitado con demasiada prisa aquella mañana. Pero se cuidó de manifestar su alivio. Hasta aquel momento las cosas habían marchado bastante mal. Ni rastros de Hudson, y una hora atrás se habían enterado de que el coronel Grol había devuelto su billete para Makarska.

—Yo me ocuparé de ella. Insisto en que sea así. Usted puede escuchar desde la habitación contigua —dijo Zarko con voz que traslucía renovada autoridad. Y prosiguió, subrayando su triunfo—: Siempre me inquietó ese anónimo. Desde que encontré aquella corona en la tumba, presentí que quien la había puesto allí volvería alguna vez... Ordené al cuidador que vigilara a todos los visitantes y ahora... —Sonrió, dirigiéndose a la mesilla de la chimenea, de espaldas a Lepovitch, y acariciando suavemente las florecillas azules, satisfecho de sí mismo, excitado por su propia astucia—... Y ahora vamos a conversar con la muchacha que odiaba lo bastante a Raikes para traicionarlo, y que amaba lo bastante a quien está en esa tumba como para regresar y poner flores en ella. Siempre he dicho que aquí, en Dubrovnik, hallaríamos la solución.

Lepovitch se encaminó a la puerta. Al poner los dedos sobre el picaporte, se detuvo.

—¿Quién es?

—Yelitsa Venetti... Trabaja en el orfanato de Lokrum.

Lepovitch salió. Zarko se sentó ante su escritorio y movió la palanquita del micrófono. Después ordenó que hicieran pasar a Yelitsa. La introdujeron y la dejaron a solas con él. Zarko la observó mientras se sentaba en el gran sillón, casi en el borde, las manos juntas, mordiéndose suavemente el borde interior del labio.

Zarko sintió compasión por ella. Siempre le resultaba desagradable tratar con mujeres. Se inclinó hacia adelante y habló mesuradamente, tratando de infundirle la confianza necesaria para arrancarle lo que quería saber.

—Escúcheme con atención. Quiero que usted nos ayude, y si lo hace espontáneamente, haré por usted todo lo que pueda. No le prometo nada, pero creo que, en el fondo, usted siempre ha querido ayudarnos... y en cierto sentido lo ha hecho. No lo olvidaremos, y le doy mi palabra de que le allanaremos las cosas en todo lo posible. Pero —y esa palabra vibró con una amenaza que hizo estremecer a Yelitsa—, si me dice una sola mentira, yo me encargaré de que no vuelva a decir otra.

Sin sorpresa, oyó que la muchacha soltaba un gemido y viola llevarse una mano a la cara en gesto campesino de desesperación. Si la trataba con demasiado rigor caería en una histeria incoherente que le haría perder el tiempo y quizá la paciencia. Por eso se apresuró a continuar con voz paternal, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia ella.

—Sabemos que usted escribió un anónimo en el que delataba al inglés Raikes. Sabemos cuáles son sus sentimientos por ese hombre que está en la tumba del

cementerio. Ahora dígame qué más sabe usted. Hábleme del otro inglés, Hudson, de quienes lo están ayudando a escapar y cómo han planeado hacerlo.

La muchacha comenzó a hablar y Zarko la escuchó, retornando silenciosamente a su escritorio, y ayudándola de tanto en tanto con alguna pregunta. Ella desviaba los ojos y hablaba con voz insegura, pero Zarko comprendió que decía la verdad. En cinco minutos supo todo lo que Yelitsa podía decirle. Se la llevaron. Cuando Lepovitch entró en la oficina eran las seis menos cuarto, y ambos advirtieron que el tiempo era su peor enemigo. A las seis y cuarto viajaban los dos en una lancha policial con rumbo a Metilini, que estaba a menos de dos horas de viaje. La costa iba quedando atrás, envuelta en los vahos parduscos del siroco.

Mientras el tibio viento marino le azotaba la cara, Zarko reconstruyó los acontecimientos y las medidas que había adoptado. Yelitsa sólo sabía que Sandro y Tulio pensaban huir aprovechando el viaje a Metilini. Nada sabía de Hudson ni del hombre que debía escapar del hotel. Grol, ahora lo comprendía, había sido utilizado para despistar. Pero la averiguación realizada en el hotel había demostrado que el único hombre ausente era Joseph, el camarero, que había pedido un día de asueto. Y la muchacha, Franja, faltaba también. En la guarnición de Dubrovnik había obtenido detalles sobre el viaje de Sandro, y sabía que éste estaría ya en el camino de regreso a Metilini. Ordinariamente no tocaba ese puerto, pero Zarko calculaba que la goleta avistaría la isla a las ocho y media. Zarko había dado instrucciones, telefónicamente, a la isla de Metilini. Había que vigilar la goleta de Sandro, que se acercaría bordeando la costa, y tener los informes sobre su marcha preparados para cuando Zarko llegara a Metilini. La policía debía buscar entre el gentío reunido con motivo del festival a Hudson, Joseph y Franja. Con ese objeto, les había dado descripciones detalladas de cada uno de ellos. Había que montar guardia a lo largo del muelle y de las playas, y no debía permitirse que nadie utilizara ninguna de las embarcaciones fondeadas. Era necesario restringir la navegación a vela y la de remo.

Zarko sacó un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la cara. Había trajinado mucho en la última media hora transcurrida, y sentía el cuerpo empapado en sudor. Miró de soslayo a Lepovitch, que estaba sentado, tenso y rígido para contrarrestar el vaivén de la lancha, con el rostro endurecido. El pegajoso calor del siroco los envolvía, y Zarko vió que la frente y la mejilla de Lepovitch estaban cubiertas de gotas de transpiración. No hablaban, Lepovitch se había mantenido silencioso en la oficina, mientras se impartían las instrucciones y se hacían llamados telefónicos. Se había paseado de un extremo a otro, mordiéndose las uñas. Ahora tenían dos horas por delante, compartían el mundo pequeño y ronco de la lancha, mutuamente prevenidos por el triunfo del uno y el amargo orgullo del otro.

—¡Esa perra de Yelitsa cumplirá cadena perpetua! —dijo Lepovitch repentinamente.

—No. Cinco años, quizá. Menos, si ambos intercedemos por ella. —Recalcó el *ambos* y añadió después de una pausa—: Al fin de cuentas, nos ha sacado de un

atolladero. Y a usted más que a mí. Debemos estar agradecidos.

Lepovitch no respondió. Clavó los ojos en las espaldas de los tres milicianos que ocupaban la cabina delantera.

Hudson no se había equivocado al prever la reacción de Joseph. Joseph estaba furioso y no se cuidaba de disimularlo. Franja, sentada al pie de un pino, silenciosa, les oía discutir.

—Primero tengo que cuidarla a ella, y después viene usted y convierte la empresa en un *picnic* de *boy-scouts* —dijo Joseph, quitándose la cazadora.

—Lo siento; pero tuve que hacerlo.

—¿Por qué? No era necesario.

—Yo he llegado a la conclusión de que sí lo era. De todos modos, aquí estoy y ambos debemos aceptarlo.

Joseph le dió la chaqueta.

—Será mejor que se ponga esto. Si algo falla, enviarán su descripción aquí. —Miró a Hudson y después a Franja. Ella tenía los ojos clavados en Hudson, y su cara tenía un aspecto un tanto solemne, aunque fingía no darse por enterada del enojo que distanciaba a los dos hombres. Joseph soltó un gruñido—. Supongo que habrá pensado usted que si surgían tropiezos yo la abandonaría.

Hudson se puso la chaqueta.

—¿Lo haría usted?

—Ya le he dicho que en esta vida no se puede ser humano.

—No. Es una vida de perros, ¿verdad?

—Alguien tiene que hacerlo. En fin, no discutamos. Me marchó. Iré al otro extremo de la ciudad. Desde el cerro podré ver a Sandro cuando llegue. Me encontraré con usted en la puerta principal de la ciudad, a las ocho. Será oscuro ya, y tendremos que buscar un bote para reunirnos con Sandro. No baje a la ciudad hasta que sea necesario.

Se marchó atravesando el pinar y Hudson se sentó junto a Franja.

—Está muy enojado, ¿verdad? —preguntó ella mirándolo.

—Sí. Pero no tanto conmigo como consigo mismo y con la clase de vida que tiene que llevar. ¿Cree que conseguiremos algo de comer o beber? La espera será larga.

—Más tarde bajaré a la ciudad. —Contempló las casas desparramadas, el arco polvoriento del muelle y el cuenco azul de la bahía. En uno o dos edificios flameaban banderas, y el hormigueo de la muchedumbre colmaba el muelle y la plaza. De la ciudad llegaban los débiles sonos de una banda. Metilini había sido una de las primeras islas liberadas de los alemanes, y el aniversario coincidía con una fiesta más antigua, una celebración que se remontaba acaso a los días en que el nacimiento del

año había movido al hombre a una coribántica invocación de fertilidad para sí mismo, sus campos y los rebaños que pacían dispersos en los cerros grises.

—¿Por qué volvió usted? —preguntó ella inesperadamente, y fué la primera en sorprenderse ante su pregunta.

Hudson no contestó en seguida. Se incorporó a medias y la miró. Parecía muy joven y fresca, recostada contra la áspera corteza del pino, de un rojo veneciano que, contrastando con la palidez de su cabello y el sosiego de su cara inocente, de ojos inmóviles, contra el fondo azul pálido del cielo, le hizo pensar en una pintura sienesa del *quattrocento*.

—No lo sé —respondió evasivo—. Soy una persona metódica, demasiado lógica y cuidadosa quizás. Algo en mí exigía que por una vez en la vida hiciese una cosa completamente irracional. —Tornó a recostarse en el césped, despezándose—. Joseph me era más simpático como camarero —prosiguió—. Era un papel distinto, pero en cierto modo le cuadraba mejor.

Había rehuido deliberadamente la pregunta, pero a sí mismo no podía engañarse. Se alegraba de estar con ella. Se sentía feliz y contento. A pesar de todo lo ocurrido, o de lo que pudiese ocurrir, abrigaba la certeza de que nada podría deslucir aquel fugaz intervalo de espera. Faltaba mucho para el atardecer; podían disfrutar despreocupadamente las largas horas de sol.

Su estado de ánimo se había comunicado a Franja. Descansaron, tendidos en la hierba, riendo y conversando, aislados, olvidados de Metilini y de la noche venidera.

A mediodía Franja bajó a la plaza y trajo una botella de vino, unas frutas y una tajada de queso duro. De su muñeca colgaban dos máscaras de papel que alzó para mostrarlas a Hudson.

—¿Para qué diablos es eso?

—Todo el mundo las usará al atardecer. Forma parte del festival. Se me ocurrió que las necesitaríamos para bajar. Las venden en la plaza.

Hudson tomó las máscaras. Eran de papel delgado, mal fabricadas, pero tenían brillantes colores y conservaban algún vestigio de inspiración pagana, como si detrás de las desvergonzadas muecas y abultadas narices, las pérfidas miradas y las bocas anchas y rasgadas alentaran supervivencias de una antigua tradición. Franja tomó una de las máscaras y se la puso. Era una cara sonriente, grotesca, plena de jovial picardía, estereotipada en una atrevida y sensual expresión carnavalesca. Hudson tendió rápidamente la mano y le apartó la máscara.

—Comamos antes. De lo contrario me quitará el apetito.

Después de comer caminaron por el borde del bosque, bajo los rayos del sol. La tarde se alargaba; después vino el siroco, y el cielo, visto a través de los pinos, adquirió las tonalidades sucias de un mal barniz. El aire se tornó cálido y húmedo, las cigarras que habían cantado todo el día entre la hierba, al borde del bosque, guardaron silencio, y los ruidos de la ciudad les llegaron como ecos sordos que pugnaban por atravesar una atmósfera viscosa, comprimida por la presión del cielo,

que parecía muy bajo. Durmieron un rato, pero la atmósfera agobiante inquietó los sueños de Hudson. Se sumió en una letárgica fantasía, en la que se vió bailando con Franja, apretándola estrechamente, atravesando una confusión de ruidos y colores. Ambos usaban máscaras, pero ahora el rígido cartón tenía una flexibilidad acorde con el desenfreno que los animaba. Ella lo miró, riendo, gritándole algo con su boca pintada, y en sus ojos brillantes se exacerbaba un no disimulado deseo. Recordó de pronto que tenía que decirle algo y bajó la cabeza hacia ella, hablando a voces, pero sus palabras se perdieron en la algarabía que los rodeaba. Despertó mucho después, sobresaltado, perdiendo inmediatamente el recuerdo de algo que lo había arrancado del sueño. Franja dormía plácidamente a su lado, y las oscuras columnatas de los pinos iban desvaneciéndose en el crepúsculo. Le tomó la mano. Ella siguió durmiendo unos instantes, pero después despertó y se sentó, con ojos soñolientos y perezosos como los de un gatito.

—Son las ocho menos cuarto. Tenemos que bajar.

Hudson la ayudó a incorporarse. Comenzaron a descender por la falda del cerro. La plaza estaba iluminada con faroles de colores, y desde la torre que coronaba la entrada principal un reflector barría el arco de muelle, hacía centellear las aguas inmóviles de la bahía, se arrastraba rígido por la costa, plateando fugazmente algunas siluetas apostadas a orillas del agua.

Al llegar a la primera casa se pusieron las máscaras y entraron en la olorosa oscuridad de una callejuela, en cuyo extremo, allá a lo lejos, se divisaba parte de la plaza, bulliciosa y colorida como una feria. Cuando desembocaron en la plaza, ambos se detuvieron, contenidos por lo inesperado del espectáculo que se les ofrecía. Cerca de la puerta de acceso, sobre una plataforma elevada, tocaba una orquesta, cuya música amplificaban los altoparlantes de la plaza. Los frentes de las casas y tiendas estaban adornados con farolillos, y en un pie de farol, en una isleta del centro de la plaza, ardían cuatro antorchas de parafina, grandes lenguas saltarinas de llama amarilla, envueltas en humo espeso y acre que se hundía y rizaba hacia abajo en el aire pesado. Multitud de bailarines se entrecruzaban en la niebla del humo, como imágenes de una fantasmagoría. Hombres y mujeres jóvenes, con sus uniformes guerrilleros, desnudos los brazos y los cuellos morenos, pañoletas rojas y el resplandor de la estrella de Tito en chaquetillas y blusas. Serpentinatas de papel hendían el aire en brillantes parábolas. Los pies de los bailarines sobre los guijarros ahogaban con su tumultuoso estrépito los sonos de la música. Pasaban muchachas con atavíos regionales, ancianos y ancianas, camisas de faldas colgantes, trajes ceñidos y abotonados, chaquetas sueltas, pantalones remendados, faldas largas y cortas, pies desnudos, zapatos de tacones altos... conglomerado de cuerpos y atavíos, risas y música desenfrenada. La plaza estaba poblada de demonios y brujos, sátiros y faunos... entrecejos joviales, mejillas rojas y abultadas, bocas pintadas y abiertas, narices oscuras como el vino, báquico frenesí de caras que parecían flotar en el humo de las antorchas, torbellino de cuerpos que se tocaban, se apartaban, se buscaban a

tientas con las manos y se hundían en las sombras. Y por doquier un salvaje, desatado instinto de felicidad, como si se celebrase, no una liberación militar, sino una liberación más grande, que se remontaba al principio de los tiempos: el cuerpo liberado de los rigores del invierno, el alma primaveralmente liberada de preocupaciones y cuidados ante la promesa de las cosechas maduras y los fecundos rebaños. Hombres y mujeres reían, cantaban y gritaban, olvidada toda enemistad, y cuando la danza los arrojaba a los bordes de la plaza se sentaban en las sillas colocadas ante las casas y los ventanales de los cafés, con un vaso en la mano, y bebían rápidamente, ansiosamente, deseosos de vivir al máximo el fugitivo instante, sin permitirse un momento de descanso.

Ante las casas y cafés los corrillos de bailarines apoyaban los codos en las mesas y agitaban las cabezas, echadas hacia atrás, sobre el pelo, las amplias máscaras, ante las botellas de *pivo* y de vino amontonadas sobre las tablas como bolos desordenados. Y bajo las guirnaldas de humo y las fluctuantes sombras sus caras parecían aún enmascaradas, caricaturas de sí mismas, cuya cautela e impassividad cotidianas había alterado el desenfreno de los espíritus. Hudson se volvió hacia Franja, perturbado por la orgía de movimientos y sonidos, contagiado de aquel espíritu pagano que lo solicitaba violentamente. Quiso asegurarse de que aún quedaban seres humanos, suaves, impávidos rostros de hombres y mujeres. Pero se encontró frente a un cuerpo joven de mujer, la curva audaz de unos pechos, un muslo flexionado hacia adelante, un cuerpo joven, el rostro de una mujer poseída y riendo, de llameantes fosas nasales, la boca como una gran herida atravesando las mejillas blancas, los ojos extraños bajo las anchas cejas negras y enarcadas. Entonces soltó a reír, dominado ya por la vibrante palpitación del espíritu que inundaba la plaza, y tomándola del brazo la arrastró al grupo de los bailarines. Ella fué con él, ansiosa, pegada a él, girando y contorsionándose con él, y la danza los absorbió, se apoderó de ellos, les infundió su locura y los lanzó a través de los oscuros caminos de risas y cuerpos. Él sintió sus manos en el cuerpo tibio de la mujer, la oyó gritar algo, respondió a voces y después, desentendiéndose de las palabras, siguió girando, riendo, seguro de que mientras danzaran nada podía tocarlos, nada tenía derecho sobre ellos salvo la tremenda alegría desenfrenada que los rodeaba, palpitando como un corazón gigantesco que les infundiera vida y una exultación capaz de ahogar cualquier temor. Y contra toda lógica, pero con esa fuerza, esa persistencia que suele tener una idea errabunda, se le ocurrió que era para esto para lo que había venido, para ese instante de tenerla en sus brazos, de bailar con ella y oír su risa, de sentir su aliento cálido contra la piel del cuello, mientras giraban entre los demás bailarines.

La banda dejó de tocar, y los dos se dejaron caer sin aliento, en sillas colocadas ante una mesita, en la acera de un café, sacudidos aún por silenciosa risa. Él tendió la mano para apresar la de ella, ansioso por mantenerla cerca. Un mozo se acercó pirueteando, y sin que ellos lo pidieran dejó sobre la mesa dos botellas de cerveza.

—Tendrán que tomar de la botella. No quedan más vasos. —Y se marchó, haciendo cabriolas por entre las mesas, hasta desaparecer bajo el retrato de Tito, adornado con flores, que coronaba el dintel de la puerta del café. Al ver el retrato, Hudson se sosegó abruptamente. Miró beber a Franja y dijo:

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí y bailar.

—Yo también pienso lo mismo —respondió ella con palabras ansiosas y entrecortadas, las palabras de una muchacha que no quiere ser despojada de un vivo placer.

Él soltó a reír.

—Tenemos otras cosas que hacer. Ya nos quedará tiempo para bailar. Debo ver a Joseph. Quédese aquí.

—No tarde... por favor.

Hudson le apretó brevemente la mano y se levantó. Marchó lentamente a través del gentío, en dirección a la puerta de acceso, y en el camino se encontró con una cara desenmascarada, una cara vivaz, intrigada y vagamente solemne: un miliciano que, con el fusil al hombro, se abría paso entre los bailarines, escrutando con el ceño fruncido a las parejas que danzaban. Después Hudson vió a dos guardias más que atravesaban la multitud con tardo e impotente buen humor. En la puerta de entrada había otro guardia apoyado contra las piedras tibias, observando los corrillos de rezagados que entraban por la puerta para unirse al baile. Hudson contorneó sin prisa la plaza y atravesó el arco. Los ojos del guardia lo siguieron fugazmente, después lo desestimaron y se clavaron en una gorda campesina que se desternillaba de risa abrazada a dos hombres.

Hudson se escurrió por la sombra de la muralla en dirección al palmar. A lo lejos, el dedo blanco del reflector barría el agua, y cuando alumbró la curva de la costa, Hudson vió a tres centinelas apostados a cincuenta yardas de distancia uno de otro, y observó también que las pocas personas que quedaban en el muelle se dirigían hacia la puerta de entrada.

Joseph lo esperaba en la sombra del palmar, y Hudson comprendió en seguida que había sucedido algo. La cólera oscurecía el semblante de Joseph.

—Pensé que no acabaría nunca de venir —dijo con palabras incisivas y ásperas.

—Son apenas las ocho. ¿No ha visto el barco de Sandro?

—Sí. Por la costa se acerca un buque con fanales encendidos. Debe de ser él. Pero no se trata de eso. En esta ciudad ocurre algo raro. Ese reflector no forma parte de los festejos. Tampoco esos centinelas apostados en la orilla. Durante las dos últimas horas no se ha permitido la salida de botes de remo. Algo ha fallado, y supongo que es usted el culpable... ¡No debió venir!

—Vine porque no le tenía confianza —replicó Hudson secamente. Se enfrentaron, tensos y hostiles, y Hudson se extrañó de la ironía de las circunstancias que lo obligaban a trabajar en favor de Joseph contra Zarko, a quien estimaba mucho más que a Joseph.

Joseph hizo un movimiento colérico e impaciente, y en aquel instante, ahogando el sonido lejano de la banda, los cantores y los bailarines, un nuevo ruido crepitó contra los escalones de luz y sombra, negro y plata, que bordeaban el agua. Se volvieron a una, y divisaron un pequeño proyector que horadaba la noche. Una lancha alargada y potente enfiló la bahía. Hendió el agua y describió un círculo en el extremo más alejado del muelle, atracando junto a la ancha escalinata que descendía al agua. De ella saltaron cinco sombras. Oyeron el áspero eco de una voz de mando y cuatro de las sombras avanzaron rápidamente por la polvorienta faja de tierra que separaba el muelle del arco de entrada. La quinta permaneció en la lancha.

—Dificultades en puerta. —Joseph se puso al abrigo del palmar y Hudson lo siguió. El dedo luminoso del reflector llegó al extremo de su curva y las cuatro figuras se recortaron repentinamente contra el inmenso paño negro de la noche. Ambos los vieron claramente: Zarko, Lepovitch y dos guardias. Los cuatro pasaron cerca de donde estaban ocultos y atravesaron de prisa la puerta.

Hudson miró a Joseph, cuya cara estaba rígida y contraída. Era el temor de un momento como éste lo que había incitado a Hudson a regresar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Hudson suavemente.

Joseph tardó en responder.

Hudson oyó el susurro de las palmeras agitadas por la brisa húmeda. Después Joseph se volvió y empezó a hablar en voz baja y ronca.

—Sandro está por llegar. Esa lancha es la única embarcación de la bahía capaz de darle alcance. Hay que ponerla fuera de acción. Usted vuelva a recoger a Franja. Tendremos que nadar o apoderarnos de un bote. Yo me ocuparé de la lancha y el guardia.

—¿Puede hacerlo solo?

Joseph soltó una risa seca. El resentimiento que los había separado comenzaba a extinguirse.

—Basta con uno. Quizá sea necesario matar al guardia. Es mejor que sea yo quien lo haga. Eso forma parte de mi profesión. Para usted... sería asesinar a un hombre. Para mí... es sólo otra piedra en mi camino.

Se marchó, deslizándose por la ancha faja de sombra de la muralla. Hudson se volvió y enderezó rápidamente hacia la puerta de entrada. Sobre el arco, una gran bandera roja y blanca proclamaba: “*Zivio drug Tito*”.

El jefe de policía de Metilini había bebido lo bastante como para no aterrorizarse más de la cuenta por la presencia de Zarko y Lepovitch. Tenía su despacho cerca de la puerta de acceso: tres ventanitas que daban a la plaza atestada. Estólido, carirrojo, su lenguaje y sus gestos parsimoniosos irritaron tanto a Zarko como a Lepovitch. Lepovitch se paró ante una de las ventanitas, observando la muchedumbre. Zarko se respaldó en una silla. Ambos estaban nerviosos, transpirados e impacientes.

—Tan pronto como recibí su mensaje aposté los guardias. Han estado registrando las cédulas de identidad y cumpliendo vigilancia desde entonces. Pero ya ven ustedes lo que es eso... —Tendió una mano en dirección a la ventana...— Es como buscar una.

—Sí, sí, hombre, vamos. —Lepovitch giró sobre sus talones. Sentía impulsos de darle un puñetazo para que hablara más rápido.

—No los hemos encontrado. El barco de Venetti zarpó de la guarnición, pero lo hemos hecho vigilar. El último informe del camino costero dice que está contorneando el promontorio en este momento. Tiene las luces encendidas. Si viene hacia aquí, deberá entrar en la bahía dentro de media hora. He hecho todo lo posible, menos interrumpir el festival. Este es un gran día para Metilini. A la gente no le agradaría...

—¡Al diablo con lo que les agradaría! Esto es más importante que cualquier festival. —Zarko se levantó de golpe. Se dirigió a la ventana y se asomó. La banda tocaba un vals, y la plaza se movía a un ritmo más suave. Sintió que el brazo de Lepovitch lo rozaba, al volver aquél al centro de la habitación.

—Están aquí, en esta isla. No hay duda de eso. Sólo podemos hacer una cosa —dijo Lepovitch con voz feroz, casi de falsete, que se destacó contra los lentos compases del vals.

—¿Qué? —dijo Zarko volviéndose.

Lepovitch lo enfrentó, tenso, desbordando autoridad, centelleándole los espejuelos, rascándose la mejilla con la mano alargada.

—Tenemos media hora. Debemos bajar a la plaza. Que paren la música. Haremos un anuncio, y ordenaremos que todo el mundo se quite la máscara. Si están en la plaza los encontraremos en diez minutos. Un hombre que tiene un tajo en la cara no puede ocultarlo.

—¡Pero eso es absurdo! —protestó Zarko, furioso—. Quizá estén ya en el barco de Venetti. Quizá no estén en la plaza. Es una pérdida de tiempo. Debemos subir a la lancha y salir al encuentro del vapor.

—¿Absurdo? —dijo Lepovitch entornando los ojos—. Es usted quien dice disparates. ¿No ve que es lo único que podemos hacer? Aun cuando estuvieran en el barco, podríamos darles alcance en cualquier momento, aun dándoles una hora de ventaja. Pero no están en el barco, porque de lo contrario éste no vendría hacia aquí, siguiendo su curso ordinario, con todas las luces encendidas.

—Yo digo que debemos abordar el vapor. Una vez que lo tengamos en nuestro poder, no podrán escapar, estén donde estén.

—¿No? —Estaban los dos furibundos, pugnaces, con los nervios de punta por los sucesos del día y el sople torturante del siroco. Lepovitch mostró los dientes en cruel mueca de impaciencia—. ¿Cómo sabe que no nos han visto llegar? Si nos ven embarcarnos en la lancha, comprenderán que deben buscar otro medio de escape.

Esta isla tiene veinte millas de largo. Hay otras embarcaciones y otras islas. Si escapan ahora, quizá no los encontraremos nunca.

—¡Los encontraremos! ¡Pero abordemos el vapor antes que nada!

Lepovitch se acercó a Zarko, alto, amenazante, exacerbado hasta la violencia por la oposición del otro.

—¿Por qué discute conmigo? ¿Por qué siempre trata de demostrar que estoy equivocado? Creo que usted desea que ellos escapen. Usted también es un traidor. Está lleno de simpatía por esos puercos neofascistas. ¡No crea que no lo he advertido! ¡Por eso solicité deliberadamente que se me dieran plenos poderes! Y ahora utilizaré esos poderes. —Su voz lindaba en el alarido; sus palabras eran una válvula de escape para la tensión y la antipatía por aquel policía regordete y estúpido, que había ido acumulando durante días enteros.

Zarko tuvo deseos de pegarle. Habría dado cualquier cosa por aporrear aquella cara delgada, descompuesta por la ira, por poder deshacer brutalmente aquella histeria. Lo miró cara a cara, y el sudor le corrió por la cara ancha. Después, con un fatigado encogimiento de hombros, retrocedió un paso. ¿De qué servía todo eso? Cada momento que pasaba era tiempo perdido.

—Está bien —dijo quedamente—. La responsabilidad es suya, y no volveré a inmiscuirme. Pero no lo olvide; yo insistí en que nos encargásemos del barco en primer término. —Y el comisario de Metilini se sorprendió al ver que Zarko lo miraba con expresión de diabólico placer.

Lepovitch hizo caso omiso de ellos y se encaminó a la puerta. Ambos lo siguieron.

Joseph se había dirigido a la pequeña playa situada detrás de la bahía, y allí se había metido en el agua. Ahora nadaba silenciosamente entre los botes y yates fondeados que de tanto en tanto ocultaban los escalones del muelle. Veía al centinela parado sobre la lancha, con el fusil en bandolera. Al pie de la escalinata se balanceaba un botecito amarrado a una anilla de la pared. Nadaba lentamente, casi con desgano; sabía lo que tenía que hacer, y la idea era como un dolor informe en su cerebro. Siempre, siempre llegaban momentos como este, en que había que cerrar la mente a todo pensamiento, salvo las oscuras imágenes de la violencia. Nadaría hasta llegar a la escalinata, se deslizaría a la oscuridad que formaban los escalones con el ángulo de la pared, y haría una pausa para recobrar el aliento. Hudson le tenía antipatía y desconfianza. La muchacha, con su cara inocente y sus ojos ansiosos, lo irritaba. Pero la antipatía y la desconfianza, la inocencia y la ansiedad eran ideas gastadas e inútiles. Nada sentía, salvo el oscuro impulso de seguir adelante, porque debía hacerlo... Haría un ruido para atraer al centinela al tope de la escalinata, lo repetiría, y vería al soldado acercarse cautelosamente, suspicaz, bajar un par de escalones, con el fusil preparado, sondeando la oscuridad con la mirada... Y sólo la oscuridad lo

recibiría, una oscuridad inyectada de ramalazos de dolor cuando sus manos le aferraran la garganta. El cuerpo estúpido y torpe caería retorciéndose y chapaleando en el agua. Sus manos lo hundirían, sus piernas aferrarían el bulto uniformado y las extremidades frenéticas; y gradualmente el forcejeo cesaría, el cuerpo se aflojaría con una pesada inercia, como un niño que desciende de la locura de la pesadilla al sueño pesado, tranquilo, silencioso e informe. Entonces lo soltaría, y las ropas húmedas e hinchadas por el aire formarían un manchón oscuro contra la faz aún más oscura de las aguas... A menos que algo fallara, como debía suceder a la larga, porque las tinieblas nunca favorecen a un solo bando.

Hudson resolvió dar a Joseph veinte minutos. Se sentó junto a Franja y le contó sosegadamente lo ocurrido. Ella no dijo nada. Pero su mano se movió y Hudson la tomó entre las suyas, apretando la palma suave para infundirle confianza.

Se quedaron sentados, sin tocar las botellas de cerveza, observando el lento movimiento del vals. Pero ahora, a la luz humosa, bajo los estandartes colorados y los lemas del partido, hasta la cháchara de los bailarines y los bebedores parecía opaca, nublada por una transitoria tristeza.

—Cuando empiece el próximo baile, nos levantaremos y bailando atravesaremos la plaza en dirección a la puerta. Después nos escurriremos. —Miró su reloj y vió la larga aguja del segundero completar su vuelta. Las pausadas palabras de Franja cayeron entre ellos, sencillas, pero plenas del sonido de otras palabras, más importantes, más reveladoras, negadas para siempre a los labios.

—Sola... habría tenido miedo... Me alegro de que hayas vuelto.

La banda comenzó a tocar una marcha rápida, redoblada, ahuyentando el letargo y la tristeza, y la plaza se convirtió en un maelstrom de movimiento. Las pintadas caras giraban, y los ojos detrás de las máscaras resplandecían como joyas, duros, duros, duros...

Hudson tomó a Franja del brazo, y se unieron a los bailarines. Él miraba a los guardias, mientras giraba y se balanceaba... y el gran arco oscuro de la entrada estaba cada vez más próximo. Estaban a una yarda de distancia, contenidos por un grupo de bailarines, cuando la música cesó repentinamente. Por un instante el murmullo de voces y risas se prolongó. Después el silencio invadió la atmósfera caliente del siroco y se extendió sobre la plaza multicolor; los bailarines comenzaron a volverse hacia la banda, con movimientos pausados y curiosos, como una plantación de árboles sacudida por una brisa repentina. Los brazos se desplomaron a los costados del cuerpo, las parejas se separaron un poco, y una voz, gigantesca y estridente a través de los amplificadores, descendió sobre la plaza.

—Camaradas... Las Repúblicas del Pueblo están siempre en peligro. En esta plaza hay tres traidores. Están tratando de destruir todo lo que nosotros hemos creado luchando. No deben lograrlo. Cuando yo termine de hablar, todos deben sacarse las

máscaras. Que cada hombre mire a su vecino, que cada mujer escrute la cara del hombre que está parado a su lado. El hombre que buscamos es alto, usa camisa azul, pantalones grises y en la mejilla derecha tiene una cortadura larga y reciente. Es un inglés, un agente de los empresarios bélicos del capitalismo que odian toda verdadera democracia. Halladlo, y hallaréis con él a los otros dos, un hombre y una mujer joven, rubia, delgada... Pueblo de Metilini, camaradas, pedimos vuestra ayuda. Cada uno de vosotros debe quitarse la máscara. Que nadie vacile, porque la vacilación sólo puede ser un signo de culpabilidad...

Reinó el silencio. Había desaparecido la felicidad; había desaparecido el salvaje y pagano frenesí. Por un instante no hubo movimiento en la plaza, como si todos temieran que en ese acto de desenmascararse, los estigmas de la traición marcaran la mejilla ardiente y sudorosa del compañero, la curva, suave como un plumón, de la compañera. Después el movimiento y el sonido se propagaron por la muchedumbre. Los brazos se alzaron como pálidas ramas a la luz de la luna, las cabezas giraron y los dedos buscaron los cordones que sujetaban las máscaras, y el movimiento de la multitud fué como el movimiento de un bosque azotado por el viento, un bosque tachonado de ojos, ansiosos por encontrar el culpable, ansiosos por arder en cólera contra los indefensos atrapados en las oscuras veredas.

Hudson alzó la mano hacia la máscara y comenzó a buscar el cordón, y al hacerlo dijo quedamente a Franja:

—Huyamos. Cuando yo me mueva, sígame.

A través de los ojos de su máscara la vió alzar la mano para desatar la propia. Hudson se volvió, deslizando el cordón sobre su cabeza y midió la distancia que lo separaba del guardia apostado junto a la puerta. El hombre vigilaba la multitud.

Las máscaras se desprendieron de los rostros, y los rostros buscaron en torno. Hudson se quitó la máscara y se encontró con el semblante de Franja, inmóvil, ansioso, llenos de miedo los ojos. Un hombre que estaba próximo avanzó un paso. Hudson vió un brazo extendido que le apuntaba, vió la boca abierta, deformada por la ansiedad, del hombre que gritaba. Hudson tomó a Franja del brazo y dió un salto adelante. El guardia lo vió venir y su mano buscó el fusil. Hudson le dió un puñetazo y el guardia se desmoronó; el fusil rodó estrepitosamente sobre las piedras. Siguió corriendo, arrastrando a Franja, y tras ellos un grito inmenso llenó la plaza.

Sus pasos repercutieron con un sonido hueco bajo la arcada, reverberando en la alta cúpula oscura. El reflector se volcó hacia abajo, alumbrando la gran curva del muelle desnudo, y reduciendo la sombra de la muralla a una angosta faja.

Tras ellos la multitud se precipitaba por la arcada. Un disparo de rifle resonó sobre el rugido de lobo de la turba. La bala chocó contra el suelo a un costado de Hudson y las esquirlas de cascote le mordieron la mejilla como avispas. Siguió corriendo, sin aminorar la velocidad, casi arrastrando a Franja, que reunía toda la fuerza del miedo para seguir adelante.

A su derecha, en el extremo más lejano del muelle, vió a uno de los guardias arrodillarse y a la luz del reflector aprestar el fusil, en tiesa posición de hacer fuego. De un momento a otro dispararía. Por sobre el hombro vió que la multitud se había desplegado en abanico, persiguiéndolos como un ejército de fantasmas. Si el guardia erraba el tiro, el proyectil haría blanco en el gentío. Se oyó el estampido. Después, a la izquierda, un sollozo penetrante, que se trocó de pronto en un largo grito. Dos guardias se acercaron corriendo por el muelle, para cortarles la retirada. Hudson vió que podrían llegar a la lancha con unas veinte yardas de ventaja sobre ellos. El reflector saltó hacia arriba, en desnudo arco luminoso, y en el extremo del haz vió una figura negra erguida sobre la lancha. Entonces rezó, dejando que el pánico le arrancara las palabras. ¡Oh, Dios mío, que sea Joseph, y no el guardia!... La silueta se arrodilló, empuñando un fusil. Después, al cabo de un instante interminable, pleno del terrible silencio de la costa, el alocado latir de su corazón, el tableteo de sus pasos, tumultuosos y rítmicos, el ruido más leve de las sandalias de Franja, y la bestial gritería de los perseguidores, Hudson vió la puñalada de fuego que brotaba del cañón del rifle. Se oyó ruido de vidrios rotos y el reflector se extinguió. Allá adelante, providencial, comunicándoles nueva fuerza, oyó la voz de Joseph que lo llamaba.

Siguieron corriendo, y el fusil de Joseph habló nuevamente, palabras breves, coléricas, lanzadas a la cara de la muchedumbre, que hizo alto momentáneamente, desplegándose en una mancha amorfa ante la boca brillante del arco de entrada. Otros fusiles contestaron el fuego.

Sus pies tabletearon en las piedras del muelle. Después Hudson oyó el ruido de una bala que penetraba la carne. Sintió él choque propagarse a través de los dedos de Franja, ascender por su propio brazo, y la vió caer. Pronunció su nombre con desesperada urgencia, inclinándose sobre ella, pasándole el brazo en torno a los hombros.

—¡Franja!

Ella se movió, tratando de incorporarse, y a sus espaldas Hudson vió la oscura muchedumbre que se abalanzaba nuevamente sobre ellos, llenando el aire con la amenaza de los gritos. La recogió del suelo, vió la magulladura ensangrentada del rostro que había chocado contra el piso, y antes de echar a correr otra vez, buscó inconscientemente durante una fracción de segundo la sandalia de Franja que se había desprendido, y que al fin quedó abandonada. Apuró la marcha, llevándola en brazos, agazapado, mientras las balas mordían las piedras y rebotaban en dirección al mar nocturno. La facultad de pensar desapareció. Los acontecimientos perdieron su orden cronológico. Era la vida en un conglomerado de hacer y ser, sin sentir. Lanzó brutalmente a Franja al interior del botecito; la cabeza de la muchacha golpeó contra el banco húmedo. Joseph se sostuvo en la escalinata, haciendo fuego, y después saltó al bote dándole un envión. Hudson buscó frenético los remos, y comenzó a remar, a remar, sollozando entre dientes, con los ojos clavados en la figura inmóvil de Franja.

A su espalda, en la oscuridad, aparecieron las luces rojas y verdes de una goleta que se acercaba.

Siguió remando, mientras Joseph, tendido en la popa, disparaba el fusil sobre la costa, manteniendo a raya a la muchedumbre y a los guardias. Hudson buscó el amparo de los yates fondeados y Joseph comenzó a lanzar gritos salvajes de aliento y coraje.

—La lancha estará fuera de acción durante horas. Estamos a salvo. Ahí viene Sandro.

Hudson volvió la cabeza y distinguió la mole pálida de la goleta que describía un círculo, con el motor ronroneando suavemente. Gritó:

—¡Sandro! ¡Es Hudson!

Más tarde supo que Sandro, alerta por el tumulto de la costa, y sabiendo lo que los guardias ignoraban, había dado un golpe al guardia más próximo. Tulio, con el revólver en el bolsillo, vió al otro guardia saltar hacia Sandro y desenfundó rápidamente el arma. Con una mueca amarga en el rostro apretó el gatillo y vió caer al soldado. Después, sin pensarlo dos veces, se lanzó por la borda, para atracar el botecito que se acercaba dando tumbos a la goleta.

Una hora más tarde navegaban en medio de un espeso manto de nubes y neblina, cálido y pesado, lleno de humedad que se condensaba en la cubierta y dejaba largas manchas en la barandilla, cuando la tocaba una mano o la rozaba un cabo. Tenían ocho horas de oscuridad por delante, y a cada momento que pasaba estaban más cerca de Italia. Hudson clavó la vista en la pequeña caseta del timón. Los tres, Sandro, Tulio y Joseph formaban un apretado grupo, conversando sosegadamente, con un murmullo apenas perceptible sobre el monótono runrún del motor marino. Parecían distantes, desconocidos, figuras que habían poblado un sueño y persistían brevemente en la memoria.

Franja se movió sobre la pila de lonas, donde yacía tendida con la cabeza apoyada en la curva del brazo de Hudson. Este la miró, y vió que tenía los ojos abiertos. La manga de su vestido mostraba el desgarrón que habían hecho los dedos impacientes de Hudson para examinarle la herida. Un trapo le vendaba la parte superior del brazo, pálido y descolorido. El viento agitaba el trozo desgarrado de la manga. Hudson sonrió, inclinándose para arrebujarla en la manta que le había dado Sandro. Ella no dijo nada. Estaban unidos por una comprensión creciente que no necesitaba ser expresada en palabras. Se inclinó nuevamente sobre ella y la besó. La muchacha le rodeó el cuello con el brazo libre, y sus dedos, sucios y manchados de polvo, con las uñas rotas por la caída, se hundieron en el cabello de Hudson, aferrándolo, lastimándolo con la fuerza de su apretón.

En Metilini había recommenzado el baile. Las antorchas de parafina llameaban, el viento mecía apenas los oblongos estandartes, y Zarko, que observaba a los

bailarines, advirtió que muchas de las máscaras de papel estaban rotas y agrietadas, ajadas y manchadas de transpiración. Algunas parejas las habían lanzado sobre el pavimento. ¿Qué pasará ahora?, pensó. Al día siguiente se sabría la noticia en Belgrado, y después, ¿qué ocurriría? Por el momento le resultaba difícil dar importancia a su propia ansiedad. Quizá sobreviviría; era lo más probable, porque si se hubieran seguido sus consejos la fuga no se habría realizado, y la responsabilidad del fracaso no era directamente suya. Sin embargo, no podía estar seguro de nada. Quizá perdería su empleo..., pero en el peor de los casos podría volver a su oficio de carretero, sabría encontrar una ocupación a sus manos. Pero sentía compasión por Lepovitch.

Lepovitch estaba sentado a la mesa, detrás de él, con los hombros caídos; la arrogancia, el fiero aplomo del joven de Belgrado habían desaparecido. Sería duro para él... Zarko se acercó y puso una mano sobre el hombro de Lepovitch, con gesto amistoso, simpático. Lepovitch se incorporó al sentir el contacto de su mano, y recogió de la mesa una hoja suelta de papel. Después echó a andar, plegando prolijamente el papel. Llevaba bien grabadas en la mente las palabras escritas en la hoja, el borrador del telegrama que pensaba despachar. *Regreso Belgrado mañana. Misión fracasada.* Podría mentir, podría tergiversar numerosos hechos, pero ¿podría fundar una acusación contra Zarko, para dar una víctima a Belgrado y excusar su propio fracaso? Debía intentarlo, por lo menos.

—Venga a la plaza a tomar una cerveza —dijo Zarko bondadosamente—. Ambos la necesitamos. —Se encaminó a la puerta y la abrió, aguardando a Lepovitch. Pero éste meneó la cabeza.

—No. Tengo que enviar un telegrama.

Zarko se encogió de hombros y salió. Lepovitch vaciló un instante, después alzó el transmisor del teléfono.

FIN



VICTOR CANNING (Plymouth, Inglaterra, 16 de junio de 1911 - Cirencester, Inglaterra, 21 de febrero de 1986), fue un prolífico escritor inglés de novelas de suspense, muy conocido a mediados del siglo xx gracias a sus novelas de intriga y misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine y a la televisión con guiones del propio Canning, destacando «La trama», dirigida por Alfred Hitchcock.

Su personaje más conocido fue el detective Rex Carver. En 1972 logró el CWA Silver Dagger por «The Rainbird Pattern».

OBRAS

- *Mr. Finchley Discovers his England* (1934).
- *Polycarp's Progress* (1935).
- *Fly Away Paul* (1936).
- *Two Men Fought* (1936), writing as Alan Gould.
- *Everyman's England* (1936), illustrations by Leslie Stead.
- *Matthew Silverman* (1937).
- *Mercy Lane* (1937), writing as Alan Gould.
- *Mr. Finchley Goes to Paris* (1938).
- *Sanctuary from the Dragon* (1938), writing as Alan Gould.
- *The Wooden Angel* (1938), writing as Julian Forest.
- *Fountain Inn* (1939).
- *Every Creature of God is Good* (1939), writing as Alan Gould.
- *The Viaduct* (1939), writing as Alan Gould.

- *Mr. Finchley Takes the Road* (1940).
- *Atlantic Company* (1940), writing as Alan Gould.
- *Beggar's Bush* (1940), stage play produced in Harrogate.
- *Green Battlefield* (1943).
- *The Chasm* (1947).
- *Panther's Moon* (1948) US *Hunter's Moon* – filmed in 1950 as *Spy Hunt*.
- *The Golden Salamander* (1949) – filmed in 1950.
- *A Forest of Eyes* (1950).
- *Venetian Bird* (1950) US *Bird of Prey* – filmed in 1952.
- *House of the Seven Flies* (1952) US *House of the Seven Hawks* – filmed in 1959.
- *The Man from the Turkish Slave* (1954).
- *Castle Minerva* (1954) US *A Handful of Silver* – filmed in 1964 as *Masquerade*.
- *His Bones are Coral* (1955) US *Twist of the Knife* – filmed in 1970 as *Shark!*
- *The Hidden Face* (1956) US *Burden of Proof*.
- *The Manasco Road* (1957) US *The Forbidden Road*.
- *The Dragon Tree* (1958) US *The Captives of Mora Island*.
- *Young Man on a Bicycle* (1958) – collection of novellas – US *Oasis Nine*.
- *The Burning Eye* (1960).
- *A Delivery of Furies* (1961).
- *Black Flamingo* (1962).
- *Delay on Turtle* (1962) – collection of novellas.
- *The Limbo Line* (1963) – filmed in 1968.
- *The Scorpio Letters* (1964) – filmed in 1966.
- *The Whip Hand* (1965) – the first Rex Carver book.
- *Doubled in Diamonds* (1966) – the second Rex Carver book.
- *The Python Project* (1967) – the third Rex Carver book.
- *The Melting Man* (1968) – the fourth Rex Carver book.
- *Queen's Pawn* (1969).
- *The Great Affair* (1970).
- *Firecrest* (1971).
- *The Rainbird Pattern* (1972) – filmed in 1976.
- *The Runaways* (1972) (part 1 of the Smiler trilogy).
- *The Finger of Saturn* (1973).
- *Flight of the grey goose* (1973) (part 2 of the Smiler trilogy).
- *The Kingsford Mark* (1975).
- *The Doomsday Carrier* (1976).
- *The Crimson Chalice* (1976) (part 1 of the Arthurian trilogy).
- *The Circle of the Gods* (1977) (part 2 of the Arthurian trilogy).
- *The Immortal Wound* (1978) (part 3 of the Arthurian trilogy).

- *Birdcage* (1978).
- *The Satan Sampler* (1979).
- *Fall From Grace* (1980).
- *The Boy on Platform One* (1981).
- *Vanishing Point* (1982).
- *Raven's Wind* (1983).
- *Birds of a Feather* (novel) (1985).
- *Table Number Seven* (1987) – completed by his wife and sister.
- *Comedies and Whimsies* (2007) – collection of short stories.
- *The Minerva Club, The Department of Patterns and Dr. Kang* (2009) – collection of short stories.

Notas

[1] *Rakia* o *rakija* es un licor similar al *brandy*, obtenido por destilación de frutas fermentadas, tradicional en la región de los Balcanes. Es considerada la bebida nacional de Serbia, República de Macedonia, Albania y Bulgaria. (N. del E. D.) <<

[2] Cerveza. (*N. del E. D.*) <<

[3] Líneas iniciales del poema titulado *A Draught of Sunshine*, en que canta Keats “la bebida más brillante y lúcida” de la luz solar, que bebe con los ojos “en la copa del cielo”; toleran la siguiente traducción: “Apartadme el borgoña, el clarete y el oporto; el viejo vino del Rin y el vino de Madera...”. (N. del T.) <<

[4] Calle. (*N. del E. D.*) <<

VICTOR CANNING

UN BOSQUE DE OJOS



se

Lectulandia

